



J. KENNER

NO QUERÍA
ENAMORARME

NOCHES INOLVIDABLES, I

Grijalbo

J. KENNER

No quería enamorarme

Traducción de
Ana Isabel Domínguez Palomo
y M.^a del Mar Rodríguez Barrena

Grijalbo

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks
@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para Melissa. Porque ella es la jefa

Prólogo

Pensé que había salido de mi vida para siempre. Que lo único que quedaba de él era un recuerdo, vívido y prohibido. Aterrador, pero tentador.

El hombre que lo cambió todo.

La noche que destruyó mi mundo.

Me dije que lo había superado. Que podía verlo de nuevo y no sentir la atracción. Que no recordaría el dolor ni la vergüenza.

Eso creía yo, en todo caso.

La verdad, me equivoqué.

Estaba rodeado de mujeres desnudas y se aburría como una ostra.

Wyatt Royce se obligó a no fruncir el ceño mientras bajaba la cámara sin haber hecho ni una sola fotografía. Con aire pensativo, retrocedió un paso a la vez que examinaba con mirada crítica a las cuatro mujeres que tenía delante como Dios las trajo al mundo.

Guapas. Seguras de sí mismas. Con curvas voluptuosas, la piel suave, ojos brillantes y piernas torneadas y musculosas, de esas que dejaban claro que eran capaces de rodear a un hombre con fuerza.

Dicho de otro modo, todas tenían un gran atractivo sexual. Un aura. Un *je ne sais quoi* que llamaba la atención de todo el mundo y excitaba a los hombres.

Pero ninguna de ellas tenía lo que él buscaba.

—¿Wyatt? ¿Estás listo, tío?

La voz de Jon Paul lo sacó de sus frustrantes pensamientos y asintió con la cabeza para responder la pregunta del director de iluminación.

—Lo siento. Estaba pensando.

JP se puso de espaldas a las chicas y lo miró con una sonrisa malévola mientras le decía en voz baja:

—No me extraña.

Wyatt rio entre dientes.

—Tranquilo, chaval.

Wyatt lo había contratado hacía seis meses para que hiciera un poco de todo. Era un chico de veintitrés años, recién graduado en Fotografía por la Universidad de California en Los Ángeles, pero en cuanto demostró ser no solo un fotógrafo excelente, sino también un prodigio de la iluminación, la relación entre ellos dejó de ser la de jefe-asistente y se convirtió en la de mentor-alumno antes de acabar siendo la de amigo-colega.

JP era un hacha en su trabajo y Wyatt había acabado dependiendo mucho de él. Pero el chico había estudiado fotografía arquitectónica. Así que el hecho de que las modelos femeninas a las que veía todos los días, además de ser espectaculares, fueran casi siempre desnudas en plan provocativo lo seguía fascinando y, según sospechaba Wyatt, lo obligaba a darse una ducha fría diaria. O tres.

Claro que no pensaba criticarlo. Al fin y al cabo, era él el creador del mundo erótico y sensual en el que ambos vivían todos los días. Llevaba meses encerrado en su estudio con una serie de mujeres guapísimas, rozando su piel cálida con los dedos cada vez que las colocaba con cuidado para sacar las distintas fotografías. Mujeres ávidas por complacer. Dispuestas a moverse según sus directrices. A colocar su cuerpo en esas posturas sensuales y cautivadoras que tan incómodas debían de ser. Y solo lo hacían porque él se lo decía.

Mientras estuvieran delante de su cámara, le pertenecían por completo. Y se mentiría a sí mismo si no admitiera que, en muchos sentidos, las sesiones de fotos eran tan eróticas como las fotografías en sí mismas.

Así que sí, percibía la atracción sexual, pero jamás sucumbía. Ni siquiera cuando muchas de sus modelos le habían dejado clarísimo que estaban dispuestas a trasladarse del estudio al dormitorio.

Bastante erotismo tenía ya el proyecto.

¿Demasiado, tal vez? Joder, había muchas cosas que dependían de ese trabajo. Su carrera. Su vida. Su reputación. Por no mencionar sus ahorros.

Dieciocho meses antes había decidido dar la campanada en el mundo del arte y de la fotografía y solo faltaban veintisiete días para que descubriera si lo había conseguido.

Lo que esperaba era que el éxito lo golpeara como si fuera un cañón de agua. Con tanta fuerza y tan rápido que todos alrededor acabaran empapados con él en el mismísimo centro, el responsable indiscutible de todo el revuelo.

Lo que temía era que la exposición solo produjera una tenue onda en el agua, como si metiera el dedo gordo en la parte más profunda de la piscina.

JP tosió a su espalda y el sonido lo sacó de sus elucubraciones. Alzó la vista y, al ver que las cuatro mujeres lo miraban con ojos rebosantes de esperanza, se sintió como el más cerdo.

—Siento haberlas hecho esperar, señoritas. Estaba intentando decidir cómo os prefiero. —Lo dijo sin segundas, pero la morena bajita soltó igualmente una risilla tonta y, acto seguido, apretó los labios y clavó la vista en el suelo. Wyatt fingió no haberse dado cuenta—. JP, ve a mi despacho a buscar la Leica. He pensado que las quiero en blanco y negro.

La verdad era que no había pensado nada en absoluto. Solo

estaba haciendo tiempo. Diciendo chorradas mientras decidía qué hacer con las chicas, si acaso hacía algo.

Se acercó a ellas mientras hablaba, intentando descubrir por qué ninguna le interesaba. ¿Tan inadecuadas eran? ¿Tan poco apropiadas para lo que él necesitaba?

Las rodeó muy despacio, examinando sus curvas, sus ángulos, el suave brillo de su piel bajo la luz tenue. Una tenía una nariz altiva y aguileña. Otra, una boca carnosa y sensual. La tercera, el tipo de mirada erótica que prometía satisfacer todas las fantasías de un hombre. Y la cuarta, ese gesto inocente que incitaba a pervertirla.

Todas ellas le habían enviado sus álbumes profesionales a través de su agente y él se había pasado horas analizando todas y cada una de las fotos. Todavía había un hueco libre en su exposición. El más importante. El eje central. Una mujer que uniría todas las fotografías de la muestra con una serie de imágenes eróticas que tenía muy claras en la mente. Una confluencia de luz y escenificación, de cuerpo y de actitud. La sensualidad unida a la inocencia y acentuada por el atrevimiento.

Tenía claro lo que quería. Y lo más importante: en lo más profundo de su ser, sabía a quién quería.

De momento, esa mujer todavía no había pisado su estudio.

Pero estaba en algún lugar, quienquiera que fuese. Estaba segurísimo.

Era una pena que solo le quedaran veintisiete días para encontrarla.

De ahí que se hubiera rebajado a buscar entre las agencias de modelos, aunque su visión para la exposición siempre había sido la de usar aficionadas en vez de modelos profesionales. Mujeres

cuyos rasgos o actitud le llamaran la atención en la playa, en el supermercado o allí donde las viera. Mujeres de su pasado. Mujeres de su ámbito laboral. Pero que no vivieran de su cuerpo. Esa había sido la promesa que se había hecho desde el principio.

Sin embargo, allí estaba, suplicándoles a los agentes que le enviaran a las chicas más sensuales que tuvieran. Quebrantando su propia norma, porque estaba desesperado por encontrarla. Esa chica esquivaba que se escondía en su mente y que, tal vez, solo tal vez, contara con un agente y con un contrato como modelo.

Pero sabía que no era así. No esa chica.

No, la chica que quería no tenía experiencia con la cámara y sería él quien capturase esa inocencia por vez primera. Esa era su visión. El plan que había seguido durante dieciocho largos meses y que consistía en intercalar sesiones entre sus trabajos habituales. Había pasado casi dos años sin dormir por las noches porque tenía que revelar las fotos, subsistiendo a base de café y barritas de proteína porque no tenía tiempo para pedir comida, mucho menos para cocinar.

Meses de planificación, de preocupaciones y de seguir el plan previsto al pie de la letra para conseguir su objetivo. Y de todos esos momentos dulces, tan preciosos, en los que sabía, de todo corazón, que estaba a punto de crear algo verdaderamente espectacular.

Estaba agotado, sí. Pero casi había acabado.

De momento, había elegido cuarenta y una fotografías para la exposición y, en su opinión, todas y cada una de ellas eran perfectas.

Solo necesitaba encontrar las últimas nueve. La última sesión fotográfica con esa mujer perfecta. Esas fotos que le pondrían el

broche de oro a su visión, tanto por la chica que tenía en mente como por lo que quería lograr con esa exposición en solitario.

Había hecho un enorme sacrificio y por fin estaba cerca de la meta. Muy cerca, joder. Sin embargo, allí estaba, dándole vueltas a la cabeza con esas modelos que no eran lo que quería ni lo que necesitaba.

«Joder», pensó.

Se pasó los dedos por su abundante pelo corto.

—En realidad, señoritas, creo que hemos acabado. Gracias por vuestro tiempo y por el interés que habéis demostrado en el proyecto. Miraré vuestros álbumes y me pondré en contacto con vuestro agente si sois seleccionadas. Podéis vestiros y marcharos cuando queráis.

Las chicas se miraron entre sí, asombradas. JP parecía igual de perplejo cuando volvió al estudio con la Leica colgada del hombro y una conocida pelirroja al lado.

—Siobhan —dijo Wyatt, pasando por alto el nerviosismo que comenzaba a hacer estragos en sus entrañas—, no recuerdo que hayamos quedado.

—Pensaba que ibas a hacer una tanda en blanco y negro —dijo JP al mismo tiempo, mientras levantaba la Leica como si fuera un niño de ocho años a punto de explicar lo que era.

Las chicas, que se estaban vistiendo delante de Wyatt, se detuvieron, inseguras de repente.

—Hemos acabado —les dijo él antes de mirar de nuevo a su asistente—. Tengo todo lo que necesito para tomar una decisión.

—Muy bien. Claro. Tú eres el jefe —replicó JP, aunque mientras hablaba miró de reojo a Siobhan, que había cruzado los brazos por

delante del pecho y tenía el ceño fruncido, no se sabe si por confusión o por enfado. Seguramente por las dos cosas.

Sin embargo, Wyatt sintió admiración por ella en ese momento, porque se mordió la lengua y no le preguntó nada hasta que la última modelo desapareció por el pasillo que conducía al vestuario y oyeron que se cerraba la puerta a su espalda.

—¿Tienes lo que necesitas? —le preguntó ella, directa al grano—. ¿Eso significa que una de esas modelos es la chica que has estado buscando?

—¿Para eso has venido? ¿Para comprobar mis progresos? —Mierda. Parecía un niño culpable delante de la directora del colegio.

Menos mal que Siobhan se echó a reír.

—En primer lugar, y dado que te has puesto a la defensiva, voy a suponer que la respuesta es no. Y segundo, antes que nada, soy la directora de tu exposición y tu amiga por encima de todo. Así que, como amiga tuya que soy, déjame que te pregunte qué coño estás haciendo. Nos queda menos de un mes para dejarlo todo listo. Así que si una de esas chicas es la que necesitas, dime qué puedo hacer para ayudarte. Porque yo también estoy metida en esto, ¿recuerdas? Si la exposición fracasa, los dos perdemos.

—Gracias —soltó Wyatt con sequedad—. Te agradezco tu sentido y estimulante sermón.

—A la mierda con los sentimientos. Quiero que aparezcas en las portadas de todas las revistas de fotografía y de arte del país y que tu exposición recorra al menos doce museos y galerías de arte en los próximos cinco años. Me importa un pito si te parezco sentida o no. Solo quiero que saques esto adelante.

— ¿Y ya está? —le preguntó él a su vez, conteniendo una

sonrisa.

—Joder, no. También quiero un ascenso. Mi jefa está considerando la idea de mudarse a Manhattan. Quiero su despacho.

—Está bien eso de marcarse un objetivo —comentó JP al tiempo que señalaba a Wyatt con la cabeza—. Yo quiero el suyo.

—Vete —le dijo Wyatt, que hizo un gesto con el pulgar en dirección al vestuario—. Acompaña a las chicas por la galería —le ordenó.

El edificio constaba de su estudio de dos plantas, con una discreta entrada por el callejón trasero, y de una galería de arte renovada en la planta baja, a la que se accedía por la puerta principal, que daba a una de las zonas más concurridas de Santa Mónica.

—¿Has acabado de verdad? —insistió JP—. ¿En serio? ¿Ni una sola foto?

—No necesito ver nada más —respondió Wyatt—. Vete. Diles algo para que no se vayan con la sensación de que han perdido el tiempo. Nos vemos mañana.

—Esa es tu sutil manera de librarte de mí, ¿verdad?

—No seas tonto —le soltó él—. No estaba siendo sutil en absoluto.

JP esbozó una sonrisa burlona, pero no discutió. Se despidió de Siobhan agitando la mano y desapareció por el pasillo.

—Bueno, ¿cómo puedo ayudarte? —le preguntó ella en cuanto el chico se fue—. ¿Quieres que organice un casting? Al fin y al cabo, sé mucho de mujeres buenorras.

Eso era cierto. De hecho, la novia de Siobhan, Cassidy, formaba parte de la exposición. Gracias a Cass fue como él conoció a Siobhan, que tenía estudios de arte y también un flamante trabajo

como asistente de la directora del Centro Stark para las Artes Visuales, situado en el centro de Los Ángeles.

En un primer momento, Wyatt había ideado una exposición bastante más pequeña en su estudio. La ubicación era buena, al fin y al cabo, y cabía esperar un buen flujo de visitantes, porque la gente podía llegar andando desde la zona comercial de Third Street Promenade. Hacía dieciocho meses que le había pedido a Cass que participara en la exposición como modelo, no solo porque era guapísima, sino también porque conocía hasta tal punto a esta excéntrica tatuadora que estaba seguro de que no se negaría a que la fotografiara en cualquier pose que le sugiriera, sin importar lo provocativa que fuera. Cass no sabía lo que era la timidez y estaba más que dispuesta a causar sensación, siempre y cuando se hiciera a su manera.

Siobhan la había acompañado y, antes de que empezara la sesión de fotos, Wyatt les había enseñado a ambas las tres piezas que ya tenía acabadas, para que Cass captara su visión. Era la primera vez que había explicado al detalle lo que quería transmitir, y hablar con Siobhan y con Cass fue catártico, porque la primera lo entendía y la segunda también era artista, aunque su lienzo fuera la piel y sus herramientas, la tinta y las agujas.

Les había explicado que en un primer momento solo quería descansar una temporada de los retratos y de los trabajos comerciales con los que pagaba las facturas. Y sí, empezaba a hacerse un nombre en el mundo artístico con los paisajes rurales y urbanos. Ese éxito era gratificante, pero en el fondo le resultaba poco satisfactorio, porque esos temas no eran su pasión. Sí, había

belleza en la naturaleza, pero él quería captar el erotismo físico femenino en sus fotos.

Y lo más importante: quería transmitir un mensaje, contar una historia. Belleza. Inocencia. Deseo. Éxtasis. Quería que todos mirasen el mundo a través de los ojos de esas mujeres y que las mujeres lo hicieran a través de los ojos del mundo.

Su objetivo final era elevar el arte erótico. Usarlo para revelar algo de las modelos de lo que ellas ni siquiera eran conscientes. Fuerza y sensualidad. Inocencia y poder. Pasión y ternura. Quería usar una serie de imágenes provocativas y asombrosas para guiar al público a través de la historia de la exposición, para enviarlo a un viaje que partía de la inocencia y llegaba al desenfreno, para luego regresar al principio y dejarlos boquiabiertos por el deseo y el asombro.

Aquella tarde estuvo hablando más de una hora con Cass y Siobhan. Les mostró ejemplos. Les describió las emociones que quería evocar. Escuchó sus sugerencias y se sintió muy satisfecho al ver que la idea les encantaba. Acabaron la conversación con Cass posando durante más de una hora, en la que Wyatt gastó tres carretes, seguro de que estaba capturando algunas de sus mejores obras.

Después fueron andando a Q, un restaurante y bar de copas ubicado en Santa Mónica y famoso por sus cócteles de martini. Brindaron por su proyecto, por las fotos de Cass y por la carrera profesional de Siobhan, y cuando dieron por terminada la noche, Wyatt se sentía fenomenal con su pequeño proyecto.

A la mañana siguiente se sentía incluso mejor. Fue entonces cuando Siobhan fue a verlo para hacerle una propuesta formal del Centro Stark. Le dio el sí de inmediato, sin pensar en absoluto que

al hacerlo estaba ligando su éxito o, para ser más exactos, su potencial fracaso a otra persona.

—Lo digo en serio —repitió Siobhan al ver que él seguía en silencio—. Lo que necesites.

—La encontraré —le aseguró Wyatt—. Tengo tiempo.

—No mucho —replicó ella—. Necesito las fotografías con tiempo para el catálogo, por no mencionar que hay que instalarlo todo. Keisha está empezando a ponerse histérica —añadió, refiriéndose a su jefa—. No es habitual que estemos así a estas alturas.

—Lo sé. Va a ser...

—Quedan veintisiete días para inaugurar la exposición, Wyatt —le recordó; él captó la tensión en su voz y se detestó por ser el culpable—. Pero solo tienes la mitad para entregar las fotografías. Nos estamos quedando sin tiempo. Si no puedes encontrar a la chica, tendrás que conformarte con cualquiera. Lo siento, pero...

—Te he dicho que la encontraré. Confía en mí.

En ese momento, no parecía que confiara en él ni para que le cuidara los peces, pero hay que decir en su favor que al menos asintió con la cabeza.

—Vale. En ese caso, hoy solo necesito ver la última fotografía para ir pensando en la que vamos a usar como imagen promocional. Mándame un archivo para el catálogo, ¿quieres?

—Claro. Esta es —añadió acercándose a un lienzo cubierto, situado en el centro de la pared más cercana.

Quitó la tela blanca y reveló una fotografía en blanco y negro de tamaño natural de una mujer vistiéndose. En un primer momento no parecía la más excitante de sus imágenes, pero resultaba engañosa:

La mujer se encuentra en un vestidor y, escondidos entre los vestidos y los abrigos, hay por lo menos doce hombres observándola. La mujer, por supuesto, no lo sabe. Está inclinada hacia delante, con un pie sobre un taburete, sujetándose una media al ligero. Aparece de perfil, así que al principio el espectador solo le ve la falda, parte del ligero y la pierna cubierta por la media de seda.

Y entonces se percata del espejo que tiene detrás. Un espejo que revela que no lleva bragas debajo del ligero. Y aunque la imagen no deja nada a la imaginación, no es una fotografía especialmente erótica o chocante. Hasta que se fija en que la imagen se refleja en otro espejo. Y en otro. Y en otro. La imagen de la misma mujer, pero cada una es más sensual que la anterior, hasta acabar desnuda, con la cabeza echada hacia atrás, una mano entre los muslos y la otra en el cuello. Todos los hombres que en la imagen principal están escondidos han salido y la están acariciando.

Y el detalle más importante es que dicho espejo está tan oculto en la imagen que prácticamente hay que pegar la nariz al lienzo para verlo.

Wyatt estaba deseando comprobar cuánta gente lo hacía durante la exposición.

—Esto es fabuloso —dijo Siobhan con una genuina nota de asombro en la voz.

—Ha sido un martirio componerla y desarrollarla. Mucho trabajo en el estudio y luego en el cuarto oscuro.

—Podrías haberlo hecho digitalmente.

Wyatt resopló.

—No. Otras imágenes quizá sí. Pero esta no. —Volvió la cabeza

para observarla con mirada crítica—. Esta había que hacerla artesanalmente. El proceso es tan importante como el producto final.

—Ya. Lo entiendo. —Lo miró a los ojos y el respeto con el que lo hizo le recordó a Wyatt por qué no se limitaba a hacer fotos solo para él—. Quiero llevármela para enseñársela a Keisha —añadió Siobhan.

—Pronto.

Aunque las dos habían querido desde el principio que les enviara las imágenes según las acababa, Wyatt se había negado y les había explicado que necesitaba tenerlas a su alrededor para asegurar la continuidad del hilo conductor de la exposición. Además, el tamaño del lienzo y los detalles sobre cómo había que manipularlo en el cuarto oscuro hacían que los duplicados fueran inviables.

Eso significaba que cuando Siobhan quería ver una imagen en concreto tenía que ir al estudio. Puesto que a esas alturas no solo estaba componiendo el catálogo oficial, sino también las imágenes oficiales de la exposición, lo visitaba mucho.

Wyatt había sido rotundo al negarse a permitir que se filtraran las imágenes antes de la inauguración, de manera que el equipo de Siobhan le había prometido que la cada vez más extensa maqueta del catálogo se guardaría bajo llave. Además, la promoción previa a la inauguración no revelaría ninguna de las imágenes, pero sí jugaría con su naturaleza sensual y atrevida.

De momento, además de haberlo conseguido, la campaña estaba siendo un éxito. La galería llevaba un tiempo publicando una imagen al mes. Una de sus fotografías, sí, pero tratada digitalmente, de manera que solo se atisbaba una pequeña parte a través de algún filtro. En una, una cinta de señalización amarilla. En otra, el agujero

de la cerradura de la puerta de un hotel. Muy ingenioso, sí, y muy efectivo. Ya lo habían entrevistado ni más ni menos que cinco periódicos y revistas locales, que también estaban promocionando la exposición. Además, el día de la inauguración tenía previsto aparecer en dos programas de televisión matinales.

Las cosas no iban nada mal, la verdad fuera dicha, y así se lo dijo a Siobhan.

—Si de verdad quieres que la promoción sea la bomba —repuso ella—, deberíamos contar con la ayuda de tu abuela.

—No. —La negativa fue brusca e inmediata.

—Wyatt...

—He dicho que no. Esta exposición depende de mí. No puedo ocultar quién soy, pero no tengo por qué publicitarlo. Si usamos a mi abuela y la llevamos a los programas matinales y la obligamos a que cante alabanzas sobre el pequeño Wyatt, todo el mundo vendrá. Lo sabes.

—Mmm, sí. En eso consiste. En conseguir que la gente visite la exposición.

—Quiero que la gente venga por la exposición en sí, no por los autógrafos de Anika Segel.

—Pero verán tu arte. Y se enamorarán. ¿Qué más da el motivo que los atraiga?

—A mí sí me importa —respondió él, que se sintió aliviado al comprobar que Siobhan no parecía dispuesta a discutirsele.

Ella se mantuvo en silencio un instante, tal vez mientras intentaba dar con algún argumento razonable, pero al final meneó la cabeza con un suspiro.

—Tú eres el artista. —Torció el gesto—. Y tu temperamento lo

acredita.

—Así fue como me conquistaste para hacer la exposición contigo. Con esos halagos tan emotivos que me sonrojan.

—Qué gracioso eres, Wyatt. —Siobhan se colocó la correa del bolso en el hombro y después lo señaló con un dedo—. No la cagues.

—Te juro que no lo haré.

—Vale. —Se inclinó para darle un beso en una mejilla, pero acabó abrazándolo—. Va a ser genial —susurró, y Wyatt se sorprendió de lo mucho que le agradecía esas palabras.

—Sí —convino—. Estoy esperando a una chica de una agencia que llegará dentro de media hora. Nia. Mia. Algo así. ¿Quién sabe? A lo mejor es ella.

—Crucemos los dedos. —Su sonrisa adoptó un aire malévolo—. Pero, si no lo es, solo tienes que decirlo y Cass y yo nos pondremos a buscarla como locas.

—Si no la encuentro de aquí a unos días, os aviso.

—Eso es lo que te queda, unos días —le recordó ella, y levantó las manos como si quisiera defenderse—. Vale, vale, ya me voy.

Echó a andar hacia la puerta y Wyatt se dio media vuelta para mirar de nuevo la imagen con ojo crítico. Al cabo de un momento, aferró la tela blanca que cubría las fotos colocadas a ambos lados de la imagen y la apartó de un tirón para revelar las fotografías a todo color que ocultaba.

Retrocedió un paso mientras seguía con la inspección para asegurarse de que estaban completas. Siguió retrocediendo paso a paso, porque quería ver las tres en su conjunto, tal como las vería un visitante durante la exposición. Un paso, otro más y otro más.

Se detuvo al oír que la puerta se abría detrás de él y soltó un taco por no haber cerrado con llave después de que se fuera Siobhan.

—¿Qué se te ha olvidado? —preguntó mientras se daba media vuelta.

Pero no era Siobhan.

¡Era ella!

La chica que habitaba su mente. La chica que lo torturaba por las noches.

La mujer que necesitaba si quería que la exposición fuera el éxito que tanto deseaba.

Una mujer con una boca grande y sensual de esas que enloquecen a los hombres; un cuerpo fuerte y atlético con las curvas donde debía tenerlas. Unos ojos capaces de penetrar hasta el alma de un hombre y un aura de inocencia que sugería que no aprobaría lo que iba a ver en el estudio.

Todo eso coronado por una sonrisilla burlona y el sensual contoneo de sus caderas.

Era una contradicción andante. Sensual, pero recatada. Sexy, pero dulce.

Una mujer que lo mismo parece una modelo de portada que una cualquiera que lo más glamuroso que hace en la vida es sacar a pasear al perro.

Parecía tan ardiente como el pecado y, al mismo tiempo, fría como el hielo.

Era Kelsey Draper. No había hablado con ella desde el verano previo al primer año de universidad y, en su opinión, mejor así.

Ella abrió los ojos como platos al verlo y sus labios esbozaron una sonrisa trémula.

—¡Oh! —Eso fue lo único que dijo.

Y, en ese momento, Wyatt supo que estaba bien jodido.

O_h.

Fue como si la palabra colgara sobre nosotros dentro de un bocadillo, en plan diálogo de cómic, y contuve una mueca. Diez años en un internado para chicas, una diplomatura en Educación Infantil, especializada en Danza y Lengua, ¿y solo se me ocurre un triste «oh»?

Y sí, sé que debería darme un poco de cuartelillo. Al fin y al cabo, me ha pillado por sorpresa. No hablo de las increíbles y sensuales obras de arte que tengo delante, sino del hombre que las ha creado. El hombre causante de que tenga las manos sudorosas, los pezones duros y el pulso disparado en la base del cuello.

Un hombre al que conocí en otro tiempo como Wyatt Segel.

Un hombre al que no estaba preparada para ver.

Lo que quiere decir que Nia tiene que darme unas cuantas explicaciones: «Solo es un fotógrafo que busca modelos. Mi agente dice que pagan muy bien y, teniendo en cuenta la pasta que necesitas para finales de mes, no pierdes nada por intentarlo. Se hace llamar W. Royce, pero no me suena de nada. Claro que ¿a quién le importa mientras pague?».

¿Que no le sonaba de nada? Por favor. Nia es modelo; Wyatt es fotógrafo. Seguro que sabía que usaba un seudónimo. Y va y me hace una encerrona.

De verdad, creo que voy a tener que matarla.

Claro que antes tengo que conseguir el trabajo. Mi hermano Griffin ha sobrevivido a quemaduras de cuarto grado y yo tengo menos de un mes para conseguir el dinero para pagar la cuota de ingreso en un ensayo clínico para probar una nueva terapia. Una tarea casi imposible con mi sueldo de maestra de educación infantil, y ni siquiera con las clases de danza de mi agenda veraniega me acerco a la cantidad que tengo que reunir.

Razón por la cual, cuando mi mejor amiga, Nia, me habló del casting, me pareció que merecía la pena intentarlo. Ciertamente me tuvo que convencer. Y no me hacía mucha gracia la idea de exponerme al mundo. Pero me mentalicé. La desesperación y tal.

—Mi agente me ha conseguido una sesión de fotos de lencería —me dijo Nia mientras nos tomábamos una copa en el balcón de su apartamento, en primera línea de playa—. Algo de última hora. Supongo que el fotógrafo tiene una fecha tope muy justa. La cosa es que tú deberías ir en mi lugar. Se llama W. Royce. Puedo mandarte un mensaje con la dirección y la hora.

El estómago se me revolvió al pensarlo.

—¿Te has vuelto loca? ¡No puedo hacerlo!

Nia soltó un suspiro dramático.

—¿Por qué? ¿Porque estaría mal? —Pronunció la última palabra con retintín.

—Pues sí —respondí con vehemencia.

Nia siempre me pincha porque cree que tengo demasiados escrúpulos. Está convencida de que soy demasiado seria y cuadrículada. De que necesito desviarme de mi rutina sosegada y

soltarme el pelo de vez en cuando. Pero se equivoca de parte a parte.

Sé mejor que nadie el precio que se paga cuando desobedeces las reglas.

—Estará esperando a una mujer despampanante y que rezuma sensualidad —repuse con sequedad—. Y esa no soy yo.

—Por favor, cariño. Las dos sabemos que eres preciosa. Además, ¿de dónde si no vas a sacar la pasta tan deprisa? Sobre todo porque eres tan terca que te niegas a aceptar mi dinero.

—Das por sentado que voy a conseguir el trabajo. —A diferencia de Nia, que lleva ejerciendo de modelo desde los siete años, yo no tengo ni pizca de experiencia.

—¿Te he dicho ya que eres preciosa? Que no vayas presumiendo por ahí no quiere decir que no sea verdad.

Me crucé de brazos para controlar un estremecimiento. Se equivocaba, evidentemente. No en lo de ser guapa, porque lo soy. Y es una cruz con la que he tenido que cargar toda la vida.

No, se equivocaba en todo lo demás. Porque sí he presumido, aunque solo fue una vez, y con eso bastó para abrir la caja de Pandora y liberar mucha maldad, tanta que todavía estoy intentando cerrarla.

Me humedecí los labios mientras pensaba en mi hermano. Tal vez el fotógrafo tuviera una fecha tope que lo agobiara, pero yo también. Y si existía la más mínima posibilidad de que ese trabajo me diera el dinero que necesitaba, ¿no le debía a Griffin intentarlo al menos? A lo mejor, en circunstancias normales, posar en ropa interior sería demasiado para mi sensibilidad. Pero las circunstancias no eran normales.

—No puedo hacer fotos sensuales. No tengo la menor idea de cómo posar —añadí, pero la protesta no tenía fuerza y, al ver cómo se le iluminaban los ojos a Nia, me quedó claro que se había dado cuenta de que yo había mordido el anzuelo y solo tenía que recoger sedal.

—Solo son fotos para una campaña publicitaria de lencería. —Se encogió de hombros, como si no fuera nada del otro mundo—. Tú finge que estás en la playa, en biquini.

Sopesé sus palabras antes de asentir con la cabeza. Ni que nunca hubiera enseñado un poco de piel. Y tengo un biquini. Incluso me lo pongo para ir a la playa. En público. A veces.

Después de todo lo que había sucedido, ¿no había cierta justicia poética en que tuviera que quedarme en ropa interior por una buena causa? No estaba segura, pero me parecía una buena justificación.

—Además —siguió Nia—, un fotógrafo profesional tendrá unos modales exquisitos en la cama.

—¡Nia!

—Joder, Kels, que es una forma de hablar.

—Esa boca...

—¡Joder, joder, joder! —repitió ella.

Fui incapaz de contenerme y me eché a reír.

—Si me quieres, tienes que querer también mi forma de hablar —aseguró ella.

—Te quiero, te quiero —admití—. Pese a tu forma de hablar.

—Por eso soy tan achuchable, joder. —Me miró con una sonrisa traviesa antes de beber otro sorbo de vino, mientras yo intentaba contener las carcajadas. Mejor no animarla—. De verdad, Kels, será fácil. Se parece mucho a bailar. Forma física, postura y movimiento.

En muchos sentidos, hacer de modelo es una especie de coreografía. Y te he visto con los modelitos con los que ensayas. No dejan mucho a la imaginación, ¿no crees?

—Eso es distinto. —Cuando bailo, me visto buscando la comodidad y la facilidad de movimiento. Es más, me permito ser otra persona, alguien en sintonía con la euforia de la música. Alguien dispuesto a perder el control, porque el ritmo de la música siempre está ahí para devolverme a la realidad y mantenerme a salvo.

—Deja de discutir y hazlo. Confía en mí, este trabajo será bueno para ti. Puedes soltarte un poco el pelo mientras te convences de que solo lo haces por Griffin. Es perfecto.

—En primer lugar, lo hago por Griffin. No busco excusas para ponerme un biquini minúsculo o enseñar las tetas. Me gusta cómo soy. Me gusta mi vida. Soy feliz. Me siento bien con quien soy.

—Me parece que la dama promete demasiado.

—Por favor, ya vale —protesté, muy a la defensiva sin saber por qué—. No tengo que meterme en la cama con un tío en la primera cita ni...

—¿En la primera cita? Más bien en la quinta. O en ninguna. Y ya que has sacado el tema, ¿cuándo fue la última vez que saliste con alguien?

—Eso no viene al caso —repliqué, porque era verdad—. Es que no hay muchos tíos que me interesen. Además, ¿por qué debería ir a cenar o a tomarme algo con un capullo integral, y mucho menos acostarme con él? Y te estás yendo por las ramas —añadí.

Levantó las manos.

—Eres tú la que ha sacado lo de las citas. Yo solo intentaba

decirte que deberías aceptar el trabajo porque necesitas el dinero..., pero también deberías intentar pasártelo bien.

Bebí hasta apurar la copa de vino.

—Lo único que me importa es conseguir el dinero necesario para inscribir a Griffin en el ensayo clínico.

—Claro. Lo que tú digas. Justifícate como te dé la gana. El asunto es que es una oportunidad de oro. Al menos deberías hacer la prueba, por ti y por Griffin.

Ahora mismo estoy recordando esta conversación, en el estudio de Wyatt, a la sombra de estas fotos impactantes y sensuales. Unas fotos que me aterran, hechas por un hombre que me excita.

Al pensarlo, me entran ganas de salir corriendo.

Pero no puedo. Porque Nia tenía razón. Tengo que hacerlo. Tengo que conseguir el trabajo.

Lo que implica que tengo que bordar la prueba, con Wyatt o sin él. Y seguramente me irá mejor si consigo pronunciar alguna palabra. Algo que, teniendo en cuenta la cantidad de veces que me he imaginado que me lo encontraba, me está resultando más difícil de la cuenta.

En mi cabeza, siempre he sido ingeniosa y graciosa en nuestros encuentros imaginarios en librerías y restaurantes. Y cuando acabamos sentados juntos en el largo trayecto de Los Ángeles a Australia, no tuve el menor problema para hablar.

No es que haya viajado a Australia, pero me he pasado casi toda la vida creándome fantasías imaginarias. Además, ¿qué sentido tienen las fantasías si no puedes corregir errores del pasado?, ¿si no puedes ser alguien distinto? Sobre todo si no hay la menor probabilidad de que des el salto en la vida real.

A lo largo de los últimos doce años, he creado infinidad de variantes de mi fantasía con Wyatt. A veces apenas nos dirigíamos la palabra. Otras le permitía invitarme a una copa. En alguna que otra ocasión le dejé que fuera un poquito más allá. Pero incluso en mi imaginación he sido incapaz de concedernos un final feliz.

Porque la historia entre Wyatt y yo es una tragedia, no un romance. Teniendo en cuenta todo lo sucedido, ¿cómo iba a ser de otra manera?

A ver, que Wyatt solo es una chincheta en el mapa de mi vida. Un recordatorio de lo mal que pueden salir las cosas y de por qué las malas decisiones son, tal como va implícito, malas.

No es un hombre, es un concepto. Un talismán. Una fantasía mezclada con un recuerdo y aderezada con un poquito de pérdida.

Por desgracia, tal vez, pero al menos ese es un Wyatt al que me puedo enfrentar.

Pero ¿este Wyatt? El que tengo delante, con el pelo castaño claro y unos ojos de color whisky capaces de penetrar en nuestro pasado. El del cuerpo atlético que sigo imaginándome contra mí y el de los brazos fuertes que me hicieron sentir segura. El de la sonrisa impúdica que solía acelerarme el corazón, pero que ahora no sonrío ni por casualidad.

El chico que, en otra época, conseguía que me quedara sin respiración cada vez que lo veía. Que ahora es un hombre que anda con paso firme y elegante, capaz de llenar una estancia con su mera presencia.

El chico que consiguió que desobedeciera todas las reglas. Que me hizo perder el control.

El hombre que casi me destruyó.

Ese hombre es ingobernable. De hecho, ese hombre me aterra. Y ahora mismo no puedo evitar pensar que venir a este casting ha sido un error garrafal.

Sí, voy a tener que matar a Nia. Es una pena, la verdad. Porque ¿de dónde voy a sacar tiempo para buscarme una nueva mejor amiga?

Más importante aún, ¿cómo si no voy a conseguir los quince mil dólares que necesito para finales de mes?

Mientras estoy aquí plantada como un pasmarote, él cruza los brazos por delante del pecho y ladea un poco la cabeza. Me doy cuenta de que me ha estado observando todo este tiempo. Sin decir ni una palabra. A la espera. Como si todo dependiera de mí.

Supongo que es así.

Trago saliva y me obligo a no secarme las manos sudorosas en la falda de tubo gris mientras esbozo una sonrisa trémula. Le observo la cara, a la espera de una sonrisa por su parte. De alguna pista de que ha pensado en mí durante estos últimos doce años. De una señal de que recuerda lo que nos dijimos, cómo nos reímos. Cómo nos acariciamos.

Espero ver el más mínimo indicio de que me ha tenido en su cabeza de la misma manera que yo lo he tenido en la mía. Porque es así. Incluso cuando todo era una mierda horrorosa. Incluso después de que yo lo echara todo a perder. Incluso cuando sabía que no debía hacerlo, yo seguía pensando en él.

Y ahora, como si estuviera mendigando, lo miro a la cara en busca de alguna señal que me indique que también ha pensado en mí.

Pero no pasa nada.

Claro... Pues vale.

Aparto la vista y la dirijo a la pared, pero es un error, porque de inmediato la clavo en las tres fotografías que tiene detrás. Son crudas y excitantes, perturbadoras y honestas. Siento cómo resuenan dentro de mí, cómo me provocan y suscitan una miríada de chispas agradables y a la vez aterradoras en mi interior.

Vuelvo a mirarlo a toda prisa y carraspeo.

—Bueno —comienzo mientras intento hablar con normalidad—. Suelo hacer castings para bailar, no para hacer de modelo. ¿Qué quieres que haga?

Un deseo tan abrasador que solo podía ser producto de mi imaginación asoma a sus ojos mientras los entrecierra más aún, y también veo que aprieta los dientes.

—Kelsey —dice a la postre, y mi nombre en sus labios me provoca una oleada de alivio. Al menos, sé que me recuerda.

—Ajá. —Esbozo una sonrisa deslumbrante, pero luego recuerdo que es un casting. He estado aferrando una foto con mi dirección de correo electrónico y mi número de móvil y me apresuro a dársela—. Soy yo.

Ni siquiera mira la foto.

—Ha pasado mucho tiempo. —Lo dice sin inflexiones. Con voz seca.

—Cierto —convengo con una voz tan cantarina que me siento como una tonta.

Sin embargo, no parece oírme y se limita a mirarme de arriba abajo. La lenta exploración es tan sensual como una caricia. Inspiro hondo y siento cómo el aire se me atasca en la garganta. Noto un hormigueo en la piel por el deseo y unas gotas de sudor en la nuca,

aunque, afortunadamente, me las oculta mi melena ondulada y castaña.

Me obligo a no cambiar el peso del cuerpo de un pie a otro. Me cuesta, porque ahora mismo me siento tan expuesta como las modelos de las fotografías que tiene detrás. Y cuando los ojos de Wyatt por fin me miran a la cara y termina la exploración, estoy segurísima de que tengo las mejillas como un tomate.

Inspiro hondo anticipando sus palabras. Espero que diga algo acerca de nuestro pasado. Al menos que se alegra de verme después de tanto tiempo.

No podría haberme equivocado más.

—¿Qué narices haces aquí? —me pregunta, y es como si me hubiera tirado un jarro de agua fría.

Empiezo a balbucear. Balbuceo mientras siento un escalofrío e intento recuperar la compostura, el habla y el orgullo.

—Yo... Yo... En fin, estoy aquí por el trabajo.

Enderezo la espalda mientras lucho contra otra oleada de vulnerabilidad. Porque Wyatt es peligroso para mí y no debo olvidarlo ni un solo instante.

—Estoy aquí por el trabajo —repito, en esta ocasión con voz seca y clara.

Él saca el móvil, pulsa la pantalla y luego me mira con el ceño fruncido.

—Nia Hancock. Veintisiete años. Mujer, mestiza. Su agente me llamó ayer para decirme que venía.

Me humedezco los labios.

—Esto..., no ha podido venir. Y como me vendría bien el trabajo, he venido en su lugar.

—¿Has venido? —repite él, y veo cómo le cambia la cara: de la sorpresa pasa a la confusión y luego a algo que se parece sospechosamente a la rabia—. ¿Tú? —Lo dice con un deje desabrido bastante desconcertante.

Abro la boca para replicar, pero continúa antes de que pueda hacerlo.

—Esperas que me crea que Kelsey Draper quiere ser modelo. ¿Como estas? —añade al tiempo que señala la pared que tiene detrás, con las tres fotografías al descubierto, exuberantes en muchísimos sentidos.

Me humedezco los labios de nuevo, pero me arrepiento enseguida del acto reflejo. Porque no estoy segura. No estoy segura en absoluto.

Después me acuerdo de Griffin. Y del dinero. Y de que estoy desesperada.

Y sí, también me acuerdo de esas chispas aterradoras a la par que intrigantes que me corren por las venas. No debería desearlo. De hecho, debería salir corriendo por la puerta antes de que todo se desmorone a mi alrededor otra vez.

Pero no lo hago. En cambio, clavo la vista en el suelo y susurro:

—Sí. Es justo lo que quiero.

Wyatt se queda callado, de modo que levanto la vista con la esperanza de que capte mi determinación, pero no veo la menor muestra de simpatía ni de amabilidad en su cara. Al contrario, lo que veo es rabia. Luego resopla y dice:

—¿A qué coño estás jugando ahora?

Al oírlo, sé que he cometido un error espantoso, garrafal.

—No estoy jugando —protesto, pero me sale una voz temblorosa

en vez de firme—. Es que necesito...

—¿El qué? —me pregunta—. ¿Qué puedes necesitar de mí?

La dureza de su voz se me clava como un cuchillo y me estremezco. Quiero explicarme, pero cuando noto que se me llenan los ojos de lágrimas, sé que es imposible que pueda mantener la compostura.

—Lo siento —susurro mientras me doy media vuelta para salir corriendo—. No debería haber venido.

Salgo en tromba por la puerta al callejón justo cuando empiezo a llorar como una Magdalena. Y cuando la puerta de acero se cierra de golpe, me apoyo en la pared de ladrillo y me obligo a respirar despacio mientras la sangre me corre por las venas y las imágenes de esas fotografías y de su autor me llenan la cabeza.

La verdad, es todo culpa mía. ¿En qué estaba pensando? Debería haber dado media vuelta en cuanto me di cuenta de que el casting era para Wyatt. Debería haber echado a correr como alma que lleva el diablo sin pensármelo siquiera.

En cambio, me he quedado, ansiando una muestra de reconocimiento de un hombre que salta a la vista que no quiere verme ni en pintura.

Algo que no debería importarme. Al fin y al cabo, si alguien es capaz de poner mi estructuradísima vida patas arriba es Wyatt. Es la tentación personificada, y cuando estoy cerca de él, mi autocontrol se desvanece.

Y nunca sale nada bueno de eso.

Nada que dure, al menos. Me hizo sentir bien, desde luego. Tanto que el recuerdo de sus caricias sigue alimentando mis fantasías, tan potentes ahora como lo fueron hace más de diez años.

Pero aquellas caricias eran prohibidas, y los momentos que pasamos juntos, robados. Sabía que estaba desobedeciendo las

reglas, pero me daba igual. ¿Qué podían hacer las amenazas de castigo contra la realidad de sus besos? ¿De sus dulces caricias?

Hizo trizas mi autocontrol. Me hizo olvidar las objeciones. Me pulverizó la voluntad. Y aunque quiero echarle la culpa, sé que, en realidad, solo fue mía.

Quería ser mala... De hecho, quería ser mala con Wyatt.

Incluso en aquel entonces sabía que tendría que pagar por ello. Estaba claro. Siempre toca apoquinar cuando desobedeces las reglas. ¿No me habían criado con esa letanía? ¿No me la habían grabado a fuego en el alma?

Pero, hasta Wyatt, nunca la había puesto a prueba.

A lo mejor no lo creía.

A lo mejor creía que podía escapar del destino.

Sin embargo, el karma es un corredor de apuestas metomentodo y agresivo, y cuando se la juegas, se cobra lo que le pertenece.

Llevo años ahorrando para pagar esa deuda. Y quince mil dólares ayudarían mucho a reparar el mayor error de mi vida.

O podrían haber ayudado. Pero he salido corriendo y con ello he destruido la única oportunidad que tenía de reunir semejante cantidad en tan poco tiempo.

Se me encoge el estómago y siento la bilis en la garganta cuando esa verdad me abruma: he salido corriendo.

No solo le he dado la espalda a la oportunidad de reunir el dinero, sino que me he alejado a toda prisa de ella.

¿Tan patética soy? ¿Tan frágil que me hago añicos bajo la frialdad de su voz o de su mirada?

Al fin y al cabo, ¿qué me esperaba? ¿Que íbamos a mirarnos con los ojos como platos por la sorpresa y a atravesar de un salto el

estudio repleto de flores para abrazarnos mientras se oía música de fondo?

¿Que nuestro pasado se borraría por arte de magia y que un coro de pajarillos trinaría para anunciar nuestra alegría?

Ni de coña.

Debería haberme quedado. Debería haberlo mirado a la cara, decirle que había ido por el trabajo y repetirle con voz firme que el pasado daba igual. Una y otra y otra vez, todas las veces que hiciera falta para que él se olvidara de todo lo sucedido y me contratara sin más.

Porque no he venido a Santa Mónica a ver a Wyatt Segel o a W. Royce o como leches se haga llamar. No he venido por un deseo oculto de desnudarme delante de una cámara. Y desde luego que no he venido por el cosquilleo que me invade cada vez que lo tengo cerca.

He venido únicamente por el dinero. Por Griffin.

Y ni de coña voy a dejar que la mirada glacial de Wyatt me haga salir por patas.

Necesito el trabajo y él necesita una modelo. De modo que voy a hacerlo. Puedo hacerlo y lo haré.

Con el discursito motivador en la cabeza, me doy la vuelta y abro la pesada puerta de acero. Chirría y, cuando atravieso el umbral, Wyatt se da la vuelta y me mira.

Está de pie delante de una pared decorada con decenas de fotografías cubiertas con telas blancas. Sé lo que ocultan las telas: imágenes de mujeres como yo, con su cuerpo desnudo en alguna pose provocativa. Y por un brevísimo instante respiro mejor. Pronto esas mujeres estarán expuestas ante los ojos del mundo, pero,

hasta ese momento, Wyatt las ha tapado. Las está protegiendo. Está protegiendo su honor.

Y seguro que un hombre que hace algo así también me protegerá a mí.

Carraspeo y esbozo una sonrisa trémula.

—No debería haber salido corriendo.

De inmediato, la mirada recelosa de Wyatt se esfuma, reemplazada por algo que casi parece esperanza.

Alentada, continúo a toda prisa.

—Es que necesito el trabajo de verdad y has dejado muy claro que no querías verme y...

—Entiendo. —Wyatt se me estaba acercando, pero se detiene y mete las manos en los bolsillos. Se pone tenso. Ya no se le ve esperanzado; como mucho, hostil.

Me entra la vergüenza y quiero darme de tortas por ser tan tonta. Me estaba disculpando por haber salido corriendo hace doce minutos. Pero es evidente que Wyatt creía que me estaba disculpando por lo sucedido hace doce años.

Seguro que me echa. Que me dice sin rodeos que aquí no se me ha perdido nada.

Pero no dice nada de eso. Se limita a mirarme tan fijamente que estoy convencida de que me ve hasta el alma.

Me muevo inquieta mientras me observa, y me siento expuesta, desnuda y en carne viva. Quiero explicarme. Quiero decirle lo confundida que estaba. Lo mucho que significaba para mí. Lo mal que lo hice. A cuántas personas herí.

Pero no puedo. No me salen las palabras. Solo consigo tomar un poquito de aire antes de susurrar su nombre:

—Wyatt...

—No voy a contratarte, Kelsey. ¿De verdad esperabas que lo hiciera?

—No... No sabía que eras tú —admito.

—Pues ya lo sabes. —Hace ademán de darse la vuelta, dándome largas.

—¡Joder, Wyatt!

Se detiene. Pone los ojos como platos y creo que le sorprende tanto como a mí que haya soltado un taco. La adolescente que llevo dentro siente un escalofrío, pero mi padre no está aquí. Solo está Wyatt y mi arretrato al menos le ha llamado la atención.

—Necesitas una modelo —le digo—. Yo necesito el trabajo.

—No es un trabajo para ti, Kelsey. Los dos lo sabemos.

Levanto la barbilla.

—No me conoces en absoluto.

—No, no te conozco, aunque creía que sí —añade, y sus duras palabras me hacen dar un respingo—. Pero te conozco lo suficiente para saber que esta no eres tú. —Señala las tres fotografías sin cubrir—. Ni esta —añade al tiempo que quita dos telas más para mostrar las provocativas fotos de dos mujeres totalmente desnudas, pero que miran a la cámara sin rastro de vergüenza, como si fueran las dueñas del mundo y de todo lo que alberga—. Y mucho menos esta —sigue diciendo mientras descubre otra fotografía, en esta ocasión de una modelo con lencería blanca y virginal, y con las muñecas y los tobillos atados con cintas rojas, y la cara demudada por el éxtasis—. ¿O me equivoco? ¿Es eso lo que quieres de verdad, Kelsey? ¿O solo has venido a por otro trozo de mí?

«¿Otro trozo de mí?» No sé a qué se refiere, pero tampoco le

pregunto. No puedo. Estoy demasiado distraída por los latidos de mi corazón, que va a mil por hora, y no solo por las oleadas de rabia desatada que brotan de él, sino también por las imágenes que ha descubierto. Mujeres atrevidas. Mujeres descaradas.

Mujeres intrépidas que piden lo que desean y lo obtienen. Pero esa no soy yo. Nunca lo he sido. ¿Cómo puedo serlo cuando sé perfectamente el precio que tendría que pagar?

— ¿Y bien? —me pregunta Wyatt y, como sigo callada, resopla—. Como he dicho, no eres tú.

Sus palabras me indignan.

—¿De verdad has dicho eso? ¿De verdad me estás diciendo que debería sentirme avergonzada por querer posar para ti? ¿Estás diciendo que esas mujeres deberían sentirse avergonzadas de su cuerpo? ¿De sus emociones?

—¿Avergonzada? —Parece sorprendido de verdad—. Joder, no.

—¿A qué te refieres entonces?

Camina hacia mí esbozando una sonrisilla. Se detiene a menos de un metro. Está tan cerca que la cabeza me da vueltas. Cuando estira el brazo, casi retrocedo un paso, pero me obligo a permanecer inmóvil. Es una prueba, no me cabe la menor duda. Y estoy decidida a pasarla.

Aun así, soy incapaz de contener el suspiro que me abandona cuando me aparta el pelo de la cara y me roza la oreja con un dedo. Siento la caricia en lo más hondo y tengo que apretar los labios para no gemir.

Despacio, me desliza un dedo por el mentón y baja por la garganta y más allá, hasta que dejo de respirar y me cuesta la misma vida quedarme quieta y no salir corriendo.

—Lo que digo —contesta mientras sube por la curva de un pecho — es que no creo que seas capaz de soportarlo.

—Soy capaz —le aseguro, aunque la voz me sale temblorosa, nada firme.

—¿En serio? ¿La maestra de educación infantil tiene un lado salvaje? ¿La bailarina va a abandonar el ballet por algo más exótico?

—¿Cómo sabes que...?

Sin embargo, habla como si yo no lo hubiera hecho.

—¿Estás dispuesta a hacer esto? —Me pone las manos en los hombros y se coloca detrás de mí, de modo que los dos miramos las fotografías expuestas—. ¿De verdad te vas a desnudar delante de la cámara? ¿Delante de mí? —Me baja las manos por los brazos y eso hace que me cueste concentrarme en sus palabras, que quedan sofocadas por los atronadores latidos de mi corazón—. Y no solo mostrarás el cuerpo, sino lo que llevas dentro. ¿Estás dispuesta a mostrar ese fuego? ¿Esa pasión? ¿A exponerte de esa manera, abierta y vulnerable, a los ojos de cualquiera que se ponga delante de las fotos? Y a mí, Kelsey, a mí también. ¿Soportarás saber que te veré expuesta y vulnerable? Y no solo verte. ¿Te das cuenta de que soy yo quien te va a llevar a ese estado?

La idea me aterra..., pero no puedo negar que el terror está teñido de algo más. Algo que me da miedo, pero que también me resulta excitante.

—Soy capaz. —Tengo la boca tan seca que me cuesta pronunciar las palabras—. No soy la misma chica que conociste.

—¿Ah, no? —Me pone las manos en las caderas, con los dedos rozando el pubis.

Mi piel está caliente bajo sus dedos, pero es el ardor que se me concentra entre los muslos lo que me pone en desventaja, y aunque intento concentrarme, sé sin lugar a dudas que, si este duelo se va a decidir gracias a la cabeza fría y a la lógica, lo voy a perder.

No es una idea agradable y me obligo a pensar en Griffin. En el pasado. En el dinero que tengo que reunir. Incluso en la lista de la compra. En cualquier cosa que me ayude a desentenderme de lo que me provocan las caricias de Wyatt. Porque creo que tal vez siga habiendo algo entre nosotros.

Y creo que tal vez quiera que lo haya.

Y no son pensamientos que debería tener, la verdad.

—Mis modelos tienen que ser excepcionales. No solo mostrar pasión, sino sentirla. Y esta última mujer que estoy buscando tiene que ser sincera con sus emociones. Con su deseo. Ella es el eje central. La más fuerte y la más vulnerable.

—Puedo enfrentarme a cualquier cosa —le digo con la esperanza de parecer más segura de lo que me siento en realidad.

—Eso dices, pero no me convences.

Sigue a mi espalda, de modo que me doy la vuelta para mirarlo, sorprendida y cabreada por una acusación tan a la ligera.

—¿Así fueron los castings de las otras mujeres? —le pregunto—. ¿Las tocaste? ¿Las acariciaste y les susurraste al oído? Porque me da a mí que no.

—No te equivocas —contesta, sorprendiéndome.

—Así que me estás castigando.

Sus ojos no se apartan de los míos al decir:

—A lo mejor sí.

Siento una opresión en el pecho y me arrepiento enseguida de

haber azuzado a la bestia. No esperaba que lo admitiera y ahora estoy mirando de frente un pasado en el que no quiero pensar, y mucho menos diseccionar.

Tomo una honda bocanada de aire.

—Pues deja de hacer el imbécil. Yo necesito el trabajo y tú necesitas una modelo. Si me rechazas, estarás perjudicando tu exposición.

Levanta la ceja izquierda, un truco que antes me resultaba sensual e irresistible. Ahora solo siento pánico. Y no solo porque necesito el trabajo y temo que vaya a despacharme. No, el verdadero origen del pánico es mucho más profundo. Mucho más inesperado. Y muchísimo más aterrador.

Es Wyatt. Son las chicas de la pared. Y es este torbellino de emociones que gira en mi interior y que ni entiendo ni quiero analizar.

Cuadro los hombros, obligándome a no perder de vista el objetivo. El trabajo. El cheque.

—Vale. Castígame todo lo que quieras. Pero dame una oportunidad. Puedo hacerlo.

Se pasa los dedos por el pelo y ya no parece enfadado. En cambio, sí parece dolido. Derrotado. Y sé que todo es culpa mía. Porque me dio su corazón y sé que se lo destrocé.

—Puedo hacerlo —repito, como si así pudiera convencerlo—. Solo necesito...

—¿Puedes? ¿La dulce Kelsey Draper? Si casi te has desmayado al soltar un taco hace un momento. No me creo que seas capaz de exponerte tal como yo necesito.

—Puedo hacerlo. Solo tienes que creer en mí.

—No creo en ti.

—Pues deja que te lo demuestre.

—¿Cómo?

Esa es una pregunta buenísima, pero no tengo respuesta. Entonces, de repente, recuerdo la despedida de soltera a la que me arrastraron el año pasado.

—¿Conoces el X-tasy?

—¿El club de estriptis que hay en Van Nuys? —Pone expresión guasona—. Me suena de algo.

—Esta noche. A las nueve en punto.

—¿Por qué...?

—Tú ve. Y llévate un boli. Porque querrás que firme el contrato allí mismo.

—Espérate sentada —me dice al tiempo que da un paso hacia mí; siento que me recorre una agradable a la par que inoportuna calidez.

Retrocedo un paso en un inútil intento por mantener la cabeza fría, pero él da otro hacia delante.

—Estoy bajo mucha presión, Kelsey —dice inclinándose hacia mí—. Necesito a alguien que no me vaya a fallar.

Me obligo a mantener la cara impasible. Lo tengo justo delante y si da otro paso me habrá acorralado contra la pared.

—Puedes confiar en mí —le aseguro, pero en vez de parecer firme y decidida, parezco abrumada y jadeante.

—El pasado sugiere lo contrario.

Esas duras palabras me golpean como un mazazo, pero controlo el impulso de estremecerme. O, peor, de salir corriendo de nuevo por la puerta.

Claro que eso ya lo he hice, ¿no? Me fui. Salí corriendo. Y no eché la vista atrás.

—Han pasado doce años —le suelto sin saber si estoy más cabreada con él o conmigo—. No te debo ninguna explicación.

—Me parece bien —admite con frialdad—. Yo no te debo un trabajo.

—No, cierto. Pero necesitas una modelo. Y yo puedo hacerlo. Eres idiota si no me dejas demostrártelo.

—Me han dicho cosas peores.

Tomo aire para calmarme.

—Por favor —le suplico—. Esta noche. A las nueve. No te decepcionaré.

Ladea la cabeza y me observa en silencio.

—Ya lo hiciste, Kelsey. Hace mucho tiempo.

Doce años antes

—Ese es —susurró Grace—. El alto con el bañador verde oscuro. ¿A que es el tío más bueno que has visto en tu vida?

—¡Madre mía! Está para comérselo. ¿De verdad has hablado con él?

—Me dejó colarme cuando entré para comprar una Coca-Cola Light —contestó Grace con una voz que parecía que la hubiera bendecido el Papa.

—¡Venga ya! —chilló Marsha.

—¡Que sí!

Dos mesas más allá, Kelsey Draper mantenía la cabeza gacha con la esperanza de que Grace Farmer y Marsha Greene no miraran y la pillaran cotilleando lo que decían cuando supuestamente debería estar limpiando las mesas de la piscina.

Por regla general, no les hacía caso a los hijos de los socios. Al fin y al cabo, formaba parte del personal de las instalaciones y, en el mundo del club de campo Pacific View, los trabajadores y los socios no se relacionaban. Pero Grace estaba hablando del chico nuevo, en el que ella ya se había fijado esa mañana mientras trabajaba en la barra del bar. Ya puestos, todo el mundo estaba hablando del chico nuevo y de su familia, pero Kelsey todavía no tenía todos los detalles.

Eso sí, el chico tenía algo. Sus miradas se habían encontrado mientras ella le rellenaba el termo de uno de los golfistas y él estaba apoyado en la ventana, seguramente esperando a su padre. No sería más de un segundo, pero había sentido una especie de descarga eléctrica por todo el cuerpo.

La sensación la había revitalizado y el efecto le había durado horas. Cálido y reconfortante, como una hogaza de pan recién sacada del horno. Pero con un puntito exótico y picante, como la comida india que a su madrastra le encantaba, esa que estaba tan buena a pesar de que tenía demasiadas especias.

En resumen, que había provocado en su interior una tormenta de sensaciones. Agradable, sí, pero molesta al mismo tiempo.

Desde luego no era precisamente algo que estuviera acostumbrada a sentir. Ni por asomo.

Así que quería saber más. Y ya que Grace y Marsha eran famosas por averiguarlo todo sobre todo el mundo, no podía alejarse de ellas en ese momento. Porque se perdería la oportunidad de oír lo que fuera que hubieran averiguado sobre él.

Alzó la cabeza lo justo para mirarlo de nuevo. Acababa de salir de la parte profunda de la piscina y se había puesto en la cola para tirarse del trampolín. Su cuerpo moreno brillaba bajo el sol de Santa Bárbara. Mientras lo miraba, él levantó un brazo y se pasó los dedos por el pelo, que en ese momento parecía oscuro, pero que ella ya sabía que era castaño claro cuando estaba seco.

Supuso que sería un año mayor que ella más o menos, dieciséis o diecisiete, tal vez. Nunca había experimentado una descarga semejante a la que sintió cuando sus miradas se encontraron.

Por un instante, cerró los ojos y dejó que el recuerdo la invadiera

de nuevo, tan dulce, emocionante, aterrador y asombroso. Quería saborearlo, porque sabía al cien por cien que con ese chico lo único que compartiría sería esa mirada, pues los separaba la barra del bar.

—¡Draper! —gritó el encargado, devolviéndola al presente. Kelsey dio un respingo, avergonzada al darse cuenta de que había dejado de limpiar y estaba inclinada sobre la mesa, sumida en sus pensamientos—. ¿Es la hora de la siesta o qué?

—¡Lo siento, lo siento! —Roció de nuevo la mesa con limpiador y empezó a pasarle el paño con gran entusiasmo, como si estuviera tratando de quitar una mancha particularmente difícil. Con los ojos clavados en la mesa, afinó de nuevo el oído para seguir la conversación de las chicas.

—¿De verdad no sabes quién es? —decía Grace.

—¡Corta el rollo ya! Dímelo.

—Es Wyatt Segel. ¿Te lo puedes creer?

Kelsey alzó la vista un instante, a tiempo de ver cómo Marsha negaba con la cabeza a la vez que torcía el gesto y fruncía el ceño.

—¿Quién es ese?

—¡Madre mía! ¡Ni que vivieras en una cueva! Es famosísimo. Bueno, su familia.

Marsha hizo un mohín.

—Bueno, es muy mono y tal, pero nunca lo he visto en ningún sitio.

—A él no, pero a su abuela sí. Y a su madre también. Es guionista o no sé qué. Pero su abuela sí que es famosa. Es Anika Segel.

—¿Quién?

—En serio, lo tuyo es de vivir en otro planeta. ¿De verdad no

sabes quién es Anika Segel?

Kelsey no alcanzó a oír la respuesta de Marsha porque una pareja sentada en la zona más alejada de la terraza la llamó para que limpiara el vino que habían derramado. Claro que no le hacía falta oír nada. Sabía quién era Anika Segel, la actriz preferida de su madrastra y una de las grandes actrices de la época dorada de Hollywood. La había visto muchísimas veces en televisión, pero nunca había pensado en ella como en una persona de carne y hueso, alguien con casa, familia e incluso perro.

Mientras llevaba el paño empapado de vino al cubo de la limpieza, siguió reflexionando sobre la familia. Kelsey no había conocido a sus abuelas y su madre había muerto cuando ella tenía dos años. Se preguntó qué sentiría Wyatt al tener una abuela famosa. Sería duro, supuso. Ni siquiera podía mantenerse en el anonimato durante su primer día en un sitio nuevo. Pero fácil también, porque la gente le hablaría y lo encontraría interesante.

A ella nadie la encontraba interesante. ¿Por qué iban a hacerlo? Era una adolescente que se levantaba por las mañanas, se iba a trabajar con su padre y volvía a casa. Tres noches a la semana asistía a clase de baile, pero era la única del grupo que se lo tomaba en serio y que quería seguir estudiando. Las demás chicas solo iban para mirarse en los espejos.

Kelsey no entendía cómo podían ser tan desdeñosas. En su caso, tenía que hacer un gran esfuerzo para asistir a clase. Había tenido que convencer a su padre de que el maillot y las medias tenían un propósito. De todas formas, tuvo que prometerle que se pondría una falda encima durante las clases, ya que era la única manera de que le permitiera asistir.

—Las mujeres no deberían enseñar tanto el cuerpo —insistió el padre—. Puede pasar cualquier cosa.

—Voy a estar en una habitación llena de chicas.

—Al final se está convirtiendo en un hábito.

—En el hábito de bailar, papá. Bailar no tiene nada de malo.

—¿Lo ves, cariño? Dices que te trato como si fueras una niña pequeña, pero cuando dices este tipo de cosas me demuestras que todavía eres muy joven. Bailar tiene muchas cosas malas y las descubrirás antes o después.

—Entonces ¿por qué me dejas ir a clase? —Se arrepintió de inmediato de la pregunta, aterrada por la posibilidad de que le prohibiera asistir a sus adoradas clases.

—¿Cómo vas a aprender si no lo que está bien y lo que está mal? Tienes que aprenderlo. Debes tenerlo bien claro. No puedes crecer como tu madre. Con una mujer así... En fin, la gente sufre. Pero te quiero, vida mía. Te quiero mucho y me preocupo por ti. Así que no te preocupes, cariño. Papá siempre estará a tu lado para ayudarte.

Un lagrimón le resbaló por la mejilla a Kelsey y la sorpresa la devolvió al presente. Se había pasado la vida entera deseando conocer a su verdadera madre, pero solo tenía dos años cuando ella murió y, en muchos sentidos, le parecía un personaje mítico. Alguien distante e imaginario.

Leonard Draper se casó con Tessa dos años después y la familia aumentó con el niño que ella tenía. A efectos prácticos, Kelsey siempre había considerado a Tessa su madre y a Griffin, su hermano. Al fin y al cabo, solo tenía cuatro años cuando Tessa y su padre le pusieron a Griffin en los brazos y le dijeron que acababa de

convertirse en su hermana mayor, con todas las responsabilidades que eso conllevaba.

«¡Griffin!»

Miró el reloj y comprobó que llegaba tarde, así que se mordió el labio para evitar el taco que había estado a punto de soltar. A su padre le daría un ataque si la oía decir palabrotas y, aunque ya tenía casi dieciséis años, había ciertas cosas por las que seguramente aún pudiera darle un guantazo.

—¡Mi turno ha acabado! —gritó mientras se arrancaba el delantal y se lo entregaba a un compañero que limpiaba las mesas y se sobresaltó—. ¡Hasta mañana!

Su padre estaba trabajando ese verano como paisajista temporal en los jardines del club de campo, lo que significaba que ella había podido entrar a trabajar como camarera. Tessa no trabajaba, porque Leonard decía que debía ser el hombre quien llevara el dinero a casa para su mujer, pero aunque Tessa estaba en la casa, su padre no quería que Griffin estuviera todo el verano sin hacer nada.

—Ya tiene doce años. No puede pasarse todo el día con mamá porque va a acabar convertido en un mariquita. Mi hijo no.

De ahí que hubieran matriculado a Griffin en las clases de tenis del club de campo, aunque en realidad no pudieran permitirselo. Y como el turno de Kelsey acababa veinte minutos antes que las clases de su hermano, era la responsable de ir a buscarlo y de llevarlo a casa sano y salvo.

Trabajo para ella, clases para él. Sabía que eso debería enfurecerla, pero al menos podía salir de casa. Y al menos el dinero que ganaba era todo suyo, aunque no se lo gastara, claro. Lo estaba ahorrando para irse a estudiar baile a una academia de

Nueva York cuando se graduara. Quería subir a los escenarios. Ser una bailarina de prestigio. Y al final su padre entendería que lo que hacía era crear belleza y que eso no tenía nada de malo.

Así que ¿cómo iba a enfadarse por las clases de tenis de Griffin cuando ella estaba trabajando por su futuro? Además, adoraba a Griff, aunque fuera un hermano pequeño irritante. Ver su carita alegre todos los días era una de las cosas que más le motivaba.

Atravesó a la carrera la verja que rodeaba la zona de la piscina y siguió en paralelo hasta el centro recreativo. Acababa de doblar la esquina para enfilar el camino que llevaba a las canchas de tenis cuando se dio de bruces con algo duro, trastabilló y acabó cayéndose al suelo, avergonzada.

—¡Ay, Dios! Lo siento mucho —dijo una voz melodiosa que flotó sobre ella, aliviándola sin ni siquiera tocarla—. ¿Estás bien?

Kelsey alzó la vista y lo primero que vio fue la mano que alguien le tendía. La aceptó y la corriente eléctrica que la recorrió al instante la habría tirado al suelo de no haber estado ya desmadejada.

¡Era él!

Lo supo antes incluso de ladear la cabeza para poder mirarlo a la cara. Antes de ver esos ojos tan claros, esa sonrisa insegura en los labios.

Tiró de ella con suavidad para ayudarla a ponerse en pie y Kelsey jadeó cuando le rodeó la cintura con la mano libre para sujetarla.

—¿Trabajas en el bar?

—Eh... Lo siento, ¿qué has dicho?

La miró con los ojos entrecerrados.

—¿Seguro que estás bien?

«Creo que no volveré a estarlo en la vida.»

—Claro. Sí. Bueno, mi ego está más magullado que mi trasero. —
Se apartó de él y se alejó. Se arrepintió al instante de haber cortado el contacto, pero le alegró ver que recuperaba el sentido común—. No miraba por dónde iba. Tenía prisa.

—Me he dado cuenta. Deben de estar esperándote en algún lado.

—Sí. Tengo que recoger a mi hermano.

Él asintió con la cabeza.

—Qué pena.

—¿Qué pena?

La sonrisa que él esbozó dejó unos hoyuelos a la vista.

—Eso significa que no tienes tiempo para comerte unas patatas fritas conmigo.

—Ah, es que... —Se tragó las palabras mientras el pánico la invadía. No sabía cómo hablar con él. No sabía cómo hablar con los chicos en general, mucho menos con los que le provocaban esas sensaciones. Unas sensaciones que no debería experimentar. Porque sabía que su padre le diría que eran peligrosas para una chica—. Lo siento —logró murmurar por fin, con la vista clavada en sus pies—. Llego tarde. De verdad que tengo que irme.

Y salió disparada sin mirar hacia atrás a propósito. Sin pensar en él.

Pero esa sonrisa y esos hoyuelos se le quedaron grabados en la memoria.

El agudo pitido de un claxon me devuelve a la realidad y doy un volantazo para esquivar por los pelos el BMW que se me acercaba por la izquierda cuando intentaba cambiar de carril.

Aprieto con fuerza el volante, con el corazón a mil por hora, mientras maniobro con mucho tiento mi Mustang descapotable de 1969 para cruzar dos carriles y entrar en el aparcamiento del Ralphs. Aparco, apago el motor y entierro la cara entre las manos.

«¿Qué leches me pasa?», me pregunto. Soy una conductora prudente, siempre lo he sido. No mando mensajes, no hablo por teléfono ni me quedo ensimismada mientras conduzco. Fui a la autoescuela. Vi los vídeos de educación vial. Sé lo que pasa cuando no tienes cuidado al volante. Y desde luego que no soy de esas personas que creen que nunca les va a pasar nada malo.

Al fin y al cabo, sé de primera mano que no es verdad. Ya cabreé al destino una vez, no me apetece repetir la experiencia.

Por no hablar de que Griffin restauró este coche él mismo y de que me lo regaló por mi vigésimo quinto cumpleaños. Con la pintura azul cielo, los detalles cromados y los asientos de cuero blanco, es el coche más bonito que he visto en la vida. Así que ni de coña voy a arriesgarme a hacerle un arañazo, mucho menos a tener un accidente. Le puse de nombre *Blue*, por su color azul, y lo cuido con

esmero. Mantenimiento habitual. Limpieza mensual. Y nada de conducción temeraria.

Griffin siempre me dice que no dejo que *Blue* desarrolle todo su potencial, aunque suele decírmelo tras un par de copas y mirándome con los ojos entrecerrados. Pero paso de él. Paso de lo que me dice del coche y también de mi vida.

Así que, pese a las numerosas protestas de Griffin de que el motor es para morirse y de que debería llevármelo al desierto, ponerme un pañuelo en el pelo y bajar la capota, creo que *Blue* y yo nos las apañamos muy bien.

O lo hacíamos hasta que casi estampo el coche contra el lateral del BMW plateado. Pero no ha sido culpa mía. No en el fondo.

El casi accidente ha sido culpa de él.

De Wyatt.

Una vez más, lo tengo metido en la cabeza. Una vez más, me ha hecho perder el control.

«Es peligroso», me digo. Para mí, para mi corazón y para todos los que me rodean.

Suspiro y echo la cabeza hacia atrás para apoyarla en el asiento de cuero. He apagado el aire acondicionado y el sol me calienta, y eso me recuerda al verano anterior a que cumpliera los dieciséis.

Fui muy feliz, deliraba de felicidad. Al menos hasta que dejé de hacerlo.

Y aquí estoy ahora, depositando mis esperanzas en las manos de un hombre del que sé muy bien que debería huir.

Pero no puedo.

Y la verdad más horripilante y secreta es que ni siquiera sé si quiero.

—Kelsey —digo con la vista clavada en el cielo—, estás fatal.

Frunzo el ceño. Para ser más específica, estoy fatal y a punto de desnudarme delante de un montón de hombres que me mirarán boquiabiertos.

Desde luego que estoy loca.

Decidida, pero loca.

Me enderezo y cojo el móvil para llamar a Nia. No solo tengo que echarle la bronca por no decirme que W. Royce es Wyatt Segel, sino que también necesito sus consejos estilísticos. Porque, pese a todos los recitales de danza que he hecho a lo largo de mi vida, no sé qué traje ponerme teniendo en cuenta que me lo voy a quitar.

Por desgracia, me salta el buzón de voz y, tras dejar un mensaje, devuelvo el móvil al bolso.

«¿De verdad voy a hacerlo?», me pregunto.

La pregunta me resuena en la cabeza y la respuesta me llega muy rápido: «Sí, voy a hacerlo».

Y será mejor que Wyatt aparezca. Porque si no está entre el público se me acabó la suerte.

Hago una mueca mientras extendiendo la mano hacia las llaves, que siguen en el contacto. Es hora de volver a casa, de planificar la coreografía, de escoger un traje y de ponerme a hiperventilar.

«Si papá pudiera verme ahora...», pienso.

La idea me estalla en la cabeza, como una molestia que lleva ahí desde que le solté mi plan a Wyatt. Como una piedrecita en un zapato. Siempre ahí, pero unas veces hace más daño que otras.

Claro que mi padre no puede verme. Mi padre está en Georgia, trabajando como paisajista para la promotora con la que lleva ya más de una década. Así que no puede saber de ninguna de las

maneras lo que hago, y menos que me desnudo. Y si lo averiguase alguna vez...

En fin, si eso pasa, ya tendré el dinero y Griff estará en el ensayo clínico, y yo aguantaré su chaparrón desaprobatorio.

Claro que no me sienta bien mentir. Es otra de las cosas que nunca hago, porque todavía recuerdo demasiado bien el cinturón de mi padre. Aunque, en este caso, no estoy mintiendo. Solo he decidido no contárselo.

Pongo los ojos en blanco, enfadada conmigo misma. Mi padre ni siquiera está en el mismo estado que yo y sigo inventándome excusas. Claro que no me sorprende. Lo de esta noche me tiene muy nerviosa y la cabeza se me va para donde quiere. Cualquier cosa con tal de no pensar en mi baile sensual... ni en el hombre para quien actuaré.

Estoy a punto de ponerme en marcha y volver a casa cuando suena el móvil. Dejo el coche en punto muerto y meto la mano en el bolso, convencida de que es Nia.

Pero no lo es. Es un número desconocido y, como he rellenado solicitudes de empleo en tres academias de danza del Valle, contesto con voz cantarina:

—Kelsey Draper.

—No sé si es buena idea —dice Wyatt, como si ya estuviéramos en mitad de la conversación.

—Seguramente no lo sea —admito—. Pero necesito el dinero y es la mejor idea que se me ha ocurrido.

—Mmm —musita él, aunque es más un suspiro, y parece un poco triste.

Intento quedarme callada, a la espera de que él continúe, pero

soy incapaz de mantener la boca cerrada.

—Vas a venir esta noche, ¿verdad? A verme bailar.

—¿Por qué me dejaste tirado? En Santa Bárbara. ¿Por qué huiste?

La pregunta me pilla tan de sorpresa que me echa hacia atrás en el asiento. Me quedo bloqueada un segundo antes de contestar en voz baja:

—¿De verdad importa? Ya me he disculpado.

Se echa a reír con una carcajada cruel.

—Ni siquiera ahora eres capaz de asumir lo que hiciste. O a lo mejor es que sigues con el mismo jueguecito de entonces.

—¿Qué jueguecito? —le pregunto al recordar su extraño comentario de antes—. ¿De qué hablas?

—Es mejor que no sigamos por ahí, Kelsey. Si vamos a hacerlo, al menos tenemos que ser sinceros.

—¿Hacerlo? —replico cabreada—. ¿Me estás diciendo que me vas a contratar? Porque, si no es así, no sé a qué te refieres con «hacerlo».

No me contesta y en esta ocasión soy yo quien resopla.

—¿Sabes qué? —le suelto, y la ferocidad de mi voz crece por la irritación—. Estás siendo muy injusto y un hijo de... Estás siendo un capullo, vamos —digo a toda prisa antes de que pueda replicar—. Puede que yo metiera la pata entonces, pero tú tampoco fuiste un angelito. Tú también metiste la pata.

No se oye ni un solo ruido al otro lado. Ni un atisbo de incredulidad. Ni de risa. Ni siquiera de respiración.

Me aparto el móvil de la oreja para mirar la pantalla, porque por

un segundo creo que me ha colgado. Pero la llamada sigue y tengo cuatro barras de cobertura.

—¿Hola? —digo.

Su respuesta es una única palabra que parece frágil dado el peso de la conversación:

—¿Cómo?

No debería decir nada. Lo sé. Pero ahora que he vuelto a verlo, los recuerdos están a flor de piel. Y duelen.

Así que, en contra del sentido común, susurro:

—Cuando me marché, ni siquiera hiciste el intento de ir a buscarme.

Lo oigo tomar aire, pero no habla.

—¿Wyatt?

—¿A las nueve? Es la hora que dijiste, ¿no?

—¿Eso quiere decir que vas a venir?

—Supongo que ya lo veremos —responde, y corta la llamada.

Supongo que ya lo veremos.»

Horas más tarde, esas palabras me resuenan en la cabeza mientras ando de un lado para otro por la atestada zona de entre bastidores que hace las veces de camerino en el X-tasy. Somos cinco bailarinas y estamos apretujadas, rodeadas de espejos empañados, luces tenues y los efluvios estancados de sudor, aceite corporal y desesperación. Al otro lado del telón negro, la música suena a toda pastilla mientras la primera concursante meneea el cuerpo ahí fuera.

He estado aquí una sola vez antes, pero nunca entre bastidores. Una amiga de Nia llamada Gerrie, una diseñadora de moda en apuros, estaba a punto de casarse con el abogado que había negociado su contrato con uno de los canales de televenta. Dado que Nia se encargaba de la despedida de soltera, nos arrastró hasta el X-tasy durante la Hora de las Chicas Malas Aficionadas y, una vez allí, convencieron a Gerrie para que se apuntara y participara, con la ayuda de cinco cosmopolitan y tres chupitos.

Gerrie había protestado mucho, pero al final se rindió y dijo que el dinero le vendría bien durante la luna de miel en Mónaco. Y también porque le había prometido a su futuro marido que le haría algunos de los numeritos que viera durante la despedida.

—Y porque también parece divertido, ¿no? —añadió Gerrie antes

de alejarse para rebuscar un traje en la bolsa de lencería que Nia había llevado para tal fin.

La observé, con un poco de envidia, mientras me decía que solo le tenía envidia porque estaba bailando, lo que más me gusta del mundo y para lo que apenas tengo tiempo a menos que esté dando clases en verano.

Pero era más que eso. Era la forma en la que los espectadores respondían y el subidón que sabía que ella estaría sintiendo debido a la energía de todas esas personas. Era la sensación de moverse a través del espacio, y de controlar dicho espacio y tu propio cuerpo, y de crear algo que otras personas consideraban sensual, provocador, excitante o bonito sin más.

Aunque, sobre todo, sentí envidia de que ella fuera capaz de hacer algo que yo no podía. De que hubiera admitido sin más que sería divertido bailar en ese escenario. Estar un poco borracha y desatada y pasárselo bien sin más. Estar expuesta y dejarse llevar.

Bailar con el propósito de excitar a un hombre.

La música se apaga y da paso a aplausos y silbidos. La voz del camarero reconvertido en maestro de ceremonias suena a través del equipo de sonido, animando a los hombres a depositar su voto en metálico en los cubos que las camareras del club pasan por las mesas.

En circunstancias normales, los hombres mostrarían su aprobación metiéndole los billetes en la tira del tanga a la bailarina, pero eso va en contra de las reglas de la hora de las aficionadas. Cada chica tiene asignado un cubo y quien tenga más dinero al final gana todo el bote.

Pienso ganar, claro. Aunque he venido para hacer el casting con

Wyatt, buscaré dinero donde sea hasta que hayan admitido oficialmente a Griffin en el ensayo clínico.

Además, en lo que se refiere al baile, puede que sea un pelín competitiva.

La música de la hora de las aficionadas suena de nuevo, una melodía electrónica muy desagradable, y un segundo después la chica que acaba de terminar atraviesa el telón.

Le brilla la piel por el sudor, pero sonrío, así que debo suponer que cree que lo ha hecho bien. Tiene piernas largas y esbeltas y cuerpo de bailarina, muy parecido al mío, y frunzo el ceño, porque puede que sea una rival directa.

También me doy cuenta de que está prácticamente desnuda, ya que se ha quedado casi sin nada, pero una nada minúscula, porque solo lleva un tanga negro.

Las mariposas que he tenido revoloteando en el estómago durante una hora se convierten en tejones que me arañan por dentro y se retuercen y se pelean.

«Creo que no puedo hacerlo. ¿Cómo narices voy a hacerlo?», me digo.

Tomo una honda bocanada de aire. Y luego, para asegurarme, otra. Porque puedo hacerlo. Puedo hacerlo y voy a hacerlo. Es por Griffin. Es por el dinero. Y lo único que tengo que hacer es no perder de vista el premio.

El maestro de ceremonias anuncia el nombre de la siguiente chica y, mientras ella sale pavoneándose al escenario al compás de los acordes de *Like a Virgin*, de Madonna, echo un vistazo en busca de Wyatt a través de un hueco del telón.

Si está entre el público, no lo veo; me abruma otra oleada

emocional.

Es decepción lo que siento.

Me llena las venas y se retuerce en mi interior. Me doblo por la cintura, estirando los cuádriceps mientras me digo que si estoy decepcionada es porque, si Wyatt no se presenta, quiere decir que no me va a dar el trabajo. De modo que la decepción es por el dinero. Es por Griff y por el ensayo clínico. Y por el hecho de que mi plan desesperado por atraerlo hasta aquí ha fracasado.

Me lo digo, sí, pero es mentira.

En realidad, estoy decepcionada por no volver a sentir sus ojos sobre mí. Por no experimentar ese cosquilleo cuando lo tengo cerca, como cuando no había nada triste entre nosotros.

Me traslado a un punto medianamente limpio del suelo y me siento estirando las piernas separadas y doblándome por la cintura hasta que apoyo la frente en la rodilla y tengo los dedos alrededor del pie. Mantengo el estiramiento, sintiendo esa placentera tirantez, ese resquemorcillo mientras se me despiertan los músculos, preparados para actuar.

Ya he calentado, por supuesto, pero necesito distraerme. Porque, por mucho que me guste fingir que esto lo hago solo por el dinero y por bailar, en realidad es por Wyatt. Claro que es por él. Y en lugar de huir de ese incómodo detallito, tengo que ser como Gerrie. Simplemente tengo que admitirlo.

Tengo que admitir que me excita estar cerca de él. Que echo de menos cómo me hacía sentir. Cómo solíamos reírnos.

A lo mejor solo fue una aventura de verano de adolescente, pero en su momento no me lo pareció. Y tampoco me lo parece ahora.

Así que esta noche voy a bailar para él. Para el Wyatt que

conocía. Para el chico que podría haber querido.

Voy a bailar para un recuerdo. Para la forma en la que me miraba con una mezcla de deseo y ternura cuando me desabrochaba despacio el vestido. Para la forma en la que me hacía sentir guapa, exótica y muy sensual incluso con las bragas blancas de algodón y el sujetador sin relleno.

«Admítelo, Kelsey», me digo. «Estás aquí por el recuerdo y por el hombre tanto como por el dinero.»

Y es verdad. Lo es.

Y eso no es bueno.

Nia me dijo más o menos lo mismo cuando me devolvió la llamada y yo intenté echarle la bronca por no decirme que W. Royce y Wyatt Segel eran la misma persona.

—¿El tío del club de campo de Santa Bárbara? ¿Con quien estabas la noche que...?

—Sí. ¿Quién si no? No puedo creer que no me lo dijeras.

—¡Oye, oye! Para el carro, guapa. Te juro que no lo sabía. ¿De verdad crees que te la habría jugado de esa manera?

Fruncí el ceño, porque tenía razón. No lo creía en el fondo. De todas las personas de mi vida, a excepción de Griffin, Nia es en quien más confío.

Nos conocimos porque compartimos habitación durante mi primer año en la universidad. Ella dejó los estudios en mitad del primer semestre, cuando su carrera como modelo despegó, pero dio igual. Ya habíamos pasado demasiadas noches compartiendo secretos y no se puede frenar ese tipo de amistad.

Es la única que sabe lo que pasó de verdad entre Wyatt y yo. Se

lo conté después de librarme de su tercer intento de emparejarme con un compañero de una de sus clases.

—Ostras —me dijo cuando terminé de contarle la historia—. Con razón eres un manojo de nervios.

Con razón, desde luego. Pero al menos comprendió por qué me contengo tanto, por qué no traspaso los límites. Por qué no me arriesgo.

Y, la verdad, me gusta cómo es mi vida. Es sencilla, ordenada y sé qué esperar.

O, mejor dicho, me gusta cómo era. Antes de ponerme como objetivo conseguir quince mil pavos. Antes de entrar en aquel estudio y antes de que Wyatt regresara a mi vida.

—A ver, vamos, Kels —siguió Nia durante nuestra conversación de esa tarde—. Que yo crea que tenemos que deshacernos para siempre de tu trastorno obsesivo compulsivo no quiere decir que te vaya a echar a los lobos.

—Lo sé. Lo siento. Es que ha sido un día de locos.

—Te entiendo —me dijo—. Pero aquí lo importante es si has conseguido el trabajo.

—Está en el aire —le respondí, y luego le expliqué lo de esta noche.

—¿X-tasy? Sé que te he dicho muchas veces que tienes que soltarte el pelo, pero ¿estás segura? —Detecté preocupación en su voz—. A ver, piénsatelo, Kels. ¿Qué puerta vas a abrir? ¿Y serás capaz de lidiar con lo que te encuentres al otro lado?

Supe la respuesta entonces y la sé ahora: voy a abrir una puerta que debería permanecer cerrada. Pero ¿qué alternativa me queda?

Necesito el trabajo. Necesito ayudar a mi hermano.

Además, abrí la puerta de una patada en cuanto acepté presentarme al casting en lugar de Nia. No lo supe en aquel momento. No lo planeé. Pero ahora que está abierta no puedo echarme atrás.

Solo puedo esperar que me ayude.

Solo puedo intentar protegerme el corazón.

Suelto el aire muy despacio antes de mover el torso hasta la otra pierna, intentando concentrarme en el cuerpo en vez de en la maraña de pensamientos que tengo en la cabeza. Tengo éxito durante unos siete segundos, pero luego la voz de Madonna empieza a desvanecerse y los espectadores aplauden y empiezan a gritar burradas. Segundos después, la chica vuelve a la zona del camerino. No la he estado mirando, pero por cómo sonrío supongo que lo ha hecho bien.

Ya tengo que ganarles a dos.

La chica que va a actuar justo antes que yo se retuerce las manos junto al telón; entonces me mira con los ojos como platos por el miedo.

Le sonrío porque la comprendo, aunque la verdad es que no entiendo ese miedo escénico. El miedo a cometer un error sí, claro. Pero salir al escenario es como estar viva, aunque en un mundo perfecto y hermoso, un mundo en el que siempre tengo el control.

Empieza a sonar su música y la chica suelta un chillido antes de salir al escenario cuando la llaman. En cuanto pasa al otro lado del telón, me acerco a toda prisa a la zona de vestuario y me siento en la mesa pegajosa que he reservado para mí. Sé que tengo tiempo. El personal ya nos ha dicho que después de que la chica baile habrá

una pausa de diez minutos para que los espectadores pidan más comida y bebida. Luego actuaré yo, seguida de las demás chicas.

Meto la mano en el bolso para sacar el bálsamo labial y entonces veo que se ilumina la pantalla del móvil con una llamada. Lo tengo en silencio y sopeso la idea de dejar que salte el buzón de voz, pero es Griffin.

Pulso para aceptar la llamada.

—Oye, que sea rapidito. Estoy en mitad de una cosa.

—Sin problemas. Es que me gustaría que te pasaras esta noche. Hay ruido en las pistas de la escena de la persecución.

—¿De verdad? Qué pena. Bordamos esa escena. —Griff es actor de doblaje. O al menos actor de doblaje en ciernes a media jornada, aunque empieza a recibir más encargos a medida que su reputación aumenta. Pero como también es muy cabezón, está escribiendo y produciendo su propio pódcast. Es una versión moderna de *La Bella y la Bestia* mezclada con *El conde de Montecristo*. He leído todos los guiones y es brillante.

Todavía no ha publicado ninguno de los episodios: quiere terminar toda la temporada antes de hacerlo. Dice que así no perderá fuelle si es un fracaso y no tiene suscriptores. Yo digo que es muy inteligente, porque va a dar tantas entrevistas y va a rechazar tantas ofertas de trabajo que no le quedará tiempo para meterse en el estudio de grabación.

El reparto está compuesto en su mayoría por otros actores de doblaje que ha conocido a lo largo de los años, pero quiere que yo me involucre de verdad. Así que me ha dado un pequeño papel en cada episodio. En el episodio al que se refiere, soy una chica sin hogar con tres escenas. No soy actriz, pero no puedo negar que es

divertido, y me encanta la idea de participar en algo que estoy segura de que va a poner a mi hermano en el candelero.

—La bordaremos otra vez —replica con voz alegre, porque no hay nada que lo deprima, bueno, casi nada—. Pero quiero rehacerla ahora para poder editarla mañana por la noche, después de la fiesta. Me acompañarás, ¿verdad?

—Pues yo debería pasar, y tú deberías llevar una cita.

Suspira y repite:

—Me acompañarás, ¿verdad?

Pongo los ojos en blanco e imito su suspiro.

—Pues claro. ¿De verdad crees que me voy a perder una fiesta con comida y bebida gratis? Por nada del mundo.

Es broma, claro. Bueno, en parte. El sueldo de una maestra de educación infantil no es ninguna maravilla, y eso contando con el dinero extra que gano dando clases de baile en verano. Lo que implica que recorto los gastos al máximo por costumbre. Solo que, ahora que estoy ahorrando para el tratamiento de Griffin, los he recortado tanto que ya casi ni veo el dinero.

—Da igual, la cosa es que hoy no puedo ir —sigo—. Voy a estar ocupada un rato. Pero me pasaré mañana después de la clase de baile. Me cambio de ropa en tu casa y nos vamos para la fiesta después de grabar de nuevo la escena.

—Me parece bien.

—Genial. Allí estaré. A menos que decidas invitar a alguien, claro.

—Déjalo ya, Kels.

Sé que debería cerrar la boca, pero mi hermano es increíble y si saliera un poquito más encontraría a alguien, lo sé.

—Hay un par de chicas que van a mi clase de barra de ballet los

miércoles que creo que te gustarían mucho.

Mi hermano masculla algo que no entiendo, aunque mejor así.

—Vamos a hacer una cosa: cuando vengas a casa, puedes darme una lista de las bailarinas que crees que serán perfectas para mí y luego yo te diré la razón por la que no lo son. Una sola razón, Kels. Y los dos sabemos cuál es.

Hago una mueca, a sabiendas de que estoy metiendo el dedo en la llaga, pero soy incapaz de contenerme.

—Griff...

—No empieces.

Quiero discutir, pero la música de introducción empieza, lo que quiere decir que el descanso casi ha terminado.

—Vale. De hecho, tienes suerte, porque no puedo empezar. Tengo que dejarte. Estoy intentando...

Me muerdo la lengua al darme cuenta de que no es el mejor momento para sacar el tema.

—¿Qué?

—Nada. Tengo que dejarte, de verdad. Pero nos vemos mañana.

—¿Eso que oigo es música? ¿Estás en un casting? ¿Es para un espectáculo? ¿A estas horas?

—No, es... Da igual. Tengo que dejarte. De verdad. Me están llamando.

—Vale, vale. Ya me lo contarás mañana. Y mucha mierda, ¿vale?

Sonrío al colgar. Griffin siempre me ha apoyado con el baile, siempre me ha dicho que tengo que presentarme a más castings y salir del estresante mundo de la enseñanza para entrar en el del espectáculo. Pero, la verdad, no creo que tuviera esto en mente.

Inspiro hondo y paso al otro lado del telón cuando el maestro de

ceremonias me anuncia. El ritmo martilleante de *Pour Some Sugar on Me*, de Def Leppard, inunda el club. La música se apodera de mí y cruzo el escenario al compás del tempo antes de saltar a la barra, enganchando una pierna a su alrededor sin apretar demasiado para poder girar, con la espalda arqueada y el pecho erguido.

Es un movimiento pensado para llamar la atención y, a juzgar por los aplausos, sé que ha funcionado. Sostengo la postura un segundo y acerco el cuerpo a la barra rozándola con los pechos y dejándome caer de pie al suelo. Hago un *plié* mientras la barra me roza entre las piernas y añado un par de giros sensuales para rematar.

Los hombres aplauden y solo cabe suponer que se están imaginando que les hago lo mismo que a la barra. Pero no me importan esos hombres anónimos. Ni siquiera me importa su voto o el dinero que vayan a meter en el cubo para que yo gane.

Me importa Wyatt. Y no solo por el trabajo, sino por el hombre que es.

Esa verdad se me clava por dentro, tan descarnada y salvaje como la música a cuyo son bailo, y me pongo derecha antes de levantar una pierna y estirla al máximo hacia arriba. Escudriño la multitud, buscándolo, mientras arqueo el cuerpo como si eso formara parte del baile, cuando en realidad solo quiero echarle un buen vistazo al público.

Pero no está y una profunda decepción se apodera de mí. Estoy haciendo esto por él. Él es el motivo de que vaya vestida con una falda hecha con cuatro pañuelos casi transparentes de diferentes colores apenas sujetos a una cinta que llevo en la cintura. Él es el

motivo de que lleve una delicada blusa de seda que pienso sacrificar como parte del numerito.

He venido preparada y dispuesta a exponer mi cuerpo delante de un montón de desconocidos para demostrarle que tengo el valor necesario para hacer el trabajo, pero no está aquí.

«No está aquí», me repito.

De todas formas, sigo sumida en el baile. Sumida en la actuación, porque una verdadera bailarina no permite que las emociones la controlen. No permite que la vida real interfiera con los movimientos o el mundo de fantasía en el que se mueve.

«No ha venido», pienso de nuevo. «Y la verdad es que no me importa.»

Es una idea abrumadora... y también un poco aterradora. Pero al menos en este momento estoy justo donde quiero estar. Estoy bailando. Desatada. Provocadora. Seductora.

Esa realidad básica se apodera de mí y jadeo, pero oculto la reacción tirándome al suelo y empiezo la rutina que tengo preparada antes de tiempo. Una serie de movimientos de carácter sexual que encajan a la perfección con la música y que terminan con un arqueado de espalda y la cara hacia el techo, antes de abrirme la blusa de un tirón y que los botones salgan disparados. La blusa se abre y me deja al desnudo los hombros, aunque sigo teniendo los brazos en las mangas.

Estoy de espaldas sobre el escenario, apoyada en las manos para elevar el torso, con la espalda arqueada. Tengo los brazos aprisionados por detrás debido a la blusa. Por un instante, soy vulnerable, tanto en el escenario como en la fantasía del baile, donde estoy atada e indefensa en la cama de mi amante.

Muevo la cabeza mientras improviso un forcejeo, ya que mi baile tiene movimiento e historia.

Y entonces lo veo.

Está de pie al fondo del club, apoyado en una columna. La tenue luz de un foco cercano le ilumina la cara, de modo que no puedo escapar de su penetrante mirada... ni de su intensa atención. Me está observando.

Lo tengo hipnotizado.

El poder del momento me inunda. «Lo he capturado.» Durante este instante al menos, es mío.

Y es entonces cuando algo cambia en mi interior. Ya no bailo por mi placer. Y desde luego no bailo para los desconocidos de la sala.

Ahora bailo para Wyatt. Solo para Wyatt.

Ruedo por el suelo y a la vez dejo caer la blusa, liberándome los brazos. Apoyo las manos por delante de la cabeza con los brazos estirados y luego levanto el trasero para adoptar un ángulo casi recto. Ahora mi cuerpo forma un triángulo, con el vértice en mi trasero. Mantengo la pose un segundo antes de levantarme, siempre al compás de la música.

Casi estoy desnuda de cintura para arriba, algo que resulta patente para los espectadores ahora que estoy de pie delante de ellos, con un minúsculo sujetador beis. Levanto una pierna y hago un giro, dando gracias por el pulido escenario. Con cada giro me quito un pañuelo de la falda improvisada, sujetándolo el tiempo suficiente para que flote a mi alrededor con un movimiento dramático. Lo suelto tras dar una vuelta completa y dejo que se me arremoline en los pies.

Cuando desaparecen todos los pañuelos, me quedo con una cinta

rosa a la cintura y un tanga del mismo color que el sujetador. Me quito la cinta y la dejo caer en el suelo, junto a los pañuelos.

La canción está acabando; tomo aliento. Estoy sumida en el baile, pero en algún lugar de mi interior sé que debería sentirme nerviosa. Me estoy exponiendo. Estoy siendo mala, estoy soltándome el pelo. Es aterrador, pero la verdad es que no estoy asustada.

Al contrario, quiero seguir haciéndolo. Estoy en un escenario, uno de verdad, y no solo estoy bailando para los espectadores, estoy bailando para Wyatt.

Me digo que la única razón por la que puedo hacer esto es porque detrás hay una buena causa, pero no es cierto.

Es todo. Es la forma en que la música me llena. La forma en que el público me mira.

Sobre todo bailo por la pasión que hay en los ojos de Wyatt. Por el deseo que veo en su cara. Por el recuerdo de sus caricias.

Lo recuerdo todo... y fantaseo todavía más. No quiero que esta sensación acabe. Este entusiasmo. Este subidón.

Clavo la vista en la oscuridad del club y los hombres de las mesas más cercanas desaparecen. Solo veo a Wyatt.

Me paso las manos por las caderas, la cintura y los pechos. Lo hago y me imagino que son sus manos. Su seducción.

Estoy bailando para él, única y exclusivamente para él.

«Voy a conseguir el trabajo», me digo. Estoy convencida.

Pero al mirarlo a los ojos empiezo a dudar de que sea algo bueno. Porque lo voy a ver todos los días.

Y, en el fondo, eso va a dolerme todavía más...

Lo estaba volviendo loco.

Su forma de sostenerle la mirada mientras se movía, tan descarada y coqueta, como si estuviera tentándolo para que la abrazara y le robara el sentido con un beso.

¿Tentándolo? «No, qué va», pensó. No solo lo estaba tentando, era un desafío en toda regla, joder. Pero ¿lo desafiaba para que la hiciera suya? ¿O se reía de él mientras le enseñaba lo que jamás podría conseguir?

No tenía ni repajolera idea. Lo único que tenía claro era que estaba tenso, que la tenía muy dura y que quería estar en otro lugar que no fuera ese. En otro lugar donde no hubiera gente.

En otro lugar donde hubiera una cama.

Era por culpa del baile. Porque Kelsey Draper y su forma de bailar siempre habían sido su perdición. Al fin y al cabo, así fue como empezó todo hacía ya tantos años. La vio bailar una canción pop pegadiza y se percató de que su interpretación elevaba la música y la letra. Reconoció su pasión y su precisión, su sensualidad y su seducción. Lo conquistó. Lo hechizó con su magia.

Porque había visto su magia, que en ese momento era mucho mayor que la de la chica callada y tímida del pasado. La Kelsey a la que había visto bailar lo sorprendió. Era enérgica. Estaba llena de vida. Era impredecible.

Se enamoró de ella por completo... Y Kelsey acabó rompiéndole el corazón.

No cometería el mismo error de nuevo.

Tal vez la siguiera deseando... Joder, por supuesto que la deseaba. La deseaba en la cama. La deseaba en su exposición.

Pero no pensaba confiar en ella ni de coña. Ya había aprendido esa lección y no necesitaba que se la refrescaran.

Mientras la observaba, ella se dejó caer al suelo y de un tirón se desabrochó la blusa, que fue deslizándose por sus brazos. Se retorció sobre el escenario y sus sensuales movimientos lo dejaron dolorido, sobre todo porque se imaginó que llevaba el asunto más allá. Que le inmovilizaba las manos no con una blusa desgarrada, sino con unas cuerdas de seda. Y no solo las manos, también las piernas. Unas cuerdas rojas, el único color que se veía en una imagen en blanco y negro. Ella retorció el cuerpo y el público era incapaz de identificar si lo hacía en un afán por librarse de las ataduras o porque estaba poseída por la creciente pasión.

Era exactamente lo que necesitaba para la exposición. Lo tenía todo. Joder, lo tuvo claro desde que la vio entrar en su estudio.

Así que ¿por qué dudaba?

¿Porque la deseaba?

¿O porque quería castigarla?

O tal vez el motivo fuera más peliagudo. Tal vez se debiera a lo importante que era la exposición. Un proyecto muy arriesgado para él. La cúspide de todo su trabajo y sacrificio. La oportunidad de escapar de la nube negra en la que su padre lo había dejado sumido.

La oportunidad de demostrarle su valía a su familia.

De estar a la altura del dichoso apellido Segel.

Pero eso solo sucedería si la exposición tenía éxito.

Así que tal vez de ahí surgieran sus dudas. Porque en cuanto se comprometiera llegaría el momento de la verdad, cual gatito sigiloso que o bien se le acurrucaría ronroneando en el regazo, o bien le arrancaría el corazón de cuajo.

Kelsey se levantó del escenario e hizo una especie de pirueta al tiempo que se quitaba uno de esos pañuelos casi transparentes que hacían las veces de falda casi inexistente. Se imaginó que le colocaba las manos en la cintura mientras giraba. Se imaginó el calor de su piel. El estremecimiento que la recorrería al tocarla.

Que alguien lo ayudara, porque deseaba experimentarlo. Ansiaba oír sus suspiros. Esos gemiditos que tan bien recordaba.

Otro pañuelo salió volando y en ese momento decidió enderezarse y alejarse de la columna. Apoyó el peso del cuerpo en un pie y luego en el otro, en un intento por luchar contra el creciente deseo que lo invadía. Un fuerte anhelo. No solo de poseerla, sino también de contar con ella para la exposición.

La deseaba, sí. Pero era un capricho que no podía justificar. Un capricho y un riesgo, porque sabía muy bien que Kelsey huiría en cuanto las cosas se pusieran demasiado intensas.

Y, joder, la exposición era intensa. Al fin y al cabo, ese era el propósito.

No podía arriesgarse con ella, por más que quisiera hacerlo. Ni siquiera podía probarla para ver si las cosas funcionaban o no. No con el poco tiempo que le quedaba. No cuando no había manera de saber si huiría de repente.

Kelsey era un riesgo que no podía correr, ni más ni menos. Tenía

que centrarse. Había demasiadas cosas en juego como para meter la pata con ella.

El último pañuelo cayó al suelo y Wyatt sintió que le latía el pulso en la garganta mientras se acercaba al escenario y que se le secaba la boca al ver que Kelsey se pasaba el sujetador por la cabeza y lo arrojaba al suelo.

La música dejó de oírse y las luces tenues del escenario hicieron que el minúsculo tanga que llevaba se fundiera con su piel clara, aumentando la ilusión de que estaba total y absolutamente desnuda.

Kelsey saludó al público cuando las luces se encendieron de nuevo y los hombres se pusieron en pie para aplaudirla. Había aplastado por completo al resto de competidoras y, aunque Wyatt sintió el deseo de correr al escenario para cubrirla con su chaqueta, no pudo negar la oleada de orgullo que sintió por su victoria. Quedaban dos chicas todavía por actuar, pero todos los presentes tenían claro quién merecía el premio.

—¡Nena, tú sí que sabes moverte! —le gritó un tío.

Ella cruzó los brazos por delante del pecho mientras sus ojos miraban al hombre que acababa de gritar. Desvió la mirada al instante.

Wyatt reconoció esa inocencia suya tan familiar y una pizca de miedo.

En su interior surgió de repente un fiero instinto protector. Dio un paso lateral para acercarse al tío que había gritado y que se había puesto en pie mientras agitaba un billete de veinte dólares en una mano.

—¿Caballero? —le dijo una camarera al capullo al tiempo que le

acercaba uno de los cubos del concurso—. Aquí es donde tiene que echarlo para votar por su preferida.

—A la mierda con el concurso —dijo el capullo mientras Kelsey se ponía la blusa a toda prisa—. Quiero darle el billete a esa guarrilla en persona.

—¿Cómo la has llamado? —le preguntó Wyatt al muy cabrón mientras daba otro paso hacia él.

Pero el tío decidió pasar de él, o tal vez no lo hubiera oído. Estaba borracho, era evidente, pero eso no le impidió moverse con gran rapidez para subir al escenario, agarrar a Kelsey por la muñeca y tirar de ella. Acto seguido, le introdujo el billete de veinte en el tanga, pese a sus intentos por alejarse de él.

El hombre tironeó de ella con más fuerza, haciendo que se tambaleara y cayera sobre él.

Estaba a punto de rodearle la cintura con un brazo, pero no pudo hacerlo. Wyatt ya había saltado al escenario y el camarero se acercaba corriendo por el otro extremo. Wyatt agarró al borracho por un hombro y lo obligó a apartar sus manazas asquerosas de Kelsey.

—Pero ¿qué coño te pasa, tío?

—No me pasa nada —respondió Wyatt—. Aparta las manos de la señorita si quieres que siga siendo así.

—¿Qué señorita? Acabo de darle un billete de veinte a la muy guarra. —Miró a Wyatt por encima del hombro—. Quiero un bailecito solo para mí, nena. Si lo haces bien, te daré otros veinte.

Wyatt no se volvió. No miró a Kelsey. Ni siquiera pensó en lo que iba a hacer.

Se limitó a asestarle un puñetazo y a comunicarle con el puño lo

que no se molestó en explicarle con palabras. Solo necesitó uno para tumbarlo.

El cabrón lo miró desde abajo con los ojos como platos y un hilillo de sangre en la comisura de los labios.

—Pero ¿qué cojones te pasa, tío? —Hizo ademán de sentarse—. ¿Me pegas por una puta?

«¿Por una puta?», repitió Wyatt para sus adentros.

Esa fue la gota que colmó el vaso. Se abalanzó sobre el borracho, o más bien se tiró sobre él, y el hombre se encogió al tiempo que lo miraba con los ojos rebosantes de miedo e inyectados en sangre. Wyatt le agarró un brazo, le dio un tirón y se lo retorció hasta dejarlo al borde de la fractura.

—Pídele perdón a la señorita —le exigió mientras Kelsey le gritaba que se detuviera y el camarero empezaba a amenazarlos con echarlos a ambos del club.

Wyatt pasó de todo.

—He dicho que le pidas perdón, cerdo asqueroso.

—¡Joder, Wyatt, ya vale! —le gritó Kelsey—. Vas a romperle el brazo.

En ese momento todo le daba igual. Pero miró la cara del hombre, vio que se había quedado muy blanco y se apartó de él. El borracho tomó una honda bocanada de aire al tiempo que la ira le demudaba la cara, que seguía de muy mal color, pero que empezaba a ponerse roja como un tomate.

Wyatt se puso en pie y después tiró del borracho para levantarlo. El hombre se tambaleó, incapaz de mantener el equilibrio. A Wyatt le daba igual si el tipo acababa otra vez en el suelo.

—Vete de aquí cagando leches —dijo al tiempo que lo empujaba.

Por un instante pareció que el hombre iba a encararse con él, pero se desinfló de repente y retrocedió, aunque se detuvo para hacerle una peineta a Wyatt—. Y tú te vienes conmigo —añadió dirigiéndose a Kelsey.

Ella puso los ojos como platos.

—Y una mierda —replicó alzando la barbilla. Era evidente que no daría su brazo a torcer.

Wyatt dio un paso hacia ella, tan frustrado que se le pasó por la cabeza la idea de echársela al hombro y sacarla de allí a toda pastilla.

En ese momento llegó uno de los porteros, que se plantó delante de él.

—Usted también debe marcharse, señor.

—Ahora mismo. Solo necesito que la señorita se venga conmigo.

—Miró furioso a Kelsey por encima del hombro del portero—. Ya voy.

El portero miró a Kelsey.

—¿Estás con este tío? —le preguntó, y después esperó su respuesta en silencio.

La verdad, Wyatt no estaba seguro de querer oírla. Kelsey parecía a punto de estallar. Tenía las mejillas rojas y, cuando abrió la boca para contestar, no sabía si iba a soltar un alarido de frustración o si iba a responder la pregunta.

Al final dijo:

—Tengo mis cosas en el camerino.

—Pues ve a por ellas y te espero en mi coche.

—He venido en mi coche.

—Joder, Kelsey, deja de discutir.

El portero dio un paso amenazador hacia él.

—La señorita ha dicho que ha venido en su coche.

Wyatt pasó de él y siguió mirando a Kelsey.

—¿Me haces caso, por favor?

En un primer momento, pensó que iba a seguir enfurruñada. Pero, al final, ella asintió con la cabeza y lo invadió un alivio tan intenso que estuvo a punto de caerse al suelo.

—Bien —dijo—. Vale. —Tragó saliva y después añadió—: Gracias.

Kelsey asintió con la cabeza y después le dio la espalda mientras se alejaba. Wyatt se quedó donde estaba un instante, observándola. Y esperando que, a diferencia de lo que había sucedido doce años antes, esa vez sí regresara a su lado.

Doce años antes

Wyatt vio marcharse a la preciosa chica de pelo oscuro con reflejos cobrizos cuando el sol incidía en el ángulo correcto.

Se había fijado en ella antes, cuando estaba en la piscina. La vio limpiando mesas y fingió que estaba observando a otros chicos subirse al trampolín, pero en realidad la estaba mirando a ella.

Tenía algo que le había llamado la atención. Su aspecto, desde luego. Pero era algo más. La envolvía cierta ternura. Cierta pureza. Aunque tenía la sensación de que esa apariencia tan fresca ocultaba algo distinto. Como si fuera una niña pequeña vestida de punta en blanco para la Pascua que se muriera por arrastrarse por el barro.

En resumen, era una contradicción. Muy distinta de las chicas a las que conocía. Y tomó la decisión allí mismo, en el borde de la piscina, de intentar salir con ella.

Así que, cuando se dieron de bruces, literalmente hablando, al doblar la esquina del centro de actividades recreativas, fue como si le hubieran dado un regalo. Aunque la cosa no salió como él quería. Las malas noticias fueron que rechazó de plano su oferta de invitarla a patatas fritas.

Las buenas noticias fueron que parecía no hacerle ninguna gracia tener que marcharse para ir en busca de su hermano.

Lo que quería decir que tenía una oportunidad. Y teniendo en cuenta que estaba condenado a pasar allí el verano, y que todas las demás chicas eran clones de las que conocía en Los Ángeles, supuso que era algo bueno.

Se pasó los días siguientes intentando lograr que se fijara en él, pero al parecer no había manera. La vio limpiando una mesa e intentó hablar con ella, pero se puso colorada y masculló que estaba trabajando. Echó a andar a su lado y le preguntó adónde iba, y ella respondió sin problemas. Pero luego agachó la cabeza, le dijo que tenía prisa y se fue a la carrera donde fuera que tuviera que irse.

La verdad, le pareció que solo quería alejarse de él.

La idea lo molestó. Tenía diecisiete años y estaba a punto de irse a Nueva Inglaterra para empezar a estudiar en una de las escuelas privadas de fotografía más prestigiosas del país. Y encima lo había conseguido gracias a una beca por méritos. No porque sus padres les hubieran enviado un cheque a los miembros del consejo rector.

Sabía de cultura pop, pero también le gustaban los deportes. Se movía bien por cualquier museo de arte, ya fuera moderno o clásico. Y sabía lo suficiente sobre ballet y ópera para impresionar a las chicas a las que les gustaba ese tipo de cosas. Surfeaba bastante decentemente. Había tenido un montón de novias desde los once años, más que nada porque iban detrás de él, y toda la atención femenina lo hacía importante a ojos de sus amigos.

Y aunque se olía que gran parte de dicha atención estaba más centrada en su apellido que en él, también sabía que no estaba tan mal del todo.

Así que ¿por qué leches Kelsey huía de él?

—Ella —le dijo un día señalándosela a su amigo Patrick, cuyo

padre era el gerente del club de campo—. ¿Qué sabes de ella?

Estaban sentados junto a una mesa al lado de la piscina, comiendo hamburguesas y patatas fritas. Justo enfrente, Kelsey estaba trabajando en la zona acordonada de los adultos, llevando toallas secas y revistas a un grupo de mujeres que aparecía todos los días por el club para ponerse morenas, beber cócteles de frutas y cotillear. Se movía con una elegancia preciosa y tenía una sonrisa perpetua, como si ocultara un maravilloso secreto que no le contaba a nadie.

—No sé mucho de ella —admitió Patrick.

Wyatt acariciaba el objetivo de una cámara Ricoh, su compañera inseparable. Le ardían los dedos por el deseo de levantarla y capturarla en película y le costaba la misma vida no comportarse como un capullo entrometido que les hacía fotos a los demás sin su consentimiento. Veía demasiada gente así con su abuela y su hermana, y también con su madre, aunque menos. No quería unirse a sus filas.

Aunque eso no aplacaba el deseo, así que, en vez de capturarla en fotos, intentó grabarse su imagen en la cabeza. Una imagen mental de belleza y elegancia que pudiera llevar consigo siempre.

—... este verano.

Wyatt meneó la cabeza al darse cuenta de que se le había ido la pinza.

—Perdona, ¿qué has dicho?

Patrick lo miró con una mezcla de guasa e irritación.

—He dicho que su padre es el encargado de los paisajistas este verano.

—¿Solo este verano?

—Sí, el antiguo renunció al puesto y el nuevo que han contratado no puede empezar hasta septiembre. Y Draper estaba disponible. Mi padre dijo algo de que estaba sin trabajo temporalmente. Creo que empieza algo en Los Ángeles en otoño.

—Vale, ¿y qué me dices de ella?

—Es tímida. La conocí en una de las reuniones del personal. La saludé y clavó la vista en los zapatos. Seguramente porque intimidó un huevo.

—Seguramente —convino Wyatt con deje burlón. Patrick era el tío menos intimidante del mundo, razón por la que trabajaba en la oficina de relaciones con los miembros del club tres veces por semana, aunque apenas había cumplido los dieciocho—. Pero ¿por qué trabaja? ¿Qué horario tiene? ¿Sabes lo que le gusta?

—Porque su padre insistió en que mi tío también le diera trabajo —empezó Patrick, a la vez que contaba con los dedos la siguiente respuesta—: Básicamente de ocho a cinco. Y la verdad es que no lo sé. —Ladeó la cabeza mientras pensaba—. Sé que ve los partidos de tenis que juega su hermano de vez en cuando, en sus ratos libres. Así que o le gusta él o le gusta el tenis.

—El tenis —murmuró Wyatt al tiempo que asentía con un gesto pensativo de la cabeza—. Vale. Es bueno saberlo.

—¿Bueno? —repitió Patrick—. No sé qué decirte. Porque, si «bueno» quiere decir que estás pensando en salir con ella, creo que deberías retroceder muy despacio y buscarte a otra. No merece la pena el esfuerzo.

—¿En serio? ¿Por qué?

Patrick se encogió de hombros.

—Ya la has visto. Es demasiado tímida. Es verano, tío. Dudo que

llegues a besarla antes de que ella vuelva a casa y tú te vayas a Boston.

—No es solo por el sexo.

—¿En serio? Pues lo estás haciendo mal.

Wyatt puso los ojos en blanco. Tal vez a Patrick le gustara alardear, pero ladraba mucho y mordía poco.

—Además —siguió Patrick—, por lo que he visto, su padre es muy estricto. Como sacado de una serie de los años cincuenta. Seguramente por eso ella no habla con chicos. Ni con otras chicas, ahora que lo pienso. Olvídate. De verdad.

Era un buen consejo y Wyatt intentó seguirlo unos días, sacándosela de la cabeza a la fuerza y obligándose a no estar por ningún sitio donde a ella le tocara trabajar. Incluso funcionó. Pero luego la veía con el rabillo del ojo y volvía a hechizarlo.

Pronto se descubrió buscando la forma de estar cerca cuando ella terminaba el turno. Se ofrecía a llevarla y ella lo rechazaba una y otra vez. Con educación y simpatía, pero con firmeza.

También encontró la forma de estar cerca cuando empezaba su turno. Y fue entonces cuando se ofreció a llevarle un café. Que ella también rechazó.

Lo intentó una y otra vez, a veces ofreciéndole tomar un café, y una vez incluso le preguntó si quería jugar al tenis después del trabajo.

—No puedo —le contestó Kelsey—, tengo que volver a casa. Además, se me da fatal el tenis.

—Ya —dijo él—. A mí también. —Era una mentira como una casa, porque se le daba bastante bien, pero ella lo había desestabilizado. De modo que tachó el tenis de la lista.

Después de una semana entera intentándolo, empezó a darse por vencido. Ella no había dicho nada, pero, teniendo en cuenta lo que Patrick le había contado acerca del padre, supuso que no podía salir con chicos. O tal vez simplemente no quería salir con él en concreto. A lo mejor era eso lo que le resultaba atractivo, el hecho de que no parecía importarle en lo más mínimo su familia.

El día que ella le dijo: «No, de verdad, gracias», antes de preguntarle siquiera si quería un café, empezó a preocuparle la idea de parecer un acosador, algo que no quería ni mucho menos. Así que puso en claro que la dejaba tranquila. Al fin y al cabo, no tenía sentido hacer el capullo.

Empezó a pasar más tiempo con Patrick. Y luego Grace se unió a ellos, y ella sí que mostraba interés. Se sentaba más cerca de la cuenta. Le rozaba el brazo cuando se reía de sus chistes...

También le hablaba por los codos de su familia. De su hermana y del programa de cocina que tenía. De su madre, con sus guiones y sus novelas. Del pedigrí hollywoodiense de su abuela y de todas esas estatuillas de premios que tenía. De la mansión familiar en Beverly Hills. De la casa de verano de casi dos mil metros cuadrados en Santa Bárbara. De la casa en Saint Moritz. Del legado familiar. Del estudio que el bisabuelo de Wyatt había fundado. Y de todo lo que se le ocurrió acerca de su familia.

Ninguna de esas cosas tenía nada que ver con él.

Y no quería hablar de nada de eso.

Pero, al mismo tiempo, era un tío, ¿no? Un tío de diecisiete años con las hormonas revolucionadas como es normal a esa edad. Y tal vez tuviera más control que la mayoría de sus colegas, pero no era un santo, ni por asomo.

Así que cuando Grace se le acercó un viernes por la noche mientras él se iba del club y le dijo que el coche no le arrancaba, hizo lo que hubiera hecho cualquier caballero: se ofreció a llevarla. Y cuando ella se ofreció a usar el carnet falso para comprarle cerveza para pagarle el viaje, le pareció que aceptar era lo más adecuado. Y cuando ella se ofreció a hacerle una mamada... En fin, que era un tío.

O, mejor dicho, era lo bastante tío para disfrutar del momento, pero después se sintió fatal. No deseaba a Grace y le había dado alas sin esperanza alguna. Y cuando ella empezó a pegarse más a él, porque estaba claro que creía que más o menos eran pareja, se armó de valor, le dijo que no creía que fuera a funcionar y cortó con ella.

Decir que no se lo tomó bien sería quedarse corto. Le dijo que era un pijo estirado que creía que podía hacer lo que le diera la gana por la familia de la que venía y que no tenía que ser amable con nadie. Una ridiculez de lo más injusta, dado que siempre había creído que su apellido era más una desventaja que otra cosa. Pero fuera una acusación injusta o no, le escoció.

—Es el precio que tenemos que pagar —le dijo su padre cuando Wyatt decidió hacer de tripas corazón, tragarse el orgullo y pedirle consejo.

Siempre había mantenido una buena relación con él, pero de un tiempo a esa parte Carlton Royce parecía distraído. Carlton era asesor contable y conoció a la madre de Wyatt, Lorelei, durante una gala benéfica a la que asistieron los dos. Habían ido con sendas parejas, pero se conocieron junto a la mesa de los postres y se casaron cuatro meses después.

—¿Qué precio? —le preguntó Wyatt.

—El de la fama.

—Sí, pero yo no soy famoso. Lo es la abuela. Y Jenna —añadió, refiriéndose a su hermana, que era la dueña de tres restaurantes y que protagonizaba su propio programa de televisión de cocina en Manhattan—. Y mamá también, a su manera. —Teniendo en cuenta que la mayor parte del trabajo de su madre se realizaba tras las cámaras, no la reconocían. Pero había crecido entre estudios de grabación y estrenos de películas llenos de estrellas de cine. De modo que eso la metía de lleno en el saco de los famosos.

Sin embargo, Wyatt había evitado todo eso. No porque fuera tímido, sino porque no entendía el mundillo. Si el foco no estaba puesto en él, ¿por qué iba a querer que lo iluminara?

—Va implícito, chaval —le dijo su padre—. Que no acompañes a tu madre por la alfombra roja no quiere decir que el mundo no te crea parte de todo eso. Eres de la realeza de Hollywood, hijo. Los dos lo somos. Nos guste o no. Nos lo merezcamos o no. Y casi siempre eso es lo único que les importa a los demás. Quieren un trocito de ti. Una reliquia sagrada. No te ven. Ven a la familia.

Wyatt frunció el ceño, ya que no estaba acostumbrado a oír ese deje tan duro en la voz de su padre.

Hizo ademán de preguntarle, pero Carlton continuó:

—Incluso desde dentro. Está por todas partes. Lo impregna todo. Es como la podredumbre, que se come hasta los cimientos.

—Papá, ¿qué dices?

Carlton inspiró hondo y meneó la cabeza.

—Lo siento. Son cosas mías. No me hagas caso. —Suspiró largamente, lastimero—. Sabes que te quiero, ¿verdad?

—Claro... —Wyatt frunció el ceño, preocupado por el tono de su padre y esa muestra de sentimentalismo tan poco propia de él—. Yo también te quiero.

—Y bien sabe Dios que tu abuela cree que caminas sobre el agua.

—Lo que tú digas, papá —replicó Wyatt.

Lo cierto era que Anika Segel era una fuerza de la naturaleza y, aunque estaba convencidísimo de que era una de las mujeres más formidables que habían pisado la faz de la tierra, no tenía la menor idea de la opinión que su abuela tenía de él. Ni de nadie, ya puestos a pensarlo, salvo de su madre y de su hermana. Con esas dos se pasaba las horas muertas hablando de sus carreras, de cómo posicionarse y de cosas así.

Había ocasiones en las que él se sentía invisible.

Así que, aunque le gustó oír las palabras de su padre, no se las terminaba de creer.

Carlton le dio una palmada en la espalda y le dijo:

—Olvídate de Grace, hijo. Ya se buscará a otro. Y otra chica aparecerá en nada.

Pensó en Kelsey e hizo una mueca al darse cuenta de que se ponía colorado. ¿De verdad se estaba ruborizando? Qué vergüenza más grande.

Su padre soltó una carcajada.

—Vaya, así que ya ha aparecido, ¿no? Venga, hágame de ella.

—No sé... Es guapa. Es distinta. —Levantó un hombro—. Y no le intereso lo más mínimo.

—¿Estás seguro?

Wyatt volvió a encogerse de hombros.

—Pero ¿te gusta?

—Sí, me gusta mucho.

—Pues díselo.

—Lo he intentado.

Su padre asintió con la cabeza, con gesto pensativo.

—Muy bien, pero a lo mejor tienes que esforzarte más. En el fondo, todos somos bastante parecidos.

—Ella no —le aseguró Wyatt, porque Kelsey era totalmente distinta, con esa timidez y esa calma contrarrestadas por la luz que ardía en su interior. Solo había visto algún que otro destello de momento. Pero deseaba que esa luz se derramara sobre él. Quería disfrutar de su brillo.

Su padre perdió la sonrisa.

—Tal vez no, pero que no te ciegue una cara bonita —le dijo—. Ni una dulce ni una encantadora. Que sí, que hay chicas por ahí que no son tan descaradas como Grace, pero en el fondo todo el mundo se pega a la fama. Todo el mundo. Incluso la gente que dice que no la quiere para sí, incluso esa gente se pega a los focos. Somos como polillas, Wyatt, y te irá mucho mejor si nunca se te olvida.

Unas palabras desalentadoras, pero Wyatt se desentendió de la mayoría y se concentró solo en la parte sobre que tenía que esforzarse más. Porque algo le decía que Kelsey merecía la pena. El problema era que todavía no había dado con la tecla. Era una chica dulce y en vez de intentar conocerla se había dado por vencido y se había largado con Grace.

Dios, menudo idiota era.

Se pasó los siguientes días evitando a Grace e intentando acercarse a Kelsey, algo que no consiguió. Intercambiaron unas

cuantas palabras y, cada vez que lo hicieron, vio un destello de interés en sus ojos. Él le gustaba, estaba convencido. Pero ella permanecía tras un muro.

Eso hacía que quisiera tirarse de los pelos. Quería conocer a la verdadera Kelsey, porque estaba seguro de que había otra chica tras el muro de esa dulce timidez. Sin embargo, solo veía algún que otro destello y no tenía ni idea de cómo atravesarlo para que ese brillo lo iluminara.

«Tienes que esforzarte más», le había dicho su padre, pero ¿no era lo que había estado haciendo? ¿Cuánto tenía que seguir intentándolo? ¿No era una locura seguir probando una y otra vez, con la esperanza de que, de repente, lo mirase con una sonrisa deslumbrante y se lanzara a sus brazos? ¿No era esa la definición de locura? ¿Hacer lo mismo una vez y otra y otra más a la espera de obtener un resultado distinto?

Lo era. Lo que quería decir que estaba para que lo encerrasen. Porque siguió en sus trece, probando con diferentes formas de llamar su atención mientras evitaba a Grace, que estaba decidida a salir de nuevo con él, aunque Wyatt le había dicho de la mejor manera posible que no creía que las cosas fueran a funcionar entre ellos.

Grace, en cambio, no era de las que aceptaban un no por respuesta, y tal vez eso fuera algo bueno. Al fin y al cabo, ella fue el motivo de que por fin encontrase una grieta en el muro de Kelsey.

Estaba dando vueltas por el centro recreativo, pensando en abordar a Kelsey cuando saliera. Pero oyó que Grace se acercaba con un grupo de amigas y, como no estaba de humor para verla, se

metió en el centro y se pegó a la pared mientras contenía el aliento y rezaba para que las chicas no quisieran entrar.

Echó un vistazo por la ventana, a la espera de que se perdieran de vista. Cuando las vio desaparecer entre los árboles que había cerca de la zona de picnic, soltó el aire y echó a andar hacia la puerta. Estaba a punto de salir cuando la música que había oído de lejos aumentó de volumen. Se detuvo, desconcertado, y luego se dio cuenta de que alguien tenía que haber abierto la puerta de uno de los estudios.

Durante unos segundos, la música pop inundó el vestíbulo con un ritmo fuerte y seductor que le sonaba. Echó a andar hacia la música, presa de la curiosidad y con ganas de enterarse del motivo de que esa provocadora canción que estaba en las listas de los más vendidos sonara en una clase llena de niños pequeños.

Aunque allí no había niños. Le quedó claro en cuanto se acercó. La música procedía del estudio de baile más grande, el que estaba al final del pasillo. La puerta estaba abierta y la señora Hinson se apoyaba con gesto indolente en el marco. Sarah Hinson, una antigua corista de Broadway de cincuenta y tantos años, se había mudado a Santa Bárbara para abrir su propia academia de baile y acabó firmando un contrato con el club para impartir todas las clases de baile, desde las de los niños más pequeños hasta las de los adultos que querían aprender bailes de salón.

Wyatt se detuvo delante de la puerta del vestuario masculino y el recodo que formaba la pared le permitió quedar fuera de la vista si la mujer miraba hacia allí.

—Cariño, pierdes el tiempo sirviendo mesas —dijo la señora Hinson—. Deberías estar en Nueva York, presentándote a castings.

Todavía tengo contactos. Como mínimo deberías bailar a diario. Bien sabe Dios que me vendría bien tu ayuda con las clases. Y podrías usar el estudio todas las veces que quisieras cuando esté libre.

Wyatt ladeó la cabeza para intentar oír la respuesta, pero la voz era demasiado baja y la música, aunque la habían bajado bastante, se la tragó.

—En fin, puede que las cosas sean así —dijo la señora Hinson—, pero eso no quiere decir que tu padre tenga razón. No dudo de que te quiera, pero no está haciéndolo bien contigo.

Wyatt dio un paso hacia delante, sin saber muy bien por qué, solo guiado por la curiosidad.

—Vale. —La señora Hinson levantó los brazos en un gesto dramático—. Sé que no debo perder el tiempo intentando convencerte. Pero recuerda que la oferta sigue en pie. Y si alguna vez necesitas una carta de recomendación... En fin, pues claro que lo digo en serio —añadió tras una pausa durante la cual la chica debía de haber dicho algo—. Y ahora tengo que irme. No, no. Quédate todo el tiempo que quieras. Por hoy no hay más clases. Disfruta. Solo acuérdate de cerrar con llave al acabar.

La chica debió de acceder, porque la señora Hinson se despidió con la mano y echó a andar por el pasillo, hacia Wyatt. Iba con la cabeza gacha mientras rebuscaba en el bolso y él se metió en el vestuario masculino hasta que oyó que pasaba de largo.

Contó hasta diez y luego contó de nuevo para asegurarse. Acto seguido, salió al pasillo desierto. La música sonaba de nuevo, otra vez a todo volumen, y echó a andar hacia la puerta abierta. Se moría de curiosidad por ver de quién se trataba, aunque, cuando

recordó el momento más adelante, no le cupo la menor duda de que ya lo sabía.

Porque era ella, claro. Kelsey.

Llevaba medias y encima unos pantalones que parecía haber cortado con unas tijeras de podar. Arriba llevaba un sujetador deportivo con una camiseta sin cuello, cortada por encima de la cintura. Podía verle los músculos duros de la espalda y de los abdominales mientras surcaba la sala. Porque eso hacía, surcarla. No estaba bailando. Joder, no había visto nunca nada parecido. Era pura magia, sus movimientos y su energía hacían que una simple canción pop se convirtiera en una experiencia casi religiosa.

«Esto», se dijo. «Esto es ella. Esto es Kelsey.» Y la estaba viendo por primera vez.

Solo había visto destellos de su interior antes. De esa chispa. De esa vitalidad.

Pero por fin lo veía, y sabía que eso vivía en su interior.

No era tímida, era extraordinaria. Estaba llena de vida. Era enérgica.

Real.

Más aun, iba a ser suya.

De alguna manera, iba a conquistarla.

De alguna manera, conseguiría conquistarla.

Su plan era un poco vago, Wyatt lo debía admitir. Más que un plan era una esperanza. Una intención.

Sin embargo, lo lograría como fuera. Al menos a esas alturas ya sabía más que antes sobre ella. Y la perseguía como jamás había perseguido a otra chica. Flores en la taquilla. Cumplidos cuando la veía. Café con leche por la mañana, que le dejaba aunque ella le dijera que no. Y, lo mejor de todo, entradas para la final del concurso de bailes de salón que se celebraría en Santa Bárbara.

—No sé si te gusta bailar —mintió mientras le colocaba las dos entradas en la mano. Estaban al lado de las canchas de tenis—. Pero me las han dado y he pensado que a lo mejor te gustaría ir. Conmigo, claro. —Se reprendió para sus adentros. Parecía un imbécil, no un chaval de diecisiete años seguro de sí mismo.

Pero, a juzgar por la sonrisa que Kelsey esbozaba, no lo había tomado por un idiota. Al contrario, su expresión era deslumbrante.

—Me encanta bailar —admitió ella—. Es... Bueno, es lo que quiero hacer. Lo único que quiero hacer.

—Pues entonces genial —dijo Wyatt al tiempo que la sensación de parecer un idiota se transformaba en otra mucho más placentera.

—Pero... es que... —Kelsey le devolvió las entradas y Wyatt tuvo

la sensación de que acababa de darle un puñetazo en el estómago —. Es que no puedo aceptarlas.

—No hace falta —balbuceó él como pudo—. A ver, que yo ya las he aceptado. Me las han regalado. —No era exactamente una mentira, porque se las había regalado su abuela—. Necesitaba a alguien que me acompañara para que la butaca de al lado no se quede vacía. Es un poco patético eso.

Ella se mordió el labio inferior.

—¿De verdad?

—Me harías un favor, en serio.

—¿El jueves?

—Es por la tarde. No tienes que trabajar, ¿verdad? —Ya sabía que no trabajaba, porque había comprobado su horario.

Ella negó con la cabeza.

—Es mi día libre.

—Genial. Tus padres te darán permiso, ¿verdad?

—No... —Se interrumpió y alzó la barbilla. Fue la primera vez que lo miró directamente a los ojos y Wyatt sintió un estremecimiento que lo recorrió por entero—. A ver, no creo que sea un problema. Gracias —añadió, y después respiró hondo—. Me encantaría acompañarte.

Esas entradas pusieron el mundo de Wyatt patas arriba, que dejó de ser normal para convertirse en un mundo perfecto. Kelsey y él empezaron a verse de forma regular y juntos tomaban la ruta más larga desde el bar hasta las canchas de tenis. También se las apañaron para pasar más tiempo juntos. En los descansos se veían cerca del campo de golf. Durante los fines de semana, se escapaban algunas horas.

Descubrió que Kelsey bailaba siempre que podía dedicarle un rato y que adoraba a su hermano pequeño.

—Aunque intente seguir enfadada con él por algo que haya hecho —admitió un día—, se inventa un cuento con esa vocecilla que tiene y se me pasa el enfado. Griffin es genial.

—Quiero conocerlo. —Se habían detenido en el sendero principal que llevaba a las canchas de tenis, justo antes de la curva—. ¿Y si te acompaño? —Ese era el punto donde se separaban todos los días. Pero, como todos los días, él no quería que el tiempo que robaban para estar juntos acabara.

—Algún día, pero...

—¿Te avergüenzas de mí? —la interrumpió él.

Kelsey se mordió el labio inferior y, de repente, pareció que tenía menos de quince años.

—Es que Griffin solo tiene doce años, y si dice algo... A ver, que no me dejan salir con chicos...

—Solo hemos ido juntos al concurso.

—Sí, ya, en realidad no estamos saliendo. Solo te hice un favor para que la butaca no se quedara vacía, ¿verdad? Y, mmm, mis padres no estaban en la ciudad. Fueron con mi hermano a Los Ángeles porque tenía una cita y sabía que no regresarían hasta bien tarde.

—Así que no se lo dijiste.

Se puso colorada.

—No suelo hacer esas cosas —admitió—. Pero, bueno, ya sabes. —Lo miró a los ojos y después se miró los pies.

A Wyatt le encantaba su timidez. Joder, le encantaba ella por entero.

Kelsey respiró hondo.

—Supongo que me dije que era como ir al cine. Solo que para ver bailarines en directo. Pero, en serio, Wyatt, si mi padre...

Él levantó una mano y la silenció poniéndole un dedo en los labios.

—No pasa nada. En serio. Lo entiendo. —Sonrió—. Ya conoceré a Griffin otro día. Cuando tu padre me dé el visto bueno —se burló.

—¿Ah, sí? —La sonrisa de Kelsey fue tan deslumbrante como el sol—. ¿No te importa?

—Solo quiero verte —contestó—. Lo demás me da todo igual.

A medida que pasaban los días, ambos se las apañaban para pasar más y más tiempo juntos. Wyatt no paraba de hacerle fotos a Kelsey. En la piscina, en el sendero..., en cualquier sitio donde pudiera. Pero, sobre todo, hablaban sin parar, descubriéndolo todo el uno del otro. Él descubrió que a Kelsey le gustaba el chocolate con sal, pero que odiaba los frutos secos. Que le encantaba vestir de rosa cuando bailaba, pero que odiaba ese color para el día a día. Que su escritor preferido era Mark Twain, pero que tenía debilidad por los libros de Nancy Drew y que, aunque dejó de leerlos hacía años, conservaba toda la colección guardada en cajas de plástico en su armario.

Él confesó que por regla general detestaba la comida basura, pero que sentía debilidad por las hamburguesas de In-N-Out. Que de forma accidental hizo volar por los aires el cobertizo de los utensilios del jardín cuando estaba en secundaria mientras intentaba completar un proyecto para la feria de ciencias, y que una vez se pasó doce horas seguidas jugando al *Pac-Man* en la máquina recreativa que su abuela tenía en el cuarto de juegos.

Esa última revelación lo llevó a confesar algo incluso más gordo, porque no se había percatado de que ella conocía a su familia hasta que le preguntó, sin ambages, si había sido difícil crecer cerca de tantos famosos.

—Ostras —exclamó él, sorprendido por la pregunta—. No sabía que conocieras a mi familia.

—El primer día que fuiste a la piscina oí hablar a Grace y a Marsha.

—¿Ah, sí? —Ladeó la cabeza sin dejar de mirarla y se dio cuenta de que lo hacía con una sonrisa tan grande que debía de parecer tonto.

Ella se rio.

—¿Por qué me miras así?

—Por nada en particular. —Seguía sonriendo, porque ¿cómo no iba a hacerlo? Rememoró aquellos días en los que la perseguía sin cesar y la idea de que ella supiera quién era ya en aquel entonces le provocó una cálida sensación en las entrañas.

—¿Por nada? —repitió Kelsey antes de echarse a reír—. Venga ya. Dímelo.

—A lo mejor me gustas —confesó él, aunque esas palabras no lograron transmitir la euforia que sentía por el simple hecho de estar a su lado. Por el simple hecho de saber que Kelsey quería estar con él, no con el apellido Segel. Extendió un brazo y la cogió de la mano, y luego entrelazó los dedos con los suyos.

Ella agachó la cabeza y después le dio un golpecito con la cadera.

—A lo mejor tú también me gustas.

Echaron a andar hacia la pequeña arboleda que separaba el hoyo ocho del nueve. Wyatt la había descubierto mientras recorría los

terrenos en busca de paisajes que fotografiar y en ese momento se dirigían hacia allí para hacerle fotos a Kelsey sentada en una rama enorme que estaba casi a ras del suelo.

—Me diste un poco de pena aquel día —confesó ella en voz baja—. Me refiero al primer día que viniste. —Lo miró, pero no tardó nada en devolver la vista al suelo.

—¿Ah, sí? —No recordaba la última vez que alguien había sentido pena de él. Bueno, sí. Sí que lo recordaba. Porque no había sucedido nunca—. ¿Por qué?

—Supongo que porque debe de ser difícil para ti, porque a lo mejor te sientes solo. Porque nunca sabes si alguien quiere ser tu amigo de verdad, ¿no?

Seguían andando, pero Wyatt se detuvo y le tiró de la mano para que ella también lo hiciera. Quería decirle que tenía razón. Que no creía que nadie más lo entendiera, a menos que fueran otras personas nacidas en el seno de una familia famosa. Pero, sobre todo, quería mirarla. Sentir que la calidez que experimentaba por dentro se transformaba en una hoguera de deseo por esa chica que lo había calado. Que lo había calado por completo.

—¿Wyatt?

Parpadeó y comprendió que la estaba mirando fijamente.

—Lo siento. Lo siento, es que... Es que tienes razón. Es difícil.

Ella asintió con la cabeza, pero también frunció un poco el ceño.

—¿Qué?

—Estaba pensando que tu apellido seguro que te ha puesto las cosas más difíciles. Es muy conocido. Pero luego me he dado cuenta de que en realidad deberías llevar el de tu padre, ¿no?

—Es evidente que no conoces a Anika Segel. Mi abuela es la

cabeza de familia de un amplio y numeroso matriarcado. Era imposible que mi padre ganara esa batalla.

Ella torció el gesto.

—Supongo que también es difícil para tu padre, ¿no?

Él asintió con la cabeza y recordó la conversación que había mantenido con su padre cuando estaba intentando que Kelsey le hiciera caso.

—Ajá —admitió—. Sí que lo es.

Ella le dio la mano y siguieron andando. Habían abandonado el sendero y caminaban por el césped en dirección a la arboleda.

—Por lo menos la gente te reconoce por tu nombre y por tu familia. Yo soy invisible.

Wyatt la detuvo de nuevo y la miró a la cara. El corazón se le partió un poquito al descubrir que lo que Kelsey decía era cierto. Pero era una verdad que él no entendía, porque era una chica asombrosa. Dulce, lista, graciosa y con talento. Podría pasarse días enteros hablando con ella, sentado a su lado o simplemente cogiéndola de la mano. Podría, pero no podía, porque los padres de Kelsey eran muy estrictos.

—Para mí no eres invisible —dijo, y estuvo a punto de besarla en ese momento. En cambio, le acarició los labios con la yema de un dedo.

Ella suspiró con más pasión y deseo que cualquiera de las chicas con las que había salido hasta la fecha.

Y en ese momento lo descubrió. Ya no era solo Wyatt. Era Wyatt y Kelsey.

Y, joder, qué bien le sentaba eso.

—¿Te han besado alguna vez?

Kelsey lo miró de inmediato a los ojos y Wyatt no supo si lo que veía en ellos era emoción o terror.

Ella tragó saliva y después negó con la cabeza.

—No —susurró.

Esa palabra lo alegró más de la cuenta.

—Pues yo seré el primero en hacerlo, Kelsey Draper.

—Oh. —Se puso colorada—. Vale.

—Pero no hoy.

—Oh —repitió, pero esta vez la exclamación estaba teñida de desilusión y, joder, cómo le gustó a Wyatt—. ¿Cuándo? —añadió ella.

Wyatt se limitó a sonreír y la soltó de la mano.

—A ver quién llega antes a la arboleda —le dijo.

Al día siguiente compró entradas para el ballet. La condujo por el centro recreativo hasta las puertas de servicio, porque nadie lo pisaba nunca, y le dio una cajita plana. Acto seguido, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no sonreír como un tonto mientras veía el asombro en su cara al abrir la cajita y sacar las dos entradas.

—Wyatt, no me lo puedo creer. ¿Me has comprado entradas para *El lago de los cisnes*?

—¿Te gusta?

—Es uno de mis ballets preferidos. Esto es increíble.

—Tú sí que eres increíble —repuso él, y se sorprendió al verla fruncir el ceño.

—Pero es en Los Ángeles —dijo—. Mi padre no me dejará ir.

—¿En serio? ¿Ni al ballet? Es una actividad cultural.

Ella levantó los hombros y Wyatt creyó morir al verla replegarse sobre sí misma. No le había presentado a su padre, pero Kelsey le

había hablado mucho de él. Y también lo había visto. Leonard Draper trabajaba diez horas al día en el club de campo, así que, aunque normalmente estaba en el campo de golf o supervisando las tareas de mantenimiento de los setos y las flores en las zonas públicas, el hombre se movía por las instalaciones lo bastante como para haberse cruzado con él. Un hombre alto y delgado, con gesto adusto y ese rostro curtido típico de quienes se pasan la vida trabajando al aire libre.

Solo los ojos le recordaron a Kelsey. Pero, mientras los de ella eran tan azules como el Caribe, los de su padre parecían tan gélidos como un glaciar.

La miró a la cara, desprovista de la alegría que reflejaba unos minutos antes. «Cabrón», pensó. No sabía qué problema tenía Leonard Draper, pero sí sabía que a él lo cabreaba. Y que, si las reglas que le había impuesto a su hija le impedían a esta hacer las cosas que le gustaban, dichas reglas eran ridículas.

Y él no tenía el menor problema en desobedecer reglas ridículas.

—No tenemos por qué decírselo a tu padre —dijo.

Ella puso los ojos como platos.

—Si se entera... A ver, el concurso de baile fue aquí y él había salido de la ciudad. Y podría haberle dicho que había comprado una entrada porque quería ver la final. Habría tenido problemas, pero no por haber estado con un chico. Pero ¿esto? Si se entera... —Se estremeció—. No decírselo sería tan gordo como ir a la representación en sí.

—¿Qué tiene en contra del ballet?

—Es que... Es que no cree que sea adecuado para mí. Verlo está bien. Pero no verlo con un chico y, mucho menos, en Los Ángeles.

—¿Tienes amigas?

Ella lo miró sin comprender por un momento. Y luego abrió los ojos como platos y se abrazó a sí misma antes de echarle un vistazo al reloj.

—Tengo que darme prisa. Tengo que recoger a Griffin.

—No —la contradijo él, echando un vistazo a su propio reloj—. Te quedan todavía cinco minutos más. —Sin embargo, las últimas palabras se las dijo al aire, porque Kelsey había echado a correr.

«Joder.»

Se reprendió por haberlo sugerido siquiera. Debería saber que no era el tipo de chica que desobedecía a sus padres, aunque sus reglas fueran ridículas.

Se dijo que se disculparía cuando la viera al día siguiente, pero al día siguiente se reprendió de nuevo, porque ella logró evitarlo por completo.

La había cagado. La había cagado pero bien.

Se pasó dos días enteros sin verla. Estuvo toda una tarde haciendo largos en la piscina y comprendió que Kelsey debía de haber cambiado el turno, porque no la vio limpiar ni una sola mesa durante todo el rato que estuvo allí.

Al final se rindió y echó a andar hacia el coche, preguntándose cuál sería la mejor manera de conseguir que lo perdonara. Pero cuando llegó al aparcamiento y la vio apoyada en el BMW que había tomado prestado de la flota que su abuela tenía en Santa Bárbara, el corazón le dio un vuelco y la esperanza empezó a extenderse por su pecho.

A lo mejor, solo a lo mejor, no la había cagado del todo.

—Hola —la saludó, temiendo en parte estar alucinando.

—Mi amiga Joy vive aquí durante el verano. —Inspiró hondo como si necesitara infundirse valor—. Puedo decir que voy a quedarme con ella el viernes.

—¿Seguro? —El corazón le latía tan rápido que tenía la certeza de que ella podía oírlo—. No eres exactamente de las que va por ahí desobedeciendo las reglas, Kelsey Draper. Y no quiero que...

—¿Qué?

En ese momento fue él quien inspiró hondo.

—No quiero que me guardes rencor si acabas teniendo problemas. O si te sientes culpable.

Ella metió las manos en los bolsillos de su pantalón corto y asintió con la cabeza.

—Eso es muy tierno. —Bajó la vista al suelo—. Y, bueno, seguramente me sienta culpable. Pero creo que por ti merece la pena —añadió al tiempo queladeaba la cabeza para mirarlo.

—¿Ah, sí?

Kelsey asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa deslumbrante.

—¿Te fías de esa chica?

—Desde luego. Vamos juntas al instituto. A Brighton —dijo refiriéndose a un prestigioso internado de chicas en Los Ángeles—. Tengo beca.

—Estoy impresionado. Brighton tiene una reputación estupenda.

—Supongo que sí. Me dieron la beca por las notas, pero la solicité porque las clases de baile dan créditos para Educación Física. No es una academia de baile en sí, pero apoyan las artes y por lo menos puedo formarme, ¿sabes?

— ¿Y a tu padre le parece bien?

—Técnicamente la clase de baile es una clase de educación

física. Así que lo ha aceptado. Lo que más le gusta es presumir de que su hija ha conseguido una beca para entrar en Brighton y... — Se interrumpió y meneó la cabeza.

— ¿Y qué?

—No sé. Nada. Es una cosa muy fea —añadió al ver que él levantaba una ceja y seguía mirándola.

— ¿Y qué pasa? No voy a pensar mal de ti.

—No me deja bailar. Ya sabes, en una academia de verdad. Y sabe que me molesta mucho. Así que supongo que piensa que no puedo quejarme porque estoy en Brighton.

Wyatt asintió con la cabeza, con la esperanza de que Kelsey no se fijara en que había apretado los puños por la furia. Su padre era un buen elemento y, cuanto antes se graduara y se marchara de casa Kelsey, mejor.

—No te he preguntado dónde estudias tú —dijo ella.

—En el Beverly Hills High School —respondió, y torció el gesto—. Ya sé que encajo en el perfil típico de Hollywood, pero mi madre y mi hermana también estudiaron allí, así que mi presencia no iba a causar mucho revuelo. Pero voy a hacer el último año en Boston —añadió—. He conseguido plaza en una prestigiosa escuela de fotografía.

—No me sorprende. Y seguro que eres el primero de la clase. Tu trabajo es fabuloso.

Un día conectó su cámara al ordenador de Patrick, aprovechando uno de los descansos de Kelsey, y le enseñó las fotos que tenía en la tarjeta de memoria. No eran su mejor trabajo y todas estaban en bruto, ya que no las había pasado todavía al ordenador para

pulirlas. De todas formas, apreció su halago en la misma medida que apreciaba su lealtad y sinceridad.

—¿Solo vas a estudiar fotografía o también irás a la universidad para estudiar algún otro grado?

—Supongo que asistiré a algunas clases, pero creo que no quiero ampliar más mi currículo académico.

El suspiro que soltó Kelsey rebosaba anhelo.

—Ojalá pudiera ir a una academia de baile.

Wyatt iba a replicar, pero ella negó con la cabeza para cortarlo. Él era consciente de su situación: aunque Kelsey consiguiera una beca, su padre no se lo permitiría.

—Bueno, al menos estudias en Brighton —dijo sin mucho convencimiento—. Es increíble que hayas estado a tan pocos kilómetros de mí durante todo este tiempo.

—Y ahora te vas a Boston —repuso Kelsey, que carraspeó—. Te echaré de menos.

—Es posible que no me hubiera matriculado de haberte conocido antes. Cerca de Los Ángeles también hay algunas escuelas de fotografía estupendas.

—¿De verdad? ¿Y por qué no solicitas la entrada en alguna de ellas? Boston está en la otra punta del país.

Wyatt sopesó la idea de ofrecerle la misma respuesta preparada de siempre, que el currículo de Boston era el más innovador, que allí contaba con la mayor variedad de asignaturas y que la beca que le habían ofrecido era fantástica. Y todos esos motivos eran ciertos. Pero no eran el verdadero motivo.

Y Kelsey se merecía la verdad.

—Quiero alejarme de mi familia —dijo sin más.

—¿Ah, sí? Pero quieres a tus padres. Y tú mismo has dicho que tu abuela es increíble.

—Y lo es. Y los quiero. Pero... joder. Quiero ser fotógrafo. Quiero ser un fotógrafo de éxito. No quiero ser un artista muerto de hambre. Quiero ganarme la vida con esto de verdad.

Kelsey frunció el ceño.

—Pero si...

—¿Qué? —la interrumpió él con brusquedad, aunque se arrepintió en cuanto la vio dar un respingo. ¿No lo entendía? ¿Después de todas las conversaciones que habían mantenido? ¿Después de todo el tiempo que habían pasado juntos?—. ¿Crees que da igual porque tengo un fondo fiduciario? ¿Que debería vivir de ese dinero y montar mi negocio con él sin importarme si es rentable o no porque no me hace falta el dinero para pagar el alquiler ni para comer?

Ella cruzó los brazos por delante del pecho, con una expresión seria, pero también comprensiva.

—En realidad, iba a decir que tener éxito no depende de la universidad a la que vayas. Tendrás éxito aunque seas autodidacta. Wyatt, tienes mucho talento. Claro que vas a ser asombroso.

La tensión que se había apoderado de su cuerpo desapareció y se relajó de nuevo, maravillado por la absoluta confianza que ella le profesaba. Se reprendió por haber supuesto que Kelsey estaba pensando lo peor.

Frustrado, se pasó las manos por el pelo.

—Lo siento. No quería decir que... Es que es difícil dedicarme a algo relacionado con el arte cerca de mi familia. Mi abuela querrá

montarme una galería en Rodeo Drive. —Guardó silencio—. ¿Nos sentamos en el coche?

Ella negó con la cabeza.

—Como mi padre me vea en tu coche le da un ataque. Aquí fuera puedo decirle que me estabas preguntando algo relacionado con el trabajo en el club de campo. Sobre las relaciones entre el personal o alguna tontería del estilo.

—Bueno, siéntate en el capó si quieres.

Kelsey se echó a reír.

—Estoy bien de pie y tú estás cambiando de tema. Aunque tu abuela te montara una galería, solo lograrías mantenerla abierta si tienes el talento suficiente para atraer a una clientela constante. Y lo tienes.

—Pero nunca lo sabré a ciencia cierta. Los círculos que frecuenta mi familia... Todos sus conocidos pueden permitirse comprar obras de arte, por malas que sean, solo para presumir de haber comprado una fotografía firmada por un Segel.

—A lo mejor les gusta lo que compran.

—A lo mejor. Pero ¿cómo podré estar seguro? —Se encogió de hombros y después se metió las manos en el bolsillo de los pantalones cortos—. Kelsey, quiero ganarme una reputación. Mi padre generó un gran revuelo cuando se casó con mi madre y sé que eso lo irrita. Es asesor contable y ni siquiera trabaja para el mundo del espectáculo. Pero los paparazzi lo persiguen de todas formas y él tiene la impresión de ser un fraude.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque él lo dice. No me lo ha dicho a mí, pero lo oí hablar con mi madre el otro día. Se quejaba de que nadie se fija en él por su

persona y de que mi familia espera que se haga famoso. Igual que han hecho todos los demás. Pero él lo detesta. A ver, que quiere a mi madre, pero que detesta lo de ser invisible. El público solo se fija en el apellido, no en él.

Kelsey asintió con la cabeza con gesto pensativo.

—Lo entiendo perfectamente.

—Tú no eres invisible, ya te lo he dicho.

—No para ti. —Su sonrisa lo cautivó—. Pero entiendo lo que se siente. Y también te entiendo a ti. Quieres hacerte un nombre en la fotografía de la misma manera que yo me imagino bailando en los escenarios.

—Podrías conseguirlo, ¿sabes? Aunque no sea ahora mismo —añadió al ver que ella negaba con la cabeza—. Después de que te gradúes. Cuando vivas sola.

—Es posible. No sé.

Wyatt quería seguir presionándola. Decirle que fuera cual fuese el trauma que impulsaba a su padre a decir chorradas sobre lo de bailar o salir con chicos, ella debería pasar del tema. Todavía no lo había conocido en persona, pero sabía que Leonard Draper le estaba impidiendo a su hija vivir. Ansiaba decirle todas esas cosas, decirle que no permitiera que nadie le prohibiera hacer realidad sus sueños, pero antes de que pudiera abrir la boca, ella se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—¿A qué ha venido eso? —le preguntó un poco pasmado y muy contento.

—Es por lo de *El lago de los cisnes*.

Wyatt titubeó, porque sabía que era su forma de cambiar de tema. Pero al final claudicó.

—No tienes por qué darme a mí las gracias —replicó—. Quien las merece es Joy.

—Cierto —convino Kelsey, que se echó a reír—. Nunca dejaré que lo olvide. Me ha dicho que puedes recogerme en su casa y que después puedes dejarme allí a cualquier hora, por tarde que sea. Ella me llevará a casa por la mañana para que mi padre nos vea juntas.

— ¿Y no revelará el secreto?

—Jamás.

—En ese caso, tenemos una cita.

—Mi primera cita de verdad.

Wyatt sintió una oleada de orgullo y se juró que la noche del viernes no solo sería memorable como primera cita, sino que sería la mejor cita de Kelsey, aunque solo tuviera dos días para planearlo todo.

Cuando llegó el viernes, tuvo que felicitarse. Fue a buscarla a casa de Joy en un Lincoln Town Car con chófer y se sintió muy glamuroso mientras caminaba hacia la casa para llamar a la puerta. Cuando esta se abrió y la vio allí plantada, tan elegante y tan guapa con un sencillo vestido negro y un collar de perlas, con la preciosa melena rizada en torno a la cara, supo que había tomado la decisión correcta.

Así que no se esperaba el gesto de confusión, e incluso de asombro, que hizo cuando ella se fijó en el coche.

—Así será más divertido —adujo él mientras la acompañaba hacia el coche—. Podremos hablar, no tendremos que preocuparnos por el aparcamiento y no te asustaré con los tacos que suelte cuando tengamos que enfrentarnos al tráfico de Los Ángeles.

—Oh, supongo que tiene sentido, sí —reconoció Kelsey, aunque su ceño fruncido sugería que no acababa de entender nada—. Es que... ¿Sabes una cosa? Bueno, da igual. —Le dio un apretón en la mano—. Estaba deseando que llegara esta noche.

—Yo también —le aseguró él, aunque el extraño comportamiento de Kelsey lo había desinflado un poco—. Pero... A ver —dijo, porque no podía soportar seguir a oscuras, así que la cogió de un brazo y la detuvo—, ¿qué te pasa?

Ella titubeó, pero al final respondió:

—Es que creía que no te gustaban esas... Bueno, en fin, todas esas cosas. —Señaló el coche con una mano—. Me refiero a las cosas de tu abuela. Los conductores, las limusinas y toda esa parafernalia.

Wyatt rio. El alivio fue tal que se le escapó una carcajada sin más.

—Me gusta todo. Lo que dije fue que quería ganármelo.

—Pero...

—Y lo he hecho. Sí, tengo el dinero de la familia. Pero también tengo una cuenta propia. La abrí cuando tenía doce años y vendí mi primera foto en una feria de arte en Laguna Beach.

—¿Has usado el dinero que llevabas ahorrando desde que eras pequeño para alquilar un coche? —Su sonrisa era tan deslumbrante que bien podía estar anunciando una pasta de dientes.

—Quiero que esta noche sea especial.

Kelsey aceptó el brazo que él le ofrecía.

—Ya lo es —replicó.

Y tenía razón. La noche empezó bien y solo podía mejorar. Kelsey nunca había visto la actuación de una compañía de ballet profesional y él se sintió como un superhéroe por ser quien se lo

ofreciera. No tenían tiempo para cenar, pero pasaron por la ventanilla de una hamburguesería In-N-Out, la favorita de Wyatt, y aunque le preocupaba la posibilidad de que a ella le resultara un poco hortera, la vio tan contenta por el hecho de comerse unas hamburguesas en los asientos traseros de una limusina que se pasó el resto del camino hasta el teatro con una sonrisa de oreja a oreja.

Y lo mejor de todo fue que compartieron un batido de chocolate.

Kelsey era lista, graciosa y simpática. Cuanto más tiempo pasaban juntos, más salía de su caparazón. El único bache de la noche fue el pequeño detalle de que Wyatt no prestó atención a la representación. Fingió hacerlo, claro. Pero se pasó casi todo el rato mirándola a ella. Sus movimientos. Lo ceñido que le quedaba el vestido. Estaba deseando tocarla. Besarla con ternura para poder oír cómo le gustaba. Y después con pasión, porque eso era lo que quería. Albergaba un montón de emociones en su interior. Un enorme anhelo. Ella era la culpable de que estuviera tan excitado y no veía muy claro cómo iba a conseguir ocultarle la erección que tenía.

Se pasó el último acto de la representación intentando distraerse mientras pensaba cómo fotografiaría el escenario si lo hubieran contratado para hacer las fotografías de la promoción. La velocidad de disparo. La apertura del diafragma. La colocación de los bailarines en relación con el decorado. La iluminación. Y tal vez usaría un filtro para conseguir una atmósfera mágica.

Cuanto más lo pensaba, más se ensimismaba en el proyecto. Y más se relajaba, gracias a Dios. Así que, cuando bajó el telón, pudo ponerse de pie junto a Kelsey y no arriesgarse a sufrir el bochorno de su vida.

Pero, por Dios, cómo deseaba a esa chica.

—Ha sido asombroso —le dijo ella al tiempo que lo tomaba de las manos—. Como tú. Gracias.

Estaban en un palco semiprivado y las otras dos parejas lo abandonaron antes que ellos. Kelsey estaba a punto de seguirlos, pero Wyatt la detuvo.

—Espera —le dijo al ver que levantaba una ceja con gesto interrogante—. Todavía te debo una cosa.

Por un instante pareció confusa. Pero cuando se acercó a ella y la abrazó por la cintura, lo miró con los ojos como platos. Wyatt le puso las manos en la base de la espalda y sintió su calor y el estremecimiento nervioso que la recorrió.

—Te debo un beso, ¿no te acuerdas?

Kelsey separó los labios un poco, como si fuera a hablar. Pero después tragó saliva y se limitó a asentir con la cabeza. Wyatt se inclinó hacia delante para rozarle los labios con los suyos. Fue apenas una caricia titubeante, porque sabía que era su primer beso. Pero cuando oyó su gemidito de placer fue como si alguien le echara gasolina al fuego. El deseo se apoderó de él y tiró de ella hasta que la tuvo pegada por completo a su cuerpo. Kelsey le echó los brazos al cuello como si fuera el único refugio donde cobijarse.

Con la mano libre, Wyatt le acarició la cabeza porque quería más, lo quería todo. En cuanto ella separó los labios, aprovechó para explorar el interior de su boca con la lengua y creyó morir, pero no le importó, porque nada podía ser tan perfecto como ese momento.

Cuando el beso llegó a su fin, Kelsey estaba colorada, sin aliento y preciosa.

—Tu primer beso —dijo él con un deje burlón—. ¿Te ha gustado?

—No lo sé —contestó Kelsey con un brillo en los ojos que desmentía sus palabras—. A lo mejor necesito otro para poder comparar.

Wyatt estuvo encantado de complacerla y le dio montones de besos para que comparara durante el trayecto de vuelta desde Los Ángeles, que se le antojó demasiado corto. Cuando el coche se detuvo delante de la casa de Joy, los labios de Kelsey estaban hinchados, tenía los ojos brillantes y estaba despeinada.

Estaba asombrosa. Pero más asombrosa fue la emoción que le provocó.

—Gracias —le dijo ella cuando el chófer abrió la puerta—. Esta noche me has enseñado el mundo. —Él estuvo seguro de que no solo se refería al ballet.

La besó una vez más cuando llegaron a la puerta de la casa de Joy y se sintió el tío más guay del planeta.

Después de aquella noche se hicieron inseparables, pero con discreción. Ninguno de ellos quería que el padre de Kelsey se enterara. Así que fueron cuidadosos. Muy cuidadosos. Paseaban juntos por las zonas menos frecuentadas del club de campo. Pasaban mucho tiempo en la arboleda, donde él le hacía foto tras foto hasta que Kelsey levantaba las manos y decía que quería hablarle directamente y no a través del objetivo.

Y hubo besos. Muchos besos. De los que prometían muchas cosas más. Cosas que ambos deseaban, pero que no sabían si conseguirían alguna vez. ¿Cómo iban a conseguirlas si ni siquiera podían salir juntos de verdad?

Cuando llegó el final, Wyatt no era consciente de que había emprendido ese camino. Al contrario, estaba deseando que llegara

el futuro. Se preguntaba cómo lograrían que su relación funcionara estando él en Boston y ella en Los Ángeles. Pero estaba seguro de que lo conseguirían. Al menos eso fue lo que se prometió.

Sabía que la noche de la fiesta de Patrick los padres de Kelsey estarían fuera de la ciudad y la llamó a casa para preguntarle si le apetecía asistir. Solo estarían unos cuantos chicos del club de campo y algunos de la ciudad. Sería divertido, le aseguró él.

—Esta noche estoy de canguro de Griffin.

—¿No tiene casi trece años? ¿No es capaz de quedarse solo unas horas?

—Es que...

— ¿Y si voy a tu casa?

— ¿Y entonces qué? ¿Confiamos en que Griffin guarde el secreto? Lo haría, por mí claro que lo haría, pero no es más que un niño y seguro que se le escapa. Ya lo hemos hablado, Wyatt. ¿Recuerdas?

—Lo sé. Lo sé. No pasa nada. Lo entiendo. —Quería decirlo en serio, pero no pudo disimular la desilusión de su voz—. Es que la casa de Patrick es gigantesca y seguro que encontramos un sitio para estar solos, ¿entiendes? No como en el club, que parece que estamos siempre en un escenario.

—Ya me gustaría —admitió Kelsey, con tanta sinceridad que él se sintió como un estúpido por haberse enfadado porque ella no podía asistir a la fiesta—. Pero, aunque no tuviera que hacer de canguro, ¿crees que nos deberían ver juntos de esa manera? A ver, hasta ahora hemos tenido mucho cuidado. ¿Y si mi padre...?

—Habrá un montón de gente. Todos de nuestra edad. Lo peor que puede pasar es que se entere de que has dejado solo a tu hermano

durante unas horas para ir a una fiesta con un grupo de adolescentes. No necesita saber nada más.

Le resultaba increíble estar pronunciando esas palabras incluso mientras lo hacía. ¿De verdad la estaba animando a desobedecer todas esas reglas? Sí, lo estaba haciendo. Porque era un imbécil egoísta que quería verla. Durante unas cuantas horas. ¿Qué había de malo en eso?

Además, les quedaba muy poco tiempo.

—El verano está a punto de acabar —le recordó—. Me iré dentro de dos semanas.

—Wyatt, por favor...

—Anota la dirección. Voy a pasar la noche en casa de Patrick, así que puedes venir cuando quieras, ¿vale?

Ella titubeó, pero al final cedió.

—Vale. Pero seguramente no iré.

Wyatt le dio la dirección.

—Kelsey, te estaré esperando.

—Espera sentado —dijo, pero en una voz tan baja que Wyatt apenas la oyó y, cuando ella cortó la llamada, él se sintió un poco perdido.

—Te ha dado fuerte, tío —le soltó Patrick—. ¿Estamos enamorados?

Wyatt le asestó un puñetazo en un brazo.

—Eres un capullo. Lo sabes, ¿verdad?

—Qué va. Soy un tío genial. Eso dice todo el mundo.

Wyatt se echó a reír, pero no pudo sacarse la duda de la cabeza. Era la primera vez que se lo planteaba y sabía con absoluta certeza que la respuesta era un sí.

Algo que debería asustarlo, pensó, pero no era así. Al contrario, se sentía fenomenal. Y eso hacía que quisiera tener al lado a Kelsey más que nunca.

Vagó por las estancias sin rumbo fijo, hablando con unos y con otros, bebiendo cerveza como si fuera agua hasta que todo empezó a darle vueltas.

Lo que explicaba que, cuando la vio al lado del enorme televisor, pensara que estaba alucinando. Pero al instante echó a andar hacia él con un vaso de plástico en la mano como si llevara un talismán. La vio beber un sorbo y luego otro. Acto seguido, apuró la bebida de golpe y atravesó el resto de la estancia para llegar a su lado.

—Hola —lo saludó, y después lo besó. A juzgar por el olor a burbon de su aliento, se había tomado más de uno mientras recorría la casa buscándolo.

—Hola —contestó apartándose de ella—. ¿Qué ha pasado con lo de ser discretos?

La vio encogerse de hombros.

—Te echaba de menos.

—Alejémonos de la multitud. —La cogió de una mano—. Ven. Tengo una cosa para ti.

—¿De verdad?

La guio hasta la habitación de invitados donde Patrick le había dicho que dejara sus cosas y a continuación cerró la puerta.

—Puedes sentarte —le dijo al tiempo que señalaba la cama, porque no había sillas en el dormitorio.

Ella hizo un sonido raro, pero se sentó, incómoda, en la cama mientras él rebuscaba en su mochila, hasta dar por fin con el regalo

que le había comprado, guardado en una cajita envuelta con papel plateado.

—¿Es para mí? —le preguntó cuando se lo ofreció.

—Ábrelo.

Kelsey se humedeció los labios antes de introducir un dedo por debajo de la cinta adhesiva para quitar con cuidado el papel de regalo, momento en el que quedó a la vista un estuche cuadrado y blanco.

—Vamos —la animó, ya que ella titubeó de nuevo.

Cuando abrió el estuche y vio lo que contenía, jadeó. Era un brazalete de plata bruñida con la forma del símbolo de infinito, un ocho en posición horizontal. La tenue luz se reflejaba en la plata mientras Kelsey lo acariciaba como si fuera lo más valioso que había visto en la vida.

—Lo vi en una boutique el fin de semana pasado cuando salí de tiendas con mi abuela. Me acordé de ti cuando vi el símbolo, ya sabes, para siempre.

Se habría sentido un poco tonto diciendo esto si no fuera tan cierto.

—Para siempre —susurró ella. Se puso de pie y le tendió el brazalete para que él se lo pusiera.

Wyatt lo hizo y tras apartar la mano del brazalete le rozó la piel. Después la cogió de la mano y tiró de ella para abrazarla. La besó sin pedirle permiso, limitándose a tomar lo que le apetecía. Y, a diferencia del primer beso que compartieron en el teatro, ese fue febril, apasionado y familiar.

Desde aquel primer beso, habían compartido muchos. Sin

embargo, ese le pareció distinto. Más intenso. Más satisfactorio. Rebosante de promesas, cargado de sensualidad, repleto de deseo.

—Kelsey —murmuró cuando se separaron, cogidos de las manos —. Quiero...

—Lo sé. Pero...

La silenció con un beso, ya que no quería oír por qué no podía tenerla como deseaba. Por completo.

La deseaba. La necesitaba. Tenía la impresión de que acabaría perdido si no encontraba su alma en ella. Estaba pensando en una serie de chorradas poéticas que le habrían parecido ñoñas y ridículas en cualquier otro momento o con cualquier otra chica, pero que con Kelsey le parecían tan reales y ciertas como la gravedad.

Y puesto que sabía que jamás la convencería con palabras, se propuso convencerla con actos. La acarició. La tentó. La exploró con las manos mientras la saboreaba con la boca. Los labios, una oreja, el cuello... Le colocó una mano en la nuca mientras que con la otra le cubría un pecho y le besaba el poco canalillo que dejaba a la vista el sencillo vestido que llevaba.

El corazón de Kelsey iba muy rápido, sentía sus latidos contra la mano, contra los labios. Y él la tenía muy dura, estaba desesperado por ella. La deseaba desde que la vio aquel primer día y después la deseó más y más a cada segundo que pasaba con ella. Lo había cautivado por completo, pero sabía que ella sentía lo mismo por cómo se derretía entre sus brazos. Sabía que estaba preparada.

Sin embargo, Kelsey se apartó en ese momento y sus esperanzas se hicieron añicos como el cristal.

—¿Kelsey?

Ella dio un paso atrás con la respiración alterada.

—Quiero hacerlo..., de verdad. Pero no puedo. No debo.

—Sí que puedes —insistió él, aunque sabía que se estaba comportando como un capullo egoísta. Debía decirle que no pasaba nada. Pero quería hacerlo. Por Dios, estaba deseando hacerlo—. Kelsey, te quiero.

Se le escaparon las palabras antes de saber siquiera que iba a pronunciarlas y, aunque eran ciertas, se odió por decirlas. No quería obligarla. No quería recurrir al chantaje emocional. Y no quería que ella pensara que estaba diciéndole cosas bonitas para llevársela a la cama.

Pero eso era lo que ella pensaba, estaba seguro. Porque le dio la espalda en cuanto pronunció las palabras.

Joder. La había cagado. Había arruinado lo mejor de su vida.

Estaba a punto de darse de cabezazos contra la pared cuando ella se dio media vuelta para mirarlo de nuevo con una expresión decidida y abrasadora en los ojos.

Cuando Kelsey empezó a desabrocharse el vestido, Wyatt perdió el mundo de vista. Solo podía pensar en sentir esa piel sobre la suya.

En que ella también lo quería.

Pero era un imbécil, claro. Con todas las letras.

Porque ni siquiera se imaginaba que una noche que parecía el paraíso acabaría convirtiéndose en un infierno.

Lo veo nada más salir del club. Está apoyado en el lateral de un Lincoln Navigator, con los brazos cruzados por delante del pecho mientras me observa. Tiene el pelo alborotado y la luz amarilla de las farolas del aparcamiento le arranca destellos dorados. A juzgar por su postura, queda claro que está tenso, como a punto de estallar.

A medida que me acerco, veo la irritación y la impaciencia en su cara, como si las tuviera grabadas a fuego. Sé que es por mí y saberlo hace que una bandada de mariposas me revoleteen en el estómago, tanto por los nervios como por la expectación. Porque, aunque temo la explosión, agradezco cualquier reacción procedente de él. Al fin y al cabo, este hombre nunca echó la vista atrás, mientras que yo me he pasado años llorando su pérdida.

Y si bien su ataque al borracho ese me ha avergonzado un poco, no puedo negar que también me ha excitado.

Lo que no termino de entender es el motivo de su irritación. ¿Es por mi baile? ¿O porque está harto de esperarme en el aparcamiento?

Lo último no me sorprendería. La verdad, he tardado lo mío en salir. De hecho, se me ha pasado por la cabeza esperar a que bailaran las últimas chicas, no solo porque me apetecía cabrear a Wyatt, sino porque también quería el dinero.

Según se rumoreaba entre bastidores mientras me cambiaba y guardaba mis cosas, sé que iba en cabeza con mucho margen. Y todo el mundo especulaba con quién ganaría si yo acababa yéndome con Wyatt. Porque esa es una de las reglas. La ganadora tiene que estar presente.

Pero aquí estoy, fuera.

Aquí estoy, dándole la espalda a lo que supongo que deben de ser al menos mil dólares, seguramente algo más.

¿Y por qué? Ni siquiera sé si va a contratarme. O si va a disculparse por haber golpeado a ese borracho y avergonzarme, además de por haberme ordenado que saliera del club como si fuera una adolescente díscola.

Aprieto el paso y aumento la velocidad al mismo ritmo que lo hace mi irritación. Cuando me acerco, se endereza. Mueve la boca, como si fuera a hablar, pero no se lo permito. En cambio, le clavo el índice en el pecho.

—Me debes mil pavos —le digo—. Seguramente más, pero me conformaré con mil. En efectivo. Esta noche.

Espero que se eche a reír. O que, al menos, me pregunte qué leches quiero decir. En cambio, estira el brazo y me envuelve la mano con la suya. Tiene la palma cálida y, aunque no es una caricia íntima, mis hormonas estúpidas y traidoras reaccionan como si lo fuera. Como si fuéramos los antiguos Wyatt y Kelsey, cogidos de la mano en el extremo más alejado del campo de golf, donde nadie podía vernos, mucho menos mi padre.

Con un gesto brusco, suelto su mano.

—Mil pavos —repito.

—Sube al coche —me dice.

Ladeo la cabeza antes de cruzarme de brazos. Sigue mis movimientos con la mirada y, mientras lo observo, veo que esboza una sonrisilla, y esa ligera mueca le suaviza la expresión. Siento que me arde la piel, porque no esperaba que me mirase las tetas con tanto descaro.

Luego me pongo más colorada al darme cuenta de que no me está mirando las tetas, no. Me está leyendo la camiseta.

—«Baila como si nadie te mirase» —lee en voz alta antes de mirarme a la cara con una intensidad que recuerdo demasiado bien y que me provoca un escalofrío—. ¿Es lo que hacías ahí dentro? —me pregunta—. ¿Bailar para ti?

Me obligo a quedarme parada donde estoy. Quiero huir de la pasión que veo en sus ojos. Porque es peligrosa, lo sé. Y sin embargo, lo necesito, y si huyo solo le haré daño a mi hermano.

Tomo aire, clavo la vista en el luminoso de la gasolinera que tiene a la espalda y digo en voz muy baja:

—No.

—Mírame, Kelsey.

Lo hago mientras aprieto los dientes y me obligo a mantener el contacto visual.

—Dímelo —me ordena.

—Ya sabes la respuesta. —Me enorgullece haber controlado el temblor de la voz—. Era un casting, ¿no? ¿Para quién crees que bailaba?

Veo cómo traga saliva con fuerza.

—Sube al coche.

—Págame.

—Todavía no te he contratado.

—Mil pavos —digo retomando mi exigencia original—. Los dos sabemos que habría ganado. Y los dos sabemos que me has fastidiado ahí dentro.

Me vuelvo a cruzar de brazos y esta vez estoy decidida a no dejarme distraer por lo que diga a continuación. Aunque me sorprende al no soltar prenda. En cambio, se mete la mano en el bolsillo trasero, se saca la cartera y saca diez billetes de cien dólares.

—Claro —digo, porque se me ha olvidado el poco valor que el dinero debe de tener para su familia—. Es calderilla para ti.

Espero una réplica sarcástica, pero se limita a ofrecermelos los billetes. Extiendo el brazo para cogerlos y, cuando hago ademán de agarrar los billetes, cierra los dedos alrededor de los míos, con el dinero bien sujeto entre las palmas de ambos.

—Acostumbro a pagar mis deudas, Kelsey —me dice—. Siempre.

Me comen los nervios, pero no sé si es por el contacto, por las palabras o por el tono de su voz. Sea lo que sea, retiro la mano y él deja que me lleve los billetes. Los meto en el bolso a toda prisa mientras el ruido de una calculadora me resuena en la cabeza.

«Solo me faltan catorce mil.»

La idea me atraviesa como un láser, anclándome a la realidad una vez más. Y la realidad es que necesito mucha pasta. Un montón de pasta.

Los mil que me acaba de dar no son el premio que me importa, de modo que le devuelvo los billetes.

—Oye, olvida los mil pavos. Quiero el trabajo. —Señalo el club con la cabeza—. Creo que he demostrado que valgo.

—¿Eso crees?

Me tenso, desconcertada por su deje acerado, como un cuchillo que atraviesa cualquier pasado y cualquier conexión que pudiera quedar entre nosotros.

—Me has visto bailar —digo a la defensiva—. Sabes que soy capaz de aguantar una pose. Sabes que puedo ser sugerente. —Trago saliva, con la cara ardiendo—. Y sabes que soy capaz de desnudarme y no darle la espalda a la cámara... ni a los ojos que hay tras ella.

Se le endurece la expresión.

—Si estuviera buscando a una mujer dispuesta a enseñar las tetas para que un desgraciado sueñe que va a acabar en su casa y se lo va a follar como una estrella porno, tendrías el trabajo sin dudarlo.

Sin pensar lo que hago, extendo el brazo y lo abofeteo.

Luego me llevo esa misma mano a la boca, para contener el jadeo de sorpresa. Me estremezco y retrocedo un paso, convencida de que va a haber consecuencias. De que me va a agarrar de los hombros. De que me va a estampar contra el coche y me va a exigir una disculpa.

No hace nada de eso.

En cambio, la tensión lo abandona y toma una honda bocanada de aire mientras se pasa las dos manos por el pelo.

—Joder, Kelsey. Lo siento. Eso que he dicho es lo peor.

Me sorprende tanto que lo admita que doy un paso hacia él, y lo más irónico es que quiero hacer que se sienta mejor.

—No pasa nada, de verdad. Y no creo que tu trabajo sea sórdido ni nada parecido. No he querido que me veas bailar aquí por eso. —No me cuesta parecer convincente. Pase lo que pase entre

nosotros, jamás mentiría acerca del impacto de aquellas fotos tan espectaculares y provocativas—. Tu trabajo... Wyatt, esas fotos son increíbles. Son sinceras y reales, y las mujeres que has fotografiado son... —Dejo la frase en el aire y me encojo de hombros, porque no sé cómo decir que me gustaría ser como ellas—. A lo mejor no debería haber hecho esto. Pero me cabreaste muchísimo. Solo quería que vieras que soy capaz de hacer este trabajo.

— ¿Y creías que esto me convencería?

—En fin..., pues sí.

—Mmm. —Hace ademán de rodearme y doy un instintivo paso hacia atrás y me protejo la espalda con su enorme todoterreno.

—Sabes bailar, pero no busco a una bailarina. —Habla en voz baja, casi como si lo hiciera para sí mismo. Aunque no aparta la mirada de mí en ningún momento—. Tienes el aspecto que busco. Y la personalidad. Y, joder, también tienes el carácter.

—Como te he dicho, puedo hacerlo.

—Desde luego que has demostrado que eres capaz de moverte fuera de tu elemento. Joder, hasta estoy dispuesto a admitir que no solo eres perfecta para mi exposición, sino que ninguna otra modelo se te acerca.

Su voz transmite cierta sequedad. Cierta rabia que estoy convencida de que tiene su origen en lo que sucedió hace doce años.

—Hay un detalle... —Deja de rodearme y se me acerca directamente. Retrocedo un poco, hasta que toco la fría puerta del coche con el trasero—. ¿Qué más da que todo eso sea verdad? ¿Qué más da que seas perfecta? Porque, aunque tengas todo eso a tu favor, ¿cómo puedo confiar en que llegarás hasta el final? Solo

tengo unas semanas para terminar y no puedo equivocarme. Así que dime, Kelsey, ¿cómo puedo confiar en ti? ¿Cómo puedo estar seguro de que no vas a salir por patas en mitad de la sesión de fotos? ¿Cómo puedo saber que no me vas a dejar tirado?

«¿Cómo puedo saber que no me romperás el corazón?»

Eso último no lo dice en voz alta, pero oigo las palabras en la cabeza con absoluta claridad. Trago saliva para deshacer el nudo que tengo en la garganta y parpadeo con rapidez en un intento por contener las lágrimas. Metí la pata hasta el fondo. Fastidié la vida de mucha gente, de muchísima gente, y todo porque quise abarcar más de la cuenta.

Y tal vez deba dejar de insistir y marcharme sin más. Ya me las apañaré para conseguir el dinero. Si no me queda más remedio, puedo vender mi Mustang, aunque eso me mataría. Al fin y al cabo, Griffin lo reconstruyó con mucho trabajo para mí y le dolería muchísimo que tuviera que deshacerme de él. Aunque lo vendiera para ayudarlo.

Pero marcharme no es una opción. Ya no. Ahora no solo se trata de mí. También está Wyatt. Y todo lo que ha estado diciendo.

Me necesita.

A lo mejor nunca podré enmendar el daño que le causé hace doce años. Pero puedo ayudarlo ahora. Y aunque no lo compensará todo, algo es algo.

—No voy a salir corriendo —le prometo—. No sé cómo conseguir que confíes en mí. Solo puedo decirte que lo digo en serio y que espero que me creas.

Me taladra con la mirada, como si intentara ver la verdad en el fondo de mi alma. Luego mueve la cabeza a un lado y a otro y

empieza a dar vueltas delante de mí, con el cuerpo tenso como un gato a punto de saltar.

Pero, aunque lo presiento, me sorprende igualmente cuando lo hace, cuando se abalanza sobre mí y me atrapa contra el Navigator, con un brazo a cada lado. Y el cuerpo peligrosamente cerca.

—¿Por qué?

Tengo su boca tan cerca que siento su cálido aliento y el olor a whisky es tan fuerte que resulta embriagador. Me pregunto cuánto tiempo llevaba en el club antes de que yo lo viera. ¿Estaba sentado a una mesa, bebiendo, mientras las otras chicas bailaban? ¿Disfrutó al verlas? ¿O solo fue para verme a mí?

—Contéstame —me ordena, y la pasión de su voz me saca de mis pensamientos.

—Ya te lo he dicho. Necesito el dinero. Por favor, Wyatt, suéltame.

—¿Por qué?

—Porque me está entrando el agobio. —Es mentira. Me siento incómoda, sí, pero no de esa manera. Lo que me incomoda es la reacción de mi cuerpo a su cercanía. La forma en la que, pese a todo, quiero que se incline un poquito más hacia mí.

—Me refiero a por qué necesitas el dinero.

—Ah. —Me muero de la vergüenza—. No es asunto tuyo. —Me aparto un poco del coche, como si fuera a empujar a Wyatt para pasar—. ¿Te importaría apartarte?

Me empuja contra el coche con todo el cuerpo, de modo que yo estoy pegada al metal y él pegado a mí totalmente. Siento cómo se me acelera el pulso y tengo que apretar los puños para luchar contra el inoportuno deseo de levantar la cabeza y besarlo.

—Estás haciendo que sí lo sea —me dice al tiempo que aparta

una mano del coche para acariciarme un mechón de pelo—. Dime, Kelsey, ¿por qué entraste por mi puerta? ¿En qué lío estás metida que necesitas dinero tan rápido?

—Lo necesito y ya. ¿Qué importa el motivo? Necesito quince mil dólares y los necesito antes de finales de mes.

—Así que ¿no hay nada más? —Me recorre el lóbulo de la oreja con un dedo y soy incapaz de contener el estremecimiento que me recorre.

—Me haces cosquillas —le digo, como si ellas fueran las causantes de mi reacción. Como si sus caricias no me estuvieran afectando en lo más mínimo.

—¿Solo es por el dinero? —Baja el dedo desde la oreja hasta mi clavícula expuesta, porque llevo una camiseta de cuello de pico—. ¿No buscas publicidad?

—¿Publicidad? ¿Para qué? ¿Por qué iba a...?

—Podría prestarte el dinero —añade al tiempo que devuelve la mano al coche, encerrándome de nuevo.

—No lo harías —replico—. Y yo no aceptaría si me lo ofrecieras. No quiero estar en deuda con nadie, mucho menos contigo.

—¿Por qué conmigo no?

Lo miro a los ojos.

—Porque me odias.

Da un respingo y se queda callado un segundo. Después aparta muy despacio las manos del coche y retrocede, liberándome.

—No te odio, Kelsey. Seguramente sería mejor si lo hiciera.

—Oh. —Bajo la vista para que no pueda ver que se me han llenado los ojos de lágrimas. Parpadeo y luego tomo aire para recuperar la compostura. Solo cuando estoy segura de haber

recuperado el control, vuelvo a mirarlo—. ¿Eso quiere decir que el trabajo es mío?

Suelta el aire con un suspiro sonoro.

—Vale. ¿Quieres el trabajo? Es tuyo. —Retrocede otro paso y me mira de arriba abajo—. Empezamos esta noche.

Me aparto del coche y me quedo pasmada.

—¡Esta noche!

—¿Tienes que estar en otro sitio?

—Pues... no. Esta noche, vale.

Asiente con la cabeza, complacido, al parecer, por mi beneplácito.

—No puedo cometer el menor error, Kelsey. Así que voy a poner condiciones, y no son negociables. Si no quieres aceptarlas, te vas ahora mismo. ¿Entendido?

Asiento firmemente con la cabeza, con la esperanza de parecer más segura de lo que me siento.

—Ya has visto las fotos en el estudio. Cómo son. No son pornográficas y tampoco son fotos sacadas en un club de estriptis —añade a la vez que señala el X-tasy—. Pero tienen su punto. Intento transmitir una sensualidad descarnada. ¿Lo pillas?

Una vez más, me limito a asentir con la cabeza.

—Y eso quiere decir que te pones lo que yo te diga y posas como yo te diga. ¿Entendido?

—Pues claro —respondo, un poco desconcertada. Porque ¿de qué otra manera vamos a hacerlo si no?

—Bien. Tienes que hacer lo que yo te diga, Kelsey. Te repito que no es negociable.

—Que sí, ya lo pilló. ¿No es evidente? A ver...

—Delante de la cámara —me interrumpe—. Y en mi cama.

Lo miro boquiabierta.

—Estás de coña.

—Te aseguro que no.

—Pero... ¿por qué?

—¿Por qué? —repite él—. Ya sabes el porqué. —Da un solo paso hacia delante—. Te estoy castigando, Kelsey. Tal como dijiste esta mañana en mi estudio. Te estoy castigando —insiste mientras yo me quedo allí plantada, sin decir nada, confundida—. Pero puedes irte si quieres. Lo dejo en tus manos. Ya sabes mis condiciones. Ahora pregúntate qué quieres tú. Y luego pregúntate cuánto lo quieres. — Se va hacia la puerta del conductor, la abre y se detiene un momento antes de entrar—. Estaré en el estudio. Tienes una hora para tomar una decisión.

Acto seguido, cierra la puerta de golpe y arranca el coche, y yo me quedo en el aparcamiento como una idiota, preguntándome qué acaba de pasar... y qué narices voy a hacer.

Doce años antes

Wyatt la observó con el cuerpo tenso por una mezcla de deseo y nervios mientras ella seguía desabrochándose el vestido, que parecía sacado de una de las películas antiguas de su abuela, entallado, con la cintura de avispa y la falda de vuelo.

A Kelsey le sentaba de maravilla. Era muy femenino y sensual. Pero lo que más le gustaba era que los botones descendían desde el escote hasta el bajo. Porque, joder, ver cómo se iba desabrochando cada botón con forma de flor con los dedos era como ver su regalo preferido de Navidad desenvolviéndose solo.

En ese momento sus dedos habían llegado a la cintura, de manera que el corpiño del vestido se abrió y Wyatt sintió que los vaqueros eran demasiado estrechos. Kelsey llevaba un sencillo sujetador blanco que era lo más erótico que había visto en la vida, y eso incluía todos los sujetadores de encaje, y las modelos sometidas a Photoshop, del catálogo de Victoria's Secret.

Pero lo que le dejó la boca seca de verdad fue el momento en el que llegó al último botón. Porque entonces fue cuando Kelsey abrió el vestido y dejó a la vista ese cuerpo perfecto de bailarina, cubierto por su sencillo sujetador y unas bragas de algodón a juego.

—Eres asombrosa —susurró Wyatt mientras ella dejaba que el

vestido cayera al suelo, tras lo cual cruzó los brazos por delante del pecho, como si intentara esconderse.

Él se acercó más y la oyó contener el aliento mientras la cogía por las muñecas para apartarle las manos del cuerpo.

Kelsey soltó un gemidito y él se inclinó para tranquilizarla con un beso. Wyatt tenía miedo de que estuviera demasiado nerviosa, pero, en cuanto sus labios la rozaron, sintió que el fuego la consumía. Ella abrió la boca para permitirle el acceso, para que la saboreara. Y en cuanto liberó sus manos para rodearle el cuello y colocarle una en la nuca, él supo que la había conquistado por completo.

La besó con pasión y deseo, abrazándola por los hombros y la cintura para pegarla a su cuerpo. El contacto con su piel le resultaba enloquecedor.

—Kelsey... —Su nombre era muy dulce. No quería dejar de pronunciarlo—. Kelsey, por favor...

—Yo... —Ella tragó saliva y, por un instante, Wyatt pensó que a él se le había parado el corazón. Pero después la vio asentir con la cabeza y supo que no solo era Navidad, sino también su cumpleaños y el día de los Enamorados y todos los días festivos juntos.

—Eres perfecta —susurró mientras extendía los brazos para quitarle el sujetador. La sintió tensarse, pero se relajó nada más acariciarla, mientras le bajaba los tirantes del sujetador por los brazos para quitárselo.

Dejó caer la prenda al suelo porque quería acariciarle los pechos, encantado al oírla gemir y sentir que se le pegaba más a las palmas de las manos.

—Wyatt —susurró—. De verdad que quiero hacerlo. Pero no...

No soportaba oír esas palabras, así que la besó de nuevo, persuadiéndola con sus caricias en vez de con sus palabras. Quería que se derritiera entre sus brazos, que le permitiera acariciarla y explorar su cuerpo. Quería sentir el poder que conllevaba enloquecerla.

Y, sí, quería ser el primero para ella.

—Por favor —susurró—. Kelsey, sabes que los dos lo deseamos.

Se aferró a él, pegando su cuerpo, tan dulce y cálido, contra el suyo, y Wyatt la acarició, sin poder creerse que tuviera a esa chica tan perfecta entre los brazos.

—Vale —dijo Kelsey, y él estuvo a punto de hacerse jirones la camisa en un intento por quitársela lo antes posible.

Se quitó los zapatos usando tan solo los pies, luego los vaqueros y después la tomó de la mano para llevarla a la cama. Solo se dejó puestos los calzoncillos. La tenía tan dura que temía correrse en cuanto se los quitara, y no quería que eso pasara, ni por asomo.

Se metió en la cama y le tendió una mano a Kelsey para que se reuniera con él. Ella lo hizo, ruborizada y con la respiración entrecortada. Se colocó a su lado y se apoyó en un codo mientras él la acariciaba con la yema de un dedo, ansioso por explorar cada centímetro de su cuerpo. Quería ir despacio.

Pero, joder, no iba a conseguirlo. En cuanto ella le susurró que la besara, fue la perdición. Selló sus labios con los suyos, le cubrió un pecho con una mano y después fue descendiendo más más y más, hasta tocar el elástico de las bragas. Acto seguido, introdujo la mano y estuvo a punto de estallar al comprobar lo mojada que estaba. Y después estuvo a punto de estallar de nuevo cuando la oyó gemir al

tiempo que separaba las piernas y arqueaba las caderas, buscando más.

Wyatt le puso fin al beso porque quería mirarla a la cara y ella asintió con la cabeza.

—Por favor —suplicó ella—. Quiero hacerlo.

Él tragó saliva, nervioso de repente, y después se quitó los calzoncillos para liberar su polla. Kelsey miró hacia abajo y se mordió el labio inferior.

—Intentaré que no te duela.

—No pasa nada. Sé que va a doler. ¿Tienes un condón?

—Sí, claro que sí. —Salió de la cama a la carrera, cogió uno y se lo puso mientras ella lo observaba. Después la miró a los ojos y la vio asentir con la cabeza.

«Despacio», se recordó. Y lo intentó. Pero ella respondía a todas sus caricias. Era muy suave. Sin embargo, en un momento dado perdió el control, momento en el que Kelsey gritó y le suplicó que se detuviera. En ese momento se sintió fatal.

Estaba a punto de sacarla cuando ella le colocó una mano en la espalda.

—No, por favor, no. Espera un momento.

Así que se quedó quieto hasta que le dijo que se moviera de nuevo y, esa vez, ella se movió con él, así que la cagó por completo y se corrió, y por su culpa todo acabó demasiado pronto.

—Lo siento —susurró—. No quería... Es que eres... Joder. Es que te deseaba demasiado.

—Ha sido maravilloso —le aseguró ella—. ¿Podemos hacerlo otra vez?

Wyatt sonrió y le dijo que sí. Y como necesitaba tiempo para

recuperarse, se lo pasó besándola por todos lados hasta que otra vez se le puso dura como una piedra y ella estuvo más que preparada.

Después lo hicieron otra vez y ella se acurrucó entre sus brazos y estuvieron hablando un rato.

—¿Tienes sed? —le preguntó Wyatt al cabo de un momento—. Puedo ir a por algo para beber.

—Eres mi héroe —contestó ella—. Ahora mismo me bebería unos cuantos litros de lo que fuera.

—Lo que quieras. —Se puso los vaqueros y la camisa sin perder el tiempo y salió del dormitorio, aunque la miró por última vez antes de cerrar la puerta y correr a la planta baja.

Como se le había olvidado preguntarle qué prefería, cogió una Coca-Cola Light y un Sprite sin azúcar del arcón congelador del porche trasero. Estaba a punto de volver arriba cuando Patrick lo detuvo.

—¿Dónde has estado? Grace te estaba buscando.

—Pues menos mal que no me has encontrado.

Patrick puso los ojos en blanco.

—Podrías salir con ella otra vez. Todavía está colada por ti y ahora mismo no estás con nadie.

—Cierto —convino él, porque, aunque parecía que estaba con Kelsey a todas horas, habían sido discretos para que su padre no los pillara—. Pero yo no estoy colado por ella.

Patrick ladeó la cabeza y Wyatt se sintió como un insecto en un microscopio.

—¿Esto es por lo de la hija del paisajista?

—¿De qué estás hablando? —replicó Wyatt, aunque al mismo

tiempo se reprendió en silencio por hablar con un deje culpable. Al parecer, no podría ser un buen espía.

—Es solo una suposición, pero ¿está aquí? ¿Por eso estabas escondido?

—No seas imbécil.

—En otras palabras, que tienes sed. —Patrick sonrió mientras señalaba las latas que llevaba en la mano.

—Te haría una peineta, pero tengo las manos ocupadas.

—Lo que tú digas, tío. Pásatelo bien a solas en tu dormitorio.

Wyatt puso los ojos en blanco y después, porque merecía la pena hacerlo, se colocó una de las latas debajo de un brazo y le hizo una peineta.

—Qué maleducado —le dijo Patrick, y se echó a reír.

Wyatt se rio también y seguía sonriendo cuando empezó a subir la escalera para volver a la habitación. Llamó a la puerta y se sorprendió al ver que se abría un poco. Bueno, en fin, a lo mejor se le había olvidado cerrarla bien, un error de imbéciles, porque ella estaba desnuda y en la cama.

«Idiota», pensó.

—Oye, siento haber tardado tanto —dijo al entrar, y en esa ocasión se aseguró de cerrar bien una vez dentro.

Miró hacia la cama, esperando encontrar a Kelsey todavía bajo las sábanas, pero estaba vacía. Y la ropa de ella había desaparecido, según vio.

«Pero ¿qué narices pasa?», se preguntó.

Junto a la habitación había un baño con la puerta entreabierta. La luz estaba encendida, así que se apresuró a entrar con un nudo en el estómago.

—¿Kelsey? —se asomó y abrió completamente la puerta.

Tampoco estaba allí.

«En serio, ¿qué demonios pasa?»

El pánico se apoderó de él y salió del dormitorio a la carrera, momento en el que estuvo a punto de darse de bruces con un chico que reconoció del club de campo.

—¿Has visto a una chica? Estaba aquí hace un rato. ¿Sabes adónde ha ido?

—¿Morena? ¿Guapa? Hace unos cinco minutos que salió pitando. —Silbó—. Iba con el vestido medio desabrochado. ¿Qué ha pasado? ¿Habéis discutido o algo?

—O algo, sí —murmuró Wyatt, cuyo pánico se estaba transformando en confusión. Y, sí, en una furia creciente.

¿Se había largado y lo había dejado plantado? ¿Por qué narices iba a irse sin decírselo?

Pero eso había hecho. Lo confirmó cinco minutos después. Al menos cuatro personas la habían visto salir corriendo de la casa y dos de ellas le dijeron que tenía los ojos enrojecidos e hinchados.

La había dejado sola y seguramente se había puesto a llorar, mortificada por lo que habían hecho. Era una chica demasiado inocente y la había presionado más de la cuenta. La había presionado cuando ella le había dicho que no.

Había sido un imbécil. Un cabrón. Un desgraciado.

Y como no era lo bastante hombre como para esperar hasta estar completamente seguro de que ella estaba preparada de verdad, no solo le había hecho daño, sino que la había perdido.

«Mierda.»

Se pasó días llamándola, pero ella no le contestó ni le devolvió las

llamadas. Intentó ir a su casa, pero no sabía su dirección y, cuando por fin consiguió que alguien del club de campo le echara un ojo a la ficha de su padre y se la diera, la casa estaba vacía.

—Sí, mi padre se cabreó mucho —le dijo Patrick—. Supongo que el tal Draper estaba pendiente de otro trabajo y no se molestó en decírselo a nadie. Esperó al último minuto y salió pitando.

—Eso no tiene sentido. Ya había conseguido un trabajo en Los Ángeles para después del verano. Me lo dijiste tú.

Patrick se encogió de hombros.

—A lo mejor lo necesitaban antes. O a lo mejor todo era mentira. Lo único que sé es el que el tío se ha largado.

La cosa no pintaba bien, pero si era el mismo trabajo, al menos estaba en Los Ángeles. Y Kelsey estaría con él. Podía ir en coche y verla antes de marcharse a Boston. Tenía que encontrarla. Tenía que verla. Tenía que saber qué narices había pasado.

Tenía que disculparse por haberla presionado.

Pero, por más que lo intentó, no logró localizarla. Y cuando intentó llamarla unos días después, al suponer que lo mejor era seguir arrastrándose para que lo perdonara, le saltó un mensaje anunciando que el número de teléfono no existía, lo que significaba que se había cambiado de número.

Nada tenía sentido y quería hablar con su padre del asunto, pero sus padres estaban en Los Ángeles para el estreno de la última película de su madre. Aunque Wyatt pasaba por completo de esos temas, en esa ocasión los echaba de menos. Así que se sentó en el salón y vio el especial del estreno en uno de los canales de entretenimiento.

Su madre estaba increíble con ese vestido ajustado de lentejuelas

y su padre, fantástico con su esmoquin. Sin embargo, no pudo evitar que le diera pena, porque todos casi que lo empujaban para poder hablar con Lorelei y hacerse fotos con ella y con el atlético actor que acababa de confirmar que sería el protagonista de su próxima película, un drama familiar con el que el actor seguramente intentaría entrar en la quiniela de los Óscar y apartarse así de los papeles de espionaje y acción.

Un periodista muy estúpido llegó incluso a pedirle a su padre que se apartara para hacer una foto, porque solo era el marido. Y pese al ángulo de la cámara, Wyatt vio la furia y el dolor en su rostro, que parecía el de un atleta de la Ivy League.

Wyatt torció el gesto y después apagó la tele en cuanto sus padres entraron en el cine. Estuvo tentado de llamar a Jenna para pedirle consejo, pero su hermana era once años mayor que él, se pasaba el día trabajando y solo le diría que, si la chica no le devolvía los mensajes, necesitaba pillar la indirecta y dejarla tranquila.

Como no quería oír eso, decidió esperar un par de días más. Al fin y al cabo, las cosas no podían empeorar más.

O, al menos, eso pensaba.

Cuando entró al día siguiente en el club de campo para hacer unos cuantos largos en la piscina y quemar así un poco de energía, descubrió lo equivocado que estaba.

—Siempre tuve claro que era un poco putón, pero nunca pensé que se lo tomaría en serio. —La voz era la de Grace y, aunque lo último que le apetecía en el mundo era acercarse a ella de nuevo, Wyatt no pudo evitar aguzar el oído.

Estaba sentada en el borde de una tumbona, inclinada hacia delante mientras hablaba alegremente con Marsha y con otra chica

que él no reconoció. Grace alzó la mirada un instante cuando él se sentó en una silla para comerse unas tortitas mientras intentaba quitarse a Kelsey de la mente leyendo una novela de misterio. Creyó ver que ella le sonreía al sentarse, pero como no volvió a mirar hacia él, Wyatt se dijo que en realidad no se había dado cuenta de que estaba allí.

— ¿Y qué le dijiste? —quiso saber Marsha.

—Que cualquier chica que se tirara a un famoso o al hijo de un famoso se ganaría cien pavos y nuestro respeto y devoción para siempre. Y puntos extra si ella era la primera.

—¿Lo dices en serio? —le preguntó Marsha—. ¿Esto pasa de verdad?

—Venga ya. Acostarse con los famosos es lo más. En el sur de California lo importante es el estatus social, así que, o eres famoso, o te tienes que tirar a alguno.

—¿Tú lo has hecho?

Grace soltó una risilla tonta y se llevó una mano al pecho, al más puro estilo de las sureñas.

—Una dama jamás confiesa esas cosas. Pero es mucho más divertido no ser una dama. Claro que lo he hecho. Lo que quiero decir es que no pensaba que ella fuera capaz.

— ¿Y cómo lo sabía? A ver, que trabajaba limpiando mesas —replicó Marsha poniendo cara de asco.

—Nos oyó hablar a Amy y a mí —respondió Grace, que señaló a la chica rubia de pelo corto con la cabeza.

La tal Amy asintió.

—Estaba limpiando una mesa, pero me di cuenta de que estaba escuchándonos.

—Se acercó a mí más tarde —siguió Grace—. Al principio estaba muy cortada y me dijo que sería guay ser miembro del grupo y que detestaba ser invisible por ser una empleada del club.

Wyatt sintió que se le encogía el estómago al recordar las conversaciones con Kelsey sobre el hecho de sentirse invisible y su percepción de que, aunque ser famoso fuera un engorro, por lo menos la gente le prestaba atención.

—Quería que hiciéramos cosas juntas. Me preguntó si me apetecía ir al cine con ella algún día después del trabajo. —Grace levantó un hombro—. Le dije que no podía y luego me preguntó si había algo que pudiera hacer para que yo cambiara de opinión.

—¿Qué le dijiste? —preguntó Marsha.

—Bueno, pues que no se me ocurría nada, pero siguió dándome la tabarra, así que le hablé del juego. Supongo que pensó que era una buena idea. A ver, sabes lo que pasó en la fiesta de Patrick, ¿no?

—¡No! —Marsha se inclinó hacia ella—. ¿Qué pasó?

—¡Que se folló a Wyatt Segel!

Amy y Marsha pusieron los ojos como platos.

—¿En serio?

—Ajá —contestó, y Wyatt tuvo otra vez la impresión de que lo miraba, pero no podía afirmarlo con seguridad. Además, él clavó la vista en las tortitas para que Grace no se percatara de que estaba pegando la oreja—. Me la encontré en la escalera cuando se marchaba. Bajó a la carrera. Me dijo que por fin había entrado en el grupo y quería saber si se había ganado algún trofeo. La verdad, me dejó tan alucinada que no pude ni hablar. Me limité a verla correr hacia la puerta principal. Supongo que doña Joven e Inocente se

sentía demasiado avergonzada como para quedarse con él después de haber echado un polvo.

—Está sentado ahí al lado —susurró Amy, pero en voz tan baja que Wyatt apenas la oyó.

—Mierda —soltó Grace, aunque no parecía muy molesta—. ¿Crees que me ha oído?

—No está mirando —le aseguró Marsha—. Y tiene un libro al lado del plato. No creo que nos haya oído.

—Ah —exclamó Grace, y guardó silencio un instante—. Menos mal. Deberíamos irnos. He reservado una pista para las nueve.

Se levantaron a la vez y echaron a andar hacia la puerta mientras seguían hablando, y él se quedó con aquellas palabras martilleándole en la cabeza.

«Pero ¿qué cojones...?»

«¿Qué espantosa humillación es esa, joder?»

Esperó hasta estar seguro de que se habían ido y, después, se puso en pie con la intención de marcharse. Pero estaba demasiado alterado, así que volvió a sentarse. Patrick lo vio e hizo ademán de dirigirse hacia él, pero Wyatt le hizo un gesto con la mano para detenerlo, por temor a acabar gritando si alguien se le acercaba. O, lo que era peor, a echarse a llorar como un niño.

Kelsey había estado jugando con él. Era como todas esas chicas sobre las que le advertía su padre. Chicas que solo veían al famoso, pero que nunca lo veían a él.

Pero no. ¿De verdad era así? Kelsey no. Ella no era así.

No se lo podía creer. No se lo iba a creer.

Sin embargo, las pruebas señalaban en esa dirección. Había

desaparecido y tenía toda la pinta de que no pensaba decirle dónde estaba.

Cerró los ojos y soltó el aire por la nariz. Tenía diecisiete años y se iba a mudar a Boston dentro de una semana. Prácticamente era un adulto. Sin embargo, en vez de afrontar el problema como tal, solo quería que su madre lo abrazara y que su padre le dijera que todo iba a salir bien.

Pues nada, a tomar por culo. Tendría que irse a Los Ángeles sí o sí.

—Me alegro mucho —le dijo su madre cuando la llamó para avisarle de que iba para allá—. Estaremos aquí por lo menos tres días más y ya me temía que no tendríamos tiempo para pasar unos días juntos antes de irte a Massachusetts.

—Solo tengo que ir a por la mochila. Llegaré a tiempo para el almuerzo. ¿Podemos comer en Gladstones? —El restaurante, situado en Malibú, era una atracción turística, pero le apetecía sentarse al lado del océano.

—¿Qué te parece si vas con tu padre y luego salimos los tres juntos, esta noche? Estaré ocupada hasta entonces. Los productores quieren hacer algunos cambios. —No parecía muy contenta, y Wyatt supuso que podía entenderla. A su madre le encantaba escribir, pero detestaba tener que hacer cambios para contentar a los sabelotodos de las productoras.

—Claro —respondió él, intentando transmitir que le daba igual—. Papá y yo nos entretendremos hablando de ti.

—Estupendo. Le sentará bien. Últimamente está de bajón y no me hace gracia estar tanto tiempo trabajando.

—Lo sabe, mamá. Pero lo entretendré. Lo sacaré a dar un paseo

o algo.

—Wyatt, eres un chico estupendo. Te quiero, cariño.

—Y yo a ti, mamá.

A continuación, llamó a su padre, pero no obtuvo respuesta. Le dejó un mensaje, a sabiendas de que nunca contestaba el teléfono si estaba leyendo u ocupado con la hoja de cálculo de algún cliente. Se marchó a casa, le dijo a su abuela que se iba a Los Ángeles un par de días y se subió al coche.

Se pasó todo el trayecto intentando no pensar y lo logró escuchando un CD tras otro. Cada vez que empezaba una canción sobre relaciones sentimentales, rupturas o corazones partidos, se la saltaba y pasaba a la siguiente.

Cuando por fin llegó a casa, situada en Beverly Hills, estaba de mejor humor.

Dejó el coche en el camino de acceso, nada más pasar la verja de entrada, y echó a andar hacia la puerta. Comparada con otras mansiones de Hollywood, la casa de su familia era relativamente pequeña, pero porque su madre prefería un hogar acogedor. Seguro que se debía al hecho de haber crecido en una mansión en la que había que moverse con mapa y brújula. Además, tampoco tenían servicio doméstico, aunque sí que contaban con la ayuda de un chef que los visitaba cuando se requerían sus servicios y la de un ama de llaves que iba todas las mañanas cuando había gente en casa.

Entró por la puerta de la cocina y vio la nota de Tilda en la encimera, en la que explicaba qué había hecho y la hora a la que llegaría al día siguiente.

—¡Hola, papá! Soy yo —gritó mientras introducía el código para desactivar la alarma e interrumpir así el pitido—. ¿Estás ocupado?

No obtuvo respuesta, pero a veces su padre se ponía los cascos mientras trabajaba, así que Wyatt salió de la cocina y atravesó el salón en dirección al despacho de paredes de madera oscura que Carlton reclamó nada más comprar la casa seis años antes.

La puerta estaba cerrada, algo raro, porque su padre la dejaba siempre abierta cuando estaba solo. Wyatt llamó dos veces, pero tampoco obtuvo respuesta, así que la abrió.

O lo intentó. Solo se movió medio centímetro antes de toparse con algo.

Irritado, Wyatt le dio un empujón. La puerta cedió y él perdió el equilibrio y entró dando traspiés en el despacho, al tiempo que se golpeaba la cabeza con algo.

Apoyó las manos en el suelo para frenar la caída y se volvió para ver con qué se había golpeado.

Con los pies de su padre.

Se levantó de un brinco y oyó su propio alarido reverberar en las paredes.

Se había golpeado la cabeza con los pies de su padre.

Carlton Royce se había ahorcado.

Su padre estaba muerto. Muerto de verdad.

Detrás de él, pegada a la puerta, vio una nota escrita con rotulador negro y letra grande: «Lo siento. Ya no puedo soportarlo más.»

Wyatt levanta la vista desde donde está ajustando la cámara, apoyada en el trípode. La tiene mirando hacia una esquina cubierta por una tela blanca e iluminada por focos de diferente intensidad.

La cortina del centro es larga y cae hasta el suelo, formando una alfombra de seda sobre la que se asienta una cama con cuatro postes, pulcramente hecha con sábanas rojas y por lo menos seis cuadrantes. Al lado de la cama hay una mesilla a juego, con dos copas medio llenas de vino y una botella.

Parece una habitación de hotel de lujo. La verdad, parece la típica habitación de luna de miel. Es un lugar creado para el romanticismo y el corazón me da un vuelco al mirar al hombre que hay detrás de la cámara.

—Has venido.

Trago saliva.

—¿Creías que no iba a venir?

—La verdad, Kelsey, no tenía ni idea de lo que ibas a hacer. No te conozco bien.

Lo dice sin inflexión en la voz, pero capto la rabia subyacente, de modo que me obligo a enderezar la espalda. Da igual lo que él piense. Al fin y al cabo, solo he venido por el trabajo. Cuanta más distancia haya entre nosotros, más fácil será marcharme cuando todo termine y me pague.

—En fin, tampoco me dejaste muchas alternativas. Necesito el dinero. Así que tengo que tragarme tus exigencias. —Imito su tono y mantengo la voz neutra. Pero soy incapaz de contener la forma en que miro la cama ni el ramalazo de excitación que me recorre al preguntarme qué piensa obligarme a hacer allí.

«Ya vale, Kels», me ordeno. «No vayas por ahí.»

Me meto las manos en los bolsillos y aprovecho para secarme las palmas.

—¿Ahí es donde me quieres? —Ladeo la cabeza y señalo la cama, con un tono de voz lo más relajado posible.

Respiro hondo dos veces antes de que él conteste y, cuando lo hace, me mira a los ojos y, sin apartar la vista en ningún momento, me dice:

—Sí. —Y ese monosílabo no podría contener más significado ni ser más peligroso.

Por un instante, me pierdo en el pasado, recordando una época en la que no había mal rollo entre nosotros. Solo anhelo y dulzura, charlas y deseo. Cuando todo era nuevo y estaba lleno de posibilidades. Cuando no nos habíamos hecho daño.

Antes de que yo hiriera a alguien por primera vez.

Tomo una profunda bocanada de aire para armarme de valor y echo a andar hacia la cama, pero me detengo cuando él levanta una mano.

—Todavía no.

Rodea el trípode y se dirige al extremo más alejado de la estancia tras indicarme que lo siga.

Está en modo profesional. Cualquier atisbo de pasión que hubiera

en su voz ha desaparecido, o tal vez haya sido fruto de mi imaginación.

—Tienes que comprender lo que estoy haciendo. Estas fotos no son para escandalizar ni tampoco tienen fines lascivos. —Mientras habla, va quitando las telas que cubren las fotografías colgadas de las paredes—. Quiero contar una historia y hacer una declaración al mismo tiempo.

—¿Qué clase de declaración?

—Quiero proclamar la fortaleza femenina. Su belleza y su sensualidad. Quiero dejar constancia de cómo se ve a las mujeres y de cómo se ven ellas mismas. Y... —añade al tiempo que descubre la última imagen y me mira a la cara— de la libertad y el poder que les otorga ser conscientes de ese atractivo sexual.

Me muerdo el labio inferior mientras miro las fotografías. No estoy muy segura de comprender a qué se refiere, pero sé que me gustan las fotos. No hay vergüenza en estas paredes. Esas mujeres no parecen tener miedo de estar siendo malas. De estar desobedeciendo las reglas.

Ninguna de ellas oculta el miedo secreto al castigo del universo por haber tenido la osadía de alardear de su sexualidad. Al mirarlas, hasta yo me lo creo.

Quiero creérmelo. Y casi siempre lo hago, de verdad. Pero luego me asaltan viejos temores. La voz de mi padre diciéndome que las chicas malas acaban recibiendo su merecido. Que ser mala lo destruye todo. Que es como una maldición. Sobre mí. Sobre mi familia. Sobre todos mis seres queridos.

Me doy la vuelta y parpadeo con rapidez, porque se me han llenado los ojos de lágrimas.

—¿Kelsey?

Me vuelvo hacia él y me obligo a sonreír, con la esperanza de que no se dé cuenta de lo que he estado pensando.

—Es maravilloso. De verdad. Estas imágenes... Ya te dije lo increíbles que eran las tres que vi el otro día. Ahora que he visto más, me impresionan todavía más. —Quiero que me trague la tierra. He parecido muy estirada. Pero no puedo hacer lo que quiero, que es acercarme a él, cogerle las manos y dejar que sienta lo que albergo en mi interior.

—He crecido rodeado de mujeres increíbles. Y algunas me han derretido el corazón con una mezcla de dulzura y sensualidad —añade al tiempo que se vuelve para mirarme—. Quiero celebrarlo. Pero con esta exposición busco algo más. Quiero que el público haga un recorrido completo. Porque hay mujeres que usan el sexo como arma. Y también quiero mostrarlo. Al final, todo se reduce al poder del atractivo y de la seducción. —Esboza una sonrisa—. Quiero seducir al público, Kelsey. Y para hacerlo bien, te necesito.

—No paras de repetir eso, pero bueno... —Me humedezco los labios y empiezo de nuevo—. ¿Cómo? —le pregunto, y luego hago una mueca al darme cuenta, nada más pronunciar la palabra, de que me da miedo que vaya a contestarme con detalles íntimos.

En cambio, Wyatt se comporta con absoluta profesionalidad mientras señala las fotos de las paredes.

—Todas estas imágenes son el prólogo. Una forma de que cualquiera que vea la exposición se familiarice con el tema. Pero tú eres la atracción principal. Una mujer, una serie de ocho fotografías diseñadas para explorar el tema central mientras sigo jugando con el concepto general de la exposición. Inocencia. Sensualidad.

Seducción. Erotismo. Desenfreno. Seguridad. Todo eso y mucho más.

Lo escucho hechizada por la pasión de su voz. Por la certeza de su visión. Lo oigo en Santa Bárbara, un montón de años atrás, diciéndome que va a ser fotógrafo, famoso por derecho propio, y no por su apellido. Y a juzgar por lo que he visto de las fotos y del hombre en sí, estoy segura de que este proyecto será un trampolín para su carrera.

—Por eso eres W. Royce —susurro, más para mí que para él.

—¿Cómo?

Meneo la cabeza.

—Nada. Creo que va a ser espectacular.

—Entonces, ¿lo entiendes?

Echo un vistazo por el estudio, mirando las fotos e imaginándome cómo se verán en una galería de verdad, colocadas en su sitio, con mis fotos al lado.

—Creo que sí —contesto—. Al menos, la idea. Pero no tengo muy claro qué tienes en mente para mis fotos.

Su sonrisa traviesa me recuerda al antiguo Wyatt y, cuando le aparecen los hoyuelos, el corazón me da un vuelco.

—No te preocupes —me asegura—. Ya lo sabrás.

Asiento con la cabeza mientras me esfuerzo por no aparentar nervios.

—Aunque habrá algo más que fotos —añade, como quitándole importancia—. Al menos, en tu caso.

Cruzo los brazos por delante del pecho y ladeo la cabeza.

—Ya lo sé. Me quieres en tu cama. No es precisamente una

buena conducta profesional, pero he tomado una decisión y aquí estoy, a tu merced.

Da un paso hacia mí, y luego otro, recorriéndome con la mirada mientras se acerca y haciendo que mi cuerpo reaccione de una forma que me resulta incitante y aterradora a la vez.

—Me gusta cómo suena eso —dice con su voz ronca, que me provoca un escalofrío—. Y tengo toda la intención de aprovecharme de nuestro acuerdo al máximo.

Trago saliva y a la vez siento que se me acumula el sudor en la nuca. Quiero retroceder y marcar cierta distancia, pero sé que está intentando ponerme nerviosa, y no quiero darle esa satisfacción.

—Vale —respondo—. Lo que tú digas. Y ahora explícame qué has querido decir con eso de que habrá algo más que fotos.

Titubea, como si intentara averiguar mi estado de ánimo. Luego extiende los brazos hacia delante para ayudarme a visualizar la idea.

—Imagínate un largo pasillo. Cuatro fotos a cada lado, todas tuyas.

—Vale —digo—. Pero ¿dónde están las demás? Me refiero a estas. —Señalo las fotos que ya nos rodean.

—En la sala anterior. Los visitantes deambulan por esa sala antes de entrar en el pasillo. Son el prólogo, ¿recuerdas? Lo que los pone a tono. Luego entran en el pasillo y te ven.

—Ven mis fotos. Pero has dicho que habrá algo más que fotos.

—Recorren el pasillo —continúa mientras hace lo que dice—. Y cuando llegan al final hay una cortina. Semitransparente. Con una iluminación íntima. Hay un escenario detrás. Y allí estarás tú. La

mujer de las fotos, en carne y hueso. Posando, provocativa, segura y serena.

—Eh... ¿Cómo? Pero creía que sería una exposición permanente en la galería. ¿Cómo se supone que...?

—Solo para la inauguración. De hecho, solo para parte de la inauguración. Luego puedes dejar el escenario y usaremos una proyección de vídeo.

Se vuelve para mirarme y me doy cuenta de que la cabeza le va a mil, llena de visiones acerca de cómo preparar la exposición.

—¿Qué te parece?

—Esto... —Meneo la cabeza mientras intento asimilarlo todo—. Creo que estoy un pelín abrumada.

Se echa a reír y luego asiente con la cabeza.

—Entiendo. Perdona. Es que llevo dos años respirando este proyecto. Me dejo llevar.

—Tranquilo. Me gusta. —Las palabras se me escapan antes de poder pensar siquiera, lo que nos sorprende a los dos. Me mira a los ojos, con los suyos entrecerrados.

—La exposición se llama «Una mujer en mente».

Sopeso sus palabras y sonrío.

—Eso también me gusta. —Levanto las manos para dibujar unas comillas en el aire—: «W. Royce presenta “Una mujer en mente”». ¿La idea nació por una mujer en concreto?

—Sí —contesta despacio, ligeramente sorprendido de que se lo haya preguntado.

—Ya me parecía. Has hablado de mujeres fuertes y sé que tienes una relación muy buena con tu abuela. Y bien sabe Dios que su

historia es increíble. No me imagino una mujer más segura de sí misma.

—No sabía que estuvieras al tanto de su vida. En aquel entonces, me dijiste que habías visto sus películas, pero...

Se interrumpe y me doy cuenta de que no hemos hablado de «aquel entonces» en absoluto.

—He estado leyendo acerca de la época dorada de Hollywood —le explico para rellenar el incómodo silencio—. Porque, a ver, vivo aquí y me encantan las pelis antiguas. —Deseo que me trague la tierra. No tenía intención de revelarle que había hecho un maratón de películas de su abuela y de todo el material de lectura que encontré sobre ella hacía doce años. Como si así pudiera recuperar a Wyatt, aunque solo fuera en sueños—. ¿Qué pasa?

—Nada. No pasa absolutamente nada. Y no. Es una fuente de inspiración, claro. Pero no es la mujer que tenía en mente.

Espero a que añada algo, pero no continúa. Y, por algún motivo, no quiero preguntarle. Creo que tal vez me asusta la respuesta.

—Bien —dice al cabo de un momento, y se frota las manos—. Supongo que deberíamos ponernos a trabajar.

—Son casi las dos de la madrugada —protesto—. ¿De verdad quieres empezar esta noche?

Señala la cama.

—Te veo ahí, tumbada y adormilada. Considéralo una actuación de método.

—¿Adormilada? —Levanto una ceja—. No parece muy sensual.

—Confía en mí —replica—. Y quítate la ropa.

Wyatt estuvo a punto de echarse a reír al ver la expresión de asombro en la cara de Kelsey, similar a la de un ciervo en la carretera sorprendido por los faros de un coche.

—Fotos eróticas, ¿recuerdas? ¿Creías que todo iba a ser lencería y encaje?

La vio hacer un mohín que le gustó más de la cuenta.

—Más o menos —respondió ella.

Wyatt no sabía si reírse de su inocencia o si tirar de ella para abrazarla y tranquilizarla.

Se decidió por un término medio y mantuvo los brazos firmes a ambos lados del cuerpo. Llevaba luchando contra el deseo de abrazarla y de tranquilizarla desde que la vio entrar por la puerta. Joder, estaba deseando retomar las antiguas costumbres y empezar a hablar con ella.

¿En resumen? La echaba de menos.

Pero lo que echaba de menos era una fantasía. La Kelsey que ella proyectó como parte de un juego adolescente. Una estafa sexual en toda regla.

Y aunque hubiera existido una ínfima parte de la Kelsey que él creyó conocer debajo de aquella fachada falsa, estaba seguro de que los años la habían endurecido. Una chica capaz de hacer lo que

hizo no podría conservar durante mucho tiempo la dulzura de la inocencia.

Él se había enamorado de una persona dulce, sensual y llena de entusiasmo. Pero esa persona nunca había existido de verdad. Era un espejismo.

Un espejismo que lo había torturado durante años y que en ese momento trataba de recrear con su cámara.

Ya estaba. Lo había admitido.

Kelsey no solo era una chica. Era «la chica». La que siempre había estado en lo más profundo de su mente. La que ni siquiera se había dado cuenta de que era su inspiración hasta que la vio entrar por la puerta. En definitiva, había sido su musa sin ser consciente de ello.

Y ahora que la tenía delante, tan guapa, tentadora y adulta, no podía evitar pensar si había sido un error conjurarla siquiera. Porque era una tentación demasiado grande y le estaba costando un huevo hacerse el duro.

—¿Lo dices en serio? —insistió ella—. ¿Vamos a empezar así? Tengo que quitarme los vaqueros, las bragas, la camisa y el sujetador y plantarme ahí desnuda delante de ti. ¿Sin calentar siquiera? ¿Sin familiarizarme con la cámara?

Wyatt estuvo a punto de decirle que sí, pero parecía tan irritada que se apiadó de ella. Señaló con un dedo una puerta situada en el extremo izquierdo de la estancia.

—Debería de haber un albornoz detrás de la puerta. Desnúdate allí, ponte el albornoz y vuelve. —Le echó un vistazo al reloj—. Tenemos que empezar ya.

Vislumbraba en su cara la batalla que se estaba librando en su

interior. O discutir o desnudarse. Y casi fue una decepción verla levantar la barbilla y caminar en silencio hacia el baño.

Esperó con impaciencia y después intentó adoptar una actitud profesional cuando la vio salir del cuarto de baño con el esponjoso albornoz blanco cuyo cinturón se había apretado tanto que era un milagro que pudiera respirar.

Ella levantó una ceja, una manera más que obvia de preguntarle qué hacía, y él señaló la cama a modo de respuesta. Kelsey echó a andar hacia ella y se subió. La cama era de cuatro postes, bastante alta, y se limitó a sentarse en el borde con los pies colgando como si fuera una niña, obviamente incómoda.

Con cualquier otra modelo, él se habría puesto a hablar. Para que se sintiera cómoda. Para intentar ayudarla a meterse en el papel.

Sabía que debería hacer eso con Kelsey. Al fin y al cabo, era la modelo que quería. Sin embargo, no le salía. Tal vez al día siguiente. En ese momento quería verla retorcerse. Una actitud despreciable, sí. Pero cuando dijo que quería castigarla hablaba en serio. Joder, llevaba años deseándolo. El deseo de castigarla era casi tan intenso como el deseo firme y básico de tenerla de nuevo entre sus brazos.

Sí, estaba pensando con la polla, no con la cabeza. Porque Kelsey Draper no era trigo limpio. Lo había aprendido por las malas y él no era de los que tropezaban dos veces con la misma piedra.

No tenía la menor intención de usar el trípode para hacer esas fotos. Sin embargo, ajustó la altura y el ángulo de todas formas para entretenerse con algo mientras se aclaraba las ideas. Porque, por más que detestara admitirlo, ella lo estaba volviendo loco. Algo tan simple como verla sentada con la espalda tan recta con una extraña

mezcla de temor y anticipación en la cara lo enloquecía. La miró y no supo si deseaba besarla, azotarla o ambas cosas.

Lo único que tenía claro era que quería respuestas.

Pero, al mismo tiempo, no quería reabrir heridas que habían sanado hacía tanto tiempo.

Aunque, claro estaba, ella las había abierto de nuevo con solo entrar por la puerta.

«Mierda.»

Cambió la lente y la cambió de nuevo antes de caer en la cuenta de que no podía seguir posponiéndolo. Apartó la cámara del trípode y se arrodilló delante de la cama para disparar una ráfaga mientras se movía.

—Seguramente no formarán parte de la exposición —dijo, por fin concentrado al verla a través del visor—, pero me gustan. Tienes un aspecto fresco. Inocente. —Se puso de pie—. Es un estudio de contrastes —añadió, y después ladeó la cabeza como si estuviera hablándole a la cámara y no a ella—. Ambos sabemos que no hay que fiarse de las apariencias.

Aunque tenía la cabeza gacha, se percató de que ella tensaba las manos y clavaba los dedos en el colchón. «Bien.» En algún momento tenían que hablar del tema que ambos estaban evitando. El engaño al que ella lo sometió. El juego brutal con el que lo engatusó. La mierda aquella del juego de Hollywood. Esa asquerosa fascinación por los famosos.

Esa fue la mentalidad que acabó con la vida de su padre. Y ella era un recuerdo viviente.

Claro que tampoco necesitaba un recordatorio. Joder, su propia vida se lo recordaba. ¿No era ese el quid de la cuestión? ¿El motivo

de que a esas alturas fuera Wyatt Royce y no Wyatt Segel? ¿Porque había querido demostrarle a su familia que era capaz de lograr lo que a su padre le había resultado imposible? ¿Que era uno de ellos aun sin contar con el apellido?

—¿Wyatt?

—Túmbate —le ordenó, y se alegró al ver que lo obedecía. Pero no acababa de gustarle el ángulo, así que se colocó la cámara al hombro y se acercó a la cama para mirarla de arriba abajo.

Mientras la observaba, ella respiró hondo, aunque acabó bostezando.

—¿Te aburres?

—Estoy cansada —le soltó—. A estas horas ya estoy acostada.

—Muy bien. Desperézate. Finge que estás a punto de acostarte para dormir.

Kelsey frunció el ceño, como si no estuviera segura de que hablaba en serio. Pero acabó obedeciéndolo. Se levantó y apartó las sábanas.

Estuvo a punto de detenerla, pero la repentina visión de su cuerpo desnudo envuelto con la sábana se lo impidió.

—Me gusta —dijo al tiempo que se inclinaba hacia delante para ayudarla a apartar más la sábana—. Pero necesito que te quites el albornoz.

Ella lo hizo, aunque se tapaba con la sábana en todo momento. Luego dejó caer el albornoz al suelo, al lado de la cama.

—Todavía sigues estando demasiado tapada.

La delgada sábana roja la cubría hasta la barbilla y la vio morderse el labio inferior y tensarse por completo cuando él le dio un tirón y dejó a la vista el cuello, después los hombros y por último

los pechos. Se permitió acariciarla con la yema de los dedos a medida que la destapaba y se dijo que solo lo hacía para volverla un poco loca. Al fin y al cabo, el tema de la sesión de fotos era la sensualidad y tenía que verse su excitación.

Todo eso era cierto, por supuesto, pero la verdad era que quería tocarla. Quería sentir su calor, quería sentirla estremecerse bajo sus dedos. Quería comprobar que respondía a sus caricias. Que lo deseaba.

—Bien —dijo cuando la vio morderse el labio con tanta fuerza que perdía el color y luego giraba la cara para no verle.

Kelsey se había puesto colorada y tenía los pezones duros. Él, muy despacio, bajó una mano para cubrirle un pecho y sintió que se le ponía dura al oírla jadear.

Le acarició el pezón con el pulgar y le hizo gracia verla cerrar los ojos. Sin embargo, el asunto dejó de ser gracioso cuando abrió los ojos y enfrentó su mirada, porque el deseo que vio en ellos estuvo a punto de aniquilarlo.

—¿Esto es un castigo? —le preguntó Kelsey, y sus palabras casi lo derretieron.

—Supongo que eso lo decides tú.

Ella se humedeció los labios y Wyatt sintió cómo se le aceleraba el pulso.

—Creía que solo ibas a hacerme fotos.

—Desde luego que lo tengo en la agenda. Pero antes necesito preparar a la modelo —le susurró al oído mientras extendía la otra mano y bajaba la sábana por una de sus piernas, momento que aprovechó para acariciar su piel suave, de manera que apenas hubiera nada cubriéndola.

Acto seguido, se apartó para examinar su creación... y tuvo que admitir que Kelsey era perfecta.

Estaba tumbada de costado, con la cabeza apoyada en un brazo doblado. El otro brazo lo tenía sobre la cintura, justo por encima de la cadera. Parte de la sábana arrugada le cubría dicha parte, lo justo para no exponerla por completo. Pero solo lo justo. Sí que se le veía el muslo de la pierna superior y la pantorrilla. Y le gustaba no saber si estaba depilada por completo o no, aunque estuviera completamente desnuda y de cara a él. Esa era la única zona del cuerpo que estaba tapada y eso añadía un toque más sensual a la composición.

—Justo así —le dijo mientras levantaba la cámara y se movía despacio tomando fotos desde diferentes ángulos y con distintas exposiciones—. Ahora aparta la sábana del todo y cúbrete con la mano. O, mejor dicho —se corrigió—, no te tapes. Separa las piernas y ponte las manos en el coño. Y cierra los ojos, Kelsey. Quiero verte excitada. Quiero capturarlo con la cámara.

Ya ni siquiera trataba de torturarla. No en ese momento. Era demasiado preciosa. Una mujer hecha y derecha, fuerte y sensual, y quería capturar esa imagen. Sabía que sería perfecta. Una mujer a solas explorando su cuerpo. Tenía que capturarla. Tenía que formar parte de la exposición.

Estaba tan seguro de la perfección de la imagen que tardó un rato en darse cuenta de que ella se había quedado paralizada. Contuvo un suspiro de frustración, consciente de que había ido demasiado rápido. Fuera lo que fuese lo que le había dicho de castigarla, no había sido en serio. No de verdad. No si eso significaba perder la foto que anhelaba.

—Lo siento —se disculpó, y vio cómo lo miraba a los ojos—. Me he pasado.

—¿No tengo que posar así?

—Ahora mismo no. Entiendo que es demasiado. Podemos trabajar poco a poco hasta conseguirlo. Mañana. O tal vez pasado mañana.

—Pero quieres esa foto.

—Joder, sí. Será magnífica. A ver, mira lo que tenemos ahora mismo, y solo es el primer día. —Se volvió hacia la pantalla situada en el extremo más alejado del estudio y después miró hacia atrás para asegurarse de que ella lo seguía.

Se quedó sin aliento al verla ponerse el albornoz de nuevo y acercarse a él a la carrera, colorada como un tomate.

—¿Ves? —dijo él cuando estuvieron delante de la pantalla.

Se apartó para que viera aquellas increíbles y sensuales imágenes que él había captado con la cámara.

Kelsey tomó aliento y después susurró con un hilo de voz:

—Lo siento mucho.

—¿Estás de broma? Estas fotos son increíbles. Y mañana haremos más. Tienes razón. Es tarde. —Se metió una mano en el bolsillo, inseguro de repente cual adolescente—. Siento mucho haberme comportado como un imbécil. —No estaba del todo arrepentido y seguía sin fiarse de ella, pero sí estaba seguro de que con ella delante de la cámara podría completar el proyecto y catapultarlo.

—Wyatt —dijo ella.

—Te resultará más sencillo según avancemos.

—¡Wyatt! —repitió ella—. Lo siento muchísimo.

Eso lo dejó helado.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Pensé que podría hacerlo. Pero estaba equivocada. Lo... Lo siento mucho. No me imaginé que sería así.

—¿Así cómo? —quiso saber él, pero ella se limitó a negar con la cabeza.

—Lo siento —repitió—. No puedo hacerlo.

Estoy a una manzana de distancia cuando empiezo a llorar, de modo que aparco y me quedo aferrada al volante mientras mi cuerpo se sacude por culpa de los violentos sollozos.

Fui una tonta al creer que podría hacerlo, que podría exponerme de esa forma. Que podría ser tan libre y tan abierta con cualquier hombre, y encima con Wyatt. Un hombre que siempre ha derrumbado mis defensas.

Un hombre que antes me adoraba, pero a quien ya no le importo nada.

Menos que nada, de hecho. Me odia, ¿por qué no iba a hacerlo? Al fin y al cabo, fui yo quien se fue. Fui yo quien se marchó sin mirar atrás. Y aunque he fantaseado con la idea de que vendría a buscarme y me rescataría, siempre he sabido que era un deseo que nunca se haría realidad.

En primer lugar, ¿por qué iba a intentarlo después de lo que hice?

Y en segundo lugar, ¿cómo podría haberme encontrado siquiera?

Sé que éramos unos críos, pero eso no cambia el hecho de que le hice daño, de la misma manera que no cambia el hecho de que lo quise. Porque lo quería.

Pero el amor no supone diferencia alguna. Metí la pata hasta el fondo y lo destruí todo.

Creía que podría soportar lo que iba a pasar esta noche. Que el

hecho de necesitar el dinero me daría fuerzas para que todo saliera bien. Pero nada ha salido bien. Porque, cuando me tocó, todo volvió a mi cabeza. El enamoramiento. El deseo. La necesidad.

He sentido deseo.

Pero, más que eso, en aquel momento quería que él también me deseara. Tal vez sea tímida. Tal vez sea rara. Pero en aquel momento no tenía miedo. Estaba excitada.

Apenas me tocó, pero ansiaba muchísimo más. Sus manos sobre mí. Sus ardientes labios contra mi piel.

Con cada minúsculo movimiento de la sábana, fantaseaba con la idea de que eran sus manos las que se movían sobre mí, no solo para preparar la foto, sino por su propio placer. Y por el mío.

Es un hombre que no puedo tener, un hombre que me desprecia con motivo, pero es un hombre con quien me habría acostado de buena gana esta noche antes de escabullirme de madrugada, odiándome.

Me ha tentado a propósito, claro. Pero no porque sienta algo por mí. Ya me lo dejó claro, ¿no? Este es mi castigo y a la hora de ejecutarlo ha sido todo un experto.

O tal vez no.

Porque, en vez de ser algo que padecer, la noche ha acabado convirtiéndose en algo que atesorar. Sí, he tenido miedo. Pero también estaba excitada. No solo por cómo me tocaba, sino porque yo me estaba rebelando. Estaba saliendo de mi cascarón. Estaba soltándome el pelo de un modo que hacía años que no me permitía. Mejor dicho, que nunca me he permitido, salvo aquella única vez hace doce años.

Me estaba gustando. Me parecía atrevido. Como si fuera una

mariposa saliendo de su crisálida.

Pero cuando él me llevó junto a la pantalla y vi las fotos, la realidad de lo que estaba haciendo me golpeó. Era como hacía doce años. Una mala decisión. Una decisión peligrosa.

Y cuando miré la pantalla y vi esa imagen tan despampanante y llena de vida de una mujer segura de sí misma y sensual con mi cara y mi cuerpo, solo oí la voz de mi padre en la cabeza: «He hecho lo imposible contigo y de todas formas has acabado siendo una puta. Como tu madre. Y te pasará lo mismo que a ella. Sigue comportándote así y ya verás lo que te pasa».

No podía hacerlo.

Me odio por haberlo dejado tirado, por habernos dejado tirados también a Griffin y a mí, pero no puedo hacerlo.

Y sé, sin lugar a dudas, que mi padre se equivocaba. Que las cosas no son así. Que las cosas malas que hago no acaban pasándoles factura a los demás. Que la aventura de mi madre no fue el motivo de que su amante y ella murieran en un accidente de coche.

Lo sé.

Incluso sé que posar para las fotos de Wyatt no me convierte en mala, ni en perversa ni en ninguna de las cosas que mi padre me gritaría.

Sé que no es así, lo sé de verdad.

Pero saberlo y creerlo no siempre son lo mismo. Y quizá a veces es mejor no recorrer ese camino.

Además, nunca he tenido buen juicio en lo referente a Wyatt. Es como un huracán que aparece en mi ordenada vida.

Demasiado estrés. Demasiado caos.

Estoy mejor sin él. Y todavía puedo encontrar otra manera de conseguir el dinero.

El dinero...

Doy un respingo al pensar en Griffin. Tengo que verlo. Al menos debería decirle que voy a vender el Mustang. Salvo que intentará convencerme de que no lo haga, así que a lo mejor es preferible no decírselo. Se lo diré después de venderlo, porque al menos así ya estará hecho.

Me seco las lágrimas y arranco de nuevo el coche. Ahora que tengo a Griffin en la cabeza, quiero estar cerca de él, así que, en vez de volver a casa, conduzco hasta su apartamento en Silver Lake. Sé que me estoy comportando como una tonta, pero la verdad es que no quiero estar sola.

Dado que seguro que ya estará durmiendo, entro sin hacer ruido y dejo el bolso en la mesita auxiliar. Al igual que mi piso, es pequeño. Tiene la distribución básica, con una sala de estar que se une con el comedor, que a su vez da paso a un pasillo con un pequeño cuarto de baño al final. El dormitorio de Griffin está a un lado del pasillo, una habitación casi cuadrada con un armario minúsculo, y hay otro dormitorio exactamente igual al otro lado del pasillo, que Griffin usa como estudio de grabación.

La cocina está frente a la zona de estar y allí que voy para coger una de las latas de café frío a las que mi hermano es adicto. Estoy a punto de abrirla cuando me doy cuenta de lo tonto que sería hacerlo. Con Wyatt en la cabeza, ya me va a costar lo mío dormirme. Si le sumo cafeína al asunto, me tiraré toda la noche comiendo techo.

Vale.

Pues alcohol.

No me gusta beber. La única vez que bebí burbon fue cuando metí la pata hasta el fondo. Razón por la que renegué del licor fuerte cuando tenía quince años, antes incluso de poder beberlo legalmente.

Ahora mi bebida oficial es el vino blanco y estoy segura de que hay una botella en el frigorífico, porque Griff siempre tiene una botella para mí.

Abro el frigorífico y parpadeo por el contraste entre la luz brillante del interior y la habitación oscura. Entrecierro los ojos mientras examino el contenido y no solo encuentro una botella de un buen chardonnay, sino que también veo una caja de *cupcakes* de Love Bites, mi pastelería preferida. Es raro, ya que está en mitad de Beverly Hills. Supongo que Griff habrá tenido una reunión. Normalmente huye de Beverly Hills como de la peste y, cuando va, se da un homenaje. Y me lo da a mí también.

Debato conmigo misma y concluyo que a Griffin no le va a importar, así que cojo un *cupcake* con cobertura amarilla y flores de azúcar.

—Ladrona de *cupcakes*.

Grito cuando se enciende la luz de la cocina y me doy la vuelta para mirar a mi hermano. Lleva unos pantalones de deporte grises medio caídos hasta las caderas y una camiseta con cuello alto. Tiene el pelo muy negro y lo lleva largo desde hace años, y ahora le cae alrededor de la cara al «estilo roquero sexy», como me gusta llamarlo a mí, o sea, peinado hacia un lado, de modo que le oculta casi todo el lado derecho de la cara y acentúa el verde intenso de su ojo derecho.

Al mirarlo, casi me creo que nunca le he arruinado la vida.

—Tierra llamando a Kels.

Meneo la cabeza al darme cuenta de que me he quedado plantada delante del frigorífico abierto, mirándolo como una idiota.

—Lo siento. Es tarde. Se me ha ido la pinza. —Hago una mueca —. No quería despertarte.

—No lo has hecho —me asegura, aunque bosteza—. Estaba editando. He perdido la noción del tiempo.

Bosteza de nuevo, como para remarcar sus palabras, antes de frotarse la cara con las manos y pasárselas por el pelo. Por un segundo, los mechones de pelo negro se apartan de su cara, descubriendo lo que habían ocultado parcialmente. Claro que nunca está oculto del todo, ni siquiera con el pelo suelto. Porque ¿cómo va a ocultar algo tan sencillo como el pelo las terribles cicatrices que le desfiguran el lado derecho de la cara y lo que le queda de la oreja?

Han pasado doce años, pero la culpa me sigue carcomiendo. Y aunque ya estoy acostumbrada a las cicatrices, no creo que lo haya visto una sola vez quitarse la camiseta o apartarse el pelo de la cara sin ponerme a suplicar en silencio que el universo me asegure que todo ha sido una pesadilla.

—Creía que ibas a venir mañana después de tu clase de baile.

Me sacudo, literalmente, para quitarme de encima la dichosa melancolía mientras él me mira a la cara.

—Oye, ¿vas a decirme por qué has venido? ¿O tengo que empezar a adivinarlo?

Sostengo en alto las pruebas del robo.

—*Cupcakes* y vino. ¿Por qué si no?

—¿No te han dado el trabajo?

Frunzo el ceño. Se me ha olvidado que le dije que estaba en un casting. La conversación que mantuvimos en el X-tasy parece que fue hace un millón de años.

—Ay, mierda —dice y se me acerca, y aunque espero que me abrace, coge la caja de los *cupcakes*—. Tráete el vino —me ordena—. Creo que vamos a necesitarlo más que los dulces.

Me echo a reír y lo obedezco. Luego nos sentamos a la destartalada mesa de formica que compramos en el mercadillo que ponen los domingos al lado del estadio Rose Bowl. Cojo servilletas de papel en vez de platos, pero me sirvo el vino en una copa de cristal para mí y en un vaso de tubo para él. Nada elegante, porque los dos vivimos en casas amuebladas con Ikea, pero me niego a beber vino en un vaso de papel.

—Lo siento mucho, de verdad —me dice una vez que estamos sentados mientras rebaña un poco de cobertura con el dedo—. Sé que eras la mejor bailarina de toda la sala.

—Lo era —reconozco; soy modesta con muchas cosas, pero no con el baile.

—¿Y por qué no te han dado el trabajo?

Me encojo de hombros.

—Técnicamente, era mío. Pero lo volví a perder.

Se echa hacia atrás en la silla, con un poco de cobertura de chocolate en la comisura de los labios.

—¿Te importa explicarme cómo se come eso?

—A veces no solo depende del baile.

—¿Qué pasa? ¿Los productores tenían una especie de agenda oculta?

—Podría decirse que sí.

Se lame el chocolate antes de inclinarse hacia delante.

—Vale, desembucha. ¿Qué no me estás contando?

—Seguramente muchas cosas —admito—. No te he contado lo del sarpullido que me salió la semana pasada..., que ya se me ha ido, por cierto. Y nunca te he contado que el señor Kingman tuvo una aventura con una mujer que siempre se ofrece voluntaria para trabajar en la biblioteca.

—¿El subdirector de tu colegio?

—Ajá. —Ya estamos en verano, así que es un cotilleo antiguo. Me quedan dos meses antes de tener que volver a pensar en ser maestra de educación infantil otra vez.

—Unos cotilleos muy jugosos, pero no me dicen lo que quiero saber de verdad.

—Lo sé. —Esbozo una sonrisa deslumbrante—. ¿Quieres que grabemos la escena esa por la que me llamaste o es demasiado tarde?

—No vas a contarme nada más de lo del trabajo, ¿verdad?

—Pues no.

—¿No tienes que dar una clase de baile a las ocho? ¿Eres capaz de dar saltos por el estudio con menos de cinco horas de sueño?

—Primero, no tengo que dar saltos por el estudio. Era una clase para peques de tres años. Y segundo, la cancelaron. Así que ahora tengo los viernes por la mañana para mí solita.

—¿La han cancelado? ¿Sin más?

Hago una mueca.

—Bienvenido a mi emocionante y a la par precario mundo. Sí, sin más. Pero no pasa nada. Ya he echado el currículo en varias

academias de baile. Hay muchos niños ahí fuera. Y más madres aún que quieren que bailen.

—Tienes que presentarte a un casting para un espectáculo.

Suspiro y me aparto de la mesa. Hemos hablado del tema un millón de veces y ya me cansa.

—La escena. Venga, vamos.

—Vale. —Él también se aparta de la mesa y se levanta—. Pero sabes que tengo razón. Deberías pasarte los veranos bailando profesionalmente, no dándoles clase a niños. Y ya que estamos, deberías bailar profesionalmente todo el año.

—Lo sé, Griff. Y cuando algún cazatalentos majete me saque del anonimato, lo haré. Mientras tanto, me da que tener trabajo estable es una buena idea. Así que vamos a hacer eso, ¿quieres? Porque todavía tengo que almorzar con Nia y luego dar las clases de claqué a niños de entre siete y nueve años y luego la clase de baile al final. Creo que me gustaría dormir un poquito.

—Te quedas aquí a dormir —me dice—. Yo duermo en el sofá.

—Me quedo aquí a dormir —admito—. Pero no voy a echarte de tu cama.

—Vale.

—¿En serio? —Nunca se rinde tan fácilmente.

—Ya discutiremos el tema después de arreglar la escena. Vamos.

El dormitorio de invitados está a rebosar con varios ordenadores y diferente equipo de sonido. Sin embargo, no hay cama. Me siento a la mesa improvisada, que es en realidad una puerta vieja sobre dos caballetes. Claro que sirve para su propósito, ya que nos da espacio suficiente para sentarnos lo bastante cerca como para interactuar

entre los dos y a la vez estamos lo bastante separados para que los micrófonos no se acoplen ni capten el diálogo del otro.

Griff se encarga de todos los ajustes y comprueba el sonido y yo me enfrento a esa familiar sensación de tener un millar de mariposas revoloteándome en el estómago.

Es muy raro que me ponga tan nerviosa. Nunca lo hago cuando bailo, a menos que mi padre me esté mirando. Pero tanto él como Tessa, mi madrastra, llevan viviendo en Atlanta casi diez años, así que ya no tengo que preocuparme por eso.

Pero ¿grabar estos pódcast? Me pongo nerviosa siempre.

—Pareces a punto de vomitar —dice Griffin al tiempo que me da una botella de agua—. Pero no te veo tan mal como la última vez. Creo que dentro de otros diez años o así estarás tan cómoda en el estudio como en un escenario.

—Capullo —le digo con cariño—. Actuar con la voz tiene algo que me pone de los nervios. La verdad, no sé por qué lo haces.

Nada más pronunciar la frase, contengo un respingo. Lo hace porque cree que no tiene más remedio. Le cuesta mucho salir a la calle por las cicatrices, sobre todo las de la cara. Por supuesto, asegura que le encanta el trabajo, pero a veces me pregunto si no le encantaría otra cosa. Si no acabó abocado a esta profesión por mi cabeza de chorlito.

—¿Cuándo lo vas a publicar? —le pregunto en un intento por cambiar de tema.

—Espero que dentro de unos dos meses más o menos.

—¿Tanto tiempo? Si ya tienes por lo menos doce episodios grabados.

—Quiero hacerlo bien. Eso quiere decir que necesito tener la

primera temporada entera editada y preparada para publicarla. Si es un fracaso, no quiero dejar a mis cuatro seguidores tirados porque el proyecto ya no me entusiasme porque solo lo oyen cuatro gatos.

Pongo los ojos en blanco.

—No será un fracaso. Va a ser un éxito total.

—Gracias, Nostradamus. Y gracias de nuevo, porque, si tienes razón y es un éxito, será en parte gracias a ti.

—En fin, ya me conoces. Soy una musa andante para los artistas del planeta. —Sonrío, pero la verdad es que estoy pensando en Wyatt. En un largo atardecer, de hace mucho tiempo, cuando me sacó una foto bajo la copa de un enorme roble y me juró que era su musa.

—Al menos tú tienes la parte fácil —replica Griffin con sorna—. Ser la musa es muchísimo más fácil que hacer el trabajo.

—¡Oye! —protesto por costumbre, pero tiene razón.

Hace años empecé a contarle historias inventadas para dormir. Se me ocurrió un niño con cicatrices que vivía a la sombra de una ciudad imaginaria y que creció para convertirse en un detective que trabajaba en las sombras para luchar por los inocentes.

Cierto que no era muy original, pero solo era una cría que intentaba distraer a su hermano mientras estaba en el hospital. Yo esbozaba la escena y él se inventaba casi toda la historia, aunque yo tomaba el relevo cuando los medicamentos lo dejaban medio grogui.

Al cabo de poco tiempo, nos pasábamos el día contando historias, dejando que las aventuras del detective nos entretuvieran cuando la tarde se nos hacía cuesta arriba por culpa de la pésima programación de la tele.

Por supuesto, ahora Griffin ha cogido mi idea original y la ha desarrollado. Sus guiones son increíbles y Edmundo, que es el héroe, nombrado así en homenaje a *El conde de Montecristo*, es brillante, terco, atormentado y honrado.

Griff ha escrito al menos cinco episodios más desde mi última grabación y repaso la guía que usa en su historia para ver qué ha pasado.

—¡Ja! Sabía que el detective Wilson no era trigo limpio.

—Sí, eres muy lista. ¿Preparada?

Bebo un sorbo de vino antes de asentir con la cabeza y él enciende el micrófono.

No me doy cuenta cuando grabamos, pero mi hermano tiene una voz increíble. Ronca, melódica y sexy. Y ese es otro de los motivos por los que creo que el pódcast tiene posibilidades de convertirse en un bombazo.

—Todavía tienes que escoger un título para el pódcast —le digo cuando terminamos de grabar la primera escena y él está haciendo algo en la mesa de mezclas.

—Lo tengo en la lista, créeme. Pero es una lista muy larga.

—Tienes que organizarte mejor.

Me he pasado la vida asegurándome de que todo está preparado con siglos de antelación, hasta el mínimo detalle. Pero Griffin se deja llevar sin más. A veces le tengo envidia. La mayoría del tiempo solo me saca de mis casillas.

—¿Preparada para la última parte? —me pregunta antes de empezar a grabar y darme el pie cuando asiento con la cabeza.

Me sumerjo en las palabras y me entrego al máximo, aunque no es difícil, porque la historia es buenísima. Y este episodio en

concreto me encanta, porque interpreto a una detective que le está dando quebraderos de cabeza a Edmundo, y, aunque quiero a mi hermano, es un papel que me sale solo.

Cuando por fin terminamos y cierra los micros, aplaudo.

—No sé cómo lo haces. Creo que cada episodio supera al anterior.

—Supongo que exudo talento —suelta, y pongo los ojos en blanco. No porque sea una exageración, sino porque es verdad. Y cada vez que lo pienso, me entristezco un poco. Porque en Hollywood solo importa el aspecto y me temo muchísimo que el talento no baste por sí solo.

—¿Algún trabajo nuevo? —le pregunto.

—Estoy grabando un audiolibro, es divertido. Y puedo trabajar desde aquí, un plus. Y vamos a empezar a grabar las pistas para la película la semana que viene. Eso va a ser la leche. No muy lucrativo, pero no se puede tener todo en la vida.

Acaban de seleccionarlo para una película independiente en la que le pondrá la voz adulta al niño protagonista. No es mucho dinero, pero conseguirá mucha publicidad.

—Recibí mi cheque tras la firma —añade—. Que me ha venido muy bien. He pagado las dos últimas facturas de la terapia.

—Odio que tengas que trabajar para solo pagar facturas —digo, pero omito que ojalá pudiera pagar yo todas las facturas de la fisioterapia que necesita.

Se encoge de hombros.

—Así es Estados Unidos.

Frunzo el ceño. No me gusta hablar de sus cicatrices, ni de los daños a nivel nervioso ni de todos los problemas médicos que

acarrean. Ojalá tuviera una varita mágica para hacerlo desaparecer todo, pero la única varita que tengo es el ensayo clínico y acabo de darle la espalda al dinero que iba a pagarlo.

—Por cierto, me han llamado para la primera cita del protocolo Devinger —dice en referencia al mismo ensayo clínico en el que yo estaba pensando—. Eres la mejor hermana del mundo, lo sabes, ¿verdad?

Se me forma un nudo en el estómago, como me pasa siempre que hablamos de su tratamiento.

—Venga ya.

—De verdad. —Se arrodilla delante de mí, que sigo sentada, y me coge la barbilla con los dedos—. Eres increíble por haber conseguido que me acepten en el ensayo clínico.

Me encojo de hombros y ladeo la cabeza para librarme de sus dedos. Ya he pagado los primeros cinco mil dólares, algo que me ha dejado la cuenta del banco tiritando. Era el pago para conseguir entrar en el ensayo y cubrir las primeras pruebas y diagnósticos. Los quince mil que todavía tengo que reunir cubren el ensayo completo hasta la primera fase, todos los medicamentos, las citas y los tratamientos. Y si los resultados cumplen las expectativas, lo invitarán a la fase dos de forma gratuita, y entonces cabrá esperar mejoras más drásticas.

—Sigo sin creermelo que puedas permitirte —dice.

—No es tan caro —miento—. Lo más difícil ha sido rellenar todo el papeleo. —Eso no era mentira. Fue una pesadilla conseguir todas las firmas que necesitaba para que los informes estuvieran bien y poder presentarlos—. Además, ya te lo he dicho: empecé a ahorrar para ti cuando tenías doce años. —Tampoco era mentira. Lo que no

sabe es que, dado que yo era menor de edad, mi padre estaba en la cuenta. Y la vació el año que yo empecé en la universidad.

—En fin, creo que eres una diosa. Responsable y excesivamente organizada, aunque para bien, pero diosa, al fin y al cabo.

—TOC Draper —replico con el apodo que Nia me ha puesto.

—Dale un abrazo de mi parte cuando la veas mañana.

—Lo haré.

Cuando estaba en la universidad, hubo un momento en el que llegué a pensar que mi hermano y mi mejor amiga acabarían juntos. Pero me desafiaron al convertirse en buenos amigos. Aunque seguramente sea lo mejor, porque así no se me complicarían las cosas en el hipotético caso de que cortaran.

De todas formas, me inquieta. Sobre todo porque Griffin nunca sale con nadie. Pero cuando se lo digo, siempre me echa mis propias palabras en cara.

—Motivos distintos —le replico siempre.

—Chorradas —me suelta—. No me gusta cómo me miran las mujeres. A ti directamente es que no te gusta que te miren. Diferentes caras de la misma moneda. Al menos tú puedes echarle la culpa a papá y a su retorcida visión de la moralidad o del karma o de la mierda de filosofía acerca del infierno con la que os tenía atadas en corto a mamá y a ti. Yo solo puedo echarle la culpa al espejo y a mi ego.

«Y a mí», pienso. «Puedes echarme la culpa a mí.»

Pero nunca lo hace.

Claro que ya me culpo yo por los dos.

Doce años antes

Kelsey golpeó con la goma del lápiz la libretilla del teléfono de la cocina. Había escrito la dirección a la carrera porque Wyatt le había dicho que lo hiciera, pero sabía que no podía ir a la fiesta. ¿Cómo iba a hacerlo cuando sus padres le habían dicho que tenía que cuidar a Griffin?

Algo que era ridículo, la verdad, porque llevaba cuidándolo desde que ella tenía once años y su hermano, nueve. A esas alturas, con doce años, ¡casi trece!, era lo bastante mayor como para cuidarse solo. Así que ¿por qué tenía que seguir haciéndole de canguro?

Era injusto.

—Luego veremos una peli, ¿verdad? —gritó Griff mientras bajaba la escalera dando saltos.

—Supongo.

Se detuvo delante de ella derrapando. La casa tenía el suelo de madera y una de las cosas que más le gustaba hacer cuando no estaban sus padres era deslizarse por él en calcetines.

—¿Qué te pasa?

—Nada. —Se obligó a sonreír. Después arrancó la hoja en la que había escrito la dirección y se la guardó en el bolsillo de los vaqueros—. Estaba intentando recordar si tenemos palomitas.

Él puso los ojos en blanco.

—¿En serio?

—Basta ya, Griff.

Su hermano abrió los ojos como platos.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Es que... Nada. —Se obligó a sonreír de nuevo—. Si no hay palomitas mientras vemos la película, ¿qué vamos a comer?

—Bueno, no sirve para la película, pero, la última vez que mamá y papá salieron, dijimos que íbamos a tostar nubes en el brasero del jardín.

—Sí, pero esta noche no.

Lo único que quería era ver una de las películas de acción tan tontas que le gustaban a su hermano para poder clavar la vista en la pantalla sin enterarse de nada o quedarse dormida directamente. Cualquiera de las dos opciones le serviría para dejar de pensar que estaba atrapada en esa casa, lejos de Wyatt, y que nunca participaba en la vida real haciendo lo que de verdad le apetecía hacer.

—Pero ¿qué te pasa esta noche? —exigió saber Griffin.

—Que ya basta —le soltó ella—. He dicho que nada. Así que déjalo. ¿Quieres palomitas o no?

—Pero qué bicho te ha picado.

Lo miró con el ceño fruncido para ponerse lo más seria posible y él levantó las manos en señal de rendición.

—¡Lo siento! Pero, a ver, Kels. Nunca quieres hacer cosas divertidas.

Esa fue la gota que colmó el vaso. Ella siempre quería hacer cosas divertidas. Pero no se lo permitían.

—¿Sabes qué? Puedes ver la película que quieras, ¿vale? Yo voy

a salir un rato.

—¿Vas a dejarme solo?

—Madre mía, Griffin. No necesitas niñera. Te faltan pocos meses para cumplir los trece. Pero mamá y papá creen que todavía eres un niño y a mí no me dejan salir.

—No soy un niño.

—Pues eso es lo que te estoy diciendo. Voy a salir. ¿Me guardarás el secreto?

—¿Y la película? ¿Y las nubes tostadas?

—Puedes ver la película sin mí. Ya tostaremos nubes otro día. De todas formas, hoy no tenemos galletas ni chocolate para acompañar las nubes tostadas, así que tampoco íbamos a prepararlas de todas maneras.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo será otro día?

—Pues otro día.

Él la miró con cara de mala leche.

—Se lo diré a mamá y a papá.

—No.

Griffin se vino abajo y la fanfarronada llegó a su fin.

—No les diré nada. Ya sabes que no soy ningún chivato. Pero de verdad que me apetece tostar nubes.

—¿Qué te parece si compro las galletas y el chocolate mañana? Las guardaremos en la despensa para la próxima vez que mamá y papá salgan.

—A saber cuándo se repite eso —refunfuñó él.

—Vamos, Griff, por favor.

—Bueno, vale. Por cierto, ¿adónde vas?

—A una fiesta. Me han invitado.

—¡Oooh! —Empezó a lanzar besos al aire—. ¿Cómo se llama el chico?

—Wyatt, y cierra el pico.

—Wyatt, dame un besito. Mua.

Kelsey sintió que le ardían las mejillas.

—Mira que eres tonto, de verdad.

Griffin sonrió, dejando a la vista sus dientes perfectos, ya que solo hacía dos semanas que le habían quitado la ortodoncia.

—Lo siento. No he podido evitarlo. Vete. Seré bueno.

Ella titubeó, porque, ahora que todo parecía ir bien y que se enfrentaba a la realidad de salir, empezaba a tener dudas.

—¿Qué? —le preguntó su hermano mientras echaba a andar hacia el frigorífico, lo abría y le echaba un vistazo al interior, dejando escapar todo el aire frío.

Ella se acercó y cerró la puerta.

—A lo mejor no debería salir.

—Venga ya. Que no soy un bebé. Tú misma lo has dicho. Y volverás antes que mamá y papá, ¿verdad?

—Pues sí. Si no, se enterarían de que he salido.

—Entonces ¿cuál es el problema?

—Tienes razón. —Eso era algo que no solía decir. Quería mucho a su hermano, pero era un trasto—. Vale, pero una cosa. —Anotó un número en la libreta, arrancó la página y se la dio a Griffin.

—¿Quieres que lo memorice y luego me la coma?

Ella puso los ojos en blanco.

—No sé el número de teléfono de la casa donde se celebra la

fiesta. Ese es el móvil de Wyatt. —Ojalá tuviera un móvil, pero sus padres pensaban que era demasiado caro para dárselo a una adolescente.

—¿Viene él a recogerte?

—Voy andando. Está aquí al lado. —Unos meses más y podría sacarse el carnet de conducir, pero esa noche le tocaba ir a patita.

Corrió escaleras arriba para ponerse un vestido y unas sandalias y después bajó a la carrera, se despidió de Griffin y se fue. Llevaba caminando unas manzanas cuando cayó en la cuenta de que se le había olvidado sacar la hoja con la dirección del bolsillo de los vaqueros, pero daba igual. Sabía dónde vivía Patrick. Había acompañado a su padre en una ocasión cuando fue a hablar con el de Patrick sobre la posibilidad de hacer unos trabajos de paisajismo a algunos particulares.

Mientras andaba, dejó que su mente divagara. O, más concretamente, dejó que la cabeza se le llenara de fantasías. Imaginó que Wyatt la besaba de nuevo. Que por fin encontraban un sitio tranquilo donde poder acurrucarse a su lado y dejarse llevar por esos maravillosos besos... e incluso algo más.

Aunque en el fondo no quería nada más.

O a lo mejor sí. Wyatt la había besado en la parte trasera del coche cuando regresaban de la representación de *El lago de los cisnes*, y en aquel momento sí que deseó algo más. La verdad, la palabra «beso» no describía exactamente lo que hicieron. Más bien se lo montaron.

Sí, se lo montaron. Se mordió la yema de un pulgar mientras lo recordaba, contenta de que todavía le quedaran unas manzanas

más por delante, porque de esa manera no estaría tan colorada cuando llegara a la fiesta.

Al principio se sintió avergonzada aquella noche, pero después Wyatt pulsó un botón para elevar un cristal opaco y ocultar al chófer. Y ella supuso que el hombre tampoco podía verlos a ellos.

Estuvo a punto de preguntárselo a Wyatt, para estar segura, pero en aquel momento empezó a besarla y entonces ella se dio cuenta de que le daba igual, sobre todo cuando se la sentó en el regazo y la abrazó. En aquel momento fue cuando dejó de pensar en todo lo demás y solo le importó lo bien que se sentía pegada a su cuerpo, las cosas tan maravillosas que le hacían sus manos y lo mucho que le gustaban sus besos.

El deseo le corrió por las venas aquella noche. Le atronó los oídos. El corazón parecía que se le iba a salir del pecho. Lo sintió entre los muslos.

Se sintió perdida. Aturdida. Y, al mismo tiempo, no se sintió perdida en absoluto, porque estaba con Wyatt. Y solo lo necesitaba a él.

En aquel momento, solo sabía que quería más.

Apretó el paso, ansiosa por llegar a la fiesta... y encontrarlo.

Por supuesto, cuando llegó estaba hecha un manojo de nervios. De ahí que, al pasar por la cocina, aceptara el vaso que alguien le puso en la mano y que contenía un líquido dorado que procedió a apurar de un trago, aunque luego le ardió la garganta por lo fuerte que era.

Eso sí, le gustó la sensación que le provocó. Se sintió un poco achispada. Un poco más segura de sí misma. Así que, cuando el chico le preguntó si quería otro, le dijo que sí. Se le había subido a

la cabeza, pero le daba valor. Y envalentonada gracias al licor, se adentró en la casa para buscar al chico que quería ver.

No tardó mucho en encontrarlo. Kelsey estaba al lado de una tele plana gigantesca cuando algo en su interior pareció despertar y supo que él la estaba mirando. Echó un vistazo a su alrededor y comprobó que estaba en lo cierto. Bebió otro sorbo de alcohol, y al final se lo acabó de un trago para que le diera buena suerte, y atravesó la estancia para saludarlo con un beso. Un beso lento, apasionado y largo.

Todo sucedió muy rápido, pero él la llevó a una habitación con una cama. Y aunque estaba aterrada, nada más sentarse en aquel colchón, supo que lo quería todo. Cualquier cosa que él quisiera darle la aceptaría como si fuera una limosna.

No se le había ocurrido que Wyatt empezara con un regalo, pero, al abrir el estuche y ver el precioso brazalete de plata con el símbolo de infinito, creyó que el corazón iba a estallarle. Que no podía albergar más sentimientos en su interior.

Aunque más tarde, cuando estuvo entre sus brazos, descubrió lo equivocada que estaba. Había sitio para más. Para mucho más.

Y cuando le dijo que la quería se lo creyó por completo. Además, descubrió que lo correspondía.

Wyatt quería más que unos simples besos, eso lo tenía claro. Pero la verdad era que ella también quería más.

Aunque no debería quererlo. Eso también lo sabía. Tenía que decirle que no y marcharse. O más bien salir por patas. Y correr a su casa antes de cometer una estupidez.

Necesitaba rescatarse a sí misma, porque su padre no estaba presente y ella estaba a punto de hacer algo que no debería hacer.

Algo prohibido.

Algo que deseaba muchísimo.

Se puso de pie y, por un momento, se sintió dividida entre quedarse o salir corriendo. Pero después miró a Wyatt y todos sus miedos se evaporaron. Wyatt. ¿Cómo iba a huir de él?

No supo cómo reunió el valor, pero se decidió. Y una vez que lo tuvo claro y que lo miró, ahí sentado en la cama, ya no hubo más dudas. Por supuesto que iba a quedarse. ¿Cómo no iba a hacerlo si era suya?

Se desabrochó el vestido con manos temblorosas y se sintió algo más atrevida al ver la forma en la que él la miraba.

Y después Wyatt la acarició y todo pareció desvanecerse a su alrededor. El roce de sus manos. Las caricias. Sus palabras dulces. Quería que duraran eternamente... y, al mismo tiempo, quería más.

Estaba asustada, sí. Pero también lo deseaba. Y el deseo aumentaba a medida que él la tocaba, hasta que no le cupo la menor duda de que era el momento, de que su primera vez sería con Wyatt.

Le dolió, aunque ya se lo esperaba. Pero él fue delicado y cuidadoso y el dolor desapareció muy rápido. Y después empezó a gustarle. No tuvo un orgasmo, pero había leído del tema en los libros y sabía que eso era normal. Y también descubrió que no importaba. Porque se sintió fenomenal pese a no haberlo experimentado. El simple hecho de estar con Wyatt era increíble.

Es más, tan increíble que lo hicieron de nuevo.

Abrazó con fuerza la almohada y soltó un suspiro mientras Wyatt le acariciaba el pelo. La hacía sentirse muy especial. Como si fuera

una princesa. Como si fuera lo más maravilloso que él había visto en la vida.

Estuvieron un rato mirándose en silencio. Un rato tan largo que, al final, ella se echó a reír. Y eso hizo que él también se riera.

—Deberíamos levantarnos y volver a la fiesta —dijo Wyatt.

—¿Tenemos que hacerlo? —La fiesta le daba igual. Lo único que quería era seguir acurrucada a su lado.

Él dejó de sonreír mientras reflexionaba al respecto.

—La verdad es que no. Este es el dormitorio donde voy a pasar la noche. Podemos quedarnos todo el tiempo que quieras.

—¿De verdad? —Según el reloj de la mesilla, eran las nueve de la noche. Sus padres habían ido a Los Ángeles y no regresarían hasta después de las doce—. Me parece estupendo.

—¿Ah, sí? —Wyatt sonrió—. ¿Y qué vamos a hacer?

Ella besó de nuevo y Kelsey pensó que acabaría estallando en llamas. Cuando él se apartó, ella rodó hasta quedar boca arriba en la cama, clavó la vista en el techo y exclamó:

—¡Ostras!

—Lo único malo de quedarnos en la habitación es que solo tenemos agua para beber —dijo al tiempo que señalaba hacia el cuarto de baño—. ¿Tienes sed? Puedo ir a por algo para beber.

—Eres mi héroe. —Kelsey se sentó y se cubrió el pecho con la sábana—. Ahora mismo me bebería unos cuantos litros de lo que fuera.

—Lo que quieras. —Wyatt se levantó y se puso la ropa.

Seguramente era de mala educación mirarlo, pero no lo pudo evitar, porque era perfecto. Y parecía que ella le gustaba realmente. ¡Ella! La verdad, era la perfección absoluta.

—Vuelvo enseguida —dijo él, y le guiñó un ojo antes de cerrar la puerta.

Kelsey se apoyó de nuevo en los cuadrantes y se tapó la cara con uno de ellos para poder gritar de alegría sin que nadie la oyera.

La puerta se abrió en ese momento y ella apartó el almohadón, sorprendida por su rápida vuelta.

Pero no era Wyatt. Era su padre.

Kelsey se incorporó de golpe, aferrando la sábana con fuerza y deslizándose hacia atrás hasta que se topó con la pared y ya no pudo retroceder más.

Su padre estaba en la puerta y sostenía en una mano el papel en el que había escrito la dirección. Tenía los ojos fuera de las órbitas y la cara roja de ira.

—Eres una puta. —No gritó. No levantó la voz en absoluto. Y, de algún modo, eso hizo que pareciera aún peor—. Ponte la ropa y sal. Ahora mismo.

—Papá...

—Cierra esa boca tan sucia que tienes y sube al coche. Tu hermano está en el hospital. Y tú tienes la culpa.

«Tú tienes la culpa.»

Solo lo dijo una vez, pero Kelsey no paró de oírlo mientras se vestía. Mientras atravesaba la casa a la carrera con la cara bañada por las lágrimas. Mientras se sentaba en la parte posterior del coche y su padre aceleraba para llegar lo antes posible al ala de quemados del hospital de Los Ángeles en el que su hermano estaba ingresado después de que lo hubieran trasladado en helicóptero desde Santa Bárbara.

Lo miró con las manos apoyadas en el cristal y lo vio dormido por

los sedantes, con el cuerpo destrozado y la piel quemada por completo en algunos puntos. Ni siquiera pudo entrar en la habitación. No pudo decirle que lo sentía mucho. No se permitían visitas. No con las quemaduras de cuarto grado que tenía en la espalda y en parte de la cara. No con el riesgo de infección.

Hora tras hora, día tras día, lo observó a través del cristal y deseó no haber salido aquella noche de casa. No haber contestado la llamada de Wyatt.

Porque su padre tenía razón. Había hecho algo muy malo y era su hermano pequeño quien estaba sufriendo el castigo.

Lo tenía clarísimo. En lo más profundo de su ser, sabía que era cierto.

Y, sobre todo, sabía que jamás se perdonaría.

Se largó? —preguntó Lyle—. ¿En mitad de la sesión de fotos? —
Miró a Wyatt de reojo mientras jadeaba.

—Básicamente.

Llevaban corriendo por la playa casi treinta minutos y a primera hora de la mañana el aire resultaba estimulante. En ese momento, en cambio, Wyatt empezaba a perder fuelle. Había pasado despierto toda la noche y la falta de sueño lo lastraba.

Eso y el hecho de que estaba preocupado por el proyecto. Siobhan lo había llamado esa mañana para decirle que Roger Jensen, un crítico de arte y entretenimiento que escribía una columna en el *Pacific Shore Examiner*, una revista local que mezclaba cotilleos con noticias legítimas, la estaba acosando para que le enviara una imagen en primicia de la exposición.

—Le he dicho que no, pero tal vez deberías pensártelo. Su columna en el blog del periódico se vuelve viral cada dos por tres. Y la publicidad extra vendría bien.

—Ni de coña —le contestó—. Nada de imágenes en primicia. Ya conoces mis reglas.

—Sí, pero mi trabajo consiste en comentarte estas cosas. También consiste en ver cómo vas —añadió, y luego le pidió que le contara cómo iba su búsqueda de la chica perfecta.

Wyatt sopesó la idea de darle largas, pero Siobhan era su amiga y

estaba tan involucrada como él en el proyecto.

—La he encontrado —admitió—. Y luego la he perdido.

—Vaya, qué pena —replicó Siobhan.

Cuando Wyatt le dio la razón a semejante conclusión, ella sugirió que Cass podría ser la chica.

—Cass es despampanante —convino Wyatt—. Pero no es la chica.

—Como he dicho, con la exposición a la vuelta de la esquina, no puedes ponerte tiquismiquis con la chica. Cualquiera bastará. Guapa. Sexy. Fotogénica. Y que no se dé el piro.

—Es posible —reconoció a sabiendas de que se estaba quedando sin opciones. Pero también a sabiendas de que Cass era su última opción. Y de que Kelsey era la primera.

Y no había opciones entre medias.

Lyle había estado corriendo unos pasos por delante, pero en ese momento bajó el ritmo para esperarlo.

—Creía que habías dicho que la chica esta necesitaba el dinero. ¿Por qué se ha largado sin más?

—Cabe la minúscula posibilidad de que haya tenido que ver con el hecho de que me comporté como un completo imbécil.

—¿Tú? —Lyle se volvió y empezó a correr de espaldas para mirar a Wyatt a la cara—. Me dejas de piedra.

—Que te den. Y como te caigas de culo, que sepas que voy a sacarte una foto y a subirla a Instagram.

Lyle le hizo una peineta y se dio la vuelta.

—Si te pregunto en qué sentido fuiste un completo imbécil, ¿me tirarás arena a la cara?

—Vamos a dejarlo en que le puse las cosas difíciles. Estaba

convencido de que tenía segundas intenciones. O que intentaba jugar a algo conmigo. O que se había pensado que el trabajo le daría una llave mágica que le abriría las puertas de Hollywood.

—¿En serio? ¿Creías que estaba jugando contigo por ser quien eres?

—No te sorprendas tanto. Sé que a ti también te pasan esas cosas —replicó—. Y creo que más que a mí. El nieto desvinculado de Hollywood no es tan interesante como una estrella de cine real.

Lyle hizo una mueca.

—Sí, últimamente tengo un gran repertorio de compañía femenina entre el que elegir. Más de la que me gustaría, joder.

—Venga ya... —dijo Wyatt con sorna.

Después de varios años actuando en una comedia de televisión de éxito, la estrella Lyle Tarpin se había transformado en una supernova tras protagonizar dos películas que se convirtieron en éxitos de taquilla. Ese era uno de los motivos por los que estaban corriendo: Lyle acababa de firmar para una conocida franquicia de películas de acción y el director lo quería en plena forma.

«Vivo a base de col rizada y huevos duros. Y la gente se cree que Hollywood es todo glamour», se había quejado Lyle hacía unos días.

—¿Alguien especial entre las opciones? —le preguntó Wyatt.

—Ni de coña. Además, ¿desde cuándo nos conocemos? ¿Dos años? Ya sabes que no salgo con nadie.

—¿Ni siquiera con Rip? —le preguntó Wyatt, en referencia a su antiguo compañero de reparto en la serie.

—¿En serio? Por favor... Tú mejor que nadie deberías saber que no hay que hacerles caso a los rumores —protestó Lyle—. Además,

no soy gay. Y, aunque lo fuera, ese tío sería el último al que me tiraría.

—Me parece bien. —Wyatt recordaba los rumores de cuando la serie estaba en el candelero y los coprotagonistas se tiraban los trastos a la cabeza—. Pero ten cuidado. Toda esa atención femenina que has estado recibiendo va a ir a más. Vas lanzado, amigo mío.

Wyatt no tenía ni idea de por qué le daba ese consejo a Lyle. Bien sabía Dios que él no tenía mucha idea de mujeres. No tenía la costumbre de echarlas a patadas de la cama, pero tampoco había salido con nadie en especial desde... En fin, desde nunca. Al menos no como adulto. Y la única mujer que le llamaba la atención era la misma en la que no solo no confiaba, sino a quien había conseguido espantar.

No era una trayectoria de la que sentirse orgulloso, la verdad.

—Estoy bien —le aseguró Lyle—. Solo que ahora mismo estoy concentrado en el trabajo.

Parecía la mar de razonable, pero Wyatt no podía quitarse de encima la sensación de que su amigo le ocultaba algo.

—Sigues sin contestarme —continuó Lyle antes de que Wyatt pudiera insistir en el tema—. ¿Por qué creías que esa chica..., Kelsey, creo que has dicho que se llama..., tenía segundas intenciones?

—¿Me preguntas por ahora o por lo que sucedió hace doce años? Espera, mejor espera un momento —añadió al tiempo que se detenía y se agachaba para apoyar las manos en las rodillas.

Lyle no llegó a pararse, pero al menos se quedó junto a él, corriendo sin moverse del sitio.

Wyatt admiraba su resistencia.

—Empecemos por hace doce años —sugirió Lyle.

Wyatt le contó lo que le había oído decir a Grace. Una conversación que era capaz de recitar con todos sus sórdidos detalles, sin dejarse ni uno.

—Vale, entiendo por qué te cabreaste. Yo también lo habría hecho. Pero era una cría. ¿De verdad creíste que estaba haciendo lo mismo ahora? No me refiero a lo de follar contigo para conseguir puntos, claro. Sino a follar contigo para conseguir trabajo o un empujón en su carrera o cualquier otra gilipollez del estilo. A ver, ¿en qué sentido iba a ayudarla estar contigo o relacionarse con tu familia? Has dicho que es... ¿el qué? ¿Maestra de educación infantil?

—Y bailarina —añadió Wyatt.

—Aun así. Recuerda que tu familia se dedica al cine, ¿no? No es que tengan una compañía de baile.

—Muy gracioso. Pero mi madre está trabajando en la adaptación esa. Ya sabes, la del musical que ganó el Tony el año pasado. A lo mejor creía que, al trabajar conmigo, podría recomendarla.

—No lo veo claro.

—Puede que no esté claro, pero los actores y los bailarines sin trabajo harían lo que fuera. Cosas del negocio. Mi padre lo tenía clarísimo. —Miró a Lyle—. Y tú también lo tendrás claro.

—Seguro —convino Lyle—. Pero eso no quiere decir que todo el mundo tenga segundas intenciones. Y, oye, colega, en cuanto a tu padre...

—¿Qué? —Le salió con más brusquedad de la que pretendía.

Nunca le había hablado a nadie de la muerte de su padre ni de lo que él le había dicho. A nadie, hasta que conoció a Lyle.

Una noche salieron a tomarse algo y Lyle le contó algunas cosas de su vida en Iowa, antes de mudarse a Los Ángeles a los dieciséis. No mucho, pero lo suficiente para que Wyatt se diera cuenta de que su amigo también lo había pasado mal. Y cuando Lyle se quejó aquella noche de que el noventa por ciento de la gente que conocía en la ciudad solo se preocupaba de lo que la fama podía conseguirle, Wyatt compartió su triste historia.

Pensó que se arrepentiría después, pero no fue así. Tenía un puñado de buenos amigos y se alegraba de que Lyle estuviera entre ellos.

Sin embargo, eso no quería decir que quisiera hablar del tema en ese momento. Un hecho del que, sin duda, Lyle se dio cuenta, dado que bajó un poco los hombros.

—Es que sé que es duro. Me refiero a lo de perder a alguien. — Se le quebró la voz por la emoción—. Y quieres honrar a su persona, sobre todo si los querías. Pero eso no quiere decir que la muerte les dé la razón en algunas cosas.

—¿Te importa hablar sin rodeos? Porque ahora mismo estás diciendo chorradas.

—Quiero decir que solo porque tu padre dijera que tu familia no lo valoraba y que no le importaba a nadie a menos que fuera a través de tu familia no significa que fuera verdad. Y aunque lo fuera no significa que sea verdad en tu caso. —Lyle se secó el sudor de la nuca con la toalla y dejó de correr. Luego la dejó caer al suelo y se sentó sobre ella—. Ni en el de Kelsey.

Wyatt tardó un segundo, pero luego se sentó. No replicó, se limitó

a mirar el océano mientras pensaba en Kelsey, una mujer a la que no debería desear, pero a quien no conseguía sacarse de la cabeza.

La verdad era que nunca había querido creer que solo le interesaban sus contactos con Hollywood. Joder, desde luego que no lo creyó aquel verano, no durante el tiempo que salieron en secreto. Pero eso no quería decir que no tuviera frescas las palabras de su padre en la cabeza. Y cuando encontró su cuerpo el mismo día que oyó a Grace escupir su veneno...

En fin, se cabreó.

Se cabreó y tal vez también se comportó como un idiota.

Echó la cabeza hacia atrás y clavó la vista en el azulísimo cielo azul de California mientras recordaba lo que Kelsey le había dicho el otro día: «Cuando me marché, ni siquiera hiciste el intento de ir a buscarme».

Lo había sorprendido con esa acusación. Porque, si de verdad había estado jugando con él, ¿cómo era posible que le hubiera hecho daño?

Y la verdad era que Kelsey no estaba en lo cierto. Porque unas semanas más tarde, después de haberse instalado en Boston y haberse tranquilizado, una vez celebrado el funeral de su padre, intentó buscarla. Lo intentó, pero no lo consiguió.

En primer lugar, se puso en contacto con su colegio. Pero Kelsey se había mudado y la secretaria no sabía adónde o no estaba dispuesta a decírselo.

Tampoco tuvo suerte al rastrear a su padre. Patrick consiguió averiguar adónde se había marchado Leonard Draper después de trabajar en el club, pero cuando Wyatt intentó hablar con él en el nuevo trabajo, descubrió que el hombre no se había presentado.

Lo que lo llevó a pensar que tal vez estaba pasando algo gordo. Un asunto familiar. Una emergencia. Algo.

Pero luego las palabras de Grace volvieron para atormentarlo. Porque, si hubiera habido una emergencia, ¿no lo habría llamado Kelsey aunque fuera para contárselo? Pero no lo hizo. Salió corriendo de la fiesta y nunca echó la vista atrás.

Al principio temió haberla presionado demasiado. Pero luego, después de oír a Grace, creyó que Kelsey se la había jugado. Y esa dolorosa conclusión se le clavó en las entrañas, donde creció durante doce largos años.

«He sido un capullo integral.»

Le había hecho caso a Grace en vez de a su corazón. Porque él había visto a Kelsey. La conocía, por dentro y por fuera.

Y sabía perfectamente que solo buscaba la atención de los focos cuando bailaba.

Así que ¿por qué había hecho caso a unos rumores en vez de a su corazón? ¿O a su cabeza?

Porque era un adolescente inseguro.

¿Y en qué lo convertía eso en ese momento? ¿En un hombre inseguro?

Suspiró antes de mirar a Lyle otra vez.

—Me desquicia. Siempre lo ha hecho. Y cuando entró en mi estudio, una parte de mí quiso echarla, mientras que otra parte de mí solo quería besarla hasta dejarla sin aliento. —Cogió un puñado de arena, que dejó escapar entre los dedos—. Hace doce años se me metió bajo la piel y ahí se ha quedado.

—¿Porque te cabreó? ¿O porque te hizo daño?

Wyatt ladeó la cabeza.

—¿Qué más da?

—Si es porque te cabreó, no deja de ser un enfado, y puedes enfadarte con cualquiera. Si alguien se te cruza cuando intentas girar a la izquierda, no te cabreas con él, ¿verdad? —Abrió el botellín de agua que llevaba y bebió un buen trago—. Pero si es porque te hizo daño... En fin, si alguien no te importa, no te puede hacer daño.

—Entonces por las dos cosas —contestó.

Y tal vez ese fuera el problema. Llevaba mucho tiempo cabreado con ella. Pero también le había hecho daño. Le había hecho tanto daño que le dejó una herida en el corazón.

Y desde que Kelsey volvió a su vida, se sentía en la cuerda floja. Quería castigarla por el pasado. Y también por el presente. Porque lo estaba desquiciando.

Pero al mismo tiempo la necesitaba para la exposición.

Joder, seguro que era por eso por lo que había salido corriendo de su estudio.

—Necesito que vuelva —dijo sin inflexión en la voz, antes de volverse para mirar a su amigo—. No confío en ella, no del todo, pero la necesito.

—Pues recupérala. Sigue necesitando el dinero, ¿no?

—Que yo sepa, sí.

Lyle asintió con la cabeza.

—Eso que tienes a tu favor. ¿La has llamado?

—Tres veces. No me ha devuelto las llamadas.

— ¿Y si vas a su trabajo? Te dejó un currículo, ¿no?

—Pues no, la verdad. Solo una foto de la cara y el número de

teléfono. Pero sé que da clases de educación infantil y también en una academia de baile.

Lyleladeó la cabeza.

—¿Cómo lo sabes?

—La vi en el Beverly Center hace unos años y me puse a indagar. A mi amigo Ryan se le da bien encontrar información. Dio con ella en una escuela de primaria. Pero, como era verano, solo estaba abierta la secretaría. Se negaron a darme su dirección, pero me dijeron que daba clases de baile en verano a los niños más pequeños y también me dieron el nombre de la academia.

— ¿Y?

—Y fui, pero ya no trabajaba allí. No sabían adónde había ido.

—Así que recurriste otra vez a Ryan —supuso Lyle.

—La verdad es que me di por vencido. Ella fue la que volvió a Los Ángeles. Sabía cómo encontrarme. Pero no lo hizo. Así que decidí que tenía que olvidarme del tema.

—Claro —dijo Lyle—. ¿Y qué tal lo llevas?

Wyatt frunció el ceño y Lyle se echó a reír.

—Bueno, no te preocupes. Es una ciudad pequeña. Y Evelyn irá a la fiesta esta noche —añadió, refiriéndose a su agente—. Entre tu abuela y ella se conocen a todos los del mundillo. No te preocupes. Alguien la convencerá de que no te dé largas.

Wyatt soltó una carcajada amarga.

—Sí, pero eso es solo la mitad del trabajo. Una vez que lo consigamos, tengo que convencerla de que vuelva.

Era una pena que no tuviera ni idea de cómo lograrlo.

Entiendo por qué lo has dejado tirado —dice Nia mientras pincha con el tenedor un poco de ensalada Cobb sin aguacate, sin queso, sin huevo, sin beicon y sin salsa—. Pero ¿eres consciente de que también has dejado tirados quince mil pavos?

—Dieciséis mil —la corrijo, y tuerzo el gesto—. Wyatt se ofreció a pagarme lo que habría ganado en el club de estriptis, pero le dije que no quería su dinero.

La veo mirarme con cara de superioridad, esa mirada que solo puede echarle una mujer con el rostro tan perfecto como el suyo.

—¿Te has dejado el sentido común entre los cojines del sofá? ¿Qué te pasa?

—Que me pone de los nervios —admito, porque en realidad no hay otra explicación—. Siempre lo ha hecho.

Nia extiende un brazo por encima de la mesa y pincha tres de mis patatas fritas con su tenedor.

—¡Oye! —protesto—. Si tienes hambre, intenta comerte una ensalada que lleve un poco de comida de verdad.

—Tengo una sesión en biquini dentro de nada. Estoy a dieta.

Miro las patatas con gesto elocuente.

—No estoy haciendo trampa. Es mi ingesta de carbohidratos diaria.

Sopeso la idea de decirle que a lo mejor deberíamos buscar entre

los cojines de su sofá, no del mío, pero decido que no merece la pena. En cambio, me llevo cuatro patatas fritas a la boca, solo para asegurarme de que las pruebo antes de que ella decida seguir comiéndoselas.

—Todavía no me puedo creer que W. Royce sea tu Wyatt.

—No es mi Wyatt —la corrijo y dibujo unas comillas con los dedos al pronunciar el posesivo—. Y yo tampoco podía creérmelo.

—No entiendo por qué has salido corriendo. A ver, venga ya, Kels. Lo hiciste de muerte en un club de estriptis. ¡En un club de estriptis! Así que supongo que estás lista para pasar a mayores.

Mojo otra patata frita en el ketchup.

—Es posible. Pero no sé si estoy lista para Wyatt. Él...

—¿Qué?

¿Cómo se lo explico? Esa certeza de que, en cuanto abra la puerta de Wyatt, la atravesaré como un ciclón. Sé que Nia dirá que eso es bueno, pero no lo es. A mí me asusta. Y las caricias de sus manos me gustaron un poco más de la cuenta.

Ese hombre es demasiado peligroso. Ya me rompió el corazón una vez. No sé si sobreviviré a una segunda experiencia.

—¿Kelsey?

—Es que me asusta —respondo, y espero a que me eche el sermón. Pero no dice nada. En cambio, me mira en silencio con cierta tristeza y se lleva a la boca otro poco de su patética ensalada—. Y ese no es el único motivo —me apresuro a añadir, porque de repente tengo la impresión de que protegerme el corazón es un motivo ridículo que debo justificar—. Vale que estamos en plenas vacaciones escolares, pero tengo un trabajo. Soy maestra de educación infantil, así que te recuerdo que no puedo posar así.

Como se enteren en el colegio, me quedaré sin trabajo en un abrir y cerrar de ojos.

Trabajo en un colegio público en una zona muy conservadora. Y, aunque no lo fuera, no estaría bien visto que aparecieran fotos eróticas de una maestra de educación infantil. Aunque no me echaran del trabajo, los padres me harían la vida imposible.

La cara de Nia me dice que entiende esta razón.

—¿De verdad eran tan escandalosas?

—Ni te lo imaginas —le contesto con sequedad, y ella levanta las cejas con interés.

—Pues ya está todo dicho. Participes o no en la exposición, iremos a la inauguración.

—¡Nia!

—Solo intento alegrar el ambiente. —Aparta la ensalada a medio comer y se inclina hacia delante—. A lo mejor deberías hacerlo. Sigo diciendo que te iría bien.

—No —digo con rotundidad—. No me iría nada bien.

No le digo que yo misma pensaba así anoche mientras daba vueltas de un lado para otro en la cama de Griff, que insistió en que durmiera allí pese a mis protestas. Me decía que jamás podría posar de ese modo, mucho menos delante de Wyatt. Después me dije que eso era precisamente lo que más deseaba hacer en la vida. Sentir durante algo más que unos minutos lo que había sentido cuando me tocó.

En otras palabras, estoy hecha un lío y eso que ni siquiera lo tengo delante.

—¿Has pensado que puedes verlo aunque no poses para él?

—¿Te refieres a salir con él? —La idea me provoca una sensación

cálida la mar de agradable—. No podría.

La mirada de Nia se posa en mi muñeca.

—Qué bonito el brazalete —dice sin apartar la mirada del brazalete de plata con el símbolo de infinito—. No creo habértelo visto antes.

—Ah. —Siento que me arden las mejillas y estoy segurísima de que Nia lo sabe todo—. Hace tiempo que lo tengo.

—Ajá.

Oculto el brazo debajo de la mesa y uso la otra mano para coger el vaso de té helado. Me he pasado por casa para cambiarme de ropa después de salir de la de Griffin. Pero no sé en qué estaría pensando para sacar el brazalete de la caja de recuerdos que guardo en el estante superior del armario, y mucho menos sé por qué se me ha ocurrido ponérmelo hoy.

Claro que a lo mejor sí que lo sé. Porque el brazalete es el recordatorio de lo que deseo... y de lo que no puedo tener.

Los ojos de Nia abandonan el brazalete y se clavan en los míos.

—¿Te importaría repetirme por qué no puedes salir con él?

—Joder, Nia —le suelto, y ella se ríe.

—Huy, esa lengua, Kelsey.

Me apoyo en el respaldo del asiento.

—Me estás tocando la fibra sensible.

—Qué pena que no te toquen otra cosa. —La miro con cara de mala leche, pero paso de su expresión de superioridad y de su vocecilla cantarina—. Vamos, digo yo.

—Vale —le suelto—. Tú ganas. No voy a salir con él por muchos motivos. Uno de ellos, y no el más insignificante, es que no está

interesado en mí. Todavía me guarda rencor. Lo único que quiere es castigarme. Él mismo lo ha reconocido.

—Venga ya. ¿Dice que quiere castigarte y al cabo del rato te pone a cien? No. Hazme caso. Te desea. Está cabreado contigo, lo entiendo. Pero te desea.

—Bueno, pues no puede ser por el segundo motivo: no es bueno para mí.

—De eso tampoco estoy yo muy convencida —replica Nia—. Hoy estás hecha un desastre, no lo niego. Pero en cierto modo también estás resplandeciente.

—Eso no es verdad.

Sin embargo, no protesto mucho porque en parte sé que lleva razón. Sí, lo dejé plantado. Pero lo hice más que nada por las emociones que me provoca. Porque me ilumina desde dentro. Porque con él me siento viva.

Y sí, tal vez me quede todavía un poco de ese brillo.

Pero ese no es el problema.

—Estar con él no es bueno para mí —repito con más firmeza—. Y tampoco es bueno para otras personas.

La veo soltar el aire y agachar los hombros al mismo tiempo, y a continuación extiende un brazo para cogerme una mano.

—Cariño, lo que le pasó a Griffin no fue culpa tuya.

—Sí —replico mientras me libero de su mano—. Claro que lo fue.

—Vale. Lo que tú digas. No pienso discutir más sobre ese tema. Si tú crees que fue culpa tuya, pues vale. Evita a Wyatt. Pero no huyas de la vida. Estás demasiado tensa, amiga mía. Y sabes que tu padre es un capullo. Sé que lo sabes porque hemos hablado del tema. Necesitas soltarte un poco el pelo. Porque, como no lo hagas,

acabarás asfixiándote y muriéndote por dentro. Andarás y hablarás, pero solo serás un cascarón hueco de Kelsey. Sabes que tengo razón, aunque no lo admitas en voz alta.

Parpadeo varias veces porque, de repente, se me han llenado los ojos de lágrimas. Tiene razón, pero no sé si eso importa.

—Estoy asustada —susurro, y Nia se relaja un poco mientras me mira con compasión.

—Lo sé —me asegura, y esta vez dejo que me coja la mano cuando extiende el brazo—. Pero te prometo que siempre estaré a tu lado. Siempre.

Las palabras de Nia quedan suspendidas como si fueran una horrible profecía cuando llego a la academia de baile y saludo a mis minialumnas.

Las miro con sus maillots rosas y esos bonitos lazos que llevan en el pelo y no puedo evitar desear que sus padres las protejan. Que nadie tenga que decirles jamás que se están escondiendo de la vida y que, como no tengan cuidado, acabarán asfixiadas.

Quiero que estas niñas sepan que pueden bailar cuando crezcan, que pueden salir con chicos, que pueden hacer lo que quieran, sin oír constantemente la voz de un progenitor traumatizado que les haga pensar que deben ser alguien que en realidad no son.

Lo más difícil de todo es que lo entiendo. De verdad que sé que mi padre es el culpable del cascarón que Nia ve a mi alrededor. Y sí, yo también lo veo. Pero los cascarones son duros por definición y yo llevo años intentando sin éxito romper el mío y salir.

Me sacudo la melancolía de encima y doy unas palmadas.

—Muy bien, niñas. Todo el mundo delante del espejo para calentar.

Todas echan a correr, algunas con agilidad y otras con torpeza. No creo que ni una sola de estas niñas acabe en un escenario cuando crezca, pero lo que quiero de ellas no solo es que desarrollen el amor por la danza, sino que se sientan cómodas en su cuerpo. Que se den cuenta de que solo es un cascarón, aunque espero que no sea tan sofocante como el que ha descrito Nia. Y que sepan que deben cuidarlo aunque usen el baile para escapar de él. Porque ningún bailarín se queda siempre en su interior. Ese es el quid del asunto. Elevarse con la música. Perseguir tu alma. Usar el cuerpo como acompañante en ese trayecto.

—¿Señorita Draper, podemos saltar? —me pregunta Amanda después del calentamiento.

Las otras niñas empiezan a dar brincos y corean:

—¡Por favor, por favor!

Aunque tengo la clase del día planeada, accedo. De manera que las coloco en fila, les recuerdo lo que tienen que hacer y espero a que corran hacia mí de una en una, hagan acopio de valor y salten, confiando en que yo voy a levantarlas, de la misma manera que Johnny levantó a Baby en *Dirty Dancing*, uno de mis musicales preferidos.

Hacemos tres rondas de saltos y después ensayamos para la actuación a la que asistirán los padres, que está programada para dentro de un mes. Y así acabamos. El tiempo se ha pasado realmente volando.

Acepto sus abrazos y les prometo que nos veremos en la siguiente clase. Cuando se van, cierro la puerta y, por primera vez

desde hace días, puedo relajarme por completo, porque no tengo otra clase hasta que llegue la hora de baile, y hasta entonces nadie más usará el estudio.

Me acerco al altavoz inalámbrico, pongo música en el móvil y empiezo a bailar. A veces repito una rutina o pruebo una nueva coreografía. Pero hoy no. Hoy solo quiero perderme. La música me atrapa y yo me dejo llevar, disfrutando de la libertad de la melodía. Del poder que me invade. Y no solo de la fuerza que siento en las extremidades, sino de las emociones que fluyen del manantial de mi interior.

Es como si flotara. Como si la gravedad no existiera. Es maravilloso, emocionante y embriagador.

Me dejo llevar por completo y eso es algo que no hago en la vida real. Pero aquí, con la música, siempre soy yo.

Es el único lugar donde me siento yo misma.

Pero mientras me dejo caer al suelo cuando la música acaba, viva pero sin aliento, comprendo que eso no es del todo cierto.

Hace doce años me sentí así entre los brazos de Wyatt.

Anoche volví a sentirme igual.

Y no estoy segura de poseer la fuerza suficiente para mantenerme alejada del único hombre con el que de verdad me siento viva.

Griff! —grito al tiempo que me aferro con una mano a la puerta y con la otra al salpicadero—. Si morimos antes de llegar a la fiesta, te mato. Y como le hagas un arañazo a *Blue*, te desheredo.

—Tranquila —me ordena—. Solo estoy haciendo lo que tú nunca haces.

—Si te refieres a conducir como un imbécil integral en una carretera de montaña, pues sí. Nunca lo hago.

Seguimos por encima de la ciudad, en las colinas que separan el Valle del West Side, pero ha reducido un poco la velocidad. Aunque no sé si lo ha hecho porque la carretera ya es más o menos recta o porque estoy acojonada.

—No debería haberte dejado conducir —mascullo.

—Tonterías. A *Blue* le encanta, ¿a que sí, bonito? —Le da unas palmaditas al Mustang en el salpicadero y se me escapa una sonrisa.

También me doy cuenta en este momento de que no puedo vender a *Blue*. Es la forma más rápida de conseguir pasta, pero es imposible que me desprenda de él. Lo quiero demasiado.

Y lo más importante, Griff también lo quiere mucho.

Lo que quiere decir que tendré que posar para las fotos, encontrar otra forma de conseguir quince mil dólares a toda prisa, o decirle a Griff que no tengo el dinero.

Ya sé que no puedo posar para las fotos. Estaría recibiendo los quince mil a cambio de quedarme sin trabajo una vez que se inaugurase la exposición.

Pero tampoco tengo otra forma de reunir la pasta tan deprisa. No tengo dinero invertido en nada. Al fin y al cabo, para mí es un lujo que la cuenta corriente pase de cuatrocientos dólares después de pagar la hipoteca, los gastos y demás recibos.

Tengo algunos ahorros, sí, pero son cuentas de jubilación a través del colegio que todavía no se han liquidado, de modo que no puedo tocar el dinero. Ya he sacado cinco mil dólares de mis ahorros para el pago inicial para que Griff pudiera entrar en el ensayo clínico, y ahora solo tengo en la cuenta lo justo para cubrir los gastos de un mes si pierdo el trabajo. Algo que no pasará, ya que no voy a posar para Wyatt.

Y no puedo rehipotecar el apartamento que compré en plena burbuja inmobiliaria porque dicha burbuja ha estallado y ahora vale menos que antes.

Tal vez fue una mala decisión económica por mi parte, pero me encanta mi pisito en Valencia.

Podría pedirselo prestado a Nia, pero no sé cuándo podría devolvérselo, y soy una firme defensora de eso de no mezclar dinero y amistades.

Trabajar más tampoco me sacará de esto. He hecho las cuentas y, aunque me he organizado el verano para poder ofrecer dos clases de baile más a niños y una a adultos, no conseguiré ni por asomo el dinero que necesito.

Lo que quiere decir que se me ha acabado la suerte.

O, mejor dicho, se le ha acabado a Griffin.

Pero todavía no sé cómo decírselo.

—Oye —me dice—, ¿adónde te has ido? Acabo de pillar una curva a la velocidad de la luz y ni me has gritado.

Sonrío.

—A lo mejor me estoy convirtiendo en una loca temeraria.

—Ya, ni de coña. —Levanta la vista a la capota—. Deberíamos bajar la capota.

—Me encanta el coche y me encanta que sea descapotable. Pero me he pasado una hora peinándome y estás para que te encierren si crees que voy a entrar en la casa de un productor de los gordos con la melena al viento.

—Estás genial —me dice, porque en lo que se refiere a hermanos es el mejor—. Pero como copiloto eres de lo peor. ¿Estamos cerca?

—Ay, lo siento. —Le he estado dando instrucciones hasta que sus maniobras de corredor de carreras me han despistado. Abro la aplicación del móvil y averiguo dónde estamos y adónde vamos—. Allí —le indico apuntando la señal de stop que tenemos delante—. Tuerce a la derecha, y luego parece que hay que seguir hasta que se acabe la carretera.

El mapa no miente. Llegamos a una preciosa mansión de varios niveles que está al final de la carretera, al filo de un cañón. Lo que quiere decir que más o menos toda la parte trasera de la casa queda suspendida en el aire. Un poco aterrador, pero me muero por entrar.

Me vuelvo hacia Griff.

—Es la casa de tu productor, ¿no?

—Se llama Tim Falcon, pero todo el mundo lo llama Pájaro, ya

sabes, por el apellido... Sé que es una tontería, pero el tío es un genio, así que se le perdona todo.

— ¿Y la película se llama *Warhol, mujeres y la gran ballena blanca*?

Griffin asiente con la cabeza y yo me felicito mentalmente. Les presto atención a las películas cuando las estrenan, no cuando están en fase de producción. Pero ahora que Griffin está en el negocio, he intentado mantenerme al día. Al parecer, es una película sobre el paso a la edad adulta ambientada en los años sesenta, con un protagonista fascinado por *Moby Dick* y el arte pop. Griffin es su voz de la razón adulta, que recuerda la rabia y las locuras de adolescente.

—¿Lista? —me pregunta al tiempo que le da las llaves al aparcacoches.

Asiento con la cabeza y uno de los hombres uniformados me abre la puerta del coche. Recorro el corto sendero hasta la casa, paso por la puerta abierta y jadeo al ver las vistas.

Me había esperado que fueran espectaculares, pero esto me deja sin aliento. No hay paredes. O, mejor dicho, las hay, pero son de cristal. Así que de verdad parece que estamos flotando en el aire.

Me muero por llegar a la pared más alejada, porque quiero comprobar si la ilusión se rompe conforme te acercas, pero me intercepta un pelirrojo alto y enclenque con gafas moradas a lo John Lennon.

—¡Griffin! ¡El hombre al otro lado del telón! ¡La voz del futuro! Me alegro muchísimo de que hayas podido venir. —Agarra a Griff de los hombros y luego se inclina hacia delante para darle dos besos al aire, sin rozarle las mejillas, mientras mi hermano aguanta la

tontería con una cara que se parece algo a la cortesía. Pero lo conozco lo bastante como para saber que se muere por salir por patas—. ¿Y quién es esta preciosa criatura? ¿Tu mujer? ¿Tu novia? ¿Tu amante? —añade con un guiño mientras yo fuerzo una sonrisa y me digo que puedo soportar la fiesta porque he venido por Griffin.

—Mi hermana —contesta Griff—. Kelsey, te presento a Pájaro. Mi director.

—¡Oh! —Extiendo la mano para estrechársela, agradecida por haberme mordido la lengua antes.

En vez de estrecharme la mano, me acerca a él para darme otros dos besos de la misma manera que a Griffin y luego me da un abrazo de oso.

—Cariño, tu hermano es el mejor. El mejor del mundo. No sabes los matices que le añade al guion de Lorelei. —Se pone de puntillas para mirar a su alrededor y parece más que nunca un espantapájaros—. Sé que anda por aquí —masculla—. Y tiene que conocerte, de verdad. Y también saludarte a ti, Griffin. Pero la dichosa mujer, ¿dónde se...? Ah, ¡él servirá! Venid, venid. Quiero presentaros a alguien.

Casi me pongo *en pointe*, pero ni así consigo ver a quién le está haciendo gestos para que se acerque. Al menos no lo veo hasta que un grupito de mujeres a la izquierda de Griffin se aparta... y ahí está. Para morirse de sexy, con unos chinos grises, una camiseta blanca de cuello redondo con cuatro botones y una chaqueta gris sin solapas.

Wyatt.

Lo siento tanto como lo veo. El cosquilleo en la piel. El vuelco del

corazón. La calidez que me corre por las venas, atormentándome en los puntos clave.

Él también me está mirando y, aunque sé que debe de estar furioso por el hecho de que abandonara el proyecto, tiene una expresión impasible. Aun así, tengo que obligarme a mantener la espalda recta ante su intensa mirada. Y me cuesta la misma vida no extender la mano para aferrarme a Griff en busca de apoyo.

Si Pájaro se ha percatado de la tensión entre nosotros, no ha dicho nada. En cambio, le echa un brazo a Wyatt por encima de los hombros y lo acerca.

—Wyatt, colega, tienes que conocer a este tío. Griffin, te presento a Wyatt.

—Encantado —dice él al tiempo que le tiende la mano derecha.

Griffin acepta el apretón y yo contengo el aliento mientras observo la cara de Wyatt y me pregunto si va a reaccionar de alguna manera al sentir las cicatrices de las quemaduras o al darse cuenta de que a Griff le falta el meñique.

Sin embargo, no muestra reacción alguna, aunque es imposible que no se haya dado cuenta, y en este momento me gustaría besarlo. Esto es lo más duro para Griffin, salir y mezclarse con la gente, más aún en Hollywood, donde todo el mundo le da especial importancia a la belleza física. Así que, cada vez que alguien pasa por alto sus cicatrices, estoy dispuesta a nominar a dicha persona para la beatificación.

—Wyatt es hijo de Lorelei —dice Pájaro—. Y Griffin es la voz adulta de Arnold.

—Ah, claro —dice Wyatt. Se vuelve hacia mí, como si esperase

que me presentaran, pero al final mira a Griffin—. Mi madre te conoció en la audición. Me dijo que la bordaste.

—Me alegra saberlo. Es un papel genial. Es un placer poder participar.

—Con suerte, nuestra peliculilla va a ser la bomba —dice Pájaro.

Por lo que me ha contado Griff, es un director muy respetado, pero suele hacer películas artísticas. Este es un proyecto más comercial, aunque con un presupuesto reducido. Todos esperan, por supuesto, que sea un bombazo tras el estreno.

Claro que supongo que es lo que todo el mundo espera a todas horas en Hollywood. Personalmente, solo me alegro de que mi hermano tenga trabajo.

Y al pensar en el trabajo miro a Wyatt, momento en el que me doy cuenta de que ha vuelto a concentrarse en mí.

—Hola —le digo, porque el silencio es incómodo entre los cuatro y tampoco puedo fingir que no existe.

—Perdona —dice Griffin—. Wyatt, te presento a mi hermana, Kelsey.

—Ya nos conocemos —replica Wyatt antes de que se me ocurra algo que decir—. De hace mucho tiempo, la verdad. En Santa Bárbara. —Me tiende la mano y yo se la estrecho sin pensar. Luego tomo una honda bocanada de aire cuando me doy cuenta de que clava la vista en el brazalete con el símbolo de infinito.

Griff nos mira a los dos.

—Vaya, qué coincidencia. —Griff me mira y esboza una sonrisilla casi imperceptible—. ¿Qué os parece si Pájaro y yo nos vamos a hablar de trabajo mientras vosotros os ponéis al día?

Quiero darle una patada a mi hermano, pero él se limita a mirarme

con esa sonrisilla tan suya y se va. Nunca había visto a Wyatt, pero conoce el nombre y, cuando acabe la fiesta, seguramente tendré que matarlo.

—Parece que te tienes que quedar conmigo —comenta Wyatt, y yo retiro la mano—. Me gusta el brazalete.

Se me encoge el corazón.

—Wyatt...

—Ven a dar una vuelta conmigo —dice, y yo lo obedezco. Me pongo a andar a su lado, con la misma facilidad que lo hacía en el pasado.

Nos acercamos al ventanal y nos quedamos el uno junto al otro mirando las colinas, teñidas de rosa por la puesta de sol. El suelo bajo nuestros pies parece muy lejano, lo que aumenta la sensación de que estamos flotando, algo que supongo que es lógico, porque siempre he creído flotar cuando estoy con Wyatt.

—Oye —digo cuando ya no soporto el silencio—, siento muchísimo lo de anoche. Sé que te supliqué que me contrataras y luego te dejé tirado, y de verdad que no te culpo por estar enfadado, porque...

—¿Crees que estoy enfadado contigo?

Frunzo el ceño y me giro un poco para poder mirarlo a la cara.

—¿No lo estás?

—Estaba... En fin, estaba más irritado que enfadado. Sobre todo, estaba enfadado conmigo mismo. Por la mierda esa de castigarte. No tenía derecho a decirte eso, Kelsey. Es que... —Menea la cabeza—. Da igual. El asunto es que me comporté como un capullo y lo siento, y entiendo que estés cabreada.

—Pero no lo estoy —le aseguro, y es verdad. Porque solo estoy

cabreada conmigo.

— ¿Y por qué no me coges el teléfono?

—¿De qué hablas? —Me pongo el bolso por delante para sacar el móvil y demostrarle que no tengo llamadas perdidas. Pero no lo tengo—. Ah —digo—. Creo que ya sé lo que pasa. —Le sostengo el bolso abierto para que lo vea—. No llevo el móvil encima. Y casi no tenía batería cuando llegué a tu estudio. Seguramente se me cayó en casa de Griffin anoche.

Se echa a reír.

—Eres una mujer muy rara, Kelsey.

Me tenso al oírlo.

—¿Perdona?

—Creo que no he conocido a una sola mujer que no esté siempre pegada al móvil, pero tú llevas casi veinticuatro horas sin él.

—Soy única entre todas las mujeres —replico con seriedad.

—Sí —afirma mirándome fijamente—, lo eres.

Trago saliva, incómoda de repente.

—¿Por qué me has llamado?

—Para disculparme —contesta—. Y para pedirte que vuelvas.

—Oh.

—Esta exposición es fundamental para mí. Y te necesito. —Habla con tanta intensidad y tanta sinceridad que es casi como si estuviéramos de nuevo en Santa Bárbara, sentados bajo un árbol, cogidos de la mano—. Y sé que necesitas el dinero. Es bueno para los dos —añade—. Por favor, Kelsey.

Se me forma un nudo en la garganta, porque tengo que decirle que no. Tengo que decepcionarlo una vez más. Le hice daño

cuando salí corriendo de la fiesta y ahora le estoy haciendo exactamente lo mismo.

—Nunca debería haberlo intentado siquiera —digo—. Debería haberme quedado bien lejos.

Por un segundo, se limita a mirarme con expresión dura. El estómago se me encoge, porque estoy segura de que me da la razón. Al fin y al cabo, he destruido muchísimas cosas.

El silencio se vuelve opresivo y, mientras me devano los sesos en busca de algo que decir, Lyle Tarpin en persona se acerca y con un brazo rodea a Wyatt por los hombros. Me quedo como una tonta mirándolo embobada, porque es la primera vez que veo a una estrella de cine tan de cerca.

—¿Has tenido suerte en la búsqueda de esa chica? Evelyn está allí, junto a la barra, si quieres pedirle ayuda.

Wyatt carraspea antes de señalarme con un gesto de la cabeza.

—Lyle, te presento a Kelsey.

—Kelsey —repite Lyle—. Ah, claro. —Señala un punto al otro lado de la estancia y dice—: Encantado de conocerte, pero ahora tengo que irme. Necesito intimidad para meterme la lengua en el culo.

Suelto una carcajada y el nerviosismo de tener a una estrella de cine cerca desaparece.

—No pasa nada —le aseguro, pero ya se está alejando. Miro de nuevo a Wyatt—. ¿Amigo tuyo?

—Mi confesor —responde—. Le dije que me había comportado como un capullo y que necesitaba recuperarte. También le dije que no sabía cómo dar contigo.

—Y aquí estoy.

—Sí —musita—. Aquí estás. ¿He logrado recuperarte?

—Es que... Es que no puedo. Necesito el dinero, en eso tienes razón. Pero anoche, cuando... —Carraspeo—. En fin, vi mis fotos y me di cuenta de que estaba loca si creía que iba a funcionar. Conseguiré el dinero que necesito, sí, pero me despedirán en un abrir y cerrar de ojos.

—No hago porno, Kelsey.

—¡No! Wyatt, de verdad, ya te lo he dicho. Hay belleza y fuerza y... En fin, tu trabajo es increíble.

— ¿Y qué problema hay?

Suspiro porque no debería tener que explicárselo.

—Los dos sabemos que hay gente que no lo verá de esa manera. Y por mucho que ahora mismo necesite los quince mil, también necesito un trabajo para el resto de la vida.

Asiente con la cabeza, con gesto pensativo, antes de darle la espalda al ventanal. Mira al resto de los invitados y me doy cuenta de que posa los ojos en Griffin.

—¿Para qué es el dinero, Kelsey?

Tengo que tragar saliva para deshacer el nudo que tengo en la garganta.

—Ya te dije que no es asunto tuyo.

—He decidido que lo sea.

—Wyatt...

—¿Un tratamiento? ¿Cirugía estética? ¿Para qué?

—Vale. Tú mismo. —Estoy demasiado cansada y alterada para discutir—. Es para un ensayo clínico. Las quemaduras... —Se me quiebra la voz y parpadeo muy deprisa, porque ni de coña voy a llorar en esta fiesta—. Las quemaduras le llegan hasta los huesos y no tiene mucha movilidad en el lado derecho. El ensayo clínico se

supone que ayudará con eso porque repara algunos daños cutáneos y nerviosos. No sé cómo. Solo sé que han tenido éxito con quemaduras de menor grado y que ahora intentan adaptar el tratamiento a supervivientes de quemaduras de cuarto grado. —Me encojo de hombros—. Lo necesita, Wyatt. No puedes ver todo el daño cuando está vestido, pero lo necesita de verdad. Y yo necesito ayudarlo.

—Le he visto la mano —replica Wyatt—. Y también el brazo. Y aunque lo oculta bastante bien, he captado hasta qué punto tiene cicatrices bajo el pelo.

Lo miro con curiosidad.

—Estoy entrenado para esto, Kelsey. Miro a la gente. La miro de verdad.

Asiento con la cabeza.

—Claro. En fin, el asunto es que ya he pagado el primer plazo y lo han aceptado en la fase uno. Para eso necesito el dinero. Solo me quedan unas cuantas semanas para reunirlo. Para ayudarlo.

Asiente con la cabeza de nuevo antes de volverse hacia el ventanal y la panorámica de las colinas. El sol se pone deprisa en Los Ángeles, y las colinas que estaban teñidas de rosa ya son un contraste de tonos grises, iluminadas por las luces de las caras mansiones desperdigadas por Hollywood.

Pronto será noche cerrada y lo único que veremos será la fiesta reflejada en los cristales.

Aparto la vista de las colinas y la clavo en su cara mientras me pregunto en qué está pensando. Pero me pilla por sorpresa cuando dice, en voz bajísima:

—No sabía que era tu hermano.

—Usa un nombre artístico. Griffin Llamas. Le parece graciosa la broma.

—¿Cómo pasó?

Me abrazo, helada de repente.

—Da igual. Fue hace mucho tiempo.

—Como unos doce años. Es lo que me dijo mi madre. Me habló de una voz increíble. «Un chico muy guapo», añadió. «Sería un actor de reparto estupendo», dijo. Pero nunca el protagonista. Al menos no en esta ciudad. No a menos que fuera una película de animación.

Ya me veo la cara reflejada en el cristal y me doy cuenta de que me mira fijamente.

—Me dijo que le contó que pasó cuando tenía casi trece años. Un verano que estuvo viviendo en Santa Bárbara.

Me llevo una mano al estómago, que de repente tengo revuelto.

—Da igual —repito.

Asiente con la cabeza despacio, como si estuviera sopesando algo, y luego mira hacia el cristal de nuevo, donde se refleja perfectamente la fiesta, una vez oscurecidas las colinas.

—Te prestaré el dinero.

—Wyatt —susurro.

—Será un privilegio para mí.

—Esto... Gracias, pero no. No puedo aceptarlo. No puedo aceptar un préstamo de un amigo cuando sé que seguramente jamás podré devolvérselo.

Me observa durante tanto rato que empieza a incomodarme.

—¿Qué pasa? —le pregunto al final.

—¿Somos amigos?

Suelto una carcajada.

—Sí —contesto—. Al menos, me gustaría que lo fuéramos. —
Pero me muerdo el labio para no decir lo que pienso de verdad: que
me gustaría ser muchísimo más que eso.

Wyatt la observó alejarse y sintió que el vacío y el deseo lo quemaban por dentro.

Frunció el ceño y se volvió hacia el ventanal, asqueado consigo mismo. Pero eso tampoco lo ayudó. Kelsey seguía allí, en el reflejo, de espaldas a él, y cruzaba la estancia contoneando las caderas.

Una vez más, lo dejaba tirado.

Bueno, esa parecía ser la historia de su vida, ¿no? Aunque, claro, él quería que el guion fuera distinto.

La deseaba, sí. Pero eso no significaba que fuera buena para él. Ya lo hirió en una ocasión. Y, teniendo en cuenta lo rápido que se le había metido bajo la piel, saltaba a la vista que podría hacerle daño de nuevo con suma facilidad.

Debía tener cuidado. No perder la concentración.

En ese momento solo tenía que pensar en su trabajo y nada más.

En sus proyectos.

El único problema estribaba en que la visión que tenía para ese proyecto en concreto se centraba en ella.

Y, tal como le recordaba ese reflejo en el cristal que seguía alejándose, ella se había negado de forma tajante.

La vio acercarse a Lyle y a su agente, Evelyn Dodge. No veía la cara de Kelsey, pero puesto que conocía a Evelyn sabía que en ese momento estaba sometiendo al tercer grado a la hermana de Griffin.

Evelyn era una de las mujeres más formidables que él había conocido. Directa y descarada. En realidad, era como una versión joven de su abuela, así que no le sorprendió enterarse de que tanto Anika como Lorelei habían trabajado con ella en varios proyectos.

—Muy bien, morderé el anzuelo —dijo alguien a su espalda, y al volverse se encontró con Cassidy Cunningham—. ¿Por qué sonríes?

Estaba al lado de Siobhan y llevaba un mechón teñido de turquesa en su larga melena oscura. Había elegido un top de seda sin mangas que dejaba a la vista un tatuaje de un pájaro que le cubría un hombro y parte de un brazo, y cuyas plumas hacían juego con el color del mechón.

A su lado, Siobhan habría podido parecer sencilla, pero aquella irlandesa guapa y pelirroja irradiaba tal personalidad que no era difícil ver que estaban hechas la una para la otra.

—Por eso —confesó Wyatt señalando hacia el otro extremo de la estancia—. Si Kelsey no sabía mucho de Hollywood antes, en cuanto pase diez minutos con Evelyn tendrá más información que un redactor de *TMZ*.

—¿Quién es Kelsey? —preguntó Siobhan.

—La hermana de la voz de Arnold —respondió Wyatt—. De Griffin Llamas.

—Ah, me lo presentaron hace un rato —dijo Cass—. Un tío muy majo. Sabe que trabajo con tatuajes y quería preguntarme por la posibilidad de cubrir alguna de sus cicatrices. Me ha dicho que ha pensado hacérselo el año que viene como autorregalo.

—¿Puedes hacerlo? —quiso saber Wyatt.

—Probablemente. Depende de las cicatrices. Y si no puedo,

siempre cabe la posibilidad de transformar la cicatriz en un diseño. Una vez me llegó un cliente que quería resaltar una cicatriz enorme que tenía en una pierna porque el tejido parecía el del músculo al descubierto, así que me propuso tatuarle una cremallera alrededor. Debo admitir que quedó chulísimo cuando acabé.

Siobhan puso cara de espanto.

—Si te gustan las pelis de terror, claro. ¿Quitarte la piel con una cremallera? No me va.

—Oye —protestó Cass—, que fue un trabajo de diez.

Wyatt se limitó a reírse, pero por dentro le daba la razón a Siobhan.

—Bueno, esperemos que no quiera cremalleras —replicó ella—. Pero nos hemos alejado del tema de conversación. Porque lo que quiero saber es por qué estaba Wyatt mirando a la hermana de Griffin.

—Ah, ¿es la chica que has encontrado? —Cass se inclinó hacia un lado para verla mejor—. Tiene un no sé qué, sí.

—Espera, espera, espera —dijo Siobhan levantando una mano—. Creía que todavía no tenías a la chica. O más bien que la tenías, pero que la habías perdido.

Wyatt se pasó los dedos por el pelo. No le apetecía en absoluto mantener esa conversación, pero parecía que iba a mantenerla de todos modos. Se colocó entre ambas mujeres, las tomó del brazo y las guio hacia un rincón alejado.

—Estaba preparada —admitió—. Pero justo cuando íbamos a empezar la sesión... Supongo que podría decirse que se echó atrás.

—¿Es modelo profesional? —le preguntó Cass.

—No.

—Bueno, pues a lo mejor ese es el motivo. Es difícil exponerte de esa forma.

Wyatt se echó a reír.

—Siobhan te propuso a ti si no encontraba a nadie más y, que yo sepa, tú no eres modelo.

Cass hizo un gesto con la mano para restarle importancia al asunto.

—Por favor, esas chorradas no van conmigo. Yo me expongo todos los días.

—Cierto —convino Wyatt, que miró primero a una y luego a la otra—. Por eso mismamente no puedes ser tú.

—Pero... —protestó Siobhan.

—No es nada personal —le aseguró Wyatt a Cass—. Es que eres... No sé, demasiado intensa.

—¿Intensa? —repitió Siobhan—. Wyatt, casi no te queda tiempo.

—Lo sé, pero Cass no es la modelo que necesito. Lo siento —añadió dirigiéndose a la susodicha.

Cass se encogió de hombros.

—No, si lo entiendo. Kelsey tiene algo. La miras y ves sexo mezclado con dulzura. Yo no soy dulce.

—No, no lo eres —reconoció Siobhan.

Cass la miró con cara de mala leche.

—Yo también te quiero, nena.

—Pero es cierto —insistió Wyatt, cuya voz adquirió una nota anhelante al imaginarse a Kelsey en su dormitorio—. Kelsey podría llevar igual un albornoz estampado y esponjoso que un vestido rojo despampanante. De la misma manera que te la puedes imaginar con un camisón blanco virginal y tapada con las sábanas hasta el

cuello, o con un tanga de Agent Provocateur, atada de pies y manos a los postes de la cama.

Cass los rodeó para poder mirar a Kelsey a placer.

—Entiendo lo que dices —confesó, con lo que se ganó una torta por parte de Siobhan.

Cass se rio y levantó las manos a modo de defensa.

—Solo estaba mirando.

—Eso es lo que busco —siguió Wyatt, que también se volvió para mirar a Kelsey—. Todas las mujeres en una.

—Pues búscate a otra que también lo sea —le aconsejó Siobhan—. Pero hazlo rápido.

—No hay otra —murmuró con los ojos clavados en Kelsey.

—Entonces, en realidad no quieres todas las mujeres en una, ¿verdad? —preguntó Siobhan.

Wyatt se estaba dando de cabezazos contra la pared porque era consciente de que la exposición estaba en punto muerto. Pero cuando las palabras de Siobhan penetraron la neblina que le ofuscaba la mente, se volvió muy despacio para mirarla.

—Espera. ¿Qué has dicho?

—Eh..., pues no sé qué he dicho exactamente. Lo que quería decir es que en realidad no quieres a cualquier mujer. Quieres a esa en concreto. Pero quieres que todas las mujeres pensemos que podemos ser ella.

—Siobhan, cariño, eres un genio. —Tiró de ella y la besó en la boca con emoción mientras Cass se reía a carcajadas, algo que también hizo Siobhan cuando se recuperó de la sorpresa.

—Espero que eso signifique que tienes un plan —repuso.

—Desde luego que lo tengo —le aseguró él antes de alejarse en

dirección a Kelsey.

—Espera —le dijo Siobhan—. Tengo que decirte una cosa. Jensen ha asomado la cabeza de nuevo.

—No enviaré ni una sola imagen como adelanto —replicó Wyatt—. Que quede claro.

—Sí, bueno, esta vez se ha puesto en contacto con mi asistente. Le ha dicho que le gustaría estar más involucrado en la exposición. Supongo que está intrigado.

—Me alegro por él, pero el sentimiento no es mutuo. —Wyatt no era tonto. Y sabía que Jensen y el *Pacific Shore Art Examiner* eran famosos tanto por lanzar carreras como por destrozarlas. Suspiró—. Sigue.

—Lo que busca es una primicia en privado de la exposición. A cambio, nos ofrece una serie de artículos sobre tu persona y sobre la propia exposición.

«Ni de coña. Ni hablar, joder.»

—Es decir, que ha rebuscado en mi vida familiar y quiere husmear más de cerca para ver si encuentra algo que no sea de dominio público.

—La parte positiva es la publicidad —señaló Siobhan—. Y mi jefa cree que su oferta es buena. Creo que...

Sin embargo, no logró decir lo que creía porque Wyatt levantó la mano al tiempo que decía rotundamente:

—No. No es una buena oferta. Se está quedando con nosotros. Lo que le interesa es mi familia, no mi arte. ¿Todos esos beneficios por una simple primicia? Más bien le damos la oportunidad de ver la exposición de antemano y, a cambio, él cuenta con más tiempo para afinar el tiro. Para empezar a criticar. Para filtrar comentarios

anónimos de que hay muchos defectos. De que carece de originalidad. De que solo es publicidad hueca y de que el nieto de una leyenda de Hollywood es un inútil sin talento que se cambió el dichoso apellido porque no merece llevarlo.

—O puede hacerte una crítica increíble —replicó Siobhan con tranquilidad.

—La respuesta es no.

—Vale —claudicó, y se encogió de hombros al ver que Wyatt la miraba verdaderamente sorprendido—. Les dije a Keisha y a Jensen que te pondría al tanto de la oferta. No les dije que estuviera de acuerdo en aceptarla.

Wyatt se echó a reír.

—Por algo somos amigos —dijo—. Y ahora tengo que ir a hablar con otra mujer. —Se despidió de ambas con un abrazo rápido y atravesó la estancia por segunda vez.

Pero, en esa ocasión, no encontró a Kelsey.

—Creo que Griffin y ella se han ido a casa —le comentó Evelyn—. Una lástima. Me gusta esa chica y no me gusta nada beber sola. ¿Me acompañas? —lo invitó al tiempo que levantaba un vaso vacío.

—¿Por qué no? —aceptó—. Vamos a ver dónde podemos conseguir que te lo rellenen y a encontrar uno para mí. Y mientras hablamos a lo mejor me puedes dar el número de teléfono de Griff.

Una vez que se lo dio, Wyatt se ofreció a devolverle el favor, pero la simple sugerencia la ofendió.

—Trabajando en Hollywood, tengo que tragar con muchos jueguecitos, pero ese no es mi estilo. Mucho menos con amigos. ¿Para qué necesitas a mi cliente? ¿Estás pensando en hacer una sesión con él?

—Con su hermana —admitió Wyatt.

—Ah. Parece que por fin se me permite atisbar de lejos el santuario secreto de Wyatt Royce. Sé lo de Cass, por supuesto, pero creo que de momento no has anunciado el nombre de las demás modelos, ¿verdad?

—Y tampoco anunciaré el de Kelsey. En realidad, quiero mantenerlo en secreto, Evelyn.

—Lo sé y no diré nada. Confía en mí, llevo muchos años trabajando en esta ciudad. —Se dio unos golpecitos en la cabeza—. Aquí dentro hay toda una vida de secretos. Puedo guardar uno más.

—Hola —lo saludó Griffin al día siguiente cuando Wyatt lo llamó desde el estudio—. Si estás buscando a mi hermana, no está aquí.

—La estoy buscando, sí. Sé que hoy tiene clase de danza, pero no sé dónde. Esperaba que pudieras darme la dirección. —Paseaba de un lado para otro del estudio, sin hacerle ni caso a JP, que lo miraba cabreado desde una mesa emplazada en el otro extremo. Junto a él estaba Mike, el contratista que supervisaba la construcción del escenario en el que Kelsey bailarí.

Siempre y cuando la encontrara y la convenciera.

—¿Griffin? —insistió al darse cuenta de que guardaba silencio al otro lado de la línea.

—A ver, no es asunto mío, pero... Bueno, ¿sabes una cosa? Que en realidad sí que lo es.

—¿De qué hablas?

—No estoy al tanto de todos los detalles de lo que pasó entre vosotros dos en Santa Bárbara, pero sé que tardó un siglo en

superarlo. Joder, no sé siquiera si lo ha superado del todo, porque en su cabeza lo ha mezclado con lo que pasó... Mierda. Da igual. Lo que quiero decir es que, como le hagas daño a mi hermana, voy a por ti y te mato, ¿me entiendes?

Wyatt frunció el ceño mientras intentaba interpretar lo que Griffin le decía. Pero sí que captó lo principal.

—No voy a hacerle daño. Estoy intentado contratarla. Bueno, estoy intentando contratarla otra vez.

—Contratarla. Un momento. ¿Tú eres el del trabajo? ¿El que consiguió y luego perdió?

—Tengo una exposición programada. La quiero como modelo.

—¿No es algo relacionado con el baile?

—No, no del todo.

—Ah.

Wyatt se imaginaba la confusión de Griffin, pero no pensaba explicarle que quería que su hermana participara en una sesión de fotos eróticas.

—Creía que la habías despedido —dijo Griffin al final.

—¿Eso te ha dicho?

—En realidad, no. —Hizo una pausa y a Wyatt le pareció que se tomaba un sorbo de algo, seguramente agua—. Me dijo que lo perdió. ¿Te importaría explicarme qué ha pasado?

—Sí que me importa —contestó—. Solo quiero saber dónde está.

El silencio al otro lado de la línea se prolongó tanto que Wyatt empezó a temer que Griffin hubiera colgado.

Cuando por fin habló, su voz melódica había adoptado un deje casi amenazador.

—Vale —dijo—. Pero que no se te olvide lo que te he dicho. Como

le hagas daño, tú y yo tendremos problemas.

—Me parece justo —admitió Wyatt, que anotó el nombre y la dirección de la academia de baile, emplazada en Valencia. Después se puso de pie, cogió las llaves de la mesa y echó a andar hacia la puerta.

—Oye, espera un momento —le dijo JP cruzando la estancia para alcanzarlo—. ¿Te vas?

—Tengo que hacer un recado. —Señaló a Mike con la cabeza y dijo—: ¿Cómo va?

—Sabe lo que hace. Tiene unas cuantas ideas para el pasillo, para que sea seguro a la vez que fácil de transportar. Porque cuando la exposición se haga famosa tendrás que viajar por todo el país, ¿verdad? —le preguntó con una enorme sonrisa, y Wyatt soltó una carcajada.

—Ese es el plan. Y me parece estupendo. Pero necesito un cambio de última hora en el escenario. Dile a Mike que quiero una barra.

—Una barra —repitió JP—. Se lo diré. Y tú recuerda que tenemos escenario, pero no tenemos modelo, ¿eh?

—Lo sé —respondió Wyatt con voz seria y decidida mientras lo miraba a los ojos—. Pero la tendremos.

Según Griffin, Kelsey tenía una clase a las diez con niñas pequeñas y después un descanso de media hora y una clase de baile. Como Wyatt llegó a las once menos veinte, decidió emplear esa media hora de descanso para convencerla.

Dar con la academia no le resultó complicado. Dance Heaven

estaba emplazada en una de las esquinas de un centro comercial a pie de calle. Las ventanas estaban tintadas, pero en realidad las habían cubierto con el material más barato que había, de manera que se había despegado por los bordes. Wyatt se detuvo junto a una de ellas y echó un vistazo al interior a través del vinilo despegado.

El estudio era un espacio muy grande con dos puertas en un extremo, una de ellas con un rótulo que rezaba «Oficina» y la otra, «Aseos». Las paredes eran de espejo y en la que él tenía enfrente había instalada una barra.

En dicha barra vio a un grupo de niñas haciendo un movimiento típico del ballet clásico. Arriba y abajo. Aferraban con una mano la barra mientras levantaban la otra y se agachaban doblando las rodillas.

No vio que las chiquillas se movieran en sincronía, pero Kelsey no parecía frustrada en absoluto. Recorrió la hilera de niñas corrigiendo posturas, algún brazo o alguna pierna. Después se colocó delante de ellas, aferró la barra con una mano y les demostró cómo se hacía.

Lo dejó pasmado.

No era más que un simple movimiento descendente a la par que doblaba las rodillas, pero lo hacía con tal elegancia y belleza que el simple acto de contemplarla lo maravilló.

Podría haberse quedado allí eternamente, pero ella le echó un vistazo al reloj, se alejó de la barra y dio unas palmadas. Las niñas no tardaron en correr en busca de sus cosas, tras lo cual regresaron para abrazar a Kelsey antes de salir disparadas del estudio, hacia el

lugar donde él esperaba y donde también lo hacía un numeroso grupo de madres dentro del coche.

Esperó un momento para asegurarse de que las niñas habían salido, y estaba a punto de entrar para hablar con Kelsey cuando decidió echar un último vistazo. Y en ese momento se quedó paralizado. Totalmente paralizado.

Kelsey debía de haber puesto música, porque estaba moviéndose por la estancia al compás de alguna melodía. O tal vez llevara la música en la cabeza. No lo sabía. Lo que sí sabía era que se movía como el agua, de una forma mágica, como si el mundo fuera un lugar perfecto y siempre lo fuera mientras pudiera bailar.

Era precioso. Joder, era un momento trascendente.

Si fuera posible, se pasaría la eternidad viéndola bailar.

Por desgracia, la eternidad se le escapó de las manos cuando un grupo de mujeres con ropa deportiva atravesó el aparcamiento hablando sobre ritmo cardíaco, calorías y almuerzos bajos en hidratos de carbono.

Wyatt le echó un vistazo al reloj, soltó un taco y comprendió que se había pasado todo el descanso de Kelsey mirándola embobado. «Joder», se dijo.

Una de las mujeres lo miró con el ceño fruncido y después le dio un empujón a la que tenía al lado. Pronto todas lo estaban mirando y no de manera amistosa.

—Vamos —le susurró una a otra—. Vamos a entrar ya.

«¿Qué les pasa?», pensó.

No tardó en descubrir la respuesta, porque Kelsey salió al cabo de un momento, también con el ceño fruncido mientras miraba a un

lado y a otro de la acera. Sin embargo, su expresión se relajó al verlo y se echó a reír.

—Eres tú —dijo.

—Soy yo. ¿Por qué te parece gracioso?

—Las chicas de baile han pensado que eras un mirón. O, posiblemente, un padre separado que no le pasa la pensión a su ex y que quiere secuestrar a una de mis alumnas para llevársela al Polo Sur o algo. —Señaló la ventana con la cabeza—. No sabes la que tienen montada ahora mismo.

—Siento desilusionarlas, pero no soy de dar espectáculos.

—Lo dudo mucho.

—Bueno, en todo caso, intentaré no darlo.

Ella asintió con la cabeza y se produjo un silencio incómodo al que Kelsey acabó poniéndole fin carraspeando.

—Bueno, tengo una clase que...

—Vale. Lo siento. Es que necesitaba verte. ¿Podemos hablar?

—¿Cómo me has encontrado?

—Tu hermano.

—Mmm. —Respiró hondo—. A ver, no creo que esto sea buena idea.

—¿Por qué no? Solo quiero hablar. En serio.

Kelsey bajó la vista al suelo.

—No me convienes, Wyatt Segel —le dijo al suelo—. Haces que pierda el control.

—¿Tan malo es eso?

Ella levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—¿Has visto a mi hermano?

Wyatt ladeó la cabeza, intentando seguir el hilo de sus

pensamientos.

—No sé qué le pasó exactamente, pero estoy seguro de que yo no tuve la culpa.

—Tal vez tú no, pero yo sí.

—Kelsey...

—Tengo que irme. Ya han acabado con el calentamiento. —Hizo ademán de alejarse.

—¡Espera! —exclamó, y fue consciente de la nota desesperada de su voz, algo por lo que se odió. Pero, joder, estaba desesperado y no era el momento de mostrarse distante y orgulloso—. Te veo allí —dijo al tiempo que señalaba hacia Java B's, una cafetería situada en el otro extremo del aparcamiento—. Por favor. Cuando acabes la clase. Te estaré esperando.

Ella no replicó.

—Por favor —repitió—. Por favor, Kelsey. No me dejes tirado otra vez.

Wyatt se bebió dos cafés solos y se comió un *muffin* de arándanos mientras la esperaba. Aunque, técnicamente, no se comió el *muffin*. Lo destruyó desmigándolo mientras pensaba en qué iba a decir, en cómo iba a convencerla.

Tenía un plan, claro. Un plan que llevaba perfilando desde la fiesta de la noche anterior. Que había estado detallando y perfeccionando en su cabeza.

Funcionaría. Joder, era casi perfecto.

Solo necesitaba a Kelsey.

Se quedó paralizado, con la tercera taza a medio camino de los labios.

El proyecto.

La necesitaba para el proyecto. Para el plan. Para nada más.

Lo importante era la exposición, no su relación con Kelsey. No había nada entre ellos y era así desde hacía mucho tiempo. Y aunque estuviera dispuesto a empezar algo de nuevo, ese no era el mejor momento para hacerlo. No cuando todo dependía de que ella participara en la exposición. No cuando un desacuerdo personal podría echarlo todo a perder.

No cuando ni siquiera sabía si ella seguía deseándolo.

Joder.

No paraba de darle vueltas a lo mismo. Llevaba una hora allí

sentado, con la vista clavada en la ventana, y tenía la cabeza en las nubes.

Recogió un montón de miguitas del *muffin*, se las puso en la palma de la mano y se acercó a la papelera que había junto a la puerta para tirarlas. Entonces vio que la puerta de la academia se abrió y lo consumió una inesperada oleada de nervios, tan potente como la primera vez que se reunió con su tutor en Boston para enseñarle las fotos de su trabajo de graduación.

¿Por qué no? En aquel entonces, su futuro dependía de aquellas fotos y de la reacción de su tutor. En ese momento, su carrera profesional dependía de esa exposición y de que Kelsey participara.

Cogió una servilleta y se limpió las miguitas como pudo, así como el sudor de las manos. Luego se quedó allí plantado, sin apenas respirar, mientras salían las mujeres, sudorosas pero revitalizadas después del ejercicio.

Se despidieron, se metieron en sus respectivos BMW y Volvos, y se fueron.

Pero Kelsey seguía dentro.

Ojalá tuviera el café que se había dejado en la mesa. Al menos así podría bajar el miedo que tenía atascado en la garganta, el miedo a que se fuera y lo dejara tirado.

Hizo ademán de volverse, con la intención de coger el café, cuando vio que se movía la puerta de la academia. Se quedó quieto, conteniendo el aliento, mientras Kelsey salía con una falda larga de punto y una camiseta de manga corta blanca. Un macuto verde lima le colgaba del hombro y la vio recorrer el aparcamiento con la mirada antes de dirigirse a un Mustang azul. Luego la vio abrir la puerta y, por un segundo, se quedó al lado del coche, de pie.

Wyatt sintió una punzada en el pecho y se dio cuenta de que seguía conteniendo el aliento. Despacio, soltó el aire sin apartar la vista de Kelsey mientras ella miraba hacia la cafetería y luego al coche.

—Vamos —masculló—. Ven aquí.

Un anciano que se estaba echando nata en el café lo miró de reojo, como si fuera peligroso.

En fin, si Kelsey lo hacía esperar mucho más tiempo, tal vez acabaría siéndolo.

Mientras la observaba, Kelsey tiró el macuto en el asiento trasero y después, tras echarle otra miradita a la cafetería y al coche, echó a andar hacia él.

—¡Sí! —Wyatt agitó el puño en señal de victoria, algo que fue demasiado para el anciano, que se alejó a toda prisa mientras Wyatt regresaba a su mesa.

Ya se había sentado cuando Kelsey entró en la cafetería y se detuvo justo pasada la puerta, para mirar a un lado y a otro del establecimiento. Él la saludó con la mano, con indiferencia, como si lo único que hubiera estado haciendo fuera revisar su correo electrónico.

Kelsey se acercó a la mesa, esbozó una sonrisa trémula y se sentó.

—Hola —dijo, y se colocó detrás de la oreja un mechón de pelo que se le había escapado de la coleta. Le brillaba la cara por el ejercicio y tenía gotitas de sudor en el nacimiento del pelo. No llevaba maquillaje.

Estaba más guapa que nunca.

—Gracias por venir —contestó, obligándose a mantener un tono

profesional, aunque se moría por extender los brazos, cogerle las manos y suplicarle que posara para él.

—Bueno, he pensado que es lo mínimo que te debo. —Llevaba consigo un pequeño bolso del que sacó una barra de bálsamo labial que procedió a aplicarse, momento en el que Wyatt se descubrió mirándola embobado.

«Contrólate», se ordenó con firmeza, y se imaginó dándose una patada en el culo para enfatizar la orden.

—Te lo agradezco —respondió él—. Y quería hacerte una pregunta.

—Vale. —Pronunció la palabra en dos largas sílabas, como si temiera lo que fuera a decirle a continuación.

—De no ser por tu trabajo, el de maestra de educación infantil, digo, ¿participarías en mi exposición?

Se inclinó hacia delante, a la espera de que ella le dijera que sí. ¿Por qué no iba a hacerlo? La había visto bailar en el X-tasy. Por no mencionar la soltura que había mostrado delante de la cámara una vez superado el nerviosismo inicial.

Y sabía sin lugar a dudas que necesitaba el dinero.

Le diría que sí y él le expondría su idea. Ella accedería y luego seguirían a partir de ese punto.

Era un plan perfecto.

Salvo por el detalle de que ella lo echó por tierra al decirle que no.

—Perdona —le dijo—. ¿No?

—A ver, que no lo sé. Pero creo que no. —Tenía el ceño fruncido y había encorvado la espalda. Parecía una niña pequeña a la que habían llevado al despacho del director para que confesara.

—Pero... —Wyatt se frotó las sienes—. En fin, sé que necesitas el

dinero. ¿Por qué no?

La vio tragar saliva antes de encogerse de hombros y tomar una honda bocanada de aire. Al final, levantó la barbilla para mirarlo a los ojos.

—Por ti.

—Por mí —dijo él.

Kelsey esbozó una sonrisa torcida.

—Me impulsas a hacer tonterías.

Sus palabras no eran en absoluto sugerentes, pero así se las tomó su cuerpo, como si estuvieran en un bar bebiendo martinis y ella se la hubiera acariciado por encima de los pantalones con total descaro.

Cerró la mano en torno al café y se concentró en el calor y en no aplastar el dichoso vaso y derramarlo. Sobre todo, se concentró en no reaccionar, al menos de una forma de la que ella se diera cuenta.

—Tonterías —replicó al tiempo que asentía con gesto pensativo—. ¿Como qué? ¿Como posar para mí? Siento llevarte la contraria. Eso no sería una tontería.

Kelsey ladeó la cabeza y lo miró como si estuviera loco.

—¿Cómo puedes decir eso? Ya lo he hecho, ¿recuerdas? Ya sé que fue... —Se interrumpió de repente y apretó los labios con fuerza.

—Ah, no —dijo él, que se percató de una nota risueña en su voz—. Estabas a punto de darme la razón.

—De eso nada.

— ¿Y qué ibas a decir? Posar para mí fue... —Dejó la frase en el aire al tiempo que agitaba una mano como si le estuviera sacando las palabras una a una.

—Erótico —contestó ella al fin, con la cara colorada como un tomate—. ¿Ya estás satisfecho? Posar para ti de esa forma fue muy erótico.

La miró un segundo, un poco desconcertado y muy aliviado, y más cachondo si cabía. Después se echó hacia atrás en el asiento y cruzó los brazos por delante del pecho.

—Sí —convino—, lo fue.

—Y erótico equivale a tontería. Además —añadió ella—, esa no soy yo.

Wyatt creía tener pruebas fehacientes para rebatirle semejante afirmación, pero sabía que no iba a convencerla. No en ese momento.

—Me parece bien —dijo—. Pero te voy a contar mi problema, así que paciencia, ¿vale? La exposición se inaugura dentro de unas semanas. Y como es una producción importante con catálogos, publicidad y toda la pesca, ni siquiera tengo tanto tiempo. Así que digamos que son diez días. Solo te necesito durante diez días. Joder, podemos hacerlo en cinco si alargamos el horario. Cinco días y la inauguración. Es lo único que te pido, Kelsey. Cinco días. Eso son tres mil por día solo por ponerte delante de la cámara.

Ella hizo ademán de hablar, pero él levantó la mano para silenciarla.

—Espera, deja que termine.

Kelsey asintió con la cabeza, un gesto a su favor, de manera que se apresuró a continuar:

—Dices que tú no eres así, pero no ves lo mismo que yo. Tienes el aspecto que he estado buscando. La imagen que he llevado en la cabeza durante todos estos años, desde antes de que el concepto

para la exposición estuviera siquiera en pañales. Todo lo que te hace ser como eres. Incluso tu faceta de bailarina. —Le pareció que eso le había llamado la atención, así que siguió por ahí—: Ya te he hablado del escenario que habrá al final del pasillo, ¿no? Toda la pasión y la fuerza capturadas en las fotos brotarán en forma de música y movimiento.

—Suenan bien —dijo ella en voz baja—. Incluso parece divertido. Pero no puedo ser yo quien lo haga. Mi trabajo... Y es...

—Tú no. Sí. Lo sé. Pero ahí está el asunto. —Se inclinó hacia delante y le cogió la mano sin pedirle permiso, dejando que la calidez de Kelsey alimentara su pasión por el proyecto. Por conseguir que ella formara parte de él—. Kelsey, no tienes que ser tú.

Ella apartó la mano despacio.

—¿De qué hablas?

—Podrías ser anónima.

—Pero... ¿y todas las fotos que tienes hasta ahora? Casi todas las caras están iluminadas. Y miran a la cámara, y son atrevidas y sensuales, y no sienten vergüenza, y eso es maravilloso.

—Me alegra que lo veas así —le dijo con sinceridad.

—Ya te he dicho que me encanta el trabajo, Wyatt. Pero no puedo formar parte de él.

—Kelsey Draper no puede. Pero una mujer anónima tal vez sí.

—Pero...

—Vas a decirme que no es el tema de mi exposición, pero tal vez sí lo sea. Tal vez la idea de la exposición sea todas esas mujeres concretas que conducen a un ideal de mujer. Una mujer anónima que representa todas esas cosas que acabas de decir.

—No creo que esa sea yo.

—Y yo creo que eso debo decidirlo yo.

—Anónima —repitió ella, y Wyatt se esforzó por no aferrarse a la esperanza que le insufló esa palabra.

—Absolutamente anónima.

Kelsey se mordió el labio y asintió con la cabeza despacio mientras él contenía el aliento y se obligaba a no decir nada. Al final, preguntó:

—¿Me dejas que me lo piense?

La pregunta le sentó como un tiro por la decepción.

—Claro.

—Vale. —Se apartó de la mesa y se puso en pie—. En fin..., debería irme.

Wyatt se inclinó hacia delante y le puso la mano en el bolso.

—Espera.

—Wyatt, por favor, necesito pensar.

—Lo sé. Y lo entiendo. Pero también creo que me debes una explicación.

Lo miró con nerviosismo.

—¿Por qué?

—Kelsey —dijo él con ternura—, ¿qué le pasó a Griffin?

Ella se quedó paralizada un instante. Luego se volvió a sentar.

—Por favor —insistió—. ¿No crees que ya es hora de que me cuentes qué pasó la noche de la fiesta?

Sus palabras me dejan helada y quiero decirle que no.

«No», le diría. «No, todavía no ha llegado la hora de hablar de lo que pasó. Ni siquiera me apetece pensar en lo que pasó.»

Pero no puedo decirlo. Porque, aunque preferiría salir corriendo por la puerta de la cafetería, sé que tiene razón. Ha llegado la hora. Y merece saber lo que pasó.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabes? —le pregunto—. Me refiero a lo de la fiesta.

—En realidad, no lo sé. Solo estoy haciendo suposiciones. Pero después de conocerlo y descubrir la edad que tenía cuando sufrió las quemaduras, sumé dos más dos. Hubo un accidente aquella noche, ¿verdad?

Frunzo el ceño y me abrazo a mí misma.

—Accidente... —digo, y la palabra me deja un regusto amargo en la boca—. Es una palabra demasiado suave para lo que pasó.

—Oye, oye —susurra, y no soy consciente de que estoy llorando hasta que él se inclina sobre la mesa con una servilleta en la mano y me seca con delicadeza las lágrimas.

Logro esbozar una sonrisa lacrimógena a modo de agradecimiento y después trato de despejarme la cabeza para contarle la historia. Pero no lo consigo.

—Vamos a dar un paseo —me dice al tiempo que se levanta y

rodea la mesa para retirarme la silla.

Cojo el bolso y me pongo de pie ladeando la cabeza.

—Señor Segel, ¿se preocupa usted por mí? ¿O debería llamarlo señor Royce?

—Llámame Wyatt, y sí.

Me coge de la mano y me conduce hasta la puerta. Espero que me suelte una vez que salimos, pero no lo hace. Soy consciente de que ese gesto me alegra y no es porque ansíe su contacto; aunque es cierto que el recuerdo de sus dedos sobre mi piel durante la sesión de fotografías sigue torturándome.

No, lo que ansío es su apoyo. Su fuerza. Y aunque sé que estoy jugando con fuego, ahora mismo no me importa apoyarme en él.

Mientras andamos por el aparcamiento, espero a que me pregunte de nuevo qué le pasó a Griffin. Pero no lo hace. Guarda silencio y me aferra la mano con firmeza, como si me estuviera dando fuerza y tiempo.

Y, de repente, recuerdo lo que más me gustaba de él. Su afán por cuidarme y apoyarme. Me trataba como si fuera especial. Como si mis deseos y mis sueños importaran.

Durante todos estos años lo he tildado de ser un hombre peligroso. Pero a lo mejor no lo es en absoluto. A lo mejor el peligro está en mi interior.

Llegamos junto a *Blue* y, al pasar por su lado, acaricio con los dedos la superficie encerada hasta que me detengo y me apoyo en el capó. Wyatt me suelta la mano y se detiene delante de mí con las manos en los bolsillos.

—Me lo regaló él —digo sin preámbulos.

—¿El coche?

—Lo llamo *Blue*.

Él examina el Mustang y asiente con la cabeza, con un brillo jovial en los ojos.

—No es un nombre muy original, pero le pega.

—Pues sí —replico a la defensiva—. Le va fenomenal.

Wyatt levanta las manos en señal de rendición.

—El mejor. ¿Te lo regalo Griff? Es precioso.

—Lo encontré en un desguace, lo restauró y después me lo regaló cuando cumplí los veinticinco. Yo... —Dejo la frase en el aire porque se me llenan los ojos de lágrimas otra vez y me niego a llorar—. Lo cuido muchísimo —añado cuando me aseguro de que no voy a empezar a llorar de nuevo—. De hecho, Griff dice que me paso. Que necesito darle más caña en la autopista o en el desierto o donde sea. Cree que tengo que soltarme el pelo.

—A lo mejor deberías hacerlo. Parece divertido.

—A lo mejor.

—Entonces ¿por qué no lo haces?

Encojo un hombro, pero no respondo. No necesito hacerlo. Aunque no dice nada, estoy segura de que Wyatt sabe que no me suelto el pelo a menudo. O más bien nunca.

Me aparto del coche y sigo andando.

—El caso es que se porta muy bien conmigo —digo cuando Wyatt me alcanza—. Es el mejor hermano del mundo. Y sé que para él la vida es dura, el día a día, pero casi nunca se queja y sería capaz de hacer cualquier cosa por mí. O, mejor dicho, eso es lo que hace. Y eso es maravilloso, pero a la vez es horrible, porque...

Las palabras me salen atropelladas porque tengo un nudo en la

garganta por las lágrimas que no he derramado y el corazón me va a mil por las emociones que despierta todo lo que estoy diciendo.

Respiro hondo y me obligo a completar la frase que he dejado a medias.

—Porque yo tengo la culpa de todo.

Wyatt no parece crearme, pero hay que decir que tampoco intenta decirme que me equivoco. En cambio, se limita a escucharme mientras le cuento la historia completa.

Ya sabe lo que pasó en la fiesta, por supuesto, así que le explico lo de Griffin y su afán por tostar nubes en el brasero del jardín.

—Nunca pensé que lo haría sin mí —digo con un nudo en la garganta por los recuerdos de aquella noche. Cuando mi padre me dijo con tanta brutalidad lo que le había pasado a Griffin. Cuando me dijo que yo tenía la culpa por haberlo dejado solo. Porque había salido para prostituirme.

Cuando me dijo que mi hermano podía morir porque yo había sido mala.

Y lo creí, porque, por supuesto, tenía razón.

Me humedezco los labios con la lengua cuando llegamos a la acera de la academia de baile. Quiero seguir andando, pero esta mañana la gente ha salido de compras y me siento demasiado expuesta y vulnerable.

—¿Hay alguna clase prevista? —me pregunta Wyatt al tiempo que señala hacia la academia, porque me ha leído el pensamiento.

—No hasta dentro de dos horas. Pero Anita, la otra profesora, suele llegar una hora antes.

—Entonces tenemos tiempo.

Extiende el brazo para cogerme el bolso sin pedirme permiso y

saca las llaves de la academia. Acto seguido, me abre la puerta. Me sigue al interior, la cierra y echa un vistazo. Al cabo de un momento, arrastra una de las esterillas que usamos para las clases matinales con las mamás y los recién nacidos. La despliega, me hace un gesto para que me siente y a continuación se sienta a mi lado.

—Supongo que Griffin decidió tostar esas nubes.

—Todavía le gustan —le digo—. Yo veo una y me pongo mala.

—¿Qué hizo?

—Después de que me fuera, intentó encender el brasero, pero no sabía cómo hacerlo. Abrió la llave del propano, pero no consiguió que prendiera. Así que cogió una lata de gasolina del cobertizo del jardín. Algo peligroso por sí solo, pero es que no cerró la llave del gas.

Wyatt tuerce el gesto y yo aprieto los labios mientras asiento con la cabeza.

—Usó una cerilla —dice él en voz baja.

—La llama saltó. O así lo describe él. Los bomberos dicen que el gas se concentró en torno al brasero porque no hacía viento. Mi hermano debía de tener gas en las manos y le pasó a la camisa.

—Manga larga porque la noche era fresca —comenta Wyatt—. Fresca para ser verano.

—Eso es lo único que recuerda. Los bomberos dicen que se produjo una llamarada y que mi hermano debió de darse media vuelta, porque solo se quemó el brazo y el hombro derechos, y también ese lado de la cara. Perdió casi toda la oreja. ¿Te has dado cuenta?

Wyatt niega con la cabeza. Su silencio es solemne.

—Se quemó gran parte de la cara. Tuvo suerte de no quemarse el

cuero cabelludo, porque así evitó perder el pelo. Pero las quemaduras fueron graves y muy profundas. Le llegaron al hueso. Perdió el meñique, eso sí lo habrás visto. Tuvieron que amputárselo.

—No es raro que pase eso con quemaduras de cuarto grado —dice Wyatt, y debo de parecer sorprendida porque añade—: Hace años trabajé de forma gratuita haciendo fotos en una clínica. Vi muchas cosas.

—Pues entonces lo entiendes. Al menos, en parte. Lo horrible que es ahora. Lo aterrador y doloroso que fue entonces. Y todo pasó porque yo no estaba allí. Estaba... —Me interrumpo y él asiente con la cabeza.

—Estabas conmigo.

Me limpio una lágrima solitaria y afirmo con un gesto triste.

—Perdiendo la virginidad mientras mi hermano estaba a punto de perder la vida.

Wyatt se coloca a mi lado y me rodea con un brazo. Apoyo la cabeza en su hombro y cierro los ojos mientras él me acaricia el pelo y la espalda.

—Lo entiendo —me dice en voz baja—. De verdad que lo entiendo. Pero tú no tuviste la culpa.

—No habría pasado nada si me hubiera quedado en casa.

—Puede que no. O puede que sí. El caso es que es horrible, pero eso no significa que tú seas la culpable. O que lo sea yo, ya puestos.

Me aparto, sorprendida.

Él resopla.

—Has debido de culparme también. Al menos un poco.

—¿Tú crees? Yo creo que no. —Y la verdad es que no. Fui yo

quien tomó la decisión de ir a la fiesta. Desobedecí las reglas. Fui mala, tal como me dijo mi padre. Wyatt solo estaba siendo él mismo. Me tentó, sí. Pero fui yo quien dejó solo en casa a mi hermano pequeño. Lo miro—. Si estás pensando que no te llamé porque estaba enfadada contigo, te equivocas. Al principio, estaba asustada. Y castigada. No me permitieron usar el teléfono durante meses. —Me abrazo las rodillas mientras recuerdo aquellos espantosos días y me viene a la mente el desagradable olor dulzón del ala de quemados del hospital, una mezcla entre carne, infección y productos desinfectantes—. Me pasé meses viviendo prácticamente en el hospital. Y cuando por fin me dieron permiso para llamar... En fin, ¿cómo podía aferrarme a algo tan bueno cuando había hecho cosas tan horribles?

Wyatt me coge una mano y me da un apretón.

—Lo entiendo. En serio.

—Lo siento. De verdad. Nunca pensé que te estaba haciendo daño al no llamarte. Estaba demasiado concentrada en lo que me estaba pasando. Y después, cuando me acordé de ti, me sentí demasiado avergonzada como para llamarte.

Me acaricia el dorso de la mano con el pulgar y esa caricia suave me calma.

—¿Pensabas en mí? —me pregunta y, aunque capto cierto deje burlón en su voz, también capto una nota de esperanza.

—Sí —admito, y se me queda la boca seca cuando lo miro a los ojos—. A todas horas.

—Yo también —me asegura, y siento que el corazón me da un pequeño vuelco—. Y que sepas que intenté encontrarte. Incluso llamé a tu colegio, pero te habías ido.

—¿En serio?

Se encoge de hombros como si no fuera tan importante, cuando para mí es algo increíble.

—El primer día me dijiste que no fui en tu busca. Supongo que quería que supieras que sí lo intenté.

—Gracias —susurro.

Nos sumimos en el silencio unos minutos. Después, carraspea y me pregunta:

—¿Cómo te enteraste? Me refiero al accidente.

—Por mi padre. Descubrió la dirección en la que se celebraba la fiesta. Dejé el papel donde la había escrito en el bolsillo de los vaqueros. Entró en el dormitorio después de que tú fueras en busca de las bebidas. Me dijo... que era una puta. Me contó lo que había pasado.

—Qué cabrón —replica con un cortante deje furioso en la voz.

—Y me dijo que yo tenía la culpa. Que era mala, como mi madre, y que por eso mi hermano había estado a punto de morir.

—Ay, pobre... —Me agarra por los hombros y me gira para que lo mire a la cara—. Tú no tuviste la culpa. Seguro que lo sabes. Y no fuiste mala. Eras una adolescente. Fuiste a una fiesta. Sí, desobedeciste a tus padres. Pero Griffin era lo bastante mayor como para quedarse solo. Que tú fueras a la fiesta no es la causa de lo que pasó. Y no lo sería ni aunque tuviéramos una bola de cristal que nos demostrara que no habría pasado nada si te hubieras quedado con él en casa.

Asiento con la cabeza mientras sorbo por la nariz.

—Lo sé. En serio. De verdad. Pero es que... —Me encojo de

hombros y le digo lo que tan a menudo me digo a mí misma—. Saberlo y creerlo son dos cosas distintas.

Lo oigo resoplar.

—Tu padre te ha traumatizado pero bien.

Intento sonreír, pero no lo consigo.

—Se empleó a fondo para conseguirlo.

—Cuando estábamos en Santa Bárbara, ya me di cuenta de que era estricto, pero no sabía que...

—Todo es por mi madre. Por mi verdadera madre, no por Tessa. Tuvo una aventura. Y supongo que iba a algún sitio en coche con su amante cuando tuvieron el accidente. Yo tenía dos años. Los dos murieron, y también el conductor del otro coche.

—Y mientras crecías, tu padre te dijo que el accidente ocurrió por culpa de tu madre y que todas esas personas murieron por su culpa. Porque era una puta.

Esbozo una sonrisa irónica.

—Es como si hubieras estado sentado a mi lado mientras me lo repetía.

—Razón más que suficiente para que seas mi modelo.

Extiendo las piernas y me inclino hacia atrás, apoyándome en los codos.

—¿Me lo explicas?

—Has dicho que lo entiendes. Que sabes que tu padre solo decía chorradas. Pero que no te lo crees.

— ¿Y?

—Quiero ayudarte a creerlo. Trabaja para mí y será una forma de soltarte el pelo. A ver, que es arte, pero que de todas maneras vas a quitarte la ropa.

Me río.

—Ostras. Qué convincente eres.

—Y vas a bailar. Y a conseguir dinero. Todo eso es bueno, ¿no?

Asiento con la cabeza, pero se me ocurre algo.

—¿De verdad no sabías por qué nos fuimos de la ciudad? ¿No oíste nada del accidente?

—Nada de nada. Me fui a Boston poco después, pero no estoy seguro de que me hubiera enterado de haberme quedado más tiempo. La casa no se quemó, ¿verdad?

—No. El único perjudicado fue Griffin.

—Pues por eso fue. Seguro que salió en las noticias, pero no me molesté en leer los periódicos. Y ese vecindario me quedaba lejos.

—¿Nadie dijo nada en el club de campo?

—No que yo me enterase, pero tampoco es que me relacionara con mucha gente. Después de que desaparecieras de la faz de la tierra, solo fui un par de veces.

—No sabes cuánto lo siento.

Se pone de pie y me tiende una mano. La acepto y me río cuando tira de mí tan rápido que acabo pegada a él, con sus brazos en torno a la cintura.

—¿Cuánto lo sientes exactamente? —me pregunta, y su voz reverbera por mi cuerpo.

—Wyatt... —digo a modo de protesta, porque soy incapaz de decir nada más. Porque estoy luchando desesperadamente contra el impulso de apoyarme en él y dejar que me estreche con fuerza.

—Lo único que digo es que, si crees estar en deuda conmigo, siempre puedes recompensarme participando en la exposición.

Me relajo al instante. Cuando echo la cabeza hacia atrás, lo veo

mirándome con expresión guasona.

—Es cierto que la culpa me motiva mucho —admito—. Pero estoy haciendo un gran esfuerzo para luchar contra ese impulso.

—No luches contra él —me dice mientras se aleja un poco—. Hazle caso a tu hermano. Parece un tío listo. Suéltese un poco el pelo, señorita Draper. Relájese. Haga algo arriesgado.

—¿Te refieres a ti? ¿Quieres que me arriesgue contigo?

—Es un riesgo y una recompensa. Estoy seguro de que ambas cosas van de la mano.

Tuerzo el gesto, pero más que nada porque no se me ocurre una réplica ingeniosa que soltarle.

—En serio —insiste—. ¿De verdad vas a pasar del consejo de tu hermano? ¿De tu pobre hermano Griffin?

Me echo a reír.

—Eres malo. Lo sabes, ¿verdad?

—Malísimo, pero también soy muy listo. Dame el bolso.

—¿Cómo? No.

—Vale. Pues dame las llaves.

—Wyatt...

Levanta una mano con la palma hacia arriba.

—Vamos. Dámelas.

—¿Por qué?

—Creo que lo sabes muy bien. —Mueve los dedos—. Vamos, Kelsey. Eres más lenta que un caracol. Dame las llaves.

Lo hago. No sé para qué las quiere, pero se las doy.

—Vale —dice mientras se las mete entre los dedos y las agita en el aire al tiempo que me rodea una muñeca con la mano libre—. Vámonos.

Hay unos cuarenta y cinco minutos de viaje desde Valencia, pasando por la serpenteante carretera del cañón de San Francisquito hasta llegar a Antelope Valley, pero estoy segurísima de que con Wyatt al volante no tardaremos ni media hora.

Blue tiene la capota bajada y el viento en la cara me resulta revitalizante. Estamos en una carretera de doble sentido que serpentea por las colinas marrones salpicadas del verde de los arbustos endémicos. Nos dirigimos hacia el oeste del desierto de Mojave y el mundo que recorreremos en coche tiene una belleza cruda y descarnada.

—Nadie ha conducido a *Blue*, solo Griff y yo —le digo cuando toma una curva con un cartel de cincuenta a más de ochenta.

—Y aquí estoy, al volante. Me pregunto por qué.

Dado que no quiero analizar mucho la pregunta, cambio de tema.

—¿Adónde vamos?

—¿No te basta con el paseo?

Se está burlando de mí, pero sopeso la pregunta con seriedad.

—¿Sabes qué? La verdad es que sí. —Y lo digo en serio. No he sacado a *Blue* a la carretera desde hace mucho tiempo... De hecho, nunca. Soy de las que siempre tienen un destino en mente. Me gusta saber adónde voy y cómo se llega, porque de lo contrario me siento inquieta y perdida.

Pero hoy, con Wyatt, me siento libre.

Me echo hacia atrás en el asiento y luego me quito los zapatos antes de apoyar los pies en el salpicadero. Todavía tengo el pelo recogido en una coleta, de modo que me llevo la mano a la cabeza para quitarme la goma. Después tendré que desenredármelo, pero quiero sentir el viento en el pelo.

Al cabo de un rato, enciendo la radio y conecto mi móvil. En su mayoría, Griff restauró el coche y lo dejó tal cual era originalmente. La pintura azul es una excepción que hizo para mí, ya que, según Griffin, ese tono, llamado «turquesa tropical», en realidad es de 1965.

La radio también es Griff en estado puro. Le encanta la música y no toleraba la idea de una radio de casi cincuenta años. Lo que explica por qué mi precioso *Blue* tiene un equipo de sonido increíble.

Unos segundos después, ya tengo el disco seleccionado y *Free Falling*, de Tom Petty, suena a todo volumen por los altavoces. De alguna manera, mientras viajamos por esta carretera, me parece lo más apropiado.

—Dime una cosa —digo cuando termina la canción y bajo el volumen—. Cuando fui a tu estudio la primera vez, me preguntaste a qué estaba jugando. Y luego lo repetiste. —Bajo los pies del salpicadero para poder volverme y mirarlo—. ¿A qué te referías?

No me mira, pero aferra el volante con más fuerza y aminora la velocidad hasta no sobrepasar el límite de la carretera.

—¿Wyatt?

El pecho le sube y le baja dos veces antes de hablar:

—¿Recuerdas lo que te conté de mi padre?

Hago memoria y asiento con la cabeza mientras mi mente

rememora los días en Santa Bárbara.

—Sé que era asesor contable. Y también recuerdo que se sentía invisible. Como me pasa a mí a veces.

—Sí. Y tenía la sensación de que todo el mundo quería un trozo de él. Como si no lo valorasen lo suficiente porque no era un personaje importante de Hollywood. Pero, al mismo tiempo, su único valor era que estaba muy unido a grandes personajes de Hollywood.

—¿Te refieres a que la gente le pedía favores?

—La gente le pedía de todo. ¿Sabes por qué mi abuela no tiene buzón fuera? Porque la gente no dejaba de robárselo. Al final, puso una ranura en la verja con el buzón por dentro. Si la gente quiere su correspondencia, imagina hasta qué punto buscan su tiempo o la atención de su familia.

—Debió de ser duro para él. —Extiendo el brazo para cogerle la mano y me alegro cuando él aparta la suya del volante y entrelaza nuestros dedos—. Y también para ti.

Ya sé que usa el nombre de W. Royce para la exposición porque quiere alcanzar el éxito sin ayuda. Pero oír sus palabras hace que lo comprenda todavía más. Lo que no entiendo es qué tiene que ver con eso de que yo estaba jugando a algo.

—Un juego de Hollywood —me explica cuando le pregunto.

Meneo la cabeza, porque no lo sigo.

Me suelta la mano lo justo para pasársela por el pelo.

—Cuando volví con las bebidas aquella noche y vi que te habías ido, creía que te había presionado demasiado. Que estabas enfadada contigo misma. Conmigo. Y que habías salido corriendo.

—Ay, Wyatt, no.

—Me puse de vuelta y media. No podía creer que me hubiera

portado como un capullo insensible. Sabía que no tenías experiencia. Sabía lo estricta que era tu familia. Debería haberseme ocurrido que no serías capaz de soportarlo. Al menos, tu primera vez no debería haber sido en una fiesta enorme con un montón de adolescentes dando vueltas por la casa.

—No —susurro de nuevo. Quiero decirle lo mucho que se equivoca, lo bien que me hizo sentir, pero él continúa.

—Me creía el más gilipollas del mundo. Al menos hasta que volví al club y oí a esa zorra de Grace y a las idiotas de sus amigas.

—¿Por qué? ¿Qué dijeron? —Ni me imagino que podría haber dicho Grace de mi marcha. Pero cuando Wyatt me lo cuenta, cuando me habla del juego, de lo de ganar puntos por acostarse con el hijo de un famoso, creo que voy a vomitar.

—Hija de puta —suelto—. Qué hija de la gran puta.

A mi lado, Wyatt se echa a reír.

—¿Qué pasa? —le pregunto con malos modos, irritada con el mundo en general ahora mismo.

—Es que, si no hubiera llegado ya a la conclusión de que Grace mintió como una bellaca, oírte soltar un taco me habría convencido.

—Ah. —Me encojo de hombros—. Ya, todavía me cuesta mucho hacerlo. Soy así de rarita.

—Una rarita interesante —me asegura, haciendo desaparecer mi enfado.

Sin embargo, su sonrisa también desaparece y se pone serio de nuevo.

—Mi padre se suicidó aquel día.

—¿Cómo? —Sus palabras me dejan absolutamente helada.

—Lo encontré... Lo encontré ahorcado en su despacho.

Siento una opresión en el pecho.

—Wyatt... No. —Me trago las lágrimas que amenazan con formarme un nudo en la garganta—. Me enteré de que se había suicidado, pero mucho después de que lo hiciera... No me enteré de mucho en general esos primeros meses que Griff pasó en el hospital. Y luego me enteré de que había muerto en Los Ángeles. Así que no pensé que... A ver, no se me pasó por la cabeza que hubiera sido por la fecha en la que Griff se quemó. Ay, Dios, Wyatt. Lo siento muchísimo.

—Fue incapaz de seguir soportándolo —añade Wyatt—. Y creí... —Se le quiebra la voz—. Joder. Kelsey, debería haber sabido que no era verdad. Debería haber sabido que tú no eres así. Pero tenía un lío mental. Me dejé convencer por las chorradas de Grace.

Suelta un largo suspiro y me da un apretón en la mano con tanta fuerza que tengo que contenerme para no soltarme.

—Creo que en vez de cabrearme con mi padre la tomé contigo —sigue—. Y me lo creí todo; lo que mi padre pensaba, lo de que el mundo no lo valoraba, era verdad. Lo siento —me dice—. Lo siento mucho.

—No pasa nada —le digo, y el corazón se me parte en dos mientras le aprieto con fuerza la mano—. Tenías que creerlo. Era la única manera de seguir adelante.

Frunce el ceño mientras me observa con expresión pensativa antes de mirar de nuevo la carretera.

—Sí —admite en voz baja—. Eso lo resume bien.

Viajamos en silencio un rato. Yo intento pensar en algo que decir para aliviar la tensión. Él, sin duda, está perdido en los recuerdos que nuestra conversación ha podido suscitar.

Cuando llegamos al valle y el terreno se nivela, vuelve a mirarme.

—Incluso cabreado, pensaba en ti a todas horas. No quería hacerlo, pero te tenía en la cabeza. Te me metiste bajo la piel, Kelsey, como nunca nadie lo ha hecho. He salido con chicas —reconoce—. Y bien sabe Dios que no soy un monje. Pero verte de nuevo...

Me quedo sin aliento y el corazón me da un vuelco al oír su confesión.

—A mí también me... —susurro.

Durante un rato, ninguno habla, y al ver que el silencio se alarga, extendiendo la mano para poner música otra vez.

—Espera —me dice—. ¿Tienes algo de Aerosmith? ¿Tal vez *Walk this Way*?

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué?

—Porque hemos llegado. —Reduce la velocidad hasta que se para en el arcén.

Estamos en una carretera soleada en algún lugar a las afueras de Lancaster y allí no hay nada que ver.

—¿Aquí? ¿Dónde estamos?

—En ninguna parte. —Señala hacia la carretera que tenemos delante, que parece extenderse hasta el infinito—. Esta zona se urbanizó en cuadrículas. Y está casi despoblada.

— ¿Y qué pasa?

—Pues pasa que creo que te toca conducir. —Apaga el motor y sale del coche.

Me quedo sentada, un poco sorprendida, mientras rodea el coche hasta el lado del acompañante y me abre la puerta.

—Y, cariño —añade a la vez que acepto la mano que me ofrece—, te conviene ir deprisa. Pero deprisa en plan montaña rusa.

Titubeo.

—Estás de coña, ¿verdad?

—Griffin tiene razón. Este pequeñín es la caña. —Me da un tirón para ponerme de pie y me coloca una mano en la cintura antes de inclinarse para susurrarme al oído—: Confía en mí. Vas a disfrutar de lo lindo.

Me estremezco... y luego me pongo colorada, porque estoy segura de que se ha dado cuenta de mi reacción. No solo a su caricia, sino a las guarrerías que he pensado por culpa de sus palabras.

Su carcajada ronca reverbera por mi cuerpo y retrocedo, ya que necesito un poco de espacio.

— ¿Y si me multan?

—La pago yo.

— ¿Y si me suben el seguro del coche?

—Eso también lo pago yo.

Frunzo el ceño.

— ¿Y si destrozo el coche?

Me coge una mano, se la lleva a los labios con ternura y me besa la palma.

—No lo harás. Venga.

— ¿Y si no...?

Retrocede un paso, me mira de arriba abajo muy despacio y me pongo a mil por esa mirada tan íntima y minuciosa.

—Y si no te sugeriré otra forma de soltarte el pelo. Aquí mismo, ahora, en el asiento trasero de este coche.

Trago saliva para deshacer el repentino nudo que se me ha formado en la garganta mientras el sudor me corre por la nuca.

—Wyatt, no...

—Pues te sugiero que conduzcas, Kelsey. —Se mete en el lado del acompañante y cierra la puerta—. Ya.

«Ay, Dios mío.»

Tomo una bocanada de aire entrecortada, deseando ser lo bastante atrevida como para negarme a conducir y comprobar si lleva a cabo lo del asiento trasero. Pero sé que lo haría..., porque Wyatt no es de los que amenazan en balde.

Pero lo peor es que lo deseo más de la cuenta. Y si tengo que elegir el mal menor, recorrer a toda velocidad una carretera recta parece la opción más prudente.

Me siento al volante y arranco el coche antes de mirarlo de reojo.

—Será mejor que te pongas el cinturón —le digo al tiempo que saco de la guantera las gafas de sol. Me las pongo y a continuación me las bajo con un dedo por la nariz para mirarlo por encima de la montura—. No tengo nada de Aerosmith, pero vas a disfrutar de lo lindo.

Se echa a reír y luego traga saliva al oír cómo meto la marcha y salgo pitando del arcén, haciendo saltar la gravilla.

Treinta. Cincuenta. Setenta. Alcanza los cien antes de que me dé tiempo a parpadear, y sigue acelerando y acelerando hasta...

—¡Wyatt! ¡Mira! ¡Vamos a ciento veinte!

Aferro con fuerza el volante, pero solo para controlarlo bien. Tengo el resto del cuerpo muy relajado, libre y liberado. Es como saltar sin red, y nunca lo he hecho. Jamás.

Y en ese momento, mientras *Blue* se va comiendo el asfalto,

pienso por primera vez que tal vez eso sea un poco triste.

—Wyatt —digo al tiempo que levanto el pie del acelerador y acabo parándome en el arcén.

Parece confundido y no puedo culparlo, porque lo miro como si él fuera algo que hubiera perdido y acabase de encontrar. O, para ser exacta, como si fuera un mapa para encontrar algo que perdí hace mucho.

—Oye —me dice con emoción—, ¿estás bien?

Noto un sabor salado en los labios y me doy cuenta de que estoy llorando. De repente, suelto una carcajada, un sonido de lo más incongruente, pero que me parece perfecto.

—No —contesto—. Creo que no estoy bien. —Tomo aire para reunir el valor de continuar—. ¿Me vas a ayudar?

La confusión de su cara se transforma en preocupación y me coge la mano.

—Lo que sea. Ya te dije que te prestaría el dinero para el tratamiento de Griffin.

Meneo la cabeza.

—No. No, eso no. Es... Espera que te lo cuente. Tengo una niña en una de las clases a la que el otro día se le cayó un gusanito y se lo comió del suelo. —Wyatt me mira como si hubiera perdido la cabeza—. A su madre se le fue la pinza —le explico—. A ver, que se le fue de verdad, por un gusanito. Hizo que la niña lo escupiera, después le enjuagó la boca con agua y luego le echó un sermón sobre higiene. Fue absurdo. La niña acabará con fobia a los gérmenes de por vida.

—Pobrecilla.

—¿A que sí? Pues eso pensaba yo, pero luego me di cuenta de

que la niña era yo. Soy capaz de comerme una patata frita que se me haya caído al suelo, pero nada ha cambiado. Sigo oyendo a mi padre a todas horas. Pero a todas horas, sin exagerar. Al menos esa niña a lo mejor lo único que se evita es comerse algo asqueroso. Pero yo estoy evitando vivir.

—Te entiendo, pero desde mi punto de vista no llevas una vida tan mala. Tienes un trabajo decente. Dos trabajos, en realidad, que te encantan. Un hermano que te adora. Un coche fabuloso. Y una oferta sobre la mesa para ser la modelo principal de lo que va a convertirse en un proyecto esencial en la historia de la fotografía.

Me echo a reír.

—En fin, puede que tengas razón en algo. Pero voy a decirte una cosa sobre esa vida tan estupenda que tengo. ¿Es realmente mía? ¿O vivo en la caja que mi padre me construyó?

Se gira un poco y me presta toda la atención.

—Sigue.

Me quito las gafas de sol y levanto la cabeza hacia el cielo mientras me reorganizo las ideas. Y sí, mientras hago acopio de valor.

—No es que quiera entrar en un bar, coger al primero tío que vea y..., ya sabes, montármelo en el baño.

—Follar —me dice—. Puedes decirlo tal cual.

—Follar —repito, sintiéndome depravada y atrevida cuando la palabra me brota de los labios—. Pero esa no es la cuestión. Lo que intento decir es que, aunque no quiero liarme con desconocidos, sigo echando algo en falta. Quiero más. Quiero un casting, no solo dar clases de baile o practicarlo. Quiero soltarme el pelo, como has dicho. Como Griffin me ha dicho. Quiero quitarme de encima esta

ingenuidad de chica buena. Quiero volverme loca —continúo—. Coquetear y tontear y... no sé. Es una tontería. Es que... Supongo que solo quiero saber que el mundo no se acabará si hago todo eso.

Vuelvo la cabeza para mirarlo, a la espera de ver una expresión burlona. En cambio, me mira como si hubiera estado prestando mucha atención a todas y cada una de mis palabras. Y también como si lo hubiera entendido.

—Quiero participar en la exposición, Wyatt. De forma anónima, como me has explicado, porque no puedo arriesgar mi trabajo. Pero quiero hacerlo de verdad.

Veo que lo invade el alivio.

—Gracias —me dice—. Pero eso me ayuda a mí. Has dicho que querías que yo te ayudara.

Asiento con la cabeza, nerviosa de repente. Pero me obligo a continuar.

—Lo que me dijiste el otro día. Lo de obligarme a hacer lo que tú quisieras. Delante de la cámara y...

—¿En mi cama?

Asiento de nuevo con la cabeza.

—Quiero hacerlo. Quiero...

Dejo la frase en el aire, sin saber lo que quiero decir.

—Quieres ser como las mujeres de mis fotos —dice él—. Atrevidas. Femeninas. Fuertes. Mujeres que persiguen sus deseos. Mujeres apasionadas. Mujeres sensuales. —Esboza una sonrisa malévola—. En resumen, Kelsey, quieres dejar de ser la niña de papá. Quieres ser mala. O, mejor dicho, quieres ser la clase de mujer que él calificaría de mala.

Respiro hondo mientras la verdad de esas palabras resuena en mi

interior.

—Sí —digo al cabo de un momento—. Eso es justo lo que quiero.

Mala.»

Wyatt no paraba de darle vueltas esa la palabra en la cabeza. A esa palabra y a todas las maravillosas, deliciosas y excitantes posibilidades que conllevaba.

Por supuesto, esa palabra en particular podía ser un presagio de que la idea era pésima.

Sin embargo, se negó a considerar esa posibilidad en concreto. Al menos de momento, porque todo le estaba saliendo a pedir de boca. Porque la mujer que había sido su musa durante todos esos años no solo había regresado a su vida, sino que también iba a participar en la exposición.

Y, lo más importante, porque estaba en su cama. O lo acabaría estando. Y muy pronto, joder.

Tenía claro que a lo mejor no duraba mucho. Que ella a lo mejor solo quería usarlo para superar sus miedos. Que, cuando la exposición se inaugurara, ella podía marcharse de nuevo y él se quedaría otra vez solo con su recuerdo.

Lo sabía, pero le daba igual. Porque no solo era hasta tal punto egoísta que quería tenerla fuera como fuese, sino que además era tan arrogante que pensaba que podría mantenerla a su lado.

Y, la verdad, era tan sentimental que creía que el vínculo que los unió aquel verano jamás se había roto. Desgastado, quizá. Pero allí

estaba, y tenía la intención de seguirlo hasta llegar al corazón de Kelsey.

—¿Wyatt? —dijo ella mientras aferraba el volante con tanta fuerza que mucho se temía que acabaría aplastándolo. Él sabía que eran los nervios, pero estaba muy orgulloso de ella por haber seguido adelante—. ¿Qué quieres que haga?

No pudo contener la sonrisa y, cuando la miró a los ojos y vio que estaba colorada, ambos acabaron estallando en carcajadas.

—A lo mejor debería preguntarlo de otra manera —sugirió ella.

—Nena, creo que la pregunta era perfecta.

Se puso más colorada todavía y, joder, su reacción lo estaba volviendo loco. Ansiaba levantarla de su asiento por encima de la palanca de cambios y besarla hasta robarle el sentido.

¿La verdad? La deseaba. Simple y llanamente. Pero, además de eso, quería ayudarla. Quería demostrarle el poder del placer. Ayudarla a librarse de las cadenas que su padre le había impuesto con sus gilipolleces y que fuera como las mujeres de las fotografías que tenía en las paredes de su estudio.

Y no solo quería que exhibiera esa seguridad tan sensual. También ansiaba verla perseguir por fin su sueño. Que bailara, si no en un escenario, por lo menos en la vida. Que fuera libre y apasionada, tal como la había visto bailar en la academia a través del ventanal.

Quería todo eso y mucho más.

—¿Que qué quiero? —repitió—. Ahora mismo te quiero en mi estudio, delante de la cámara. Te quiero en la cama, con los ojos como platos, los labios separados y la piel sonrojada. Quiero mirarte. Quiero hacerte miles de fotos. Y, después, Kelsey, quiero

tocarte. —Extendió un brazo y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, acariciándole la mejilla—. ¿Qué quieres tú?

—Mmm, lo que tú has dicho me gusta. Sí. Creo que me pido lo mismo.

Él rio entre dientes.

—Creo que es mejor que me dejes conducir a mí.

—Vale. Buen plan.

Kelsey bajó del coche y él hizo lo mismo. Una vez que estuvo sentado al volante y que regresaron a la carretera, la miró de reojo y se percató de que la falda larga de punto le llegaba casi a los tobillos.

Ella lo pilló mirándola y sonrió.

Wyatt señaló la falda.

—¿Qué llevas debajo?

Tuvo mérito que no se ruborizara todavía más.

—Bueno, mmm. ¿Qué crees que llevo?

—Se me ocurren mil cosas. Y ninguna —contestó—. Dímelo tú.

—Ropa interior.

—Enséñamela. —Recordaba al detalle las bragas que llevaba el día de la fiesta y esperaba que no se hubiera alejado mucho de la ropa interior blanca y sencilla.

—¿Cómo dices?

—Que te quites las bragas —especificó, aunque le costó mucho trabajo hablar con voz serena. La reacción de Kelsey le encantó por un lado. Y por otro descubrió que los vaqueros le quedaban de repente demasiado estrechos.

—Mmm...

Frenó hasta detenerse al llegar a un cruce y se volvió para

mirarla.

—Hemos hecho un trato. Esto solo funcionará si obedeces las reglas y confías en mí.

—Y lo hago, pero...

—¿Qué?

Kelsey tragó saliva, otro detalle que traicionaba su nerviosismo, y dijo:

—Que no veo ni cámara ni cama.

«Joder», pensó él.

—Siempre llevo una cámara encima —aseguró—. Aunque sea la del móvil. Pero tienes razón —admitió antes de que ella pudiera protestar—. Así que te dejaré decidir. Puedes esperar a que lleguemos al estudio para obedecerme o puedes quitarte las bragas ahora mismo.

— ¿Yo decido?

Wyatt asintió con la cabeza despacio, a sabiendas de que se había pasado de revoluciones. Todo eso era una novedad para ella y, aunque a él le gustaban esos jueguecitos eróticos, debía recordar muy bien con quién estaba jugando.

—Desde luego. Haz lo que prefieras.

—Pues vale —replicó ella.

Cuando la vio introducir las manos por debajo de la falda para quitarse con discreción unas bragas rojas de encaje, estuvo a punto de salirse de la carretera. No solo porque le había dado un sorpresón al quitárselas, sino porque sabía lo que ese gesto significaba en el fondo: que aquello iba sobre ellos. Sobre Kelsey y Wyatt. No solo sobre el trabajo.

Y ese hecho se la puso dura como una piedra.

—¿Las dejo ahí? —le preguntó Kelsey, que sonrió con dulzura mientras colocaba las bragas alrededor del retrovisor.

—Sabes que no estás jugando limpio.

—Puede que no —replicó con un brillo satisfecho en los ojos—. Pero me gusta lo que siento ahora que por fin me he atrevido a hacerlo.

En Antelope Valley me había sentido atrevida y al mando, con la sensación de que desinhibirme y conducir a *Blue* a toda velocidad alimentaba mi seguridad.

Conduciendo de vuelta por el cañón, me había sentido sexy y lista, regocijándome con la capacidad no solo de sorprender a Wyatt, sino de avivar el deseo que le brillaba en los ojos.

Pero ahora, en Santa Mónica, toda la fuerza y la seguridad se desvanecen y las reemplazan los nervios, que me hacen golpear el suelo con el pie y retorcerme la falda con una mano.

Y cuanto más nos acercamos al estudio de Wyatt, más nerviosa me pongo. Porque no solo me voy a exponer delante de Wyatt, sino que me voy a exponer al mundo. Y aunque admiro a las mujeres que ya cuelgan de sus paredes, soy incapaz de dejar de oír el constante soniquete de la voz de mi padre. Un sistema de alerta temprana de que se acerca el apocalipsis que yo podría haber evitado si hubiera sido una chica buena, como se suponía que debía ser.

El estudio de Wyatt da a un aparcamiento de varias plantas y, cuando apaga el motor, se vuelve para mirarme, con el ceño fruncido.

—Te he perdido en alguna parte, ¿verdad?

Meneo la cabeza e intento esbozar una sonrisa.

—Estoy aquí, de verdad. Solo son nervios. —Al menos no es mentira—. Por la idea de ponerme delante de la cámara de esa manera.

Tarda un segundo en contestar, pero no me queda claro que me crea. Luego me sonríe con ternura y me da un apretón en la mano.

—Lo vas a hacer genial. Ya lo hiciste, ¿recuerdas?

Me echo a reír.

—Sí, pero luego salí corriendo.

—Ahí le has dado. Pero no vas a volver a hacerlo.

—No —le prometo—, no lo haré.

Lo digo en serio. Pero eso no aplaca las mariposas que siento revolotear en el estómago.

El aparcamiento da a la calle, así que, en vez de entrar a través del callejón y de la puerta del estudio, atravesamos la galería. Es un local en el que Wyatt vende su trabajo y todas las paredes están cubiertas con escenas increíbles, coloridos paisajes marinos y preciosas imágenes arquitectónicas.

—Son increíbles —le digo.

—No están mal —suelta—. Y me gano la vida bien con ellas. Pero no son mi pasión. De la misma manera que dar clases de educación infantil no es la tuya.

Estaba observando una fotografía de un estanque, pero ladeo la cabeza para mirarlo.

—¿Me estás sermoneando?

—Solo digo las cosas como las veo. Deberías bailar.

—Y bailo.

—Mmm —murmura él, en evidente desacuerdo, pero como no me discute continuo con las fotos e intento cambiar de tema.

—¿Cuándo has estado en París y en Londres? —pregunto al tiempo que señalo unas fotos en una pared del otro extremo—.

¿Esto es Moscú? —Me vuelvo para mirarlo—. ¿Son tuyas?

—¿Por qué lo preguntas?

—No sé. El estilo es distinto. La composición. El uso de la luz. ¿Es una técnica distinta?

—Has acertado a la primera. Las hizo mi amigo Frank. Le alquilo un estudio en la segunda planta y comparto esta parte de la galería con él. Creo que ahora está en Bali. O puede que en Alaska.

Me echo a reír.

—Bueno, espero que hiciera bien el equipaje.

—Soy incapaz de seguirle la pista. Ven —me dice al tiempo que me coge de la mano—. El estudio está por aquí.

Recorremos un corto pasillo y luego atravesamos una puerta de acero que da al estudio que ya conozco, donde estuve el primer día.

—Es más grande de lo que parece.

—También tengo el segundo piso. Hay dos apartamentos con una cocina compartida.

—¿Vives aquí? —La idea me hace gracia. Como un artista bohemio que vive en una buhardilla.

—Técnicamente no. Frank vive y trabaja en su apartamento, y yo uso el otro como despacho. Pero tiene una cama abatible y he estado durmiendo mucho ahí últimamente. Es más cómodo que volver a casa, aunque viva aquí en Venice Beach. —Me mira con una sonrisa—. ¿Ya estás mejor?

La pregunta me sorprende, pero me doy cuenta de que los nervios han desaparecido.

—Sí —contesto—. Será mejor que hagas algunas fotos rapidito,

antes de que vuelvan los nervios.

—Lo haría, pero creo que agradecerás que me espere un poquito más.

No sé a qué se refiere hasta que saca el móvil y manda un mensaje de texto. Al cabo de un segundo oigo que se abre una puerta por encima de nosotros y luego veo dos pares de piernas que descienden por la escalera que hay al otro extremo de la sala. Poco después, veo a quién pertenecen: un chico delgado con el pelo largo y oscuro recogido en un moño y una rubia bajita con unos tacones muy poco prácticos.

—Kelsey, te presento a Jon Paul, mi asistente.

—Llámame JP —me dice él.

Wyatt mira a la chica.

— ¿Y tú eres...? —Deja la pregunta en el aire y ella le tiende la mano.

—Leah —contesta—. Soy la asistente en prácticas de Siobhan. Me ha enviado para traerte varias maquetas para la portada del catálogo.

—Las tienes en la mesa —añade JP, que me mira y dice—: ¿Es...? A ver, ¿eres...?

—Ha venido para un casting —dice Wyatt, que me mira con expresión elocuente antes de que pueda preguntarle a qué narices se refiere.

Leah me mira.

—Ojalá que consigas el puesto. La exposición es alucinante. Y la prensa se va a volver loca. Roger Jensen ya ha dicho que será él quien cubra la noticia.

—¿Quién es? —pregunto, y Leah me mira como si hubiera

preguntado quién era Neil Armstrong.

—Es uno de los editores del *Pacific Shore Art Examiner* y es brillante. Además, tiene una columna que publican varios medios de comunicación.

—Ah, vaya. En ese caso, estupendo —digo sorprendida por el hecho de que a Wyatt no parezca hacerle mucha gracia enterarse de la cobertura mediática.

—Ya nos íbamos —dice JP—. He terminado de trabajar en los planos con Mike, así que está listo para la construcción. Pero si necesitas que te ayude para el casting de Kelsey puedo quedarme.

—Vete —responde Wyatt—. Lo tengo controlado.

—Encantada de conoceros —dice Leah despidiéndose con la mano.

JP me dice lo mismo antes de que los dos se vayan. Nada más cerrarse la puerta tras ellos, me vuelvo hacia Wyatt.

—¿Casting?

—Eres anónima —me recuerda, y asiento con la cabeza al comprenderlo de repente.

—Me temo que no hay forma de ocultárselo a JP. Pero no hay necesidad de que una asistente en prácticas sepa quién eres. Joder, se lo ocultaría a Siobhan si pudiera. ¿Qué? —me pregunta mirándome.

Me doy cuenta de que estoy sonriendo con tantas ganas que me duelen las mejillas.

—Nada. Es que me gusta la sensación de que alguien me cuide.

—Me gusta cuidarte —me asegura de una forma que me derrite por dentro—. Y ya que hablamos del tema... ¿Cómo vas? ¿Las mariposas siguen desaparecidas?

—Empiezan a volver —admito.

Me coge de la mano y me lleva hasta la pared antes de descubrir una de las fotografías. Es una mujer, de pie en una ducha, rodeada por el vapor del agua y con el cuerpo envuelto en pompas de jabón. Se está acariciando, con una mano en un pecho y la otra entre las piernas, y se muerde el labio inferior de tal forma que queda claro que no se está lavando sin más.

Pero, al mismo tiempo, mira de frente a través del agua y el vapor a la cámara, al público. Y es descarada, hermosa y desvergonzada.

—¿Recuerdas lo que me dijiste en el aparcamiento? —me pregunta—. ¿Que veías belleza y fuerza en mis fotos? Pues eso es lo que yo veo en ti. Eso es lo que verá la cámara.

Abrazo sus palabras y me envuelvo el corazón con ellas, deseando que me acompañen siempre, porque me tranquilizan. Es más, me dan fuerzas.

—Siento estar nerviosa —me disculpo.

—¿Confías en mí?

—Sí —contesto sin titubear.

—En ese caso, todo irá bien. —Señala la cama, que sigue preparada como plató de fotos—. ¿Estás preparada?

—¿No tengo que ponerme una máscara o algo?

—No. Quiero verte. Pero me aseguraré de cubrirte el rostro después. Puedo hacer muchas cosas en el cuarto oscuro, ¿vale?

—¿Cuarto oscuro?

—En el sentido más amplio de la palabra —explica—. La exposición es una mezcla de fotos digitales y analógicas. Algunas son puramente digitales. Otras son puramente en carrete. Y luego las hay que son una mezcla. Así que cuando hablo del cuarto

oscuro me refiero a la habitación propiamente dicha o a un cuarto oscuro digital figurado.

—No tengo ni idea de fotografía —le confieso—, pero me dejas impresionada.

Se echa a reír.

—Me alegro de oírlo.

—¿Necesito maquillarme?

—Esta noche no. En primer lugar, porque voy a ocultarte el rostro. En segundo, porque esta noche voy a usar una cámara digital y solo haremos una o dos poses para que vayas tomando contacto. Ni siquiera voy a preocuparme demasiado por la iluminación. Bastará con un poco de luz reflejada para que nos pongamos en marcha. —Sonríe—. ¿Estás preparada para empezar?

Asiento con la cabeza, aunque no lo tengo muy claro, y me manda al baño para que vuelva a ponerme el albornoz esponjoso.

—Hay lencería en uno de los armarios —me indica—. Unos cuantos diseñadores me la donan. Escoge el tanga que más te guste y pónelo debajo del albornoz.

No bromea en cuanto a la lencería. El armario está lleno de seda y satén en una infinidad de colores. Elijo un tanga de color morado oscuro. Luego trago saliva al darme cuenta de que no me ha dicho que escoja un sujetador.

Cuando vuelvo al estudio, tengo el albornoz ceñido a la cintura y me siento como un ama de casa.

—No sé qué hacerme en el pelo —le digo. No lo he tocado desde que me quité la coleta, de modo que lo tengo alborotado por el viento y enredado—. Si me das el bolso, puedo cepillármelo.

—Ni de coña. Estás muy sexy y maravillosa. Es justo lo que

quiero. Acércate y súbete a la cama.

Lo hago y luego obedezco las indicaciones hasta acabar arrodillada en la cama, con las rodillas juntas, sentada sobre los talones. Tengo la espalda recta, apoyada en uno de los postes. Y he sacado el brazo izquierdo del albornoz, que cuelga de ese lado.

—Bien —dice.

— ¿Ya está?

Suelta una carcajada.

—No, es solo el principio.

Se aparta y me recorre con la mirada. Su lento repaso me despierta los sentidos. Y, por raro que parezca, también me calma los nervios.

Al cabo de un rato, se da media vuelta y cambia de sitio una pantalla blanca que está a unos metros de la cama. Me doy cuenta de que está reflejando la luz, seguramente para suavizar el efecto.

Me rodea y luego realiza otros ajustes, sumido en el trabajo. Es fascinante observarlo y los nervios desaparecen al darme cuenta de que ahora formo parte del mundo que ama, y de que soy fundamental para lo que intenta lograr.

Un rato después, se me acerca con una sonrisa traviesa.

—Ya está la luz. Ahora toca trabajar contigo.

—Ajá —digo a la espera de que vuelvan los nervios. Pero no lo hacen. Porque ahora estoy en manos de Wyatt y sé que me va a cuidar bien.

—Vamos a hacer muchas viñetas a lo largo de los días siguientes y escogeré las ocho mejores. En la cocina, en un escritorio, fuera, en la calle... Cada una se supone que tiene que contar una minihistoria. Y todas llevarán hasta el clímax sensual: el baile.

Seguirás siendo anónima, pero para eso tendrás que llevar máscara. Lo grabaremos la noche de la inauguración y luego usaremos la grabación mientras dure.

—¿Necesitas que lo coreografíe? —La idea me emociona. He montado coreografías antes, pero nunca con un propósito tan íntimo.

—¿Puedes hacerlo?

Afirmo con la cabeza con vehemencia y él sonríe.

—Pues parece que hacemos un buen equipo —concluye, y tengo que tragarme un suspiro de felicidad—. Esta es la viñeta de los amantes —me dice al tiempo que señala el poste y a mí—. Él se ha ido y quiere asegurarse de que ella lo espera. Así que la ata al poste. —Me desliza la mano por el costado izquierdo, rozándome la piel con tanta dulzura que tengo que morderme el labio y contener un estremecimiento.

Y luego, cuando me acaricia la curva de un pecho y continúa más arriba rozándome el pezón, me muerdo el labio con más fuerza.

Se me endurece el pezón hasta un punto doloroso y tengo que controlar un gemido porque deseo sus caricias. Pero no satisface mis deseos. En cambio, sigue subiendo hasta llegar al brazo. Y entonces, con mucha delicadeza, me lo sube. Acto seguido, usa el cinturón del albornoz para atarme la muñeca al poste.

—Una vez atada, el amante se marcha —sigue—. Pero está fuera demasiado tiempo. Ella se siente sola. Frustrada. Y empieza a pensar en lo que sucederá cuando él vuelva. Pero está impaciente y no quiere esperar. Con la mano derecha, imita las caricias de su amante.

Me levanta la mano y me la coloca en un pecho. Me mira a los

ojos y, a la vez que me mueve la mano para acariciarme el pezón con la palma, veo que el deseo aflora a sus ojos y lo siento entre las piernas.

Esboza una sonrisa, como si fuera consciente de mi reacción, y mirándome a la cara me aparta despacio la mano y me la baja por el abdomen hasta que rozo con los dedos el elástico del tanga.

—Se imagina sus caricias —dice al tiempo que me desliza las manos por los muslos, instándome a separarlos hasta que estoy arrodillada con las piernas casi abiertas al máximo. Me coge la mano derecha de nuevo y me la coloca en la cara interna del muslo, cubierta por la suya—. Se acaricia —sigue deslizándome la mano hacia arriba hasta que rozo con los dedos la tira del tanga que tengo entre las piernas—. Se acaricia mientras lo espera, mojándose cada vez más, excitándose cada vez más.

Me mueve la mano de modo que deslizo los dedos por debajo de la fina tela y me acaricio directamente.

—Está mojada —susurra, y lo estoy, y lo deseo—. Mojadísima. Y espera, añorándolo. Cierra los ojos —dice, y eso hago—. Y mientras piensa en él se acaricia. Se toca y se frota, presa de un deseo desesperado.

Aparta la mano, pero al hacerlo siento su aliento en la oreja cuando me susurra:

—Eres preciosa. No pares. Y no abras los ojos.

Gimoteo, pero hago lo que me pide y siento cómo se mueve la cama. Me acaricio con los dedos y jadeo cuando oigo el clic de la cámara. Parpadeo y abro los ojos, pero Wyatt meneaba la cabeza.

—No. No pares. Quiero verte.

Baja la cámara y veo un deseo candente en sus ojos que me

excita. No sé si me desea o si solo desea la foto, pero ahora mismo estoy tan excitada que me da igual. Vuelvo a cerrar los ojos y hago lo que me pide mientras el cuerpo me arde a medida que la cámara suena una y otra vez.

Cuando estoy cerca, a puntísimo, me dice que abra los ojos. Lo hago y me lo veo sentado en el otro extremo de la cama.

—Eres increíble —me dice—. Ha sido la leche.

—Oh. —Cierro las piernas, presa de la timidez.

Se me acerca y anticipo sus caricias. Atrevidas, bruscas y exigentes. Sus manos en los pechos. Su boca sobre la piel.

Espero que termine lo que yo he empezado. Que apague el incendio que me ha prendido dentro.

Espero todo eso..., pero él se limita a soltarme la mano.

—Creo que habrá alguna buena entre todas las fotos que he hecho.

Frunzo el ceño, desconcertada tanto por las palabras como por el hecho de que haya retrocedido hasta el otro extremo de la cama de nuevo.

—¿Solo una? Creía...

—¿Qué?

Trago saliva y me pongo colorada.

—Creía que estabas consiguiendo muchas fotos buenas.

—Desde luego —admite, y hay tanta pasión y deseo en su voz que me desconcierta todavía más—. Has estado soberbia. Pero me refería a buenas para la exposición. Y para eso soy muy tiquismiquis.

Frunzo el ceño de nuevo y él se echa a reír.

—A veces, la fotografía es cosa de números.

—Oh.

—¿Por qué no te vistes?

Me consume la decepción.

—Ah, vale. Me cambiaré y me iré a casa. —Me siento muy expuesta y también lo bastante confusa como para queirme me parezca una buena idea—. ¿A qué hora quieres que vuelva mañana?

—Sobre las ocho. Si vamos a meter todas las sesiones en cinco días, me temo que van a ser muy largas.

—Vale, lo que tú digas. —Me pongo en pie con incomodidad—. Voy a cambiarme.

Extiende el brazo para tocarme la mano cuando paso junto a él de camino al baño.

—Hay un buen trecho hasta Valencia. A lo mejor deberías quedarte.

Miro la cama.

—¿Aquí?

—Estaba pensando que podrías quedarte en mi despacho. Puedes usar la cama plegable. Yo duermo en el sofá.

—Ah.

Otra oleada de decepción me golpea. Teniendo en cuenta cómo me ordenó que me quitara las bragas en el coche, esperaba algo muy distinto. Tal vez solo intentaba hacer que me sintiera cómoda durante la sesión de fotos. Pero eso ya está hecho, y si vamos a su dormitorio...

Decir que estoy desconcertada es quedarme muy corta. Sobre todo porque le dije sin rodeos que quería, usando sus propias palabras, ser mala.

Así que... ¿dónde leches está la maldad?

—¿Kelsey?

—Supongo que sí —contesto, y como realmente hay un buen trecho añadido—: Vale. La verdad es que sería estupendo.

Me dice que coja un camisón del armario, cosa que hago, y luego lo sigo escaleras arriba. Es un perfecto caballero. Saca la cama plegable. Se asegura de que estoy cómoda. Me dice que estará al otro lado de la habitación si necesito algo.

Y luego se va al sofá y yo me meto bajo las sábanas y me quedo tumbada, incapaz de dormir. Porque, a ver, ¿qué narices está pasando?

Al final soy incapaz de soportarlo más.

—¿Wyatt? —susurro en la oscuridad—. ¿Estás despierto?

—¿Necesitas algo?

—Respuestas —contesto.

—¿Respuestas?

—Me dijiste que tenía que hacer lo que me ordenaras delante de la cámara y en tu cama.

—Y lo has hecho. Has estado genial hoy.

Frunzo el ceño.

—Sí, pero creía... —Me muerdo la lengua. ¿Qué se supone que tengo que decir? ¿Que creía que me iba a tocar? ¿Que creía que me iba a llevar a la cama? Creía todas esas cosas, pero no estoy segura de querer admitirlo en voz alta.

Salvo que quiero saber la verdad.

—Supongo que creía que me ibas a tocar... más.

—¿De verdad? —Lo dice como a la ligera, pero detecto claramente el deje apasionado que encierran sus palabras.

Sopeso la idea de encender la luz, porque no puedo verle la cara, y en cierto modo me inquieta. Claro que también me da valor.

—Sí —admito—. Y no me digas que lo he malinterpretado. Es lo que dijiste al principio. ¿Por qué no lo has hecho?

—Por varios motivos —contesta—. El primero es que fui un capullo al insistir en ello. Estaba cabreado contigo y fui algo manipulador y estúpido. De hecho, seguramente era el comienzo de una bonita demanda por acoso.

—No te voy a demandar —replico con sorna, arrancándole una carcajada.

—En fin, el mayor motivo es que no querías que lo hiciera.
Me incorporo en la cama.

—Espera. ¿Qué? ¡No he dicho eso en ningún momento!

—Sí que lo has dicho —insiste—. En el coche. Hablaste de lo que querrían las mujeres que hay en mis paredes y de que querías ser como ellas. En fin, Kelsey, dime una cosa: ¿esperarían esas mujeres? A ver, si desearan a un hombre, ¿titubearían?

Me quedo callada.

—Pero supongo que ahí está el quid de todo —sigue—. ¿Hay un hombre al que desees?

El corazón me da un vuelco y cuando contesto lo hago en voz baja:

—La verdad es que puede que lo haya.

—En ese caso —dice—, creo que deberías ir a por él.

Respiro hondo en un intento por evitar que el pánico me consuma.

¿Ir a por él? En mi vida he ido detrás de un hombre. Ir detrás de un hombre no estaba en la lista de las actividades que mi padre me permitía. Y aunque puede que me haya desviado bastante de los parámetros que estableció para mí, eso no cambia el hecho de que no tengo la menor experiencia en el tema.

Claro que, al mismo tiempo, estoy segura casi al noventa y nueve por ciento de que tengo a Wyatt en el bolsillo, algo que me anima bastante. Si a eso le sumamos que mi cuerpo sigue ansiando unas caricias que de momento no han llegado, me resulta fácil encontrar el valor para salir de la cama e ir hasta el sofá donde él está acostado.

Está oscuro, pero distingo el contorno de su cuerpo, cubierto por una manta delgada. Tiene los ojos abiertos y la poca luz que hay en la estancia los hace brillar. Por eso veo que le hace gracia la situación.

De inmediato, decido transformar esa sorna en otra cosa muy distinta.

—Hola —lo saludo mientras aparto despacio la manta que lo cubre.

—Hola —responde él.

Me siento en el borde del sofá mientras le coloco un dedo en los

labios y después descendiendo por la barbilla, el cuello y la clavícula. No lleva camiseta, de manera que mi dedo sigue bajando y yo estoy encantada al sentir cómo se le tensan los abdominales mientras le recorro la piel. Y justo cuando estoy a punto de rozar el elástico de los calzoncillos, aparto la mano.

Oigo su gemido de protesta, lo que aviva mi determinación. De manera que me subo al sofá y me siento a horcajadas sobre sus caderas para rozarle la polla cada vez que me mueva.

Porque eso es lo que pretendo hacer: moverme.

Hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás... No llevo ropa interior, así que me froto contra sus calzoncillos de algodón, y la fricción me está enloqueciendo.

Me estoy excitando demasiado y eso no es lo que quiero. Cambio otra vez de postura y me inclino hacia delante para poder dejar un reguero de besos a medida que subo por su cuerpo. Cuando llego a una oreja, susurro:

—Me dijiste que las mujeres a las que admiro persiguen lo que desean, ¿no? Que lo exigen.

—Mmm...

—Bueno, pues ya sé lo que deseo, Wyatt.

Ha cerrado los ojos, pero los abre y me mira con interés.

—¿Ah, sí?

—Deseo que seas tú quien tenga el control. —No dice nada, así que me apresuro a añadir—: Eso fue lo que me excitó desde el principio. Cuando me dijiste que tenía que hacer lo que tú me dijeras tanto delante de la cámara como en la cama. Lo que dijiste. Así que eso es lo que quiero. Eso es lo que busco. Un hombre que tenga el

control. —Le lamo el lóbulo de la oreja—. Así que, dime, ¿estoy haciendo trampa?

Él se ríe entre dientes.

—No. No creo. Y, si estás haciendo trampa, a mí me gusta. —Se incorpora apoyándose en los codos—. Ponte de pie —me ordena—. Y quítate el camisón.

Estoy a punto de protestar, pero después caigo en la cuenta de que esto es lo que le he pedido, así que lo obedezco. Arrojo el camisón por detrás del brazo del sofá y me pongo de pie, desnuda, delante de él.

Él se recoloca en el asiento y me hace un gesto con el dedo índice para que me acerque a él. Cuando lo hago, me introduce los dedos entre los muslos y empieza a acariciarme el clítoris hasta que estoy segura de que me van a fallar las piernas.

—Dime lo que quieres —me dice.

—A ti. Te quiero a ti.

Sus hoyuelos quedan a la vista cuando sonrío.

—Buena respuesta.

Se pone de pie para quitarse los calzoncillos y vuelve a sentarse.

—Voy a follarte, Kelsey. Porque llevo pensando en hacerlo desde el día que entraste en mi estudio. Quiero metértela hasta el fondo. Quiero sentir que te corres y te tensas a mi alrededor. Y después quiero abrazarte mientras te duermes entre mis brazos.

Suelto un gemido y él se ríe entre dientes.

—¿Quieres que me ponga un condón? Estoy limpio, porque me hice una analítica hace poco. Pero lo que tú quieras.

Niego con la cabeza.

—No. Quiero sentirte. Y estoy tomando la píldora. Por los

calambres —añado.

—En ese caso, siéntate a horcajadas sobre mis caderas.

Lo hago y, aunque la oscuridad es casi absoluta, veo la pasión en su cara cuando lo miro a los ojos. La tiene tan dura como el acero y me froto contra ella, gimiendo un poco porque me resulta muy insatisfactorio. Lo quiero dentro.

Sé que nos está torturando a los dos y también sé el momento exacto en el que llega al límite de la paciencia. Introduce una mano entre nuestros cuerpos para colocar el glande en la entrada de mi vagina y me dice que baje las caderas.

Lo obedezco, moviéndome despacio y con cuidado. Pero él no tarda en agarrarme las caderas para instarme a bajar del todo mientras empuja hacia arriba y me la mete hasta el fondo. La sorpresa de sentirlo enterrado en mi interior me arranca un grito.

Me cubre un pecho con una mano y me acerca a él para lamerme un pezón mientras con la otra mano me guía las caderas para que me mueva al compás de sus embestidas.

Es como si sufriera una sobrecarga sensorial y siento que una presión inmensa se extiende por mi interior, cada vez más intensa, hasta que llega un momento en el que no puedo contenerlo más y se produce un estallido de chispas y colores.

Me dejo caer hacia delante y me apoyo en Wyatt mientras él sigue metiéndomela una y otra vez, hasta que noto que se tensa y oigo su ronco gemido cuando se corre en mi interior.

—Uf, nena —dice estrechándome con fuerza entre sus brazos.

Seguimos sentados de esa forma un rato, respirando a duras penas, hasta que me levanta en brazos y me lleva a la cama plegable. Me limpia con un pañuelo de papel y después se acuesta

a mi lado. La frescura de las sábanas contra mi cuerpo acalorado es el paraíso.

Me acerca a él y me estrecha entre sus brazos, tras lo cual susurra:

—Me alegra mucho que vayas a participar en la exposición, Kelsey Draper.

Lo último que pienso antes de quedarme dormida es: «Yo también».

Puede que Wyatt esté contento con la sesión de fotos de ayer, pero la de hoy es un millón de veces mejor en lo que a mí respecta.

—Podrías habérmelo dicho —me quejo cuando Wyatt me pasa las manos por la parte interna de los muslos para separarme las piernas mientras estoy sentada en una silla de respaldo alto, tan expuesta como él desea.

Se limita a sonreír. Ambos sabemos que tiene razón. Que yo debía perseguir lo que quería.

Y lo que quería, lo que quiero, es a Wyatt.

—Los brazos detrás de la silla —me ordena, y lo obedezco, tras lo cual me ata las muñecas.

Me las aferro por detrás del respaldo de la silla al tiempo que alzo la barbilla y miro hacia un lado, tal como él me dijo antes que hiciera. Tengo las piernas tan abiertas que la postura casi me resulta dolorosa y además estoy desnuda.

Total y absolutamente desnuda.

Bueno, salvo por el largo collar de perlas que llevo enrollado en dos vueltas en torno al cuello y que me llega hasta las piernas;

aunque, como las tengo separadas, el extremo cae sobre el asiento de madera de la silla. Las perlas no me tapan en absoluto, pero su roce contra la piel es innegablemente erótico.

Wyatt se mueve a mi alrededor y me examina con ojo crítico.

—Perfecta —dice por fin, momento en el que levanta la cámara y empieza a disparar—. Eso es. Ahora ladea la cabeza y muérdete el labio. Joder, Kelsey. Así. Esta va a ser mágica.

Sus palabras me acarician como si fueran una mano. Y aunque en el fondo de mi mente oigo a mi padre diciéndome que soy una chica mala y asquerosa que va a recibir su merecido y que será la responsable de la destrucción de todo el planeta, ahora mismo lo único que siento es poder, ardor, pasión y deseo.

La Kelsey que habría salido corriendo entre alaridos para huir de esta situación ha desaparecido. En cambio, estoy disfrutando al máximo. Siento un hormigueo abrasador en el cuerpo. Hay algo maravilloso en el hecho de que te vean a través de la cámara. Tal vez sea porque sabes que este momento, esta pasión, se verá reflejada en una imagen.

Y, por supuesto, porque sé que cuando Wyatt suelte la cámara me estrechará entre sus brazos.

Me siento valiente y atrevida. Y, lo más importante, siento que por fin he madurado. Que he dejado atrás los miedos de la infancia. Y es imposible que lo hubiera conseguido de no ser por Wyatt y por la intimidad que compartimos anoche.

Wyatt.

¿Cómo narices he logrado sobrevivir los últimos doce años sin él? Este hombre ha desenterrado una parte de mí que yo enterré hace mucho.

—Preciosa —murmura mientras deja por fin la cámara en una mesa cercana.

—Bueno, ¿ya puedo moverme?

Él esboza una de sus sonrisas traviesas.

—Todavía no —contesta mientras se arrodilla delante de mí.

—Wyatt...

Ahora que ya no me mira a través de la cámara, me siento expuesta y tímida de repente. Algo que es ridículo, claro.

—Chitón —me dice, y guarda silencio mientras me coloca las manos en los muslos y me besa la cara interna de uno de ellos, justo por encima de la rodilla.

Después, sus labios siguen un camino ascendente hasta que contengo el aliento cuando se detienen en mi sexo... y sobre las perlas. Siento su lengua en el clítoris y también el movimiento de las perlas. Por raro que parezca, es erótico, y esa sensación se incrementa cuando siento que su mano abandona la rodilla para introducirme las perlas en la vagina con suma delicadeza.

—¡Wyatt! —exclamo, pero él se limita a reírse y, muy lentamente, tanto que resulta una tortura, empieza a sacarme las perlas mientras me introduce un dedo.

La sensación es enloquecedora. Increíble. Y me retuerzo porque ansío algo más. Mucho más, más adentro, no lo sé. Quiero lo que me está dando, pero... pero multiplicado.

Me lleva al borde del orgasmo y estoy deseando llegar. Estoy en el precipicio, mirando el vacío...

Y, de repente, ya no estoy.

Me doy cuenta de que he cerrado los ojos y los abro de nuevo.

—¿Qué?

—Se acabaron las perlas —dice él, que se aparta de mí y se pone de pie.

—Wyatt —protesto—. Quiero más.

—Me alegro. Me gustas así, ansiosa.

—Wyatt... —protesto de nuevo, porque me está volviendo loca... y me está atormentando al no acabar lo que empieza—. Eres malo.

Él sonríe con un brillo travieso en los ojos mientras me desata.

—Ve a vestirme —me dice al cabo de un momento—. Ya son más de las doce y JP llegará pronto.

El problema con mi anonimato, por supuesto, es que debemos mantenerlo. Hemos decidido que JP puede estar al tanto de mi identidad, porque debe trabajar en el estudio para poder preparar la exposición. Wyatt ha prometido que él mismo se encargará de la iluminación y que JP no estará presente durante las sesiones de fotos ni verá las imágenes en las que se me vea la cara, pero el secreto resulta difícil de guardar.

También hemos decidido que no necesito maquillaje. Wyatt dice que puede añadir color en los labios después en el cuarto oscuro, en el laboratorio o como se llame, y el resto de la cara estará cubierto. Además, las posibilidades de encontrar en tan poco tiempo un maquillador que firme una cláusula de confidencialidad son escasas.

—¿Hemos acabado ya en el estudio o vas a pararte a hablar con él un rato antes de mandarlo zumbando a la planta de arriba?

—En realidad, estaba pensando que podíamos hacer algunas fotos en la playa.

Como jamás podría negarme a dar un paseo por la playa, accedo encantada, aunque me pongo un poco nerviosa al pensar que

quiera hacer fotos para la exposición en una playa pública a plena luz del día.

Me dice que me ponga un vestido de algodón ligero que saca de su vestidor y después realizamos a pie el corto trayecto que nos separa del muelle de Santa Mónica, donde nos compramos unos cucuruchos de helado y nos detenemos junto a la barandilla, mirando hacia Pacific Palisades.

—Tengo una casa allí, ¿sabes?

Lo miro de reojo.

—¿En Pacific Palisades?

—Ajá.

—Creía que vivías en Venice Beach.

Asiente con la cabeza.

—Y lo hago. Tengo alquilada la casa de Pacific Palisades a una familia con niños. Forma parte de mi fondo fiduciario, así que me quedo con el alquiler. Pero prefiero vivir en la playa.

—Y pagarlo con lo que ganas con tus fotos —apostillo, al recordar lo que me dijo tantos años antes en Santa Bárbara.

Me mira a los ojos.

—Lo recuerdas.

—Claro —replico en voz baja—. Lo recuerdo todo.

Me mira en silencio un instante. Pero la magia se rompe porque el helado se me derrite en la mano y lo tiro a una papelera cercana. Estoy a punto de sacar un pañuelo de papel del bolso cuando él me coge la mano y empieza a lamer despacio el helado, provocándome un escalofrío que me recorre todo el cuerpo.

—Wyatt —digo con un hilo de voz.

En sus labios veo el asomo de una sonrisa.

—Me gusta tu sabor.

Siento que me arden las mejillas y no precisamente por el sol abrasador. Al cabo de un momento, carraspeo.

—Creía que íbamos a pasear por la playa.

—Y vamos a hacerlo —me asegura, sin soltarme la mano pegajosa—. Vamos.

Regresamos sobre nuestros pasos y después bajamos hasta el aparcamiento y, de allí, hasta la playa. Llevo sandalias, así que me las quito para andar por la orilla y me río cuando las olas rompen con más fuerza de la esperada y me mojan el bajo del vestido.

—Lo siento —me disculpo, aunque en realidad no lo siento en absoluto. Es maravilloso andar por la rompiente en la orilla.

Wyatt se mantiene alejado del agua, para evitar que la cámara sufra el ataque de un mar embravecido.

—No te preocupes —me dice, y añade al cabo de un momento—: Aunque es mejor que te acerques a mí.

No sé qué se le ha ocurrido, pero lo sigo y nos colocamos debajo del muelle. Sus tablas de madera crean una luz tamizada y una serie de sombras allí donde no dejan que pase el sol.

Señala un poste cubierto de percebes.

—Ponte ahí —me ordena, y usa una mano para colocarme de tal manera que uno de esos rayos de sol que se cuelan entre las tablas me ilumine el pecho—. Estupendo —dice.

—¿Esto es para ti? Porque no es precisamente erótico.

—¿Estás de broma? —replica mientras se acerca y me desabrocha los tres primeros botones del escote del vestido. Como los tirantes son muy finos, no llevo sujetador, de manera que la delgada tela cae por su peso, dejando a la vista la curva de ambos

pechos—. Recuerda que estamos contando una historia. Y la sensualidad no siempre va unida al sexo. Además —añade con una sonrisa traviesa—, todavía no he acabado de colocarte.

Se aleja un paso y echa un vistazo a su alrededor buscando algo, aunque no sé lo que es. Al final echa a andar hasta el otro lado del muelle, a mi espalda, y coge algo. Pero como me ha ordenado que no me mueva, no veo de qué se trata. Espero que sea algo asombroso, la concha de un nautilo o algo así, así que me sorprende al descubrir un cubito de playa ajado.

—¿Qué narices es eso? —le pregunto mientras se quita la camiseta, la deja en el suelo y coloca la cámara encima con mucho cuidado.

Acto seguido, se acerca a la orilla y llena el cubito de agua sin contestarme siquiera.

—Wyatt —protesto—, ¿qué vas a hacer?

—Esto —contesta a la vez que me echa el agua encima, empapando el vestido.

Grito y espurreo el agua helada del Pacífico, y luego me alejo del poste.

—¡Posa! —me ordena al tiempo que me señala con un dedo y me quedo congelada, literalmente hablando. Acto seguido, coge la cámara y empieza a disparar. Cuando acaba, se sacude la arena y me ofrece su camiseta. Echo un vistazo hacia abajo y compruebo que el vestido mojado es totalmente transparente y deja a la vista las bragas rosas y los pezones, que tengo muy duros—. Creo que esa es mi preferida —dice mientras me da la mano—. Vamos. Debemos regresar.

Me suelto de su mano lo justo para ponerme su camiseta,

disfrutando de su olor cuando me la paso por la cabeza. Andamos cogidos de la mano y el momento me parece más íntimo que cualquiera de las cosas que hicimos anoche.

—El lunes se celebra una fiesta en la propiedad de mi abuela —me dice—. Es el septuagésimo aniversario del estreno de su primera película. Tenía quince años y fue un escandalazo porque su padre fue quien le dio el papel y la prensa no paraba de presagiar que sería un fracaso absoluto.

—*La chica de la luna* —digo—. Me encanta esa película. Y ella estuvo genial.

—Por supuesto. Mi bisabuelo no era tonto. Y solo elegía a gente con talento. Familia incluida. El caso es que asistirán los de siempre. La élite de Hollywood. La alta sociedad de Los Ángeles. Habrá lleno absoluto.

—Supongo que te divertirás. Aunque no se pueda ni andar, todos asistirán para rendirle homenaje a tu abuela.

—Me divertiré más si me acompañas.

Me detengo.

—¿En serio?

—Quiero que te conozca.

—Ah. —Las mariposas han regresado y otra vez me siento como si tuviera quince años—. Me encantaría ir, pero no sé si tengo ropa apropiada para la ocasión.

—No te preocupes —me dice con un brillo en los ojos que debería ponerme nerviosa, pero que a estas alturas solo consigue arrancarme una carcajada—. Yo me encargo de eso.

Tendría que haberme traído la cámara, está claro —dijo Wyatt mientras Kelsey giraba para que se moviera la falda del vestido que él le había dicho que se pusiera, un vestido de color negro, con la parte superior de terciopelo y ajustada que le recordaba al maillot de una bailarina.

La falda seguía el mismo concepto, confeccionada con tres capas de un material negro diáfano que era lo bastante transparente como para ser atrevido, pero no indecente. El material tenía diferentes largos, de modo que no solo fluía cuando se movía, sino que además se abría cuando giraba. Y aunque el vestido no las dejaba al descubierto, le gustaba saber que debajo llevaba las braguitas negras de La Perla que había comprado para rematar el conjunto.

Aunque lo había hecho ya un sinnúmero de veces, volvió a darle las gracias cuando le abrió la puerta de su Lincoln Navigator y la ayudó a subir.

—Por el vestido y por la experiencia —añadió ella—. Nunca he ido de compras a sitios así.

—El placer ha sido todo mío —repuso, y era verdad. Normalmente, ir de compras lo aburría. Y normalmente evitaba hacer gala de sus contactos en Hollywood.

Pero, esa vez, había decidido dar el salto. Se sintió como Richard Gere en *Pretty Woman* después de que se burlaran de ella las

estiradas de Rodeo Drive. Solo que en la película, que había visto demasiadas veces en demasiadas citas anodinas, no lo habían hecho bien. Al menos no en lo que a él se refería.

No, el asunto no era que Julia Roberts consiguió la ropa. El asunto era lo que Gere podía hacer por ella. Lo que él podía hacer por Kelsey.

Y se sintió como Papá Noel en Navidad cuando el equipo de ventas de una de las boutiques de ropa más elitistas de Beverly Hills llevó unos cuantos percheros repletos de vestidos de cóctel, zapatos y accesorios para que Kelsey se los probara.

Al final, Wyatt escogió dos, pero cuando ella se plantó y solo aceptó uno, él insistió en que fuera el negro con aire de bailarina.

—Es muy tú —le dijo y Kelsey se lanzó a sus brazos y lo besó allí delante, con el gerente de la tienda mirando.

Fue un momento precioso, pero en ese instante, mientras conducía hasta la mansión de su abuela en Homby Hills, sintió un creciente deseo. Kelsey tenía un aspecto increíblemente sexy y delicioso a su lado, con el despampanante vestido, los zapatos negros de tacón y el pelo recogido en un moño alto, de modo que algunos mechones se le rizaban en la nuca.

Sin embargo, fue al percatarse del brazalete que llevaba cuando sintió el ramalazo de deseo. El símbolo de infinito que le había regalado en Santa Bárbara. Era la segunda vez que Wyatt se lo veía puesto, y esa sencilla conexión entre ellos hizo que el corazón le diera un vuelco.

—Me estás mirando embobado —dijo ella sonriendo.

—Eres preciosa.

Sonrió con más ganas.

—Creo que es por el vestido.

—Y yo sé que es por la mujer.

Kelsey suspiró, feliz, y se echó hacia atrás en el asiento. Habían trabajado toda la mañana en el estudio y, en ese momento, tras su segundo día completo de trabajo, él ya tenía una excelente colección entre la que escoger. Tres días más y, estaba convencido, podría organizar la exposición perfecta.

Kelsey se había ido a eso de las tres para poder impartir una de sus clases de baile antes de volver a casa y cambiarse para la fiesta. Y cuando él la recogió se quedó hechizado al ver su diminuto pero inmaculado apartamento de Valencia.

De todas formas, les quedaba un buen trecho antes de llegar a casa de su abuela. Y a su lado, Kelsey echó la cabeza hacia atrás y se quitó los zapatos.

—Normalmente soy yo la que tiene que hacer este trayecto horrible. Es agradable poder relajarse.

—Podrías mudarte más cerca.

—La mayoría de mis clases están en la zona de Valencia —repuso—. Y también el colegio, una vez que empiecen de nuevo las clases. Pero, siendo práctica, no puedo permitírmelo.

Wyatt asintió con la cabeza. Lo comprendía, claro, pero detestaba que, una vez que acabaran sus cinco días, ella fuera a estar tan lejos.

A su lado, Kelsey cerró los ojos.

—¿Puedo poner los pies en el salpicadero?

Soltó una carcajada al oírla, ya que le gustaba la idea de una mujer con semejante ropa sentada de esa forma.

—Adelante —le dijo, y estuvo a punto de salirse de la carretera

cuando le echó un vistazo y vio la pose tan sensual que tenía, con el pie derecho en alto y la delgada falda cubriéndole la pierna, ofreciéndole un mínimo de decencia al ocultar las braguitas de La Perla de su mirada.

Sin embargo, sabía dónde estaban, de modo que aferró el volante con fuerza y deseó estar de camino a su estudio y no a una fiesta.

Claro que...

—Quítate las bragas —le ordenó.

Kelsey se volvió para mirarlo, con los ojos como platos y una sonrisa descarada en los labios.

—¿Está teniendo un *déjà vu*, señor Segel?

—Algo así. Pero quiero creer que fuiste sincera al decirme que querías que yo estuviera al mando. Las bragas —repitió—. Las quiero en mi bolsillo durante la fiesta. No debajo de esa falda.

—Oh. —Ella se humedeció los labios—. Creo que me gusta eso. Pero no podemos hacerlo.

—¿Te importa decirme por qué no?

—Porque no tenemos tiempo de volver a mi apartamento. Me he dejado las bragas encima de la cama.

Lo dijo a la ligera, pero esas palabras lo atravesaron como una columna de fuego que le rodeó la polla y le costó la misma vida controlar el deseo de pararse en el arcén y arrastrarla hasta la parte trasera. Al fin y al cabo, era un coche enorme y los asientos traseros se plegaban.

Sin embargo, no era práctico. Mejor sufrir en un delicioso silencio.

Claro que no iba a sufrir solo.

Se inclinó hacia delante y puso el aire acondicionado al máximo.

—¡Oye!

Kelsey hizo ademán de bajar el pie.

—Ah, no —le dijo—. No puedes moverte.

—Pero me está dando justo... ¡Ah!

La vio tensarse y morderse el labio.

—¿Tienes frío?

—Caballero, tiene usted una vena perversa.

—No te voy a decir que no.

La miró y vio el contorno de sus endurecidos pezones por debajo de la parte superior del vestido.

Le ardían los dedos por el deseo de apartarle la falda. De deslizárselos por el muslo y jugar con su coño. Sabía que estaba mojada. Que estaba excitada y mojada pese al aire frío. Kelsey se hacía la depilación completa, de modo que los dedos pasarían sobre ella y la volverían loca hasta que cerrara los ojos y le follara la mano.

La había tocado muchísimas veces, había sentido cómo estallaba contra él una y otra vez.

Aunque nunca era suficiente. Quería esa caricia. Ese momento.

Pero no podía tenerlo. Porque la realidad era que estaban en mitad del tráfico y no tenía el mínimo interés en salir en las noticias por haber provocado un accidente en cadena.

De modo que dejó quietecitas las manos, suplicándole al coche en silencio que recorriera los kilómetros, y le ordenó que se tocara.

Kelsey se volvió despacio hacia él, con el ceño fruncido.

—¿Tengo que hacerlo?

—Creía que ese era el trato.

—Y lo es. Lo haré si es lo que quieres de verdad. Es que... En fin, es que preferiría esperar a llegar a la fiesta. Y así podrás tocarme tú.

Wyatt llegó a la mansión de su abuela quince minutos antes de lo que había estimado el navegador del coche. Pasó de largo frente a la puerta principal, haciendo caso omiso de los aparcacoches contratados, para rodear la mansión y aparcar junto a la entrada de servicio. Así accederían antes. Seguramente se cruzarían con menos gente. Y podría llevarla escaleras arriba, al dormitorio que reclamó como propio de niño, y tumbarla en la cama y follarla hasta que perdiera el sentido.

Ese era el plan. La ejecución fue más difícil de lo previsto, porque parecía que la mitad de los invitados se concentraba en el jardín trasero y, si iban por allí, los acorralarían seguro.

«Joder, mierda.»

La cogió de la mano.

—Vamos a entrar por otro sitio.

Creía que Kelsey protestaría. Que diría que estaban comportándose como dos idiotas, como dos adolescentes cachondos. En cambio, se limitó a asentir con la cabeza y a susurrar:

—Pero date prisa, ¿vale?

Joder, claro que se iba a dar prisa.

Rodearon el garaje y siguieron el sendero que usaban los jardineros. Serpenteaba por la parte posterior de la casa y conducía a las cristaleras del despacho privado de su abuela, que nunca estaba abierto durante las fiestas.

—Por aquí —le dijo, guiándola por la misma ruta que había usado para escabullirse de la casa cuando era adolescente. Aunque nunca había vivido allí oficialmente, se había quedado tantas veces con su abuela que le habían asignado un dormitorio.

Las cristaleras estaban cerradas, claro, pero la llave estaba escondida en una estatua ridícula de un elefante que había justo a la izquierda. La cogió, abrió la puerta y devolvió la llave a su lugar.

—La leche —dijo Kelsey nada más entrar.

El despacho tenía las luces apagadas, pero las paredes estaban flanqueadas por vitrinas que permanecían iluminadas débilmente a todas horas. Estaban llenas de recuerdos de todas las películas de Anika y de todos los premios que tanto ella como su padre habían cosechado.

Anika quiso incluir los premios de Lorelei y Jenna, pero ellas se habían negado en redondo y le dijeron que los guardarían en sus respectivas casas, muchas gracias.

Wyatt, en cambio, pensaba poner el suyo en la vitrina. Tan pronto como ganara uno.

Durante un segundo, se quedó junto a Kelsey, admirándola como si fuera la primera vez. Y sintió una oleada de orgullo... y ese aguijonazo de inseguridad tan familiar. Porque ¿y si nunca conseguía un premio para la vitrina?

A su lado, Kelsey le dio un apretón en la mano.

—Algún día tú también estarás ahí —le dijo, y las palabras se le clavaron en el corazón. No porque le hubieran acariciado el ego, sino porque comprendía lo que él quería.

Como no respondió, Kelsey ladeó un poco la cabeza para mirarlo y fue entonces cuando Wyatt se dio cuenta de que ya no podía esperar. La atrajo hacia él y le metió la mano bajo la ligerísima falda mientras se apoderaba de su boca.

Joder, su sabor era delicioso y tenía que poseerla. Deprisa y sin miramientos, ya que no había lugar para la calma y la ternura.

—Date la vuelta —le ordenó y, cuando ella obedeció, le tomó los pechos con las manos y la estrechó contra él hasta tener su trasero bien pegado.

Deslizó una mano por su cuerpo hasta llegar a su sexo y la encontró ardiente y húmeda, tal como se había imaginado en el coche. La acarició, tocándola tal como ella le había pedido, y se le puso más dura con cada gemido, con cada milímetro que ella separaba las piernas.

—Por favor, por favor, fóllame —le rogó ella.

En ese momento casi perdió el control, porque no era la clase de palabras que diría Kelsey Draper, pero sí algo que Kelsey sentiría.

—Ven —le ordenó al tiempo que la instaba a rodear el escritorio hasta un trozo de pared vacía. Había sopesado el escritorio, pero era de su abuela y eso le cortaría el rollo.

Además, le gustaba la idea de que lo rodeara con las piernas mientras tenía la espalda contra la pared y estaba enterrado en ella. Le gustaba tanto que se desabrochó los pantalones y se bajó la cremallera para sacársela. Kelsey lo miró a los ojos y asintió con un leve movimiento de cabeza a la vez que se mordía el labio.

La levantó en brazos mientras le ordenaba que le rodeara la cintura con las piernas y, cuando lo hizo, metió una mano entre sus cuerpos y la penetró con dos dedos para asegurarse de que estaba preparada, y después se movió con cuidado, hasta que tuvo la punta justo en la entrada de su cuerpo, de modo que una rápida embestida la empotraría contra la pared y se enterraría en ella.

Que fue justo lo que hizo, aunque tuvo que taponarle la boca con la mano libre cuando ella gritó. Acto seguido, Kelsey se inclinó hacia delante y le rodeó el cuello con los brazos mientras él la poseía, a

esa mujer que siempre había llevado en la cabeza, pero que en ese momento ya llevaba en el cuerpo también.

Cada vez más profundo, con más rapidez, hasta que sintió que Kelsey empezaba a estremecerse a las puertas del orgasmo. Deslizó la mano entre ellos y le acarició el clítoris, arrastrándola hacia el borde del precipicio. Sintió que se tensaba a su alrededor, aprisionándolo con los músculos internos con tal intensidad que se corrió a una velocidad inusitada, vaciándose en su interior antes de tambalearse hacia atrás, con Kelsey todavía entre los brazos, hasta quedar los dos tendidos en el suelo recuperando el aliento.

Tal vez pasó un minuto, tal vez fuera una hora. Pero, a la postre, consiguieron levantarse, adecentarse la ropa y salir por la puerta.

Y nada más hacerlo, se toparon con su abuela.

Resulta increíble que una de las estrellas más emblemáticas de Hollywood me haya pillado echando un polvo en una fiesta. ¡A mí precisamente!

En realidad, no nos ha pillado con las manos en la masa, pero, teniendo en cuenta la sonrisilla que esboza y el brillo guasón con el que nos miran esos ojos azules tan famosos, estoy segurísima de que lo sabe.

Su sonrisa se ensancha, dejando a la vista unos dientes muy blancos. Tiene ochenta y cinco años y sigue estupenda. La fantástica estructura ósea de su cara, sumada a las arruguitas que tiene en torno a los ojos y a la boca, hace que parezca una diosa de la sabiduría.

—Tú debes de ser la chica con la que está saliendo Wyatt —dice con esa maravillosa voz ronca tan conocida—. Kelsey, ¿verdad?

Wyatt y yo vamos de la mano y en este momento le doy un apretón en un esfuerzo por no hiperventilar. «Anika Segel me está hablando», pienso.

Respiro hondo y finjo estar tranquila.

—Ajá. Esa soy yo. Es un placer conocerla. Soy su admiradora desde que era pequeña. *La chica de la luna* es una de mis películas preferidas de todos los tiempos. Su interpretación fue tan asombrosa que es difícil creer que fuera su primer papel. —Hablo

de forma atropellada y estoy segura de que debo de parecer una admiradora atolondrada. Sobre todo porque eso es lo que soy.

—Mira qué mona es. Tengo entendido que tú también te dedicas a la actuación en cierto modo. Eres bailarina, ¿verdad? Wyatt habla maravillas de ti. Dice que tienes mucho talento, pero ¿qué va a decir él? ¿Eh?

—Abuela... —le dice Wyatt a modo de advertencia.

—Lo que quiero decir es que quien debe juzgar eso es la propia Kelsey. Siempre y cuando no sea como esa gente absurda que se niega a hacer autocrítica. Las cosas que se ven hoy en día en la televisión... —Agita una mano como si quisiera borrar lo que acaba de decir y después me mira con atención—. Así que, dime, querida, ¿eres buena?

—Eh... Bueno, pues sí. —Respiro hondo, asombrada por tenerla aquí delante, hablando conmigo—. Sí que lo soy.

—Te creo. —Anika se aparta y me mira de arriba abajo—. Tienes el físico de una bailarina, eso es evidente. He conocido a muchos bailarines, ¿sabes? Gene y yo pasamos mucho tiempo juntos. En todo caso —me mira con seriedad—, debes hablar con Lorelei. Está trabajando en un proyecto que cuenta con varios números de baile.

La idea me provoca un nudo en el estómago.

—Bueno, no sé...

—Tonterías. Debes hacerlo. Eres demasiado guapa y Wyatt dice que tienes demasiado talento como para no tener éxito.

—Ah. Bueno, me halaga —digo.

—Y ahora te he avergonzado. Lo siento, querida. —Se inclina hacia mí y me susurra en tono confidencial—: Wyatt me ha dicho

que te ruborizas con facilidad. —Se vuelve para mirar a Wyatt, que también está un poco colorado—: Tenías razón. Es monísima.

—Creo que ya va siendo hora de saludar a los demás invitados, abuela.

—Está intentando librarse de mí —me dice Anika—. Pero sé captar una indirecta. Adiós, queridos —añade al tiempo que se da la vuelta y grita—: ¡Martin, bribón, ven a darme un abrazo!

—Es maravillosa —digo mientras Wyatt me coge de la mano—. Y muy natural.

—Sí que lo es —reconoce él con una carcajada—. Maravillosa y natural. Estamos muy unidos.

—Me sorprende que le hayas hablado de mí.

—¿Te molesta?

—No —contesto, y en ese momento lo detengo y lo abrazo por la cintura—. Me gusta. —Echo la cabeza hacia atrás para que me dé un beso y después suspiro encantada.

—Tiene razón sobre lo del baile —me dice—. No entiendo por qué dudas. A ver, no creo que todavía sigas oyendo la voz de tu padre en tu cabeza. No si has aceptado participar en la exposición.

—Todavía la oigo a veces —admito—. Pero no tan fuerte, desde luego.

—Entonces ¿por qué no participas en algún casting? No para el tipo de obra que sueles hacer, sino para teatro. Para una compañía.

Niego con la cabeza.

—No lo sé —digo, y suspiro—. A lo mejor, después de todo este tiempo, tengo miedo de no conseguir mi sueño si voy a por él. —Lo miro tras pronunciar esas palabras y veo un brillo extraño en sus ojos—. ¿Qué pasa?

—Iba a decir que no importa el resultado, sino el hecho de que lo persigas. Pero teniendo en cuenta todo lo que depende del éxito de mi exposición, tal vez no sea la persona adecuada para decir eso.

—No, no lo eres —le aseguro al tiempo que le doy un golpe juguetón con una cadera—. Nos parecemos mucho, ¿sabes? A lo mejor por eso estamos saliendo. —Sonrío—. Le has dicho a tu abuela que estamos saliendo.

— ¿Y no es verdad? —me pregunta él.

Esbozo una sonrisa tan grande que hasta me duele la cara.

—Por supuesto que sí. Pero ¿por qué no le has dicho que voy a participar en tu exposición? —le pregunto justo cuando entramos en el salón de baile y, de repente, nos rodean los famosos. Es como estar en mitad de una revista de cotilleos—. Contéstame. ¿Por qué no le has dicho que soy la protagonista? —insisto mientras se nos acerca un camarero que nos ofrece unas copas de vino.

—No sabe nada del proyecto —me confiesa, y me quedo helada, con la copa a medio camino de los labios.

—¿En serio?

—Sabe que estoy preparando una exposición y nada más.

Asiento despacio con la cabeza.

—Quieres que sea un bombazo. Demostrar que eres un Segel.

Me mira a los ojos y asiente en silencio.

—Vas a lograrlo —le aseguro con sinceridad—. La exposición va a ser un éxito. Tengo un buen presentimiento.

—Yo también lo tengo, desde que tú te uniste al proyecto —confiesa Wyatt, y se inclina hacia delante para darme otro beso.

Oigo que alguien silba y me aparto, confundida.

Hasta que veo que Griffin y Nia se acercan a nosotros.

—Hola, colega —saluda Griff a Wyatt—. Me alegra volver a verte.

—Me encanta el vestido —dice Nia. Después sonríe a Wyatt y le tiende una mano—. Soy Nia.

Él levanta una ceja.

—¿Nia Hancock?

Nia me mira de reojo.

—Guapo e intuitivo. Una mezcla interesante.

Pongo los ojos en blanco.

—Wyatt Royce, te presento a Nia Hancock.

—Mejor amiga, protectora y, a veces, su asesora laboral —añade ella—. El placer es mío.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto, y ella mira de reojo a Griff.

—Ha venido porque está trabajando con Lorelei en esa película. Yo he venido porque su pareja habitual, es decir, tú, lo ha dejado tirado.

—Estupendo —digo—. ¿Hay algún conocido más?

—¿Conocido nuestro? —pregunta ella—. No. Pero famosos, desde luego.

—No para de contar a los famosos que nos hemos encontrado desde que entramos en la casa —añade Griffin.

—Creo que te vas a quedar sin dedos para llevar la cuenta, porque mi abuela los ha invitado a todos. O, por lo menos, a más del noventa y cinco por ciento.

—¡Joder! —exclama Nia de repente—. ¡Eres Wyatt Segel!

—Creía que lo sabías —le dice él, pero Nia me está mirando con el ceño fruncido y no le hace caso—. No me has dicho en ningún momento que era uno de esos Segel.

Me encojo de hombros.

—Lo siento. No he caído.

—Da igual. Eso es agua pasada —dice al tiempo que acompaña las palabras con un gesto de la mano derecha, que pasa por debajo del brazo contrario—. No tiene importancia. Lo importante es que todo el mundo está aquí. Y ahora necesito que me prestes a mi chica —le dice a Wyatt—. Porque vamos a cotillear un rato. ¿Te parece bien?

Wyatt se lo toma tan bien que suelta una carcajada y me da un beso en la mejilla.

—Luego voy a por ti.

—Eso espero.

Nia y yo nos alejamos mientras ella me va señalando a un montón de gente que yo ni siquiera conozco.

—Esos son Nikki y Damien Stark —me dice mirando a un hombre que reconozco porque es un jugador de tenis convertido en empresario millonario.

—Pagó un millón por un retrato desnudo —digo por solidaridad—. Iba a ser un trabajo anónimo, pero alguien lo descubrió. —Me estremezco al pensar en lo espantoso que eso sería si llega a suceder con la exposición de Wyatt.

—Y la mujer con la que están hablando es Jane Martin, la guionista de la película aquella de los niños secuestrados. Y el que está a su lado, que está buenísimo, por cierto, es Dallas Sykes.

—¿En serio? —Uno de mis placeres secretos es leer las revistas de cotilleos y hubo una época en la que Dallas salía en todas—. Lo llaman el rey del sexo. Supongo que se acuesta con todas.

—Ahora están casados —me recuerda Nia—. Pero ¿recuerdas el escándalo que se montó?

No lo recuerdo, y está a punto de iluminarme cuando se acercan dos mujeres guapísimas y se presentan como la madre y la hermana de Wyatt. Al igual que Anika, ambas son simpáticas y naturales y, antes de seguir saludando a los invitados, Lorelei me aconseja que me presente a algún casting.

—No puedo asegurarte que vayas a conseguir un papel, pero sí puedo meterte en las pruebas. Y en esta ciudad eso es muy importante.

—Gracias —le digo. Y se lo agradezco de verdad, aunque seguramente no acepte su ofrecimiento.

Circulamos un poco más entre los invitados y, al cabo de un rato, me doy cuenta de que Nia me ha conducido a un rincón tranquilo.

—Vale —me suelta una vez que estamos sentadas en un sofá pequeño, con sendas copas de vino en la mano—. Cuéntame qué pasa con Wyatt.

Sopeso la idea de eludir el tema, pero Nia es mi mejor amiga y no quiero hacerlo. Quiero hablar.

Así que le cuento lo único que he estado ocultando en mi interior. Algo que llevo días sospechando.

—Creo que estoy enamorada —digo, y en vez de felicitarme o de discutir conmigo, Nia pone los ojos en blanco.

—Nena —replica—, te enamoraste hace doce años. El amor no es tu problema.

Frunzo el ceño.

—¿De qué hablas?

—Todo el mundo cree que el amor es el fin. Enamórate y sé feliz y a comer perdiz. Eso son chorradas, cariño. El amor hay que

trabajárselo. Y hay que sudar tinta. —Encoje un hombro—. Y estoy preocupada por ti.

—¿Por mí? ¿Crees que Wyatt no va a ponerle empeño?

Se apoya en el respaldo del sofá.

—No lo conozco. Todavía. En absoluto. Lo siento, Kels, pero si quieres la verdad pura y dura, quien me preocupa eres tú. Te has encerrado durante años en una caja, cariño. No sé si hay alguien capaz de vivir ahí dentro contigo.

Estoy a punto de protestar, pero ella me silencia con su explicación.

—Lo que significa que para que funcione tienes que salir de ella. Y no sé si puedes hacerlo. No si las cosas se ponen difíciles y te asustas. Porque, Kels, tú siempre juegas sobre seguro. Y en el amor no hay red de seguridad.

Estoy de mal humor cuando dejamos la fiesta una hora después y echamos a andar hacia el coche mientras las palabras de Nia me resuenan en la cabeza.

Wyatt me mira de reojo con el ceño fruncido.

—¿Quieres hablar del tema?

Niego con la cabeza.

—No es nada. Lo normal entre amigas y eso. —No es exactamente una mentira, aunque tampoco sea verdad.

Parece a punto de discutírmelo, pero recibo un mensaje de texto y el tono del móvil lo interrumpe.

Como lo más probable es que sea de Nia, saco el móvil del bolso

y frunzo el ceño al ver que no es suyo, sino de una de las maestras del trabajo.

Te aplaudo, pero vaya manera de despedirte. Espero que te vaya bien

—¿Es Nia? —me pregunta Wyatt, pero le digo que no con la cabeza y le paso el móvil.

—Es una maestra del colegio. No sé de qué está hablando.

—A lo mejor se ha equivocado de contacto.

Tiene sentido, así que estoy tecleando una respuesta para decirle que se ha equivocado cuando me distrae la presencia de Damien Stark y de Siobhan, a quien conocí un día en el estudio; están junto al Lincoln Navigator de Wyatt.

Sé qué papel juega Siobhan en la exposición de Wyatt, por supuesto, pero tardo un rato en hacer la conexión con Damien Stark. Al final, caigo en la cuenta de que es el mecenas del Centro Stark para las Artes Visuales, donde se inaugurará la exposición.

Aminoró el paso. El temor se apodera de mí.

—¿Pregunto o no? —dice Wyatt.

—Malas noticias. —Stark se aparta del coche de Wyatt y se acerca a nosotros.

—Teniendo en cuenta que nunca te involucras en los asuntos cotidianos del centro, me lo he supuesto. Dímelo rápido —añade Wyatt—. Si es malo, lo mejor es que lo sueltes pronto.

—¿Os dejo solos? —sugiero.

—No. —Wyatt me coge de la mano—. Estás conmigo.

—De todas formas, necesita quedarse —replica Damien—. Lo siento, Kelsey.

El temor ahora forma un nudo en mi estómago. Porque no hay

razón alguna para que un hombre como Damien Stark sepa mi nombre. No a menos que haya acabado de alguna manera en su radar. Y no debería. Porque se supone que mis fotos son anónimas. Supuestamente, nadie debe saber que soy yo salvo Wyatt y JP.

Pero lo saben. Lo veo en sus ojos. En los de Stark y en los de Siobhan.

—¿Qué ha pasado? —exijo saber.

—Leah —contesta Siobhan, que suelta el aire despacio.

Me ofrece una tableta en la que puedo ver distintos artículos sacados de las redes sociales. Estoy demasiado horrorizada como para concentrarme. Pero veo lo justo. Una de las imágenes de Wyatt con mi cara borrosa. Y a su lado, fotos mías durante una clase de baile y jugando con los más pequeños durante un picnic.

—¿Qué es esto? —susurro mientras siento que Wyatt, que sigue a mi lado, se va tensando por momentos por la rabia.

—Rumores —contesta Damien—. Leah ha empezado una campaña de rumores, por lo visto con el beneplácito de Roger Jensen. Parece que le ha dicho que de esta manera conseguirás un montón de publicidad gratuita.

Me llevo una mano a la boca para controlar las repentinas náuseas.

—Nos lo ha contado todo —dice Siobhan—. JP vio su publicación en Instagram y se dio cuenta de que debió de haber hecho la foto desde el despacho el día que fueron a cenar. Trabajó amistad con él a propósito. Supuestamente, se olió que Kelsey era la protagonista de la exposición.

—Qué hija de puta —dice Wyatt.

—La hemos despedido. Charles está ocupándose de mitigar los

daños. Es mi abogado —añade Damien dirigiéndose a mí.

—Pero el rumor ya está circulando —digo al tiempo que le paso mi móvil—. La gente lo sabe.

Veo una mezcla de ira y frustración en su cara.

—La madre que la parió. —Me devuelve el teléfono—. Lo siento mucho. Pero, por favor, quiero que sepas que, si pierdes tu trabajo por esto, el centro se ocupará de pagarte un salario hasta que encuentres otro.

—Eres muy amable —respondo—, pero no. —Me abrazo a la defensiva para protegerme del frío que se ha apoderado de mis huesos. Del viento gélido que acompaña al nubarrón negro que ha aparecido de repente, tal como yo intuía desde el principio que pasaría.

—Kelsey —dice Siobhan—, deberías...

—No —repito en voz baja—. Sabía que iba a pasar esto. Yo tengo tanta culpa como Leah. —Me vuelvo hacia Wyatt—: He traspasado los límites. He hecho todas las cosas sobre las que me advirtió mi padre. ¿Y qué ha pasado? —pregunto con voz seca y amarga—. ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada —me contesta él—. La estupidez de Leah es cosa suya. Tú no tienes nada que ver. —Me da un apretón en las manos—. Todo se arreglará.

—No.

—Todavía podemos seguir con la exposición. Y si te despiden, puedes hacer castings para espectáculos. Puedes impartir clases a alumnas de más edad. Puedes encargarte de coreografiar vídeos. Esto puede ser el principio de algo nuevo, no el final.

—Lo siento —digo dirigiéndome a los tres mientras empiezo a

llorar. Miro a Wyatt a los ojos—. Lo siento mucho.

—Kelsey, por favor. Eres la estrella de la exposición. Tu belleza. Tu sensualidad. Nena, te necesito. Griffin te necesita. Y si de verdad has perdido el trabajo, no hay motivo alguno para que no sigas adelante con la exposición.

Pero nada de eso importa. Ya no. No cuando el peso de todos los sermones que me echó mi padre acaba de aplastarme.

—Lo siento —repito antes de darme media vuelta para alejarme—. De verdad que no puedo hacerlo.

Wyatt estaba entumecido.

Llevaba así veinticuatro horas y empezaba a temer que se convertiría en un estado permanente.

Se había tirado horas y horas sentado en la azotea, contemplando el Pacífico, mientras intentaba encontrarle sentido a todo. De momento, no lo había conseguido.

Al contrario, estaba que no se lo creía. Nada de nada. No el hecho de que ella le hubiera dado la espalda. Ni el hecho de que él se lo hubiera permitido. Ni el de que la zorra de Leah hubiera difundido las dichas fotos por internet.

Podía demandarla, claro. Había robado una foto física de Kelsey. Y tal vez lo hiciera, por el mero hecho de que esa zorra se lo merecía. Pero, la verdad, era incapaz de reunir las fuerzas para hacerlo. Porque ¿qué iba a conseguir con eso?

No iba a recuperar a Kelsey.

No podía reconfigurar la exposición tal como él quería que fuera. Porque para eso la necesitaba. Pero le había dejado bien claro que no contara con ella.

Gracias a Dios que Cass iba a sustituirla. Había accedido a ir para una sesión corta a la mañana siguiente, a las ocho, pero no sería igual. Su energía era distinta. Así como su presencia. Estaba

haciendo fotos con un concepto en mente y ella no terminaba de encajar.

Conseguiría que funcionara. Joder, tenía que conseguirlo. Pero ya no era la exposición que él había soñado. Le iría bien. Conseguiría buena cobertura de prensa. Pero no sería la exposición que lanzaría su carrera como fotógrafo. No le demostraría a nadie, mucho menos a él, que se merecía el apellido Segel.

Sería como un chapoteo en una piscina enorme. Y nada más.

Dios, qué idiota había sido. Se temió que Kelsey no pudiera ir más allá tras la noche del X-tasy. Y, joder, tendría que haberle hecho caso a su instinto.

Ya le había dado la espalda una vez y le había destrozado la vida.

En esa ocasión le estaba dando la espalda y destrozándole su carrera profesional.

Sí que era un idiota. Se había dejado llevar por el corazón, no por la cabeza. Y estaba pagando el precio.

Con un suspiro arrepentido, se echó hacia atrás y apoyó los pies en la barandilla mientras veía cómo el sol se ponía sobre el Pacífico. Tenía una nevera portátil llena de cerveza al lado y ya se había bebido tres. Si se quedaba sentado allí hasta el amanecer, tal vez se las bebiera todas.

El timbre que había sobre la puerta de la azotea sonó, avisándolo de que había alguien en la puerta principal, pero le importaba una mierda. Kelsey no había estado nunca en su casa, así que no podía ser ella. No esperaba entregas. Y sus amigos sabían que tenían que avisarlo por mensaje antes de pasarse.

Extendió el brazo, cogió otro botellín, lo abrió y se bebió un buen trago. Y luego otro, y otro más, hasta haber apurado la cerveza.

Porque ¡qué coño importaba! Ya que le dolía la puñalada que ella le había clavado, bien podía anestesiar así la herida.

Poco después, la puerta que tenía detrás crujió y se abrió, y él se puso rígido, sujetando la botella por el cuello, como si eso le sirviera de algo contra un intruso.

Salvo que era un intruso al que podría haber reducido, ya que era Anika Segel, que lo miraba con tal mezcla de preocupación e irritación que casi se echó a reír.

—Tres plantas —le dijo su abuela—. Sin ascensor. Tengo ochenta y cinco años, jovencito. A ver si abres la dichosa puerta cuando llaman al timbre.

Tiró el botellín vacío en una papelería que tenía cerca y se puso en pie de un salto antes de arrastrar una silla hacia ella.

—No tenía ni idea de que eras tú. Lo siento. ¿Por qué no me has llamado? Habría bajado.

Su abuela resopló.

—He conseguido subir, ¿no? Y tenemos que hablar.

—Te has enterado de lo sucedido.

—He obligado a Damien a decírmelo. No te enfades con él. Puede que ese muchacho tenga más dinero que Creso, pero yo soy una vieja con un objetivo y eso se impone a casi todo. Así que —continuó— nuestra Kelsey iba a participar en la exposición y se ha echado atrás.

—Es un buen resumen.

—Echo mucho de menos a Carlton, ¿sabes?

Fue un comentario tan fuera de lugar que se quedó parado, a medio camino de llevar una silla junto a ella.

—¿A mi padre?

—Siempre fue una bocanada de aire fresco. Siempre tuvo una perspectiva distinta a esta burbuja ridícula en la que vivimos. —Le dio unas palmaditas en el brazo—. Nuestra Kelsey se parece un poco a él en eso. Aunque supongo que, si seguimos animándola a que se presente a castings para espectáculos de baile, puede que la pierda.

—¿Crees que no debería presentarse a castings? —Nada más pronunciar las palabras, quiso desdecirse. ¿Qué le importaba a él si se presentaba o no a nada a esas alturas?

—Creo que eso depende de lo que Kelsey quiera —dijo Anika.

—Quiere bailar. Quiere subirse al escenario. Le tiene miedo. —Levantó las manos—. Es uno de los motivos por los que ha salido corriendo.

—Mmm. ¿Y a qué le tienes miedo tú, corazón?

Llevaba años sin oír ese apelativo cariñoso y lo emocionó tanto que sopesó la pregunta con seriedad. Y la contestó:

—A que nunca llegue a la altura del abuelo. Ni a la de mamá. Ni a la tuya.

Su abuela agitó una mano para desechar sus palabras.

—¿Te estás escuchando? Qué tonterías dices. ¿Qué he hecho yo? Nada salvo trabajar en algo que me encanta y criar a una familia a la que quiero con locura.

—Y tienes una increíble vida social —le recordó él.

—Cierto. Pero eso solo es la historia superficial. Dame una cerveza, Wyatt. ¿Dónde te has dejado los buenos modales?

Apretó los labios para no echarse a reír, pero obedeció.

—¿Historia superficial? —le preguntó mientras le abría la cerveza—. ¿A qué te refieres?

—A que, sí, he vivido bajo los focos, pero es que me gusta ser el centro de atención. Encaja conmigo. Así que lo busqué. Y me ha ido bien, modestia aparte. Pero ¿y si nunca hubiera tenido mi oportunidad? ¿Y si hubiera nacido en otra familia? No sé, pero creo que seguiría actuando. Tal vez no en cine. Sino en un pequeño escenario en Kansas. A lo mejor habría hecho del ama de cría de Julieta en *Romeo y Julieta*. O podría haber actuado en *La loba*. Siempre me ha encantado esa obra de teatro.

—Te estás quedando conmigo —protestó él, pero su abuela meneó la cabeza con seriedad.

—No, no. —Se irguió en la silla y extendió un brazo para darle unos golpecitos en el pecho—. Si lo llevas dentro, aquí mismo, vas a buscarlo. Porque quieres. No porque creas que nos importa a tu madre, a Jenna o a mí. ¿Crees que a Jenna le importan las cámaras? Solo le importan porque así consigue la publicidad necesaria para abrir más restaurantes y probar más recetas. Esa muchacha cocinaría en una cabaña de madera si fuera su única opción, y lo sabes bien.

Cierto. Y sí, lo sabía bien.

—Pero mi padre...

—Tu padre tenía otros problemas. Y tal vez tu madre debería haberte contado alguno después de su muerte, pero supongo que esperaba que todos lo superaseis.

—Papá pensaba que ella no lo respetaba. Que tú no lo respetabas.

—Carlton era un buen hombre. Pero era un tonto en muchos aspectos. Ese era uno de ellos. Era un buen contable. Bien sabe Dios que me arregló las cuentas después de que ese picapleitos...

Da igual. Quería a ese muchacho. Y si se sentía menospreciado porque los focos lo dejaban en la sombra, en fin, lo siento por él. Pero esa era su percepción. Tu madre lo quería con locura. Yo lo quería con locura. Como he dicho, era agradable tener a alguien que no leyera el *Variety* antes que las noticias de verdad.

—Creía que el *Variety* tenía las noticias de verdad —le soltó Wyatt con socarronería.

—¿Ves? ¿Te das cuenta? Eres uno de los nuestros. —Su abuela sonrió y, en ese momento, Wyatt deseó tener la cámara a mano—. Bueno, dime una cosa, Wyatt. ¿Qué quieres? ¿Los focos? ¿La fama? ¿Una familia? ¿Respeto?

La respuesta le llegó enseguida, sin tener que pensar siquiera.

«A Kelsey.»

Cuando se dejaba de chorradas y se olvidaba de la ambición y de todas esas mierdas, ella era lo único que veía.

Y había llegado el momento de decírselo.

Deberías haberme dicho que de ahí era de donde venía el dinero —me dice Griff mientras casca dos huevos y los echa a una sartén—. Creía que lo sacabas de la cuenta aquella que abriste hace no sé cuántos años.

Niego con la cabeza, pero no le digo que nuestro padre vació esa cuenta hace mucho.

—Lo siento —me disculpo de nuevo—. Le pediré el dinero a Nia. Es raro pedirle dinero a una amiga, pero lo entiende y...

—No hace falta que lo hagas.

—... y se lo devolveré cuando... —Miro a mi hermano desde el lugar que ocupo, sentada a la mesa de formica, porque su tono de voz me ha llamado la atención—. Un momento. ¿Por qué no hace falta?

—Porque ya tengo el dinero.

Me apoyo en el respaldo de la silla.

—¿Que tienes el dinero?

—Bueno, en realidad no. Pero oficialmente ya formo parte del ensayo clínico, así que no les debo ni un dólar.

—Oh. —Estoy muy confundida—. ¿Cómo?

—Al parecer, todo ha sido gracias a ti.

Ahora sí que estoy confundida, y se lo digo.

—Habla despacio y usa palabras sencillas.

—Supongo que Stark se ofreció a seguir pagándote el sueldo si te despedían y le dijiste que no, ¿cierto?

—Ajá. ¿Y?

—Bueno, pues creo que no encaja bien las negativas. Le preguntó a Wyatt lo que supuestamente debías cobrar y Wyatt le habló del ensayo.

— ¿Y?

—Y, al parecer, es el dueño de la empresa.

Parpadeo.

—¿Me lo repites?

—La empresa que está llevando a cabo el ensayo clínico forma parte de Stark International. Así que ha tirado de algunos hilos. El caso es que he entrado. Gracias a ti. O más bien por culpa de esa cerda de Leah —añade con una sonrisa malévola—. Pero prefiero darle las gracias a mi hermana mayor.

—Has entrado en el ensayo clínico —digo en voz alta, aunque estoy hablando conmigo misma más que con mi hermano—. Es... ¡Ostras!

Parte de mí piensa que debería llamar a Stark y decirle que es inaceptable. Al fin y al cabo, rehusé que me pagara el sueldo.

Pero como eso sería una locura no lo llamo. En cambio, me levanto de un salto y corro a abrazar a mi hermano.

—¡Esto es la leche!

—Lo sé, pero no te emociones todavía. Que acabo de entrar. Quién sabe si servirá de algo. A lo mejor no recupero el movimiento en absoluto.

Pero yo me niego a desanimarme.

—¡Es genial! —exclamo mientras hago ademán de coger el móvil,

pero me detengo a medio camino del bolsillo trasero.

Estaba a punto de llamar a Wyatt.

Griff me está mirando y sé por su expresión que sabe exactamente lo que he estado a punto de hacer.

—Ya no tienes por qué participar en la exposición. No necesitas el dinero. —Me mira a los ojos—. A menos que necesites otra cosa.

Claro que sí. Necesito librarme del fantasma de mi padre. Lo sé. Y con Wyatt lo estaba consiguiendo.

Pero todo ese progreso ha quedado en nada por culpa de unas cuantas fotos. Y todo lo que creía que por fin había superado ha vuelto a invadirme de nuevo. Y en el proceso le he hecho daño al hombre que quiero.

Suelto un hondo suspiro.

Necesito ponerme en marcha de nuevo. Necesito pasar del karma.

Y, sobre todo, necesito a Wyatt.

Lo necesito con desesperación.

Pero, después de haberlo dejado tirado de nuevo, ¿por qué narices va a querer estar conmigo?

Estoy a punto de explicarle todo eso a Griff cuando me llaman por teléfono. Me saco el móvil del bolsillo, esperando que sea Wyatt, y me quedo pasmada al comprobar que es él.

—Hola —lo saludo en voz baja.

—Hola. No estás en Valencia.

Parpadeo y me enderezo.

—¿Has ido a mi casa?

—Supuse que era el lugar más lógico donde encontrarte a las seis y media de la mañana. Pero me equivoqué.

—Ah. Estoy en casa de Griffin.

Me lo imagino asintiendo con la cabeza.

—Debería haberlo supuesto.

—¿Por qué has...?

—Prefiero decírtelo en persona, pero mi paseo por el sur de California me ha dejado sin tiempo, así que tengo que volver al estudio, porque Cass solo está disponible hoy de ocho a diez.

—¿Cass?

—Va a sustituirte. No pasa nada —añade antes de que yo pueda decir algo—. Al contrario, no quiero que hagas algo que no te apetece hacer. Te quiero, Kelsey. —Pronuncia las palabras como si las hubiera dicho ya miles de veces y el corazón me da un vuelco—. Te quiero —repite—. Y si tengo que elegir entre la visión perfecta de la exposición que tengo en la cabeza y tú, te elijo a ti.

—Wyatt...

—No —me interrumpe—. No digas nada. Luego te llamo. Y a lo mejor te invito a cenar y podemos hablar. ¿Vale?

—Vale —contesto, un poco pasmada.

—Bien —me dice—. Te quiero, Kels. —Y cuelga sin más.

—¿Qué? —me pregunta Griff mientras deja en la mesa mi plato con los huevos y las tostadas.

Vuelvo a la silla, pero me siento sin comer. Y sin contestar la pregunta de mi hermano.

No puedo hacerlo. Estoy demasiado anonadada. Porque yo también lo quiero, pero lo único que he hecho ha sido dejarlo tirado.

Sin embargo, él acaba de sacrificarlo todo por mí. Su visión. Su trabajo.

Y yo me limito a esconderme aquí, entre estas cuatro paredes.

Pues se acabó, joder. Se acabó.

No pienso seguir escondiéndome. Estoy harta de vivir asustada.

Y estoy harta de creer que el destino es mi enemigo. Ya está bien de castigos. Quiero recompensas. Si hago algo atrevido, aterrador y maravilloso, a lo mejor el universo me devuelve algo fantástico. O, si no a mí, a mis seres queridos.

Miro a Griffin con los ojos como platos.

—¿Qué? —repite.

—Nia tenía razón. Vivo en una caja.

—No sé de qué estás hablando.

—No pasa nada. Ya sé cuál es la salida. —Respiro hondo y sonrío—. Tienes delante a la modelo principal de la nueva exposición que se inaugura dentro de un par de semanas.

—¿Ah, sí?

—A papá le dará un pasmo —digo, pero esta vez no lo hago con temor.

—Papá está en Georgia. Y tú estás aquí. Que yo sepa, esta es tu vida.

Le sonrío.

—Y voy a empezar a vivirla.

Estoy paseando de un lado para otro del estudio cuando él entra en tromba por la puerta del callejón trasero.

—Lo siento, lo siento. He pillado atasco y... ¿Kelsey?

Levanto una mano y agito los dedos a modo de saludo.

—Hola.

Corre hacia mí con una mezcla de preocupación y alegría en la

cara.

—¿Estás bien? ¿Dónde están Cass y Siobhan?

—Les he dicho que se fueran.

Se pasa los dedos por el pelo y su expresión cambia, como si estuviera tratando de mostrarse paciente.

—Nena, estoy encantado de verte, pero tengo que hacer las fotos. No me queda tiempo y Cass tiene el día completo en el salón de tatuajes. Ha conseguido hacerme un hueco entre clientes.

—No, ya no.

Retrocede un paso y me mira de arriba abajo.

—¿Qué está pasando?

—Pues que no estás tan pillado de tiempo. Ya tienes por lo menos dos tercios de las imágenes y la coreografía está acabada.

Lo observo tragar saliva.

—Kelsey..., nena. Déjate de bromas.

—Wyatt, voy a hacerlo. Yo. Las fotos. El escenario. Nadie me sustituirá.

Él niega despacio con la cabeza.

—Ya lo hemos hablado. No pasa nada. No tienes por qué hacerlo.

—Sí que tengo que hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque yo también te quiero. Porque soy la protagonista. La inspiración. Soy tu musa, Wyatt. Me lo dijiste hace doce años. Y nadie me lo va a arrebatarse. Ni siquiera tú. —Doy un paso hacia él—. Y voy a hacerlo porque es lo correcto. Tus fotos. Es tal y como dijiste. Muestran una progresión. Y eso es lo que necesito. Un camino que me lleve de la antigua Kelsey a la nueva. Así que voy a caminar por el pasillo de la exposición y voy a ver mi cara

mirándome desde las fotos y voy a bailar en el escenario. Y ni se va a acabar el mundo ni va a suceder nada malo. Lo sé porque tu exposición es asombrosa y merece un sinfín de cosas buenas. Y sé que la teoría de mi padre es una gilipollez y ya no me afecta. —Me encojo de hombros—. Siempre y cuando te parezca bien, claro.

Se echa a reír.

—¿Has acabado?

Sopeso la respuesta.

—Sí, creo que lo he dicho todo.

—Bien. —Tira de mí y ni siquiera me da tiempo a gritar antes de que se apodere de mis labios para darme un beso ardiente y apasionado que me arrastra sin remedio. Que me calienta por dentro. Que me mantiene a salvo.

—Te quiero —le digo una vez que nos separamos.

—Yo debería tener más puntos por haberlo dicho el primero —bromea.

—Me parece bien —admito como si tal cosa—. No quiero puntos. Solo te quiero a ti.

Para su publicación inmediata:

Después de catorce meses en el Centro Stark para las Artes Visuales, la aclamada exposición fotográfica *Una mujer en mente* recorrerá Estados Unidos y Europa.

La obra original de W. Royce (seudónimo de Wyatt Segel), *Una mujer en mente*, presenta una visión provocativa de la sensualidad que ha encantado y fascinado tanto al público como a la crítica.

Royce y su prometida, la bailarina Kelsey Draper, viajarán con la exposición durante su recorrido por algunas ciudades.

Aunque ocho de las fotos muestran a una mujer anónima como representación de «todas las mujeres», Royce y Draper no ocultan el hecho de que ella es la

protagonista de la muestra, así como la bailarina del número de danza que acompaña a la exposición.

Draper empezará a grabar en otoño *La cara oculta de Júpiter*, una adaptación del musical ganador de un premio Tony.

El Centro Stark se complace en acoger la próxima exposición de Royce, que se inaugurará en primavera.

Por la noche el deseo se apodera de la conciencia y los cuerpos se entregan al placer.



Kelsey necesita desesperadamente quince mil dólares para subsanar un terrible error del pasado, y esa es la razón que la lleva a aceptar un trabajo como modelo para el célebre fotógrafo Wyatt Royce. Pero cuando llega a la sesión de fotos, Kelsey descubre que detrás de ese nombre artístico está su amor de juventud, el chico a quien entregó su inocencia en una noche de fatales consecuencias. Wyatt es también el hombre que ha intentado borrar de su corazón con todas sus fuerzas.

A su vez, él llevaba meses buscando a una mujer muy especial para convertirla en el centro de la exposición y, al ver a Kelsey, comprende que se trata de la modelo perfecta.

Para Wyatt tampoco es fácil: se juró olvidarla después de aquella noche en que Kelsey desapareció, dejándolo con el corazón roto, pero ahora el odio y el más vivo deseo se convierten rápidamente en amor. Juntos emprenderán un camino marcado por la desconfianza, el placer, la nostalgia y la sensualidad. Porque la vida, a veces, nos brinda una segunda oportunidad y nadie en su sano juicio la desaprovecharía...

J. Kenner, la autora best seller de *The New York Times*, nos regala una nueva serie llena de noches apasionadas que dejan huella.

J. Kenner es una exitosa autora de romance erótico. Nacida en California y abogada de profesión, ha escrito la serie «Stark» (compuesta por *Desátame*, *Poséeme*, *Ámame* y *Abrázame*), la trilogía «Deseo» (formada por *Deseado*, *Seducido* y *Al rojo vivo*), «El affaire Stark» (*Di mi nombre*, *En mis brazos* y *Bajo mi piel*) y «Pecado» (*Secreto inconfesable*, *Ardiente deseo* y *Delicioso tabú*) además de las e-nouvelles *Tómame*, *Compláceme* y *Sigue mi juego*. Su obra ha obtenido un éxito destacado con más de dos millones de ejemplares vendidos en todo el mundo, posicionándose durante semanas en las listas de best sellers de *The New York Times*, *USA Today*, *Publishers Weekly* y *The Wall Street Journal*. Con más de 250.000 ejemplares vendidos en castellano, Grijalbo presenta ahora su nueva serie, «Noches inolvidables», formada por tres novelas independientes: *No quería enamorarme*, *Quería olvidarte* y *Quería amarte*.

Título original: *Wicked Grind*

Edición en formato digital: mayo de 2020

© 2017, Julie Kenner

Publicado por acuerdo con Taryn Fagerness Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.

Todos los derechos reservados.

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2020, Ana Isabel Domínguez Palomo y María del mar Rodríguez Barrena, por la traducción

Diseño de portada: lookatcia.com

Fotografía de portada: ©istock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5876-0

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

No quería enamorarme

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Sobre este libro

Sobre J. Kenner

Créditos